Mar de Jazmín

Phillipa Nefri Clark



LOS SECRETOS DE RIVERS END 2

Mar De Jazmín

Los secretos de Rivers End

Libro 2

Phillipa Nefri Clark



Índice

1. Abandonando Rivers End
2. Desayuno en casa de Martin
3. De vuelta en Docklands
4. Imaginando lo peor
5. Belinda
6. Maquinaciones
7. Willow Bay
8. Un barco de libertad
9. Juguetes caros
10. Sorpresa y decepción
11. Amor y otros malentendidos
12. Puerta al pasado
13. Tomando lo que es nuestro
14. Un único superviviente
15. Querer demasiado
16. Cena para dos
17. París
18. El cliente
19. Un hombre amado
20. Una decisión
21. Primera fase
22. Reputaciones
23. Navegando en el Mar de jazmín
24. Secretos e intrigas
25. Todo es posible
26. Reconocimiento
27. Inseguro
28. Un regalo del pasado
29. Encuentros cercanos
30. Dulces comienzos
31. Luchando por la confianza

32. Confrontación
33. Semillas de venta
34. Lo que Christie dejó atrás
35. Un plan. Y otro.
36. No hacen falta dudas
37. Una cabaña irlandesa
38. Contra su buen juicio
39. Seguir adelante
40. Momentos de felicidad
41. Confianza hecha añicos
42. Un futuro cambiante
43. Cuando las piezas encajan
44. Descubierto
45. Christie tenía razón
46. Plan C
47. Desesperación. Descubrimiento.
48. Ola de crímenes
49. Cambios en el horizonte
50. Charla motivadora
51. Desmoronamiento
52. El estudio de Martin
53. Cada momento valioso
54. Cuatro esmeraldas
55. La mañana siguiente
56. Listas. Pistas. Interferencia.
57. Atrapar a un criminal
58. Un engaño impactante
59. La venganza de Rupert
60. Preparativos para una fiesta
61. Cambio de poder
62. El valor yace en lo profundo
63. Advertencia de peligro
64. Faro de esperanza
65. Perdida
66. Intenciones mortales

67. Hacia la tormenta
68. Hundiéndose
69. Uno menos
70. Un perro en el mar
71. A la luz de una bengala
72. Velan por nosotros
73. Primera recuperación
74. Cuando todo está perdido
75. Dos menos
76. A salvo
77. La culpa a quien corresponde
78. Los detalles de un hogar
79. Donde vive el amor verdadero

Otros libros en español
Acerca del Autor
Otros títulos en inglés

Capítulo 1

Abandonando Rivers End

—¡No puedo esperar ni un minuto más! —Los ojos de Martha brillaban mientras cogía la mano de Thomas.

—Siempre tan impaciente… —Thomas le besó los dedos—. ¿Estarás bien en el aeropuerto?

—Me gustan bastante los aeropuertos. Son buenos sitios para leer. ¿Dónde está mi billete?

—Donde estará seguro —dio una palmadita en su chaqueta—. No podemos permitir que caiga al océano.

—Nunca me dejarás olvidarlo, ¿verdad?

Las palabras pretendían ser un murmullo, pero sabía que Thomas la había oído. Con una sonrisa, comprobó su reloj.

—Espero que esos dos vuelvan antes de que llegue el autobús.

Martha se mordió el labio y él le cogió la mano de nuevo.

—Ella estará aquí cuando regresemos.

—Pero, ¿y si no es así? Acabo de encontrarla.

—Vamos, vamos. ¿Por qué no se quedaría? Tiene la cabaña y a Martin. Y, en serio, ¿quién abandonaría a Randall?

—Tú lo estás abandonando.

—Quizás no debería ir.

—¡Thomas! Hablo en serio. ¿Y si ocurre algo?

—No pasará nada. Escúchame. Mejor aún, date la vuelta.

Cogidos de la mano, Christie y Martin salían apresuradamente de una tienda en Green Bay. Christie dijo algo y Martin estalló en carcajadas.

Thomas rodeó los hombros de Martha con el brazo.

—Nunca había oído reír así al muchacho hasta que ella apareció —miró hacia atrás—. Nuestro transporte está llegando.

—¡Oh, siento haber tardado tanto! —Christie abrazó a Martha mientras el autobús se detenía—. Quería que te llevaras esto —le entregó una caja—. Es una pequeña cámara. Solo tienes que apuntar y disparar.

—¡Te echaré de menos, querida! —Martha besó la mejilla de Christie, y luego se dirigió a Martin—. A ti también, jovencito.

Martin ofreció su mejilla.

—Nosotros también os echaremos de menos.

—¿Y yo qué? —exigió Thomas.

—¿Tú qué?

—Estás intentando deshacerte de mí para quedarte con el perro.

—Randall ya es mi perro, abuelo.

Los pasajeros descendieron del autobús y el conductor les siguió, abriendo el compartimento inferior. Martin y Thomas llevaron el equipaje y ayudaron a guardarlo.

Martha susurró a Christie.

—Cuídate, mi niña querida.

—¡Por supuesto que lo haré! —Christie abrazó a su tía abuela—. Disfrutad de Irlanda, haced muchas fotos, y cuando volváis podemos decidir dónde viviréis los dos.

—Tengo una casa perfectamente habitable en las montañas —Thomas extendió los brazos hacia Christie—. Allí es donde estaremos mi mujer y yo.

—¡Aún no está decidido! —Martha le dio un golpecito en el hombro—. Vamos, viejo.

El conductor subió de nuevo al autobús. Thomas guio a Martha por los escalones, con la mano en su codo. Encontraron asientos en la parte delantera y se acomodaron mientras la puerta principal se cerraba con un siseo.

Allí estaban, comenzando su luna de miel. Martha buscó la mano de Thomas mientras el autobús abandonaba la ciudad. El hombre que había perseguido sus sueños durante toda una vida era finalmente su marido.

La última vez que había estado en aquella carretera, hacia aquella dirección, estaba huyendo... en diciembre de 1967.

Martha no tenía ni idea de por qué tenían que marcharse casi antes del amanecer, pero Patrick, su padre, insistió. Le gustaba tomarse su tiempo y ser cuidadoso en las curvas cerradas.

No recordaba que toda la familia hubiera ido junta a Melbourne nunca; desde luego, no desde su primera infancia. Ahora, sin embargo, su madre Lilian estaba sentada junto a Patrick, vigilando de reojo la velocidad. Dorothy dormitaba al lado de Martha.

Aquello la hacía sentir mal. Cada kilómetro la alejaba más de Thomas; más lejos de reconciliarse con él. Hacía casi una semana que, en medio de una violenta tormenta, había roto su compromiso después de verle con su mejor amiga casi desnuda. Ex mejor amiga.

Sus palabras daban vueltas en su cabeza.

—¡Te esperaré, Martha! Cada mañana al final del embarcadero.

Su embarcadero. Aquel del que se había resbalado durante la tormenta, cayendo a las olas que la arrastraron y habrían reclamado su vida. Pero Thomas la encontró.

¿Por qué, oh, por qué, su orgullo le hacía esto? Hacerle decir cosas que no sentía y, peor aún, tomar medidas como las que estaba tomando. Aquella no era una simple visita a la ciudad. Martha se quedaría con Dorothy una temporada, hasta que decidiera su futuro. Lilian se uniría a ellas.

—Pasaremos un tiempo estupendo juntas. Solo las tres chicas, descubriendo lo que Melbourne tiene para ofrecer —Lilian estaba tan emocionada que Martha se dejó convencer. Después de todo, solo sería durante un corto período de tiempo, hasta que Thomas se disculpara y lo arreglara todo.

De vuelta en el ahora, Martha parpadeó varias veces para aclarar su visión y se recordó que estaba en un momento mucho más feliz de su vida. El autobús serpenteaba suavemente por esas mismas curvas, con un océano intensamente azul a un lado y plantas de sal al otro.

—¿En qué piensas?

Martha sonrió a Thomas.

—Estoy deseando enseñarte mi pequeña casa en Irlanda, presentarte a mis amigos. Es tan bonito que querrás pintar todo el tiempo.

Él le apretó la mano.

—¿Algo más?

El mismo anillo de compromiso que había arrojado a la arena durante la tormenta estaba de nuevo en su dedo, exactamente donde debía estar. Aunque ahora sus manos estaban envejecidas y su cuerpo, antes fuerte, se debilitaba con cada año que pasaba.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Tanto tiempo perdido.

—Entonces nos aseguraremos de que no se desperdicie ni un momento más. Mi preciosa, el tiempo no importa de todos modos. Ahora, háblame más sobre Irlanda.

Christie y Martin saludaron con la mano hasta que perdieron el autobús de vista. A la vez, bajaron los brazos. Martin se acercó y abrazó a Christie.

—Estarán bien.

—Por supuesto que sí.

—Thomas es muy responsable y cuidadoso.

—Y Martha está acostumbrada a viajar. Conoce los aeropuertos, los pasaportes y todas esas cosas que Thomas no conoce.

—Sí. Así que puedes dejar de preocuparte.

Christie se echó un poco hacia atrás para mirar a Martin.

—¿Yo?

—Bueno, yo no estoy preocupado.

—Ya.

—Aunque me preocupa que ese montón de chatarra que conduce Thomas no llegue de vuelta a Rivers End.

Christie se rió.

—No me extraña que insistieran en coger el autobús. Dudo que hubiera llegado a Melbourne.

—Si tuvieras un coche práctico, con espacio para el equipaje, podríamos haberlos llevado nosotros.

—¿Yo? ¡Mira quién habla, el que tiene una moto decrépita en vez de un coche! ¡Y no te metas con mi precioso Lotus! —deslizó los brazos alrededor de su cuello—. Eres imposible. Pero te quiero.

—Lo cual es bueno, o volverías a pie. A quién se le ocurre insultar a mi posesión más preciada.

Christie se puso de puntillas para rozar sus labios con los de él.

—De todos modos, volverán en unas semanas. Y yo tengo una cabaña que renovar.

Martin le tomó la mano mientras caminaban por la carretera hasta donde estaba aparcado el viejo Land Rover de Thomas.

—Thomas está empeñado en que vivirán en su casa.

—Pero has dicho que está vieja y deteriorada. ¿No sería mejor para ellos mudarse al pueblo?

—¿Crees que llegaremos sin tener que parar para enfriarlo? —Martin abrió la puerta del copiloto para Christie.

Ella se subió de un salto.

—¿Hacemos una apuesta?

—No. Esperemos lo mejor. —Cerca del volante, Martin giró la llave. Después de un traqueteo, el motor rugió. Con un poco de fuerza consiguió meter la marcha y salir a la carretera.

—¿Sabías que el abuelo de mi bisabuelo ganó Palmerston House en una partida de póquer? —preguntó Christie.

—Una buena razón para no apostar.

—Oh, no sé. Imagina conseguir de repente una propiedad sin más que un poco de suerte y estar en el lugar adecuado en el momento oportuno.

Martin la miró de reojo con diversión.

—Sí, imagina.

—¿Te refieres a la cabaña? Supongo que sí. Por mucho que la quiera, a veces tengo la sensación de que también es un gran peso. Ya sabes, toda la tragedia que la rodea, y ahora todo el trabajo que necesita.

—¿Tiene algo bueno?

El rostro de Christie se iluminó.

—Nada en absoluto. Excepto haberme traído a Rivers End para conocer al amor de mi vida.

Martin le apretó la pierna. Fuera de Green Bay, la sinuosa carretera captó su atención y Christie se contentó con contemplar el océano. Nunca dejaba de conmoverla la poderosa majestuosidad del mar. Una parte profunda y primitiva de su alma necesitaba estar cerca de él.

Habiendo nacido en el interior del país, su primera visión del océano fue a los siete años desde el avión que la había llevado a Melbourne tras la muerte de sus padres. Fue a la playa de St Kilda por primera vez unos meses después. La abuela le prohibió nadar en el mar y su furia aterrorizó a Christie aquella vez, la única que la desobedeció.

—¿Estás bien?

—¿Mmm? Oh, solo pensaba.

—En mí, espero.

—Más o menos. Más sobre el océano. Pero si estuvieras en el océano, estaría pensando en ti.

—Ya.

Christie le echó una mirada furtiva. Vestido con una camisa a cuadros con las mangas arremangadas y sus vaqueros favoritos, era tan guapo que mantener las manos quietas le resultaba difícil.

—No sabía que sabías conducir.

—¿Por qué no iba a conducir?

—No tienes coche.

—No me gustan los coches.

—Pues conduces muy bien.

—Probablemente respete más el límite de velocidad y las condiciones del tráfico que tú, señorita.

—Para celebrar que Martha y Thomas se van a Irlanda, ¿salimos a cenar?

—Cambiando de tema, ¿eh? —observó Martin—. Vale. Vamos a brindar por su luna de miel, su increíblemente retrasada luna de miel.

El cartel de Rivers End apareció a la vista. Martin redujo la velocidad, puso el intermitente y giró hacia la calle de Christie. El viejo Land Rover se quejó en la marcha más corta, pero era perfecto para sortear los baches al otro lado de la vía férrea en desuso.

En el camino de entrada, Martin dejó el motor al ralentí.

—¿Nos vemos en el *pub* esta noche?

—Suena bien. Iré caminando.

Martin se inclinó y tocó el rostro de Christie.

—Te quiero, mi amor. Thomas y Martha lo pasarán en grande. Así que nosotros tenemos que hacer lo mismo. —Besó a Christie con una dulce ternura. Con el corazón acelerado, ella cerró los ojos y se entregó al conocimiento de que era amada. Absolutamente amada.

Capítulo 2

Desayuno en casa de Martin

Cintas de color dorado y rosa decoraban el cielo del amanecer. Christie subió por el estrecho sendero desde la playa, serpenteando por el acantilado hasta la casa de Martin.

En la cima, se detuvo para contemplar el amanecer. Un elegante y moderno velero se deslizaba por las aguas tranquilas, con las velas desplegadas mientras pasaba junto al acantilado.

Qué maravilla.

Una nariz fría y húmeda le empujó la pierna desnuda y ella se rio.

—Buenos días, Randall —Christie acarició al *golden retriever*. Con la mano sobre su cabeza, y mientras rascaba su suave pelaje, sus ojos volvieron al mar.

—¿Soñando despierta?

Christie se reclinó hasta que se detuvo contra el pecho firme como una roca de Martin. Él le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la barbilla en su hombro para ver qué había captado su interés.

—Qué bonito. Pero ¿cómo puede una chica que tiene miedo al agua sentir tanta pasión por los barcos?

—Es una excelente pregunta para la que no tengo respuesta. ¿Sabías que aprendí a navegar en California?

Martin soltó una risita.

—¿Te refieres a aprender a beber champán sin caerte por la borda?

—Muy gracioso. Pero lo hice. De hecho, puedo manejar una embarcación de quince metros con un poco de ayuda.

Hubo un largo silencio, hasta que Martin le besó el cuello. Ella se giró para mirarlo, deslizando los brazos alrededor de su cuello. Cuando los labios de Martin se encontraron con los suyos, Christie olvidó dónde estaba mientras su cuerpo se amoldaba al de él y el mundo dejaba de girar. Como ocurría cada vez que la besaba.

Randall gimoteó y, a regañadientes, Martin levantó la cabeza.

—Tu cuenco está lleno, chucho —señaló hacia la terraza y Randall salió corriendo—. ¿Por dónde iba?

—Me estabas ofreciendo un desayuno.

Él trazó sus labios con el dedo. Con los ojos bien abiertos, ella esperó otro beso. En su lugar, tomándole la mano, Martin se dirigió hacia la casa.

Mientras subían por los escalones, Randall bajaba, relamiéndose y meneando la cola. Se fue trotando por la esquina, contento consigo mismo.

—Comer, dormir y jugar. Realmente es todo lo que necesita —dijo Christie.

—Y a ti. Te adora.

—Bueno, él quiere prácticamente a todo el mundo.

—Entonces, ¿has desayunado? —Martin acompañó a Christie a través de la puerta corredera, siempre abierta.

—Tengo hambre.

—Menos mal que tengo comida, entonces.

—¿Puedo ayudar? —Christie se dejó caer en un taburete junto a la encimera de la cocina.

Martin negó con la cabeza mientras ponía en marcha la cafetera. Christie se apoyó con los brazos en la encimera para observarlo. Hace apenas unos meses le había preparado el desayuno cuando ella había aparecido en su cocina muerta de hambre y sin comida en casa. Frustrado por su aparente incapacidad para alimentarse adecuadamente, había cocinado los mejores huevos de su vida.

Su breve armonía desapareció momentos después, cuando Martin se dio cuenta de que Christie llevaba puesto el anillo de compromiso de su tía abuela Martha. En aquel entonces, él creía que

sus familias siempre estarían enfrentadas. Le dijo que abandonara Rivers End, que volviera con su prometido. Con el corazón roto, ella lo hizo.

—¿Por qué estás tan seria? —Martin colocó una taza de café humeante frente a Christie y se sentó a su lado.

—Ah, gracias —por un momento se quedó mirándolo. Luego cogió la taza e inhaló—. Mmm, qué rico.

—¿Christie?

—Nada. Solo recordaba los huevos que preparaste aquella vez.

Él le tomó la mano izquierda. Ya no había anillo. Ni el de Martha, ni el de Derek.

—¿Quieres hablar de ello?

—¿Cómo es que siempre puedes leer mis pensamientos? —Negó con la cabeza—. Pero no, el pasado debe quedarse en el pasado.

—¿Es eso un nuevo mantra? No indagaré en el pasado, por muy intrigante que sea el resultado.

Christie todavía tenía sentimientos encontrados sobre la cadena de acontecimientos iniciada por la muerte de su abuela el año pasado. Aquella cabaña llena de secretos, y Christie justo en medio de todos ellos.

—De todos modos, he pasado por aquí por una razón.

—Voy a cerrar la puerta.

Unos pequeños escalofríos de anticipación recorrieron a Christie y le costó mantenerse centrada.

—No es *esa* razón. Lo siento.

Martin esbozó una media sonrisa.

—Bébete el café. Empezaré a preparar el desayuno en un momento.

Ella obedeció con un largo sorbo, mirándole por encima del borde de la taza. Sus ojos irradiaban diversión, y algo más: el amor que ella todavía no podía creer que sintiera por ella. Dejó la taza.

—Em, hoy he recibido una llamada de Ashley.

—¿Tu antiguo vecino?

—Sí, estoy deseando que lo conozcas, y a Ray también. Resulta que Ashley tiene un trabajo para mí; alguien se ha echado atrás en el último momento.

—¿En Melbourne?

—Sí, en los estudios Docklands. Solo es un anuncio de televisión, así que serán unos pocos días, supongo. Me ha dicho que puedo quedarme con ellos si quiero. —Inconscientemente, entrelazó los dedos.

Martin cubrió sus manos con las suyas.

—Un hotel sería mejor opción.

—Ni siquiera sé si sigue viviendo allí. —Christie fijó la mirada en las fuertes manos de Martin.

—Reserva un hotel, Christie.

—No quiero vivir mi vida preocupándome por dónde está Derek o si me lo puedo encontrar.

—Por favor, mírame. —El tono de Martin era suave, pero ella levantó los ojos para encontrarse con los suyos—. A menos que quieras que vaya contigo, reserva un hotel.

Una oleada de alivio recorrió a Christie. Asintió.

—¿Cuándo te vas? —Martin cogió ambas tazas y volvió a la cocina.

—Esta tarde. Depende de lo rápido que pueda localizar a Barry Parks.

—¿Barry?

—Bueno, con todas las reformas a punto de empezar, necesito darle una llave y repasar los detalles de nuevo. No podrá llamarme durante el día, lo cual es un problema.

—No es un problema realmente. Sé lo que quieres, así que puede llamarme a mí. Déjame una llave y me encargaré de que él y su equipo entren y salgan cada día. ¿De acuerdo?

—¡Pero si odias la cabaña!

—No la odio. Si vives tú allí, ¿cómo podría odiarla?

Randall corría por la playa, persiguiendo un *frisbee* que iba por los aires hacia los escalones de piedra que conducían al cementerio. En pantalones cortos y con unas gafas de sol, Martin caminaba tras él.

Cuando estaba a punto de alcanzar el juguete, Randall se detuvo bruscamente, prestando atención a la carretera de arriba. El *frisbee* cayó con un golpe sordo sobre la arena. Con la cola en alto, Randall escuchaba algo que solo él podía oír. Meneó la cola y luego la bajó, decepcionado.

—Volverá pronto, campeón. —Martin se detuvo junto a su perro, adivinando que habría oído al Lotus abandonando Rivers End. Miró hacia la cima del acantilado.

Mientras Christie hiciera lo que le había pedido y se mantuviera alejada de Derek, no le ocurriría nada malo. Y ella estaba tan decidida como siempre a evitar a aquel hombre, así que ¿por qué? ¿Por qué le latía el corazón tan rápido y por qué tenía los puños apretados?

Randall empujó la pierna de Martin con el hocico. Con un profundo suspiro, Martin liberó la tensión de sus hombros y acarició al perro.

Confía en su criterio.

Se volvió hacia su propia casa, en lo alto del acantilado opuesto. Cuando ella regresara, podrían comenzar a planear su futuro.

Capítulo 3

De vuelta en Docklands

Christie estaba de pie junto a la ventana de su habitación de hotel, con una mano en el cristal, mientras observaba el agua oscura que lamía los paseos de madera. Las embarcaciones de recreo salpicaban la bahía artificial. Las luces de la ciudad parpadeaban más allá del estadio Etihad y, desde allí, Christie podía ver el apartamento en el que había vivido hasta finales del año pasado.

No había luces encendidas. Derek tardaría horas en llegar a casa, si su rutina habitual seguía siendo la misma. Había pasado tres años de su vida allí, y dos de ellos con él. Sus muebles, sus artículos para el hogar y todos sus toques especiales se quedaron allí, abandonados, cuando se marchó.

La palma de su mano estaba fría contra el cristal. Dio un paso atrás, frotándosela. ¿Por qué importaba eso? Estos últimos meses habían sido sin duda los mejores de su vida, y en unos días estaría de vuelta en casa.

Los sonidos familiares de la ciudad despertaron a Christie antes del amanecer: trenes a lo lejos, tráfico, barcos, una sirena… Observó cómo se iluminaba el cielo desde su cama. En su casa la vista era del mismo cielo, pero a través de árboles centenarios.

Menos de una hora después, arrastrando su maletín de maquillaje, caminaba rápido a través del centro comercial, casi desierto, de Harbour Town. Resistiendo el aroma del café recién molido que emanaba de las cafeterías, dobló una esquina y se lo encontró: los estudios Docklands. Podría haber trabajado en seta de Hollywood y de todo el mundo, pero allí, a las puertas de la ciudad de Melbourne, estaba su favorito.

Al tercer día Ashley se pasó por allí mientras el equipo recogía para pasar la noche. Christie le dedicó una sonrisa cansada y él la envolvió con sus brazos en un fuerte abrazo.

—Es hora de que salgas de aquí.

—Ojalá pudiera.

—¿Retrasos?

Christie cerró su estuche de maquillaje con un asentimiento. Ashley se lo quitó de las manos.

—Yo guardo esto. Ve a cambiarte y pasaremos a recogerte en una hora.

—Oh, no puedo. —Soltó una risita mientras Ashley negaba con la cabeza—. Quiero decir...

—Una hora. No acepto discusiones. No querrás disgustar a Ray, ¿verdad?

—Él lo entendería.

—Me echaría la culpa a mí.

Se dio por vencida. Cenar con viejos amigos le levantaría el ánimo, siempre y cuando se mantuvieran alejados de los sitios favoritos de Derek. No tenía sentido complicar las cosas.

Ray y Ashley no perdieron tiempo en escoltar a Christie exactamente adonde ella no quería ir. Bajo una luna casi llena, los tres siguieron

el paseo a lo largo del puerto deportivo. El agua salpicaba contra los pilones de hormigón a su derecha, mientras el tráfico pasaba zumbando a su izquierda.

Ashley charlaba sobre una película que estaba supervisando, ajeno a cómo los ojos de Christie escrutaban a cada persona que se les acercaba. Ray lo notó y entrelazó su brazo con el de ella.

—Le vi subirse a un taxi. —Le dio unas palmaditas en la mano y ella le lanzó una mirada—. Creo que iba a algún evento o algo así. No tiene ni idea de que estás en la ciudad.

Su boca esbozó una pequeña sonrisa.

—Siempre lo entiendes.

—¿Entender qué? —Ashley se dio cuenta de que le estaban ignorando.

—Que una mujer agotada y hambrienta necesita comida, no una lista de tus créditos cinematográficos. ¡Como si no tuviera suficiente con los suyo!

Ashley tomó su otro brazo, sin sentirse en absoluto ofendido por Ray.

—Nunca se tienen suficientes. Sin embargo, estoy de acuerdo en que deberíamos alimentarla antes de que se consuma.

—Gracias. Es poco probable que me consuma, pero sí tengo sed. —Les dio un codazo a ambos.

Después de una copa de vino blanco y un entrante compartido de aceitunas, salsas y palitos de pan, Christie soltó un suspiro de felicidad. Los chicos estaban enfrascados en un debate sobre algún lugar que habían visitado hace años.

—¿Qué te hace tanta gracia? —Ray levantó la mano para interrumpir a Ashley a mitad de frase.

—No os detengáis por mí. Estoy encantada de que me entretengáis —dijo Christie.

—No es importante —respondió Ray.

—¿Ah, no? —Ashley rellenó la copa de vino de Christie.

—He ganado la discusión, y ahora quiero oír hablar de Christie, no de ti. —El plato principal llegó—. Así que, lo último que supe es que estabas en una boda —apuntó Ray.

—¿Seguro que no hemos hablado desde entonces?

—Parece que las líneas telefónicas entre aquí y tu pequeño pueblo solo funcionan de vez en cuando.

—Lo siento. Tenéis que venir a visitarme. Pero no hasta que la cabaña esté terminada.

—¿Terminada?

—Estoy intentando devolverla a su estado original, pero con algunas mejoras. Ya sabéis, una lavadora de verdad y quizás hasta una línea telefónica.

—Así que realmente vas a vivir allí. —Los hombres intercambiaron una mirada.

—Ya vivo allí. —Christie brindó al aire con su copa de vino—. Por mi graciosa cabaña en un camino solitario de un pueblecito diminuto.

—¿Y cómo es la vida con tu nuevo novio?

Un silencio atónito siguió a la pregunta de Ashley. Ray le dio una patada por debajo de la mesa.

—De acuerdo. ¿Cómo sabéis lo de Martin?

—Somos tus amigos, cariño. Puedes compartir cualquier cosa con nosotros.

—¿Ashley?

—Derek se lo contó. Y no es asunto nuestro. ¿Verdad, Ash? —dijo Ray.

—No me importa que lo sepáis. De hecho, estoy deseando que lo conozcáis, pero ¿cuándo os lo contó Derek?

Ray se removió incómodo en su silla.

—Un día o dos después de que te fueras llamó a la puerta. Estaba alterado. Dijo que lo habías dejado por un artista que conociste en el funeral de tu abuela. Quería algo de apoyo pero después de lo que hizo... ¡Ay!

Esta vez fue Ashley quien le dio una patada a Ray.

Christie dirigió su mirada de uno a otro.

—¿Lo oísteis? ¿La noche que lo dejé? Lo siento muchísimo.

—Te estaba gritando. Íbamos a ir cuando él cerró de un portazo al salir. ¡Quería que nunca volviera! —La cara de Ray estaba completamente roja y sus manos se cerraron en un puño. Ashley le rodeó con un brazo.

Christie entrelazó sus dedos con los de Ray.

—Debería habéroslo contado a los dos. Él y su socia sabotearon mi trabajo en Londres, lo que fue realmente la gota que colmó el vaso, y no quiero volver a hablar de ello. Pero nunca lo dejé por otro hombre.

—No tenía sentido después de aquella cena en tu casa, con Ingrid coqueteando con Derek justo delante de nosotros. Ufff. —Ray apoyó la cabeza en el hombro de Ashley un momento, con los ojos cerrados. Christie le apretó la mano tan fuerte como pudo.

—No pasa nada. Ya lo he superado. Los he superado. Quieren el terreno donde está la cabaña porque otro promotor está comprando todo lo que hay disponible. Realmente para ellos es solo un juego.

Ray abrió los ojos.

—Ojalá fuera él quien se hubiera ido. No tú.

Lo que debería haber sido un agradable paseo hasta el hotel se convirtió en una carrera cuando un chaparrón repentino les sorprendió a medio camino. Christie abandonó su dignidad y se quitó los tacones. Con los brazos entrelazados y riendo, los tres encontraron cobijo.

Ray jugueteó con el pelo mojado de Christie mientras esperaban, poniéndoselo bien.

—¡Estás preciosa! Ash, ¿qué tal si nos colamos en los estudios y hacemos algunas fotos glamurosas?

—¡Muy gracioso! No me sacarán fotos con este aspecto, muchas gracias.

—Seguro que a tu Martin le encantaría verte en tu mejor momento —Ray se apartó con las manos formando un cuadrado, mirando a través de ellas como si fuera una cámara.

—Ya me ha visto en mi peor momento, así que cualquier cosa es una mejora. Pero no.

—¿Y cuál fue tu peor momento?

Ray sacó disimuladamente su teléfono mientras Christie se miraba en el escaparate, arrugando la nariz ante su reflejo. Se dio la vuelta justo cuando Ray le hacía una foto.

—¡Ashley, por favor, dile a Ray que no!

—Ray, no —Ashley recogió los zapatos de Christie mientras la lluvia amainaba—. Imagino que te gustaría tenerlos, *bella*.

—Gracias.

Miró a Ray con fingido enfado, quien sonrió y tomó otra foto.

—¡Para!

—Tampoco es que tengas Facebook y lo vaya a publicar por todas partes. Aunque no entiendo por qué no tienes.

—Suenas como Belinda —con los tacones de nuevo puestos, Christie salió a la pasarela.

—¿Y quién es Belinda? —Ray le ofreció el brazo a Christie, que fingió no verlo.

—Belinda Crossman, de la panadería de Rivers End. Es la chica más dulce del mundo. De hecho, dentro de un par de semanas empezará la escuela de belleza aquí, así que tendré una razón para visitaros.

—¿Una razón para visitarnos? Oh, ¿y nosotros qué somos? ¿Un cero a la izquierda? —Ray fingió sentirse ofendido.

Christie extendió su mano hacia Ashley, que sonrió con suficiencia a Ray mientras ella la deslizaba por su brazo.

—No, querido. Tú eres el cero a la izquierda.

Ray se colocó rápidamente al otro lado de Christie.

—Ah, ya veo lo que estás haciendo. Excelente distracción. Nunca nos has hablado sobre tu peor momento.

—No, no lo he hecho.

—¿Entonces?

—Entonces, ahí está mi hotel.

—¿Podemos subir a tomar una copa y nos lo cuentas? —insistió Ray. Christie se detuvo y le rodeó con los brazos.

—Te quiero.

Él la abrazó.

—¿Ni siquiera una copa?

—¡Ni siquiera una!

Con una risa, les hizo volver a su propio edificio. Su sonrisa se desvaneció.

Os echaré tanto de menos.

Su vida estaba dividida en dos.

Fuera de su hotel, Christie se detuvo para escurrirse la lluvia del pelo.

Un taxi pasó y se detuvo bruscamente en la acera unos metros más allá. Christie miró hacia el movimiento, pero nadie se bajó.

Estaba harta de la lluvia y quería darse una ducha rápida y caliente, tomarse otra copa de vino y tener una larga conversación con Martin.

En el momento en el que Christie entró en el hotel, la puerta del pasajero se abrió. Comenzó a diluviar, empapando al hombre que se quedó en la acera incluso después de que el taxi se marchara. Derek Hobbs miró fijamente el hotel. A través de la ventana, vio a Christie dirigirse a los ascensores.

Ya no la veía. Derek corrió hacia las ventanas, saltando de una a otra hasta que la vio de nuevo. Entró en el ascensor y miró en su dirección después de presionar el botón. Él se quedó inmóvil. Las puertas se cerraron y Christie había desaparecido. Otra vez.

Capítulo 4

Imaginando lo peor

Con la capota bajada, el Lotus giró la última curva antes de llegar a casa. Christie se detuvo en un arcén, tal como había hecho la primera vez que fue allí. Entonces había sido para el funeral de su abuela, no conocía a nadie y esperaba marcharse en un día.

Un día se convirtió en una semana. Regresar a Melbourne —a su vida con Derek— ya no era su primera opción para entonces. El pueblo y la cabaña heredada la cautivaron tan rápido que era como si estuviera destinada a estar allí.

Sin embargo, volvió a su vida, hasta que Derek mostró su personalidad narcisista una vez más e introdujo a otra mujer en su relación. No sabía si él tenía sentimientos por Ingrid Kauffman más allá de su amor compartido por el desarrollo inmobiliario, pero Christie merecía algo mejor.

Era temprano por la noche y al pie de la colina el pueblo era una estampa, con el lento río serpenteando a través de una abertura en los acantilados, encontrándose con el mar en forma de laguna un poco profunda. El aire era increíblemente salado y puro mientras una brisa llenaba los sentidos de Christie.

Le encantaba la ciudad. Adoraba el movimiento y la vida, los restaurantes y la gente. Martin solía llamarla «chica de ciudad» y en ese sentido tenía razón. Pero Rivers End ahora ocupaba su corazón.

De repente, necesitó ver a Martin. En lugar de ir primero a casa, dirigió el Lotus de vuelta a la carretera y pasó el desvío hacia la cabaña.

No había nadie. La puerta corredera estaba extrañamente cerrada —con llave, de hecho. Christie miró a través del cristal hacia una casa deshabitada. Revisó el cobertizo. La vieja moto y las tablas de surf estaban allí. El estudio también estaba desierto.

El sol casi tocaba el horizonte y el hambre le carcomía el estómago. Comprobó su móvil, por si acaso. Ni llamadas perdidas, ni mensajes. No era propio de Martin.

Derek nunca se había molestado en hacerle saber dónde estaba. Molesta porque él hubiera cruzado por su mente, Christie apartó el pensamiento.

Para cuando giró el Lotus hacia la entrada, Christie estaba tan cansada que solo quería comer y luego meterse en la cama. Incluso su maleta podía quedarse en el coche toda la noche. Solo su bolso y su maletín de maquillaje llegaron con ella al porche.

A punto de introducir la llave en la cerradura, Christie oyó un ruido desde el interior y se detuvo. Con el corazón acelerado, dio un paso atrás.

El ruido otra vez —un pequeño golpe contra la puerta. Otro paso atrás. Derek había entrado en la cabaña antes. ¡Pero no podía ser él!

El pomo de la puerta giró, solo un poco. Los ojos de Christie se agrandaron. La llave tintineó en el porche cuando la dejó caer, llevándose la mano a la boca.

—Randall, tienes que apartarte si quiero dejar entrar a Christie.

La puerta se abrió lo suficiente como para que Randall, con la cola moviéndose furiosamente, se precipitara hacia Christie. Martin empujó la puerta completamente con una amplia y acogedora sonrisa.

—Me preguntaba adónde habías ido cuando te oímos pasar con el coche.

A pesar de que perro daba vueltas alrededor de ella con entusiasmo, la mano de Christie seguía cubriendo su boca. Eran Martin y Randall. No algún intruso.

No es Derek.

—¿Christie?

—Yo... yo pensaba...

Martin extendió los brazos hacia Christie. Ella se lanzó a sus brazos y rompió en sollozos.

—Pensaba que ya habíamos superado esto de llorar —Martin sostenía una caja de pañuelos para Christie, que estaba sentada a la mesa, con Randall a su lado.

—Yo también. Lo siento —se secó los ojos.

Poniéndose en cuclillas frente a Christie, Martin le acarició la mejilla.

—No quería asustarte.

Ella se inclinó hacia su mano mientras el miedo se evaporaba con su contacto. Su pulso volvía a ser normal y estaba enfadada consigo misma por haber exagerado. ¿Quién más podría estar allí? Él tenía una llave.

—¿Estás bien?

—He ido a tu casa.

—Ah. Te oímos pasar con el coche. Pensé que necesitabas algo de la tienda.

—No. Solo a ti —su voz era diminuta.

Dejó caer su mano sobre la de ella y la apretó.

—Ven a ver tu habitación.

Martin la condujo por el pasillo. La puerta del comedor estaba cerrada y Martin tiró de su mano cuando ella vaciló.

En la puerta del dormitorio, Martin hizo pasar primero a Christie. Ella se detuvo maravillada. El enyesado y la pintura estaban terminados, con el precioso y antiguo rosetón del techo devuelto a su posición, alrededor de la nueva lámpara.

Unas pesadas cortinas azul marino enmarcaban una reluciente ventana nueva, con unos visillos de encaje recogidos a un lado. Quedaban perfectas contra las paredes color crema pálido.

—Creía que habías dicho que la pintura aún no estaría terminada.

—Había que arreglarlo.

Christie rodeó el cuello de Martin con sus brazos y lo besó.

—Gracias. ¿No hay mural abstracto?

Él sonrió.

—¿Tienes hambre? —Sin esperar respuesta, se marchó. Curiosa, Christie le siguió hasta el comedor. En cuanto se abrió la puerta, el aroma apetitoso de pollo asado invadió el ambiente.

En el suelo había extendida una manta colorida. Una cesta de pícnic rebosaba de palitos de pan, ensalada, quesos y trozos de pollo. Las velas parpadeaban en el alféizar de la ventana. Las dos sillas de respaldo recto —el único mobiliario de la habitación— servían para sostener platos y servilletas. Una cubitera con una botella de *Chardonnay* descansaba en el suelo junto a dos copas.

Martin le tendió la mano.

—¿Vas a entrar?

—¡Vaya! —consiguió decir, antes de que una lágrima resbalara por su mejilla.

Martin suspiró y la volvió a tomar en sus brazos.

—Tú, mi amor, estás agotada. ¿Cuándo ha sido la última vez que has comido?

Christie murmuró algo contra su pecho. Su aroma la llenaba de anhelo por quedarse exactamente donde estaba, pero el rugido de su estómago insistía con la misma intensidad en que se moviera.

—Espero que acabes de decir que has comido hoy. ¿Y desayunado?

—Solo quería terminar y volver a casa.

—Hablaremos de esto en otro momento. ¿Vino?

Randall se dejó caer en la entrada. Su cola golpeaba contra el suelo cuando Christie acarició su suave cabeza.

—Te he echado de menos.

Estaba en casa. Todo lo que necesitaba estaba allí.

—¿Quién necesita una mesa de comedor? —Christie estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo, una copa de vino en una mano y un trozo de pan en la otra.

—Podría resultar incómodo después de un rato.

—Podría comprar cojines grandes. O pufs.

—Espero que no.

Con una sonrisa, Christie brindó con él.

—Por ti, con agradecimiento.

—De nada. ¿Por qué?

—Por esto. Por pintar mi habitación y hacer mi cama. Por estar aquí cuando llegué a casa.

Martin se inclinó para besarle la frente.

—Debería haberte dicho que estábamos aquí.

—Tenías razón. Estaba agotada y hambrienta. ¡Qué tontería reaccionar así! —Su rostro se tensó.

—Ven. Ven aquí. —Extendió el brazo y Christie se acercó un poco para entrar en su abrazo. Con la mano libre, rellenó sus copas.

—¿Qué tal Melbourne?

—Agotador. No me malinterpretes, todavía me encanta el trabajo y adoro los estudios Docklands. Es solo que ha sido... extraño. Estar allí de nuevo.

—¿Le viste?

Los ojos de Christie volaron hacia los de Martin. La preocupación arrugaba su frente.

—¡No! Por supuesto que no. Prometí mantenerme alejada y lo hice.

—Pero Docklands es pequeño. Esa era mi preocupación, que de alguna manera se topara contigo.

—Ash y Ray me llevaron a cenar a Central Pier, que está justo pasando mi antiguo apartamento. Pero ya le habían visto irse en un taxi y estuvieron conmigo en todo momento. Fueron muy protectores y dulces. Y me acompañaron casi hasta el hotel. Bueno, corrimos un poco, porque estaba lloviendo.

Martin se rio.

Con los ojos cerrados de satisfacción, Christie se relajó contra Martin. Qué tonta había sido imaginando que Derek todavía se molestaría por ella. Esa parte de su vida había terminado y ahora tenía el más maravilloso futuro por delante.

Capítulo 5

Belinda

—Pero ¿y si fracaso? ¿Y si todas las otras chicas son más listas y no encajo? —Belinda daba vueltas por la cocina.

—Ah, pero, ¿y si triunfas? ¿Y si las otras chicas te adoran tanto como yo? —Christie vertió agua en las tazas de café.

El paseo se detuvo.

—¿Me adoras?

—¡Por supuesto que sí! Mira, para mí, el primer día del curso de belleza fue aterrador. Lo deseaba muchísimo, pero estaba convencida de que todos me mirarían y verían a una chica de pueblo.

—Pero si eres una chica de ciudad.

—Un día de estos voy a organizar una reunión en el pueblo para hablar de esa frase con todo el mundo, incluido con tu primo Martin. —Se esforzó por mantener la compostura—. Pasé mis primeros siete años en el campo.

—¿En serio?

—Y estaba aterrada de juntarme con jóvenes que imaginaba que ya eran expertas en belleza. ¿Y sabes qué?

—¿Lo eran?

—Algunas lo creían. Pero todas estábamos igual de nerviosas, emocionadas y ambiciosas. En pocos días, nos organizamos en grupos y —como en el colegio— o bien nos hicimos amigas o simplemente nos tolerábamos unas a otras.

Belinda hizo una mueca.

—El colegio no fue muy divertido. Es decir, me fue bien, pero siempre fui un poco diferente.

—¡En Melbourne verás muchas cosas diferentes! Pero, ¿no es eso lo que quieres? ¿La oportunidad de convertirte en lo que deseas ser?

—Pero ¿quién va a hablar con los pasteles?

Christie estalló en carcajadas.

—Lo siento. —Intentó parar—. Pasaré a charlar con ellos.

Belinda la miró incrédula.

—¿Te burlas de mis pasteles?

—Oh, no quería decir...

La boca de Belinda tembló y luego se ensanchó en una sonrisa traviesa.

—Qué graciosa. Tal vez debería advertirles a tus profesores sobre ti.

—No hace falta. Dejaré que lo descubran por sí mismos. ¡Ay, casi me olvido! —Rebuscó en su enorme bolso y colocó una caja envuelta en papel brillante frente a Christie.

—Oh. ¿Qué es esto?

—Es una caja.

—Ja, ja. ¿Para mí?

—¿Estás bien? Porque puedo dársela a otra persona.

Christie puso la mano sobre la caja con un severo «¡Es mía!» y Belinda soltó una risita.

Christie tiró cuidadosamente de la cinta para deshacer el elaborado lazo púrpura. Desenvolvió el vívido papel amarillo, un extremo a la vez. Antes de quitar el papel, echó un vistazo a Belinda, que observaba atentamente el proceso.

—¡Date prisa!

—Quizás espere a que te vayas. ¿No? Vale, vale. —Con un ademán teatral, reveló el regalo—. Oh, cariño.

Enmarcada en plata ornamentada había una fotografía de la boda de Thomas y Martha, tomada en la playa, después de los votos.

Era un momento capturado en el tiempo. Christie miraba a Martin mientras él enrollaba un mechón de jazmín alrededor de su cabello

trenzado. Él se concentraba en el jazmín y ella en su rostro. Él había sonreído. "Así está mejor. Mar de jazmín".

Hasta entonces, Christie había creído que él no la amaba, pero cuando pronunció esas palabras, su corazón casi se detuvo. Él había recordado su primera velada juntos, cuando ella bromeó sobre ser una fabricante de velas que creaba una fragancia hecha de una flor y el océano.

—¿Te gusta? Estaba revisando todas las fotos y os vi a los dos en el fondo. Parecía un momento especial. Realmente le quieres.

—Realmente le quiero.

—Pues bien. Todos somos felices.

—Eres una amiga maravillosa. ¡Me encanta! —Christie se levantó de un salto y abrazó a Belinda—. Y te irá bien en Melbourne. Llámame en cualquier momento si te sientes sola o no estás segura de algo, ¿vale?

—¿Seguro?

—Sí. Y volveré por trabajo, así que saldremos juntas y quizás vayamos a echar un vistazo por los estudios Docklands.

Christie no estaba completamente segura, pero puede que hubiera una lágrima en los ojos de Belinda cuando se marchó momentos después. Era difícil distinguirla a través de la niebla que había en los suyos.

Capítulo 6

Maquinaciones

La oficina del duodécimo piso daba a la bahía Port Phillip. Era un amplio espacio de trabajo inmaculado con mobiliario moderno y sin desorden. Un mapa de Victoria ocupaba toda una pared, salpicado esporádicamente con el logotipo de la empresa.

Detrás del escritorio, Derek Hobbs miraba fijamente un portátil. El café frío seguía intacto desde hacía dos horas.

Concentrado en su monitor, ignoró un golpecito en su puerta de cristal. El pomo giró. Estaba cerrada con llave. Los golpes comenzaron con insistencia hasta que, molesto, levantó la mirada.

—Maldita sea —se apresuró a abrir la puerta. Ingrid se abrió paso a empujones, con una bandeja de cartón que llevaba dos cafés.

—¿Estás bien? —exigió, mientras Derek volvía a cerrar la puerta con llave.

—Estoy ocupado.

—¡Tu teléfono está ocupado!

—No. Desenchufado. Y antes de que me lo digas, el móvil está apagado.

En cuanto se sentó de nuevo, Ingrid le pasó un café.

—¿Por qué?

—Gracias. Ya te lo he dicho. Estoy ocupado.

—¿Demasiado ocupado para mí? —caminó contoneándose alrededor del escritorio, con los tacones de aguja hundiéndose en la espesa alfombra. Miró la pantalla.

—Oh. ¿En serio? —sonrió levemente—. ¿No habías superado todo eso?

—Estuvo aquí.

—¿Christie?

—Sí.

—¿En esta oficina?

—No seas ridícula. En Melbourne. La vi entrar en el Four Seasons la otra noche.

—¿Te vio ella?

—No. Estaba trabajando en los estudios. Fue allí a la mañana siguiente.

—¿La estás acosando?

—Tenía curiosidad. Pero luego desapareció en ese coche ridículo suyo, así que sin duda ha vuelto con el artista.

Ingrid se acomodó en una esquina del escritorio, cruzando una pierna, cubierta por medias negras, sobre la otra.

—Si tanto te molesta, ¿por qué no le haces una visita?

—Ingrid, ¿por qué estás aquí?

—Organizaste una reunión. Con Rupert, ¿lo recuerdas?

—Perdona —le tomó la mano—. No quiero ser brusco, pero no puedo evitar pensar que si las cosas no funcionan con el artista, ella estaría dispuesta a vender. Y podríamos ser nosotros quienes compremos.

—¿Conoce tu ex a Rupert?

—No. Nunca se ha cruzado con él. ¡Oh, chica lista!

Ingrid inclinó la cabeza.

—Me encanta la brisa del mar. Y llevo muchísimo tiempo queriendo que me hagan un retrato. ¿En tu búsqueda obsesiva por internet has averiguado si Martin Blake hace algo más que arte abstracto?

Derek se puso de pie.

—¿Te he dicho lo lista que eres?

—Puedes repetirlo cuando quieras.

—Entonces debo hacerlo. Cenemos esta noche y discutamos esto más a fondo.

—Envíame un mensaje con los detalles. Dejaré la puerta sin cerrar. Rupert está esperando, ¿sabes?

Después de que ella se marchara, Derek se quedó de pie frente al mapa de Victoria. Pasó la mano a lo largo de la Great Ocean Road hasta llegar a Rivers End, un pequeño punto en el mapa. Quería ese pueblo.

Capítulo 7

Willow Bay

Al borde mismo del acantilado, Christie tomó aire a bocanadas, con la camiseta de tirantes empapada de sudor. Desde allí, la vista se extendía infinitamente sobre el gran océano Austral. A su derecha, los escalones de piedra descendían hasta la playa. Los mismos escalones que acababa de subir corriendo tras una buena carrera a lo largo del río y a través de la hendidura en los acantilados hasta la arena.

Comprobó su reloj y se puso en marcha. Tenía tiempo para una ducha rápida antes de que Barry y su equipo llegaran para continuar con su trabajo. Cruzó por el cementerio, deteniéndose en el lugar de descanso de su abuela. Sus ojos recorrieron la inscripción:

Dorothy Lilian Ryan
Hija de Lilian y Patrick
1938–2017

No había ni una palabra sobre su única hija, Rebecca, la hija a la que alejó de su lado y luego perdió en un accidente de coche: la madre de Christie. Tampoco había ninguna mención a Martha, su propia hermana, a quien una vez quiso tanto que Dorothy creía que solo ella sabía lo que era mejor para ella.

Martha podría haber perdonado a su hermana, pero Christie no. No había habido calidez en la abuela. Acoger a su nieta huérfana en su hogar estéril había sido una gran imposición y Dorothy se había asegurado de que Christie lo supiera.

Christie tocó la lápida de su abuela. Al menos ahora descansaba en paz. Qué lástima que nunca supiera que Martha se había reunido con Thomas. Al menos, la insistencia de la abuela en que Christie indagara en el pasado la había llevado hasta Martin.

Al final de la tarde, la cabaña volvió a estar en silencio. Christie barrió los escombros en un montón. El otro dormitorio y el comedor tenían techos nuevos, paredes imprimadas y suelos de madera al descubierto. La vieja alfombra se amontonaba cerca de la puerta principal, esperando a que vaciaran el contenedor desbordado al borde de la calle.

El sonido familiar de una moto interrumpió el silencio. Christie se alisó el cabello y salió apresuradamente.

Con el casco colgando de una mano, Martin estaba de pie junto a la moto, examinando el jardín. Su habitual camiseta se adhería a un pecho musculoso y un vientre plano, y llevaba vaqueros. Un tejido vaquero que abrazaba los contornos de sus piernas hasta su estrecha cintura, curvándose sobre su...

¡Detente!

El corazón de Christie dio un vuelco cuando él le dirigió una sonrisa pausada.

—Has estado ocupada.

—Está aún un poco caótico. Pero al menos los rosales están bajo control de nuevo.

—Ya lo veo —dejó el casco en el asiento y acortó la distancia entre ellos. Examinó sus manos, cruzadas por pequeños cortes y rozaduras—. ¿Te has puesto algo en esas heridas?

—Son solo de las espinas.

—¿Y?

—Me he lavado los brazos. Necesito conseguir un botiquín de primeros auxilios o algo así.

—¿Cuánto hace que te pusiste la vacuna del tétanos?

—El año pasado.

Deja de preocuparte.

Christie retiró suavemente su brazo.

—¿Para qué es el casco?

—Por seguridad. La tuya.

Sus ojos se iluminaron.

—Oh, ¿adónde vamos?

—A un sitio al que creo que no has ido todavía. Así que prepárate y cierra todo.

—¿Quieres entrar? —sonrió.

—No. ¡Quiero que te des prisa!

Todavía sonriendo, se apresuró a entrar.

La última vez que Christie estuvo en aquella moto, el Lotus se había quedado sin combustible y Martin la había ayudado a regañadientes a conseguir algo. Después la había llevado rápidamente a un mirador en la montaña cercana, donde la había acusado de planear impulsar el desarrollo urbano en el pueblo.

Esta vez pasaron junto a Palmerston House, la majestuosa casa que perteneció a la familia de Christie durante generaciones y que ahora funcionaba como un alojamiento con desayuno. Martin redujo la velocidad cuando una nueva urbanización apareció a la vista, a la derecha, en lo alto de la colina. Las pocas casas terminadas eran grandes y estaban en manzanas más grandes de lo normal, pero aún así parecían suburbios. Un único camino conducía a la urbanización, a través de unos muros de piedra que proclamaban «Rivers End Heights».

La carretera se curvaba hacia el interior. Era una zona boscosa donde el mar desaparecía de la vista. Casi sin frenar, Martin giró a la izquierda hacia un estrecho sendero, mientras Christie se aferraba a su cintura. Miró hacia delante cuando los árboles se abrieron. Allí había una bahía apartada, mucho más pequeña que la playa de Rivers End. Protegida por acantilados que casi envolvían la estrecha

franja de arena, el agua en calma parecía profunda. Y estaba salpicada de veleros.

Con los dedos entrelazados, Martin y Christie siguieron un sendero hacia la orilla. La moto estaba en una zona de aparcamiento, una de las diez más o menos marcadas al final del camino.

—¿Cuánto tiempo lleva esto aquí? —Con los ojos abiertos de emoción, Christie casi daba saltitos mientras caminaba.

—Es un puerto natural, así que probablemente siglos, pero la nueva urbanización que acabamos de pasar ha aumentado la población de barcos.

—Pensé que había más por aquí. ¡Oh, mira ese! —Señaló una goleta.

—Sí. Eliges el más caro.

—Solías acusarme de coleccionar juguetes caros. Aunque nunca se me ocurrió comprar un barco.

—¿Pero te gustaría tener uno? —Martin la miró de reojo.

—¿Mi propio velero? Eso va más allá de mi sueldo.

—¿Y si no lo estuviera?

Christie se detuvo cuando se acercaban al borde de la arena, observando la bahía. Diez o doce embarcaciones de diferentes tamaños y tipos se mecían en sus amarres. Su mirada se vio atraída hacia un velero más pequeño, elegante y de estilo antiguo. Qué maravilloso sería navegarlo entre los acantilados hacia mar abierto.

—Sería fantástico.

Martin la acercó a él, levantando su barbilla y rozando sus labios con los suyos.

—Tú eres fantástica. —La giró para que mirara los barcos. Con un brazo alrededor de su cintura, señaló con el otro hacia el velero más pequeño.

—Hecho de pino de Huon en Tasmania. Un balandro tan sensible que casi puede navegar por sí solo.

—Es precioso.

—Es antiguo. Pero sí, es precioso.

La paz del atardecer los envolvía. Una surrealista luz del sol de poniente inundaba el espacio entre los acantilados.

—Lee el nombre.

El velero estaba bastante lejos, pero Christie tenía buena vista. Como si estuviera resaltado por el sol, el nombre en el costado del barco era claro.

Lanzó una mirada de asombro a Martin.

—Léelo, cariño.

—Se... se llama Mar de jazmín.

Capítulo 8

Un barco de libertad

—Pero... ¿Cómo? ¿Por qué? —Christie agarró la mano de Martin para evitar que la suya temblara.

—Respira hondo.

—¡No necesito respirar! ¿Por qué el velero se llama Mar de jazmín? ¡Por favor!

—Ven a verlo. —Martin le soltó la mano y avanzó por la playa a paso ligero. Christie le alcanzó mientras él arrastraba un bote de un montón. Era pequeño, de madera y, a ojos de Christie, poco seguro. Eso no impidió que Martin lo arrastrara hasta la orilla. Ajustó los remos.

—¿Vamos a subir en eso?

—Depende de si quieres ver el velero. O puedes nadar.

—Podría ser más seguro.

—¿Te he puesto alguna vez en peligro?

Ella agarró un lado del bote.

—¿A qué estamos esperando?

Los ojos de Martin no se perdieron detalle.

—Tira los zapatos dentro. Cuando estemos con agua hasta las rodillas, sube y nos llevaré un poco más allá.

Zapatos y calcetines fueron al interior y ella se tomó un momento para remangarse los vaqueros hasta las rodillas. La idea que él tenía del agua hasta las rodillas era diferente a la suya, y no tardó mucho en tener las piernas mojadas.

—Vale, siéntate primero y luego mete las piernas. Así, muy bien. —Martin dirigió el pequeño bote un poco más allá y luego imitó las acciones de Christie para unirse a ella. Remó sin esfuerzo entre las pequeñas olas—. ¿No sabías navegar?

—En uno de quince metros. Era un barco grande y estaba amarrado en un puerto deportivo, así que no había necesidad de remar hasta él.

Mientras navegaba alrededor de un velero más grande, Martin señaló el agua.

—Por aquí no hay mucha profundidad. No más de lo que nadamos. Mira qué cristalina está.

Tenía razón. El fondo arenoso parecía lo suficientemente cerca como para tocarlo. El mar estaba tranquilo y ella centró su atención en el velero que ahora estaba a solo un momento de distancia.

El Mar de jazmín era una estampa mientras se balanceaba suavemente. Su largo casco era elegante, con relucientes barandillas a la altura del tobillo y altos mástiles de madera que se elevaban sobre la cabina y el timón.

En la popa, una escalera invitaba a Christie a subir a bordo. Los asientos acolchados y una mesa desplegable creaban un lugar perfecto para disfrutar de una comida. Cerca de la cabina había un timón de madera. Unos escalones conducían a la cubierta inferior.

Christie se volvió hacia Martin. Necesitaba saber. Imperturbable, él se apoyó contra la barandilla, con los brazos cruzados.

—¿Es tuyo?

—No. En realidad, sí. Por ahora.

—No te entiendo.

—He tenido esta embarcación durante años. Es una de las primeras cosas que compré. Con el tiempo la he usado cada vez menos. Aunque a Randall todavía le encanta estar a bordo.

—¿Tienes un barco llamado Mar de jazmín?

Un pequeño destello de impaciencia cruzó su rostro.

—Tenía un barco llamado... bueno, llamado de otra manera. Mientras estabas en Melbourne le cambié el nombre. Y ahora es Mar de jazmín. Y si lo quieres, es tuyo.

—Oh.

—¿Oh?

¿Por qué?

¿Quién regala su barco? No estaban casados ni comprometidos ni... Las piernas le temblaron. ¿Estaba a punto de pedirle matrimonio?

—Vaya, tranquila. Ven, siéntate un rato —Martin la condujo a los asientos y la sentó en su regazo. Le apartó el pelo suelto de los ojos —. Respira despacio. No te me desmayes.

—Lo siento. Es que me he sentido un poco extraña por un momento. Ya estoy bien.

—¿Te has saltado comidas otra vez?

—¿Has dicho en serio que esto es mío? ¿Me estás regalando todo un velero?

—Sería bastante absurdo darte solo una parte. Quizás debería haber esperado.

Ella negó con la cabeza, tratando de entender. Él suspiró, rodeándola con ambos brazos para que se apoyara contra su pecho, con la cabeza en su hombro.

—Nunca he tenido a nadie a quien regalarle cosas. Christie, lo has cambiado todo estando aquí. Estando conmigo. Pero a veces veo en tus ojos que no estás segura.

Ella intentó incorporarse, pero él la sujetó un poco más fuerte, ajustando su posición para que pudiera verle la cara.

—¡Te quiero, Martin!

—A veces el amor no es suficiente. Tienes otro mundo ahí fuera y sé que estás dividida.

—¿Qué quieres decir?

Martin le besó la punta de la nariz.

—Quiero decir que este barco es tu libertad. Úsalo cuando quieras escapar. Durante una hora o durante una semana. Este es su puerto, igual que yo soy el tuyo.

—Me encanta mi trabajo y a veces echo de menos mi apartamento y a mis amigos. Pero este es mi mundo ahora, al menos en su mayor parte. Contigo —su voz apenas era un susurro.

—Y con Randall.

—Sí, por cierto, ¿dónde está Randall?

—Pasando la noche en Palmerston.

Christie soltó una risita.

—¿Puedo explorar mi barco?

—Pronto —sus labios rozaron los suyos—. Cuando haya hecho esto un rato.

El dormitorio en la proa era sencillo y cómodo y tenía una cama recién hecha. Había un diminuto cuarto de baño y una cocina funcional con una mesa y asientos. Entre las escaleras y la cocina, una zona de paso albergaba armarios, una estantería con una radio, mapas y una escotilla que conducía a la sala de máquinas.

Christie subió corriendo los escalones para encontrar a Martin. La noche caía suavemente. El suave chapoteo del agua contra el casco resultaba reconfortante. Los otros veleros eran barcos fantasma bajo la luz de la luna. Estaban solos, allí en aquel puerto.

—Mmm... ya es de noche. ¿La moto tiene faros que funcionen?

Martin la miró desde la proa.

—¿Y si digo que no?

—Entonces estamos atrapados aquí esta noche.

—¿Tienes algún otro sitio donde estar?

—No tengo ropa para cambiarme.

Él se acercó a ella y tomó su rostro entre las manos, con expresión seria.

—Si quieres ir a casa, haré que pase.

—Creo que me gustaría quedarme aquí.

Martin sonrió y la soltó.

—Ve a la proa. He preparado un pícnic mientras tú estabas mirando alrededor.

—¡Dos pícnics en una semana!

—La forma más fácil de asegurarme de que comas. Vamos.

—¿Adónde vas?

—¡Siempre hay una pregunta!

Fiel a su palabra, Martin había preparado un pícnic. Una ensalada de marisco y una bandeja de queso y fruta hicieron que a Christie se le hiciera la boca agua. Solo había parado para tomar un café durante el día, así que no era de extrañar que se hubiera sentido débil antes.

Un momento después, Martin se unió a ella con una cubitera, una botella de vino y copas.

—El champán es una parte importante del cambio de nombre de un barco. No tenía a mano, así que espero que tu vino blanco favorito sirva para brindar por el cambio de propietario —Sirvió dos copas y le ofreció una a Christie.

—Pensaba que daba mala suerte cambiar el nombre de un barco. Gracias.

—No tienes ni idea —Chocó su copa con la de Christie—. Por Mar de jazmín.

—Por ti —Christie se inclinó y le besó. Olía a hombre, a sal y era totalmente deseable. Su estómago rugió y ella soltó una risita.

—Come —le ordenó—. De hecho, sujétame la copa y te serviré la comida.

Ella le observó con satisfacción mientras él escogía los mejores bocados de marisco y añadía pan de masa madre con mantequilla a su plato.

—¿Cómo le has cambiado el nombre?

—Con champán y un ritual —Cambió su copa por el plato de ella —. Hay una fórmula: hay que aplacar a Poseidón y debe hacerse con las palabras correctas en un orden específico y con abundante champán de calidad vertido en sus dominios para hacerlo feliz. Solo entonces se puede ofrecer un nuevo nombre.

—Estás de broma.

—No lo estoy. De hecho, puedes preguntarle a Belinda porque ella me ayudó a hacerlo.

Martin levantó un tenedor lleno de ensalada con un guiño. ¿Qué había pasado en esos pocos días que estuvo fuera? Toda la conspiración.

—¿Alguna vez has tenido una fiesta sorpresa? —preguntó él.

—Sí. La odié.

—Me lo imaginaba.

—Es solo que...

—¿Es solo qué? Toma, prueba un poco de salsa tártara.

—Oh, qué rico. No sé. Supongo que me va bien algo de previsibilidad.

Durante un rato comieron en silencio. El aire estaba templado con apenas un poca de brisa. Aunque la marea estaba subiendo, el movimiento del barco seguía siendo suave.

Martin rellenó sus copas.

—Te enseñaré lo básico por la mañana.

—¿Vamos a navegar?

Él se rio.

— Solo alrededor del puerto para empezar, ¿de acuerdo? Y tienes que conseguir tu licencia de navegación antes de que te entregue las llaves.

—Lo siento. Por lo de antes.

—¿Por qué, cariño? ¿Por no comer adecuadamente otra vez? ¿O por buscar un motivo oculto en mi regalo? —Habló con suavidad pero, en el fondo, Christie percibió decepción. En ella.

—No me lo merezco.

—Es mi decisión.

—Y significa más de lo que crees.

—Entonces no lo cuestiones. Otras personas pueden haberte regalado juguetes caros por razones equivocadas. Yo no. No soy Derek —Con un gesto de negación, se levantó sin ver la mano que Christie le tendía mientras iba hacia la popa.

Ella le siguió con sus copas. Se apoyó contra él.

—Pertenezco aquí. Contigo y con Randall.

Él pasó un brazo alrededor de ella, atrayéndola firmemente contra sí.

Capítulo 9

Juguetes caros

Podría haber sido el olor a beicon y huevos cocinándose, o el sutil movimiento del barco, o incluso la luz del sol sobre su almohada lo que despertó a Christie. Se estiró como un gato.

A través de la puerta observó a Martin sacar platos de un armario. Como si sintiera que estaba despierta, la miró.

—Dos minutos y esto estará servido en cubierta.

—¿No hay desayuno en la cama?

—Las camas no son para comer en ellas.

Tendré que trabajar en esa creencia.

Pocas cosas en la vida eran tan indulgentes como acurrucarse con un libro y una comida en una cama cómoda.

—Un minuto y contando.

—¡Eh! Eso ha ido rápido —se quejó, pero con una sonrisa, deslizando los pies fuera de la cama.

La mañana apenas había comenzado, pero ya hacía suficiente calor como para comer en la popa. Era un lugar sereno, muy privado. Los otros barcos se balanceaban con un ritmo extrañamente errático.

—Gracias. Por el desayuno y el café.

—¿No por dejarte dormir hasta tarde, o...? —Lo dejó deliberadamente sin terminar y ella se sonrojó.

—¿Cómo se llama?

—Café. Y esto es beicon, que viene de...

—Muy gracioso. Me refiero a este sitio.

—Bahía de los sauces. Nombrada así por los sauces nativos que hay a lo largo de la cresta. Este ha sido su hogar durante más tiempo del que yo he vivido.

—Nunca supe que estaba aquí, tan escondido y perfecto.

—No es completamente perfecto; hay algunos puntos en los que hay que tener cuidado. El canal es bastante seguro, pero hay un par de trucos para evitar problemas.

—Pero me los enseñarás, ¿verdad?

—Cada paso del camino.

En el bote, de regreso a la orilla, Christie permanecía en silencio. Observaba a Martin remar mientras sus poderosas brazadas con los remos cortaban el agua casi sin esfuerzo. ¿Cómo podía ser tan bueno en todo?

—¿Qué te pasa?

—Nada. Bueno, en realidad… Resulta que no puedo navegar después de todo.

Martin bajó los remos y dejó el bote ala deriva. Tomó ambas manos de Christie entre las suyas, frotando sus palmas.

—En realidad, sí puedes. Se necesita tiempo para entender cada barco, y este es viejo. Tiene algunas peculiaridades.

—Pero ¿cómo podría manejar Mar de jazmín por mi cuenta? Responde muy bien en tus manos, pero yo lo detuve.

—Práctica. Hacer el curso de navegación te ayudará, y yo también —besó cada mano y luego cogió los remos.

—¿Podremos navegar a algún sitio? ¿Durante unos días?

—Cuando termines esa cabaña tuya, entonces sí. Nos llevaremos a Randall y bajaremos un poco por la costa.

—¿Así que realmente le gusta el barco?

—Le encanta.

El bote chocaba contra las olas cerca de la playa y Martin salió a duras penas. Christie se unió a él, ayudando a arrastrar el pequeño bote hacia la orilla. Ella se soltó y se cayó en el agua poco profunda.

Martin le tendió una mano, riendo. La ayudó a ponerse de pie, manteniendo su mano en la suya mientras arrastraba la lancha.

—Creo que necesitas un chaleco salvavidas.

—No tiene gracia —balbuceó, intentando apartarse el pelo mojado de los ojos—. ¡Ahora parezco un desastre!

—Sí. Pero un desastre hermoso, como una sirena.

Ella se detuvo, soltando su mano de la de él. Él continuó subiendo el bote hasta lo alto de la playa y dándole la vuelta. Luego regresó paseando hacia la orilla, sonriendo.

—¿Vas a quedarte en las olas todo el día o prefieres ir a casa?

—Soy una sirena. No puedo abandonar el mar.

Como respuesta, Martin se adentró en el agua y levantó a Christie en sus brazos, alzándola como si no pesara nada.

—Siempre he querido una sirena y ahora tengo una —dijo de pie, con las piernas separadas para mantener el equilibrio—. Entonces, ¿qué prefieres? ¿Ir a casa a ducharte, o...?

—¿O qué?

—O te devuelvo al mar —se giró como si fuera a cumplir su amenaza.

Christie le rodeó el cuello con los brazos con fuerza.

—¡A casa! Quiero decir, me gustaría ir a casa.

—Pero las sirenas viven en el mar. Y además, has olvidado algo.

Riendo, Christie se acurrucó en sus brazos.

—Por favor. Llévame a casa, ¿por favor?

—Mucho mejor. Los modales son importantes para las sirenas — una puerta de coche se cerró de golpe en el aparcamiento—. Y esa es nuestra señal para marcharnos —murmuró Martin, pisando la playa y dejando suavemente a Christie en el suelo.

Pocas veces una ducha caliente le había sentado tan bien. El viaje a casa en la moto acabó en ropa fría y húmeda que se alegró de quitarse. Martin la había dejado al final del camino de entrada y Christie le había visto marcharse; una parte de ella anhelaba irse con

él. Siempre había sido así, incluso al principio, cuando estaban enfrentados. En el momento en que se separaban, le echaba de menos.

Con un suspiro, Christie cerró la ducha y cogió una toalla. Su relación con Derek nunca la había sentido así. Cuando salían juntos disfrutaba estando con él, pero era igual de feliz volviendo a su apartamento para planificar su próximo trabajo, o saliendo con amigos. Incluso después de que él se mudara con ella, no había existido ese anhelo de estar juntos todo el tiempo.

Christie dejó de secarse el pelo y se miró fijamente en el espejo.

Mar de jazmín.

Eran unas palabras que habían importado significativamente en momentos cruciales de su relación con Martin. Ahora, él había cambiado el nombre de su propio velero.

No te lo mereces.

Más de una vez, Martin había mencionado lo que él llamaba sus juguetes caros: su coche, el anillo carísimo de Derek, incluso un teléfono nuevo cuando ella lanzó el suyo contra la pared para que dejara de sonar.

Ahora le había regalado el juguete más caro de todos, pues no tenía duda de que el velero valía más que la cabaña que le había dejado la abuela. Se sentía mal.

Quizás no era el regalo en sí lo que no merecía. Quizás era su amor.

Capítulo 10

Sorpresa y decepción

Palmerston House era igual de impresionante en su moderno papel como alojamiento con desayuno como cuando era la majestuosa residencia de la familia Ryan. Sus jardines inmaculados invitaban a los viajeros cansados a pasear y disfrutar de la belleza de inspiración europea. Sus amplias terrazas ofrecían vistas de los jardines desde acogedores rincones. El extenso estanque en la parte trasera bullía de vida aviar.

—¡Ah, había creído oír tu coche! —Elizabeth White se apresuró a bajar por la escalera curva desde el nivel del entresuelo.

—¡Sí, no tengo ninguna posibilidad de escabullirme silenciosamente! —Christie la recibió al pie de los escalones y le besó la mejilla—. Estás genial.

—¡No tener que preocuparme por esos recién casados ayuda!

—¿Has tenido noticias de Martha?

—Solo una llamada de un minuto cuando llegaron a Dublín. ¿Tomamos un té? —Elizabeth no esperó respuesta.

Christie la siguió por el pasillo adornado de cuadros. Había fotografías enmarcadas de viejos almacenes de madera, la industria que elevó la fortuna de la familia Ryan. Podrías ver la estación de ferrocarril en su apogeo, bullendo de gente y actividad; a miembros de la familia Ryan a través de las décadas. Al final del todo había un gancho vacío. Ligeras diferencias en el color del papel pintado revelaban el tamaño de lo que una vez había colgado allí.

—¿Elizabeth? —Christie llegó a la cocina—. ¿Qué fotografía falta en el pasillo?

—¿Podrías sacar la leche, querida? ¿Sabes? Hace tiempo que no pienso en eso. Ya debía faltar cuando compré Palmerston.

Christie cogió la leche y se la llevó a Elizabeth, que estaba ocupada sirviendo porciones de merengue.

—¿Lo has hecho tú?

—Por supuesto. Una vieja receta, transmitida por mi tataratatarabuela... Oh, ¿a quién quiero engañar? Belinda me enseñó a hacerlo.

—Tiene una pinta increíble.

—El truco está en hacer crema de limón y usarla en lugar de fruta. Y mucha nata para montar con alto porcentaje de materia grasa. No estarás a dieta, ¿verdad?

—¡Hoy no! —Christie dio un bocado y cerró los ojos con un gemido—. ¡No sé cómo consigues meter tanto sabor a limón en la crema!

—Ah. Pasando el estanque y atravesando el arco hay todo un huerto de árboles frutales y de frutos secos, y los limones saben mejor directamente del árbol. ¡Oh! ¡Acabo de recordarlo!

Christie miró a Elizabeth con expresión desconcertada.

—Esa fotografía. La encontré al fondo de un armario cuando me mudé. El marco estaba dañado. La guardé con la intención de arreglarla y me olvidé.

—¿La del pasillo? Entonces, ¿era otra foto de la región?

Elizabeth dejó su taza.

—¡No, querida! Si ese recuerdo repentino no me falla, ¡es una foto de tu cabaña!

Un estrecho pasillo conducía a unas escaleras que bajaban a una bodega, donde había dos paredes llenas de polvorientos botelleros. Elizabeth abrió una puerta en el lado más alejado y encendió una luz tenue.

—¡No sé por qué me olvidé de esto! Probablemente porque Keith estaba ocupado arreglando el lugar; había estado tapiado durante mucho tiempo.

—¿Keith?

—Era un hombre tan bueno. Fue mi marido durante veinte maravillosos años.

—Lo siento.

—No lo sientas. Fuimos felices durante mucho tiempo. Ahora, déjame mirar por aquí. —Elizabeth abrió una caja de cartón alargada —. ¡Aquí está! ¡Oh, es exactamente como la recordaba!

Christie cogió la foto que le ofrecía, sosteniéndola bajo la luz. Cubierta de polvo, su marco estaba roto por varios puntos, pero la fotografía estaba intacta.

Tomada desde el frente del camino de entrada a la cabaña, mostraba un jardín bien cuidado, árboles mucho más pequeños y algo que casi hizo que Christie dejara caer la foto. Había un sendero que conducía desde la verja hasta el centro de la pared frontal. No la pared maciza de madera solapada y cubierta de maleza que Christie aún tenía que limpiar. Era una pared con una puerta principal.

Barry dio unos golpecitos al cristal que cubría la fotografía.

—En realidad no es sorprendente. Aunque algunas de estas casas antiguas no se construyeron siguiendo ningún plano, me parecía curioso que no hubiera algún tipo de entrada principal.

—Entonces, ¿no hay planos de la casa?

—Ninguno. Nada registrado, al menos. ¿Has buscado la puerta?

—¿La puerta principal? ¿Vamos?

En lugar de seguir a Christie hasta la entrada de la cabaña, Barry fue a la parte trasera de su camioneta y cogió una pala. Fue dando golpecitos a través de la hierba alta.

Clang.

—Lo encontré.

Christie corrió para ver a qué se refería mientras él se ponía en cuclillas y apartaba la hierba a un lado.

—El viejo sendero. Nunca lo habrías sabido sin la foto.

Barry avanzó dando golpes hasta la pared frontal. En un profundo parterre, viejos arbustos leñosos —que habían vivido tiempos mejores— bloqueaban su avance.

—Eso puede desaparecer —dijo Christie.

Con un par de gruñidos, Barry arrancó dos arbustos. Los arrastró a un lado, dejando un estrecho pasaje a través de la tierra.

—¡Oh, hay un escalón!

—Son tablones de madera relativamente nuevos. ¿Ves que son un poco diferentes? Ahí es donde está escondida tu puerta, te lo apuesto.

—Vaya. Está entre los dormitorios. Así que el armario...

—Sí. Detrás encontraremos el otro lado.

—¡Vale! ¡Hagámoslo! —Christie casi bailaba de emoción.

Barry sonrió.

—Le diré a los chicos que le echen un vistazo y te aviso.

—Oh. ¿No puedes simplemente derribar la pared?

—No hasta que sepa que no se vendrá el techo abajo con ella. Mientras lo examinamos, tienes que pensar si realmente quieres una puerta principal.

Barry se dirigió de vuelta a su camioneta. ¿Por qué no iba a querer una puerta principal? Y lo más importante, ¿por qué habían tapiado la puerta principal? ¿Y cuándo?

—¿Crees que Thomas lo sabría? —Ofreciendo su copa, Christie reflexionaba sobre el misterio de la puerta principal.

Martin rellenó ambas copas.

—Quizás. Depende de cuánto tiempo haya pasado desde que la tapiaron.

—Barry cree que hace al menos cincuenta años, puede que un poco más. ¿No vivió Thomas allí de niño? ¿Habría fotos del lugar de

aquella época que él pudiera conservar aún?

—Tantas preguntas… Vale, no me mires así. Quizás tengas que esperar para preguntarle.

Christie salió a la terraza. El olor a mar y jazmín le recordó al velero y sonrió.

—¿Y esa sonrisa? —Martin apoyó los brazos en la barandilla, observando su rostro en el resplandor del atardecer.

—Soy afortunada. Eso es todo.

—Eres hermosa.

Christie se sonrojó. Hasta conocer a Martin, ningún cumplido le había subido el color a la cara, pero a él le bastaba con decir algo agradable o mirarla con esos ojos oscuros y melancólicos para que ella se perdiera.

—Es dulce.

—¿Qué es dulce? —Bebió un sorbo de vino para disimular su reacción.

—Aquí estás tú, una mujer cosmopolita y viajera que se ha codeado con ricos y famosos durante años. Sin embargo —se acercó, girando su rostro hacia el suyo con un dedo gentil bajo su barbilla—, te sonrojas como una adolescente.

—Em... Es el sol. El atardecer. Solo un reflejo del sol.

Él se rio con un sonido bajo y muy atractivo. Su cuerpo respondió inclinándose hacia él, completamente sin su permiso.

—Entonces esperaré hasta que se ponga el sol y te lo diré otra vez. Y otra vez. Eres hermosa, Christie Ryan. Y dulce.

—No quiero ser dulce —las palabras fueron apenas un susurro.

—Entonces sé solo mi amor —Martin dejó su copa de vino en la barandilla y tomó la de Christie para ponerla junto a la suya. Cogió sus manos y las sostuvo contra su pecho.

—¿Sientes los latidos de mi corazón? Está acelerado. Y es por ti, Christie. Solo por ti.

Unos escalofríos de deleite la recorrieron y sus nervios se inundaron de sensibilidad. Por la forma en la que la miraba, algo especial debía estar a punto de suceder.

—Te he esperado toda mi vida —sus palabras eran como un sueño.

¡Te quiero, te quiero!

Iba a pedirle matrimonio. No importaba que hubieran estado juntos tan poco tiempo. Lo que compartían era real. Verdadero. Honesto.

Martin le besó la frente. Luego alcanzó las copas de vino y le ofreció la suya a Christie. Confundida, la tomó. ¿Quizás era para un brindis? Pero él era un hombre anticuado. ¿No querría hacer toda la propuesta formal?

—¿Christie?

—¿Sí? —Su voz apenas superaba un susurro y ahora, él la miró con una sonrisa.

—Te ofrecería cenar, pero hay un cliente potencial que ha quedado en llamarme pronto. Tardaré un rato.

—Oh. ¿Me voy? Es eso lo que quieres decir. Oh, pensaba que...

—¿Qué pensabas?

—No, nada.

—Lo siento, me hubiera gustado pasar la noche juntos. ¿Mañana? —La besó. Ella apenas devolvió la presión de sus labios y él se apartó para mirarla—. Te he molestado.

Christie reprimió los sentimientos de amarga decepción y vergüenza. Sonrió y le entregó su copa vacía.

—En realidad, estoy bastante cansada, así que sí, quedemos mañana.

Martin escrutó su rostro con el ceño fruncido.

—Hablaremos de esto entonces.

—Claro.

Ni hablar.

—Espero que la llamada telefónica vaya bien —bajó corriendo las escaleras.

—¿Christie?

—¡Dale un abrazo a Randall! —Sin mirar atrás, se apresuró a entrar en la noche, esperando que él no la siguiera.

Capítulo 11

Amor y otros malentendidos

En la penumbra, Christie se hallaba ante la tumba de Dorothy. ¿Qué diablos le pasaba? La abuela había desperdiciado matrimonio tras matrimonio. Había alejado a todos los que la querían. Vivió una vida solitaria durante décadas.

¡No quiero eso!

Con los puños apretados, Christie se alejó a grandes zancadas. ¿Y si estaba cometiendo con Martin el mismo error que había cometido con Derek? Tan desesperada por ser amada, había permitido que Derek se mudara con ella apenas unas semanas después de conocerlo. Y su vida era buena. Plena, ocupada, exitosa. Pero no feliz.

Al borde de la carretera esperó a que pasara un coche. El conductor tocó la bocina y Daphne Jones saludó frenéticamente mientras pasaba con John. La tensión se desvaneció en el momento en que Christie devolvió el saludo a la pareja que había sido la primera en darle la bienvenida al pueblo todos esos meses atrás. Esta no era su antigua vida. Era su problema, no de Martin. Él no tenía idea de su estado mental. Imaginar una proposición no una sino dos veces en un par de días era una tontería.

La antigua estación de tren se alzaba a la derecha, entre los árboles que bordeaban su calle. Antes el centro de transporte y mercancías de la región, los viejos edificios estaban desde hacía tiempo abandonados y cayéndose a pedazos. Ya nadie pisaba el andén para esperar el regreso de un ser querido.

Clac.

El sonido reverberó desde algún lugar a lo largo de la línea, sobresaltando a Christie. Abrió la aplicación de la linterna en su teléfono.

Se oyó el crujido de una rama, o quizás solo el viento entre los árboles, ahora más cerca.

—¿Hola? ¿Quién anda ahí? —los ojos de Christie se movieron de un lado a otro de la carretera, siguiendo la luz de su teléfono. No hubo respuesta. Se apresuró hacia la entrada.

En la verja se detuvo, mirando hacia atrás. Debía de haber sido un animal, tal vez una zarigüeya o un canguro. Su imaginación estaba desbocada. Un miedo desconocido se coló en su mente y corrió pasando junto al Lotus hasta la puerta trasera.

La cabaña estaba hecha un desastre. Esparcidos por todo el pasillo, la cocina y la sala de estar había restos de yeso y escombros. El comedor y la sala —ahora el foco principal de la renovación— albergaban montones de lonas manchadas de pintura, escaleras y un surtido de placas de yeso.

Christie se apoyó contra el marco de la puerta de la sala. Había hecho que los obreros tiraran el viejo sofá al contenedor de basura de enfrente. Después de sortear las lonas, pasó la mano por la repisa de mármol de la chimenea. Había que quitarla para que los hombres de Barry pudieran reparar las grandes grietas en la pared de detrás. No hacía mucho, un paisaje marino colgaba sobre la chimenea, restaurado y enmarcado por Martin. Ahora pertenecía a Thomas y Martha, de vuelta con su artista y con la mujer para quien lo pintó.

Hambrienta, navegó alrededor del desorden hasta la cocina. Detrás de una botella de vino encontró algo de chili con carne que le había sobrado. Mientras lo calentaba, aprovechó la breve espera para abrir el vino. En el momento en que se sentó a la mesa, el tono de llamada de Martin llenó la habitación.

—¿Te importa hablar tú? —dijo ella.

—¿Por qué?

—Estoy comiendo. —Sin esperar respuesta, se metió un bocado en la boca—. Mmm.

Él se rio entre dientes.

—Muy bien. Perdona por lo de antes, nunca se sabe cuánto tardan estas cosas.

—Vale.

—¿Vale? No, no contestes. No tiene sentido lo que dices. —Hizo una pausa, bebiendo algo, probablemente *whisky*—. Cuando terminé con la llamada sobre el nuevo encargo, recibí una de Thomas.

Casi ahogándose al intentar tragar, Christie cogió el vino y se obligó a bajar la comida.

—¿E-están bien? —Tosió un poco al final.

—¿No querías que hablara yo? Están bien. Les encanta, de hecho. Thomas quiere que sepas que la casita de Martha se parece mucho a tu cabaña, excepto que tiene puerta delantera.

—¿No le preguntaste por mi puerta delantera? ¡Dios mío! Si él quiere una puerta delantera, entonces habrá una cuando vuelvan y así podrán quedarse con la cabaña. ¡Ay, qué alegría!

—¿Has terminado ya? —preguntó, divertido.

—No, no lo he hecho. Pasamos a otros temas.

—¿Qué otros temas? ¿Cuándo vuelven a casa?

—Come y te lo contaré. ¿Estás comiendo?

Christie volvió a llenarse la boca.

—Martha ha puesto su casa a la venta. Ya hay algunas personas interesadas y lo está encontrando un poco... difícil. Thomas se está llevando a Martha a París. Al parecer, tenían planeado ir allí en algún momento. Está muy emocionado, parece un jovencito.

Me reuniré contigo en cualquier momento, en cualquier lugar que decidas. Podemos mudarnos a París si lo deseas, alejarnos de Rivers End y comenzar una nueva vida para nosotros. Por favor, no renuncies a lo nuestro.

Eso era lo que Thomas le había escrito una vez a Martha en una carta que ella nunca vio. Había otras menciones a París, pero esa le vino a Christie a la mente con una claridad alarmante.

—¿No crees que se quedarán allí?

—¿A qué te refieres?

—Permanentemente. Quiero decir, que se mudarán a París.

—No. Relájate, cariño, es solo una visita largamente postergada.

—Sabes que él una vez le dijo que podrían mudarse allí. Marcharse de aquí para siempre. ¿Y si eso es lo que están haciendo? —Al borde de las lágrimas, Christie apartó su plato.

Martin tardó un momento en responder.

—No es así. No van a abandonarte. Ni yo tampoco.

—Entonces, ¿por qué tú no...? —Se detuvo.

—¿Por qué yo no qué? Christie, ¿qué es lo que no estoy haciendo?

—Hablemos de otra cosa. ¿Vale?

Por favor, déjalo estar.

Un largo silencio se extendió entre ellos. Sin apetito, Christie jugueteaba con su copa de vino.

Finalmente, con un suspiro, Martin habló.

—¿Qué tal el paseo de vuelta? ¿Fuiste por la playa?

—Sí. Oscureció rápidamente y encendí la linterna cuando pensé...

—¿Pensaste qué?

Christie miró al techo.

—Había una zarigüeya o algo así a lo largo de la vía del tren. —Forzó una risa—. Solo me asusté, eso es todo.

—Quizás debería ir.

—No. Quiero decir, no es necesario. Estoy a salvo aquí y la puerta está cerrada. Y mira, incluso estoy comiendo. Solo quiero limpiar el desorden que dejaron los obreros hoy y acostarme temprano. Pero, gracias.

—Podría arroparte en la cama.

—Deja de tentarme. Te quiero.

—Yo también te quiero. Mucho.

Después de colgar, Christie sostuvo el teléfono un rato. Más que nada quería que él estuviera allí, pero ¿cómo podía ser sincera sin la emoción? En su cabeza daban vueltas demasiados «y si» y dudas. No solo sobre su futuro, sino también sobre el de Thomas y Martha.

Martin silbó a Randall mientras caminaba por la hierba suave hacia la verja. Corriendo para alcanzarlo, el perro —con la cola moviéndose furiosamente— estaba listo para la aventura nocturna. Con una mano en la verja, Martin se detuvo.

¿Presentarse sin invitación en la puerta de Christie empeoraría las cosas? Había visto cómo ocultaba una repentina emoción antes de marcharse. Justo ahora, su tono de voz y sus extraños comentarios reforzaban su intuición de que algo la preocupaba.

Antes, en la terraza, su conexión había sido fuerte. Sus manos en su pecho, sus ojos mirándole con un amor increíble. Con los últimos rayos del sol en su rostro, no había mujer en el mundo más hermosa. Tan frágil y preciosa, creaba en él un deseo casi imposible de controlar.

Si dependiera de él, se casarían mañana mismo. Tendrían una familia, el sueño que había mantenido enterrado toda su vida. Solo ahora, con la luz que ella traía, podía empezar a imaginar que aquello era real.

Martin regresó hacia la casa, seguido por un confundido Randall. Tenía que dar un paso atrás y darle algo de espacio. Si la presionaba sobre un compromiso, no sería mejor que Derek.

En la terraza, Martin se dejó caer en el escalón superior. Randall gimió y le ofreció una pata.

—Lo siento, amigo. Falsa alarma. —Rascó la cabeza del perro, mirando fijamente la noche.

Una vez había formado parte de una familia feliz: su madre le cantaba para que se durmiera, su padre le llevaba a hombros. Todo eran vagos recuerdos que se desvanecían un poco más cada año.

Después de una vida de soledad, Christie irrumpió en su mundo. Necesitaba protegerla y amarla, inhalar su aroma y caminar bajo la luz que ella irradiaba. Cada vez que estaba fuera de su vista, ansiaba oír su risa, ver su sonrisa.

La única manera de conseguirlo era lentamente, paso a paso, dejando que ella guiara, para que supiera que él iba en serio y no

tuviera miedo de abrazar ese precioso amor que compartían.

Capítulo 12

Puerta al pasado

La lluvia en la ventana despertó a Christie antes del amanecer. Se acurrucó bajo las mantas. El sueño era esquivo, apartado por los molestos recuerdos de Derek. Había sido muy atento al principio y ella había pasado por alto todas las señales de advertencia de su narcisismo. Con el tiempo, a medida que sus amigos se alejaban y pocos ocupaban su lugar, él se convirtió en su mundo, fuera del trabajo.

Sin duda, ella lo había compensado concentrándose en su carrera. La perseverancia dio sus frutos, llenándola de satisfacción hasta el día en el que él e Ingrid se lo arrebataron. Qué ingenua había sido. Esos dos hacían buena pareja y, con suerte, nunca volverían a aparecer en su vida.

Por otro lado, Martin era un auténtico macho alfa, era protector de forma natural y, a veces, mandón. Sin embargo, eso le gustaba. Más que gustarle. Christie era una mujer inteligente, educada y sensata, capaz de defenderse a sí misma y a los demás. Pero a Martin solo le bastaba levantar una ceja o bajar la voz a ese tono suave pero firme y ella no solo le escuchaba, se derretía.

Renunció al sueño y encendió la lámpara de la mesilla. Christie cogió la foto que Belinda le había dado. Un momento en el tiempo que siempre atesoraría. Aquel era el hombre que amaba, y si él necesitaba tiempo para decidir que ella sería su futura mujer, que así fuera. Después de todo, tenía una cabaña que terminar antes de que Martha y Thomas regresaran.

El desayuno consistió en café y un recordatorio en su móvil para ir de compras. Para cuando Barry y sus hombres llegaron, la lluvia había cesado, dejando una mañana gris pero lo suficientemente cálida. Dos de los hombres empezaron a desmontar la repisa de la chimenea, mientras Barry y otro trabajador centraron su atención en el armario al final del pasillo.

Christie permaneció en la cocina, haciendo una lista de la compra mientras les escuchaba trabajar. En unos días, el baño, la lavandería y la cocina quedarían vacíos y, en ese momento, ella se mudaría. Elizabeth insistió en que fuera a Palmerston House y, a menos que Martin sugiriera otra cosa, Christie lo haría.

—¿Christie? —llamó Barry desde el pasillo.

Casi corriendo, Christie se unió a él.

Él le sonrió.

—¿Te gustaría tener una puerta principal?

—¿Es posible?

—Claro que sí. Por lo que parece, esto de aquí —dio un golpecito en el armario— era la entrada. La zona en la que está el revestimiento exterior habría sido un pequeño vestíbulo de entrada. Empezaremos desde este lado, reestructuraremos lo necesario y pondremos una puerta. El exterior puede esperar hasta que la cabaña esté segura.

—Quiero que la cabaña sea como era antes.

—De acuerdo. Te enviaré enlaces a un par de tiendas de puertas y si puedes echar un vistazo y darme algunas opciones, pediremos una. —Barry tecleó en su iPad y un momento después el móvil de Christie emitió un pitido.

De vuelta en la mesa, comparó la antigua puerta de la fotografía con las de los sitios que Barry le había enviado. La puerta original era de madera maciza, nada acogedora ni interesante.

Olvídate de la tradición.

Christie envió un mensaje a Barry con un enlace a una puerta de madera con paneles de cristal que mostraban cucaburras.

Un momento después, él asomó la cabeza por la puerta.

—Buena elección. Quedará estupenda con un poco de barniz. También pediré una puerta de seguridad ligera.

—Oh, vale. Supongo que estaría bien tener la puerta principal abierta en verano.

—Es mejor tenerla de todos modos, con los paneles de cristal y todo eso. —Volvió a desaparecer.

Frunciendo el ceño, Christie se preguntó si había tomado la decisión correcta. Si alguien quería entrar a robar, había muchas ventanas. No es que alguien fuera a hacerlo. Tampoco es que tuviera algo que mereciera la pena robar.

La puerta de la joyería tintineó cuando Christie la empujó con la cadera, con las manos llenas con dos tazas de café para llevar de la cafetería de la esquina.

George Campbell levantó la mirada del reloj que estaba puliendo, con una amplia sonrisa iluminando su rostro.

—¿Qué te trae por aquí, mi querida jovencita?

—Hola, George. Pensé que le apetecería un café —Christie le ofreció uno—. Justo como le gusta.

—Qué detalle, gracias.

—No es del todo desinteresado. Es una especie de intercambio por información, si tiene unos minutos.

—Para ti, siempre —George alcanzó su café.

—¿Sabes que estoy renovando la cabaña? Bueno, ha salido a la luz que hace tiempo tenía una puerta principal. De hecho, hay una foto que pertenece a Palmerston House que muestra una justo en medio de la pared frontal.

—En efecto. Ciertamente te gusta investigar el pasado.

—En realidad, pensaba que eso ya había terminado, pero tengo curiosidad sobre por qué alguien cambiaría un edificio tan bonito de esa manera. Barry Parks dice que podría haberse hecho hace de cincuenta a setenta años, a juzgar por la madera.

—Déjame pensar. Tengo setenta y cuatro años, así que debió ser alrededor de mil novecientos sesenta. Sí, fue entonces, porque yo había cumplido diecisiete y Tom tenía solo dieciséis. Debes entender que sus padres eran muy tradicionales. No lo animaron ni por asomo a dedicarse al arte. Su padre, James, quería que fuera el próximo jefe de estación y discutieron justo antes de que los dos nos fuéramos de excursión a las montañas durante un fin de semana. Aunque es una historia triste.

George hizo una pausa, con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurrió? —le animó Christie.

—Cuando regresamos, fui con Tom a la cabaña para dejar el equipo de acampada en el garaje. Era tarde y estaba oscuro. Tom se detuvo en medio del camino de entrada; no estábamos seguros de qué pasaba, pero entonces nos dimos cuenta de que la puerta principal había desaparecido. Bromeamos al respecto. Sus padres no eran personas muy sociables.

Debe ser algo de familia. Casas en acantilados y retiros en la montaña.

—Después de guardar el equipo, me fui a casa, así que solo conozco su versión de los hechos —George suspiró—. Realmente deberías hablar con él sobre ello, aunque probablemente no te lo cuente. Todo lo que sé es que su padre cerró la entrada. Tom había colgado algunos de sus cuadros allí, contra los deseos de su padre. Al mismo tiempo su padre tiró todas sus pinturas, sus bocetos, sus pinceles, todo.

—¡No! Oh, qué horrible. ¿Cómo podría un padre hacerle eso a su propio hijo?

—Tom se fue de casa esa misma noche y se quedó en la mía una temporada. Todavía estaba en el colegio y trabajaba los fines de semana en los almacenes de madera. Después de un tiempo, su padre se disculpó y Thomas regresó. Pero ya nunca fue lo mismo.

—Hay un banco de trabajo manchado de pintura en el ático.

—Llegaron a un acuerdo: Thomas accedió a seguir los pasos de su padre a cambio de un espacio de trabajo que fuera solo suyo.

—Pero nunca fue jefe de estación.

—La línea cerró. Nunca había visto a Tom tan feliz como cuando eso sucedió. Para entonces ya tenía a Martha y estaba trabajando en vender algunos cuadros antes de que se casaran. Así que esa es la historia.

Christie apretó el brazo de George.

—Siento mucho hacerle recordar esto.

—El pasado nunca está muy lejos últimamente. Al menos ahora Thomas es feliz, verdaderamente feliz, y eso, querida, es gracias a ti —Le dio unas palmaditas en la mano.

Capítulo 13

Tomando lo que es nuestro

Ingrid entró hecha una furia en el despacho de Derek, con el ceño fruncido. Él levantó la vista de su portátil, arqueó una ceja y volvió a mirar la pantalla.

—¿Dónde está? —Puso ambas manos al otro lado del escritorio, inclinándose hacia él—. ¿Y por qué?

—¿Por qué qué? Estoy ocupado.

—Esa monstruosidad de cuadro. Puede que no me guste, ¡pero deberías consultarme antes de vender algo así!

Sonó el teléfono. Derek pulsó el intercomunicador.

—Retén mis llamadas, Lorraine. —Cerró el portátil, empujó su silla hacia atrás y cruzó un tobillo sobre su rodilla—. Cuidado. Esta sigue siendo mi empresa.

Ingrid inhaló lentamente y se enderezó.

—Lo siento. No pretendo ser mandona, pero sabes que estoy acostumbrada a dirigir las cosas. —Contoneó sus caderas mientras rodeaba el escritorio y deliberadamente se sentó en el borde, lo más cerca posible de Derek—. No te enfades.

—Ya que estás aquí, ponme al día de tus progresos.

—No hay mucho que contar. Tuve una encantadora y larga conversación con el amorcito y accedió a encontrarse conmigo. No dejaba de decirme que no hace retratos, pero le convencí de que realmente necesito uno. Para mi anciana madre, ya sabes.

Por supuesto.

—¿Qué más?

—Mientras estoy en la ciudad, hay un agente inmobiliario, John Jones, que gestiona los asuntos de las promociones de Bryce Montgomery en la zona. Quizás necesite una oportunidad para considerar... otras opciones.

—Ve con mucho cuidado y asegúrate de reunirte con él fuera de su oficina, no cuando esa entrometida de su mujer ande cerca. —No tenía ninguna duda de que Daphne Jones había sido la responsable de alertar a Martin Blake cuando visitó a Chris el año pasado. El recuerdo de haber sido echado de su casa por Martin aún le enfurecía—. Mi nombre no debe mencionarse si insistes en hablar con él.

Ingrid movió las piernas para que tocaran las de Derek.

—¿Tan mal dejaste las cosas?

Él le devolvió la presión.

—Digamos que son fans de Chris. Y de ese artista. Ves con cuidado.

—Te he escuchado la primera vez. ¿Dónde está el cuadro?

—Tú haz tu trabajo y yo —se puso en pie y caminó hacia un pequeño bar— me ocuparé del mío.

Después de servir dos copas de *brandy*, Derek regresó al escritorio y le entregó una a Ingrid.

—Por coger lo que es nuestro. —Sus copas chocaron.

—Por montones de dinero —respondió Ingrid.

Capítulo 14

Un único superviviente

Cuando Christie terminó de ordenar la compra, siguió el eco de los martillazos por el pasillo. Como de costumbre, los escombros y el polvo cubrían el suelo, y la situación empeoraba por momentos. Barry se hizo a un lado mientras uno de sus hombres golpeaba con fuerza la pared de ladrillos recién expuesta entre los dormitorios.

—Lo siento —Barry alzó la voz por encima del ruido—. Quien hizo esto se esforzó mucho para que fuera sólido. Hay dos filas de ladrillos.

—Fue el jefe de estación.

—¿Eh? Oye, Dave, tómate un descanso.

Feliz de dejar las herramientas, el otro hombre saludó a Christie con la cabeza y se dirigió a la cocina.

—He dicho que fue el propio jefe de estación quien hizo esto. El último.

Barry se frotó la frente.

—¿Estaba escondiendo un cadáver?

—¿Dónde está el armario?

—En el garaje. Los chicos lo han sacado de una pieza, así que servirá como lugar de almacenaje ahí fuera si quieres. Lo que me recuerda: has recibido una entrega.

—¿Yo? Pero si no he pedido nada.

—¿Estás segura? Es bastante grande. Lo firmamos nosotros, espero que no te importe, y también lo hemos puesto en el garaje. Ven, te lo enseño.

Christie siguió a Barry, echando un vistazo al salón al pasar. Las paredes estaban listas para pintar y la repisa de la chimenea había vuelto a su sitio. Estaba deseando decorar la habitación.

Dentro del garaje, una caja grande y delgada —muy parecida a las que contienen televisores de pantalla plana gigantes— estaba apoyada contra una pared. Algo en su tamaño y forma le resultaba familiar. Christie miró a Barry.

—¿Sabes quién lo ha enviado?

—Era una furgoneta de reparto normal. Apenas cabía.

Christie buscó la dirección del remitente.

—¿Quieres que lo abra? —Barry sacó un cúter y cuando Christie asintió, cortó con cuidado a lo largo de un precinto. Echó un vistazo dentro—. Es arte.

De repente, Christie se llenó de temor. Con una intuición asombrosa, supo lo que era. Mientras Barry cortaba los otros lados, abrió la boca para detenerlo, pero no le salió nada. Retiró la parte frontal y después el cartón más delgado que había detrás.

—¡Vaya! Es una pintura magnífica —Barry se echó hacia atrás para admirarla, sin percatarse del miedo que había invadido el rostro de Christie.

Era una pintura magnífica. Una que ella amaba tanto como amaba a su artista. El problema era que «*Único superviviente*» pertenecía a Derek.

—¿Por qué? ¿Por qué?

Christie daba vueltas por el garaje. Martin permanecía inmóvil como una roca a cierta distancia del cuadro, sumido en silenciosos pensamientos.

—¿Qué demonios está tramando Derek? Tiene que ser algún tipo de mensaje retorcido de su parte, pero ¿por qué? —Mientras Christie pasaba pisoteando por tercera vez delante de Martin, él extendió los brazos y la atrajo hacia sí. En la seguridad de su abrazo, los latidos de su corazón se fueron ralentizando gradualmente. El miedo y la

frustración se disiparon hasta que la respiración constante de Martin la envolvió.

—No lo sé. Pero que te alteres no nos ayuda a entenderlo —Martin besó la frente de Christie antes de soltarla.

—Lo siento. Es que me ha impactado.

—Lo entiendo. ¿Estás segura de que no había ninguna nota?

—Barry me ayudó a buscar. A menos que algo se cayera dentro de la furgoneta de reparto, no, no había nada. Y he revisado todo el embalaje y la caja.

—Un regalo anónimo.

—¿Estás seguro de que él lo compró? Sé que dijo que lo había hecho, pero podría haberlo dicho para alterarme porque te defendí cuando lo vimos por primera vez —Christie contempló el cuadro, absorbiendo los impresionantes colores.

—Estoy seguro. El recibo era de su empresa. ¿A qué te refieres con que me defendiste?

—Él e Ingrid hicieron algunos comentarios estúpidos sobre el arte abstracto y yo no estuve de acuerdo.

—¿Y?

—Y... puede que fuera bastante contundente y les ofendiera. ¡Pero fue culpa suya! Ingrid declaró que el arte abstracto es obra de una mente desorganizada y yo señalé que tú tienes una de las mentes más lógicas e inteligentes que conozco. O algo así. ¿Por qué sonríes?

—Porque te adoro, mi pequeño torbellino.

—Bueno, no iba a quedarme allí quieta y dejar que esa mujer te juzgara sin fundamento para sus ridículos comentarios.

—En realidad no importa lo que piensen los demás. Lo sabes. Solo importan las personas a las que amas.

Christie tocó al hombre del cuadro. Deforme, arrastraba un ancla dos veces su tamaño desde un naufragio destrozado. Todos los colores estaban invertidos y resultaban inquietantes.

«*Único superviviente*».

La persona que queda cuando todo a su alrededor se ha perdido. Se volvió hacia Martin, con la voz ahogada por la emoción.

—Este eres tú.

Él no respondió, solo se mordió el labio inferior. No necesitaba que dijera ni una palabra. Sus ojos revelaban más de lo que probablemente pretendía.

Capítulo 15

Querer demasiado

Martin cerró el garaje con llave y se la entregó a Christie.

—Tenemos que decidir qué hacer con eso. No me siento cómodo con que se quede aquí.

—¿En el garaje? Supongo que no es el mejor lugar.

—No, aquí, en la cabaña. Ya tienes suficientes preocupaciones sin esto también.

—Oh, eso me recuerda. ¡Ven a ver lo que está pasando! —Sonriendo por fin, Christie tomó la mano de Martin y se dirigieron hacia la cabaña—. ¡No vas a creer lo que estamos haciendo!

—¿Instalar una cocina apropiada con electrodomésticos que piden y preparan tus comidas? —bromeó Martin—. ¿Vaciando la cabaña para abrir un cine que proyecte todas las películas en las que has trabajado? Ay, no me claves las uñas en la mano. A ver… ¿Convirtiendo una habitación en un salón de belleza?

Christie se detuvo en la puerta trasera para acariciar a Randall, que dormía profundamente bajo el sol del atardecer. Él gimió y se dio la vuelta para que le rascaran el pecho y Christie lo complació.

—Esa no es mala idea.

—¿Cuál de ellas? —Martin se apoyó contra un poste para observarlos interactuar.

—Podría abrir un salón. Aunque probablemente no aquí; está un poco lejos del pueblo. —Inclinó la cabeza—. Sabes, no creo que haya nadie que ofrezca servicios de belleza, aparte de la peluquería. —Miró fijamente a Martin.

—No me preguntes a mí. Estaba bromeando.

—Por supuesto.

—Interferiría con tu carrera.

—Sí. Lo haría.

—No te daría los ingresos a los que estás acostumbrada.

—¿Estás intentando disuadirme? —Christie volvió a tomar su mano, jugueteando con sus dedos, manteniendo sus ojos fijos en los de él—. Estaría en Rivers End todo el tiempo. Sin más viajes. Sin más ausencias. —Que era de lo que Derek solía quejarse—. Me encanta vivir aquí. —Abrió la puerta.

Martin la alcanzó en la sala de estar. Examinó la pared sobre la repisa de la chimenea.

— Es un buen trabajo. Una vez se pinte la habitación, te buscaré un cuadro.

—Quedaba bien el paisaje marino. El cuadro de Thomas. Así que espero que acepten la cabaña como regalo.

—Hay mucha historia aquí. Es increíblemente dulce que quieras esto tanto, pero ¿y si no pueden superar esa historia?

—No lo sé. Probablemente la venderé. Pero, con suerte, no llegará a eso, especialmente cuando Thomas vea lo que estamos haciendo con la puerta principal.

—Lo has descubierto.

—Fui a ver a George y me contó cuándo y por qué fue sellada. Pobre Thomas, solo tenía dieciséis años... Ah, tú no lo sabes. —Christie se dio la vuelta y se acercó a la ventana. Los árboles proyectaban largas sombras con la llegada del atardecer. Tras un momento, Martin se colocó detrás de ella, con las manos apoyadas en el alféizar, una a cada lado de Christie.

—Lo que yo sepa o no sepa no viene al caso. George debería saber que no está bien hablar de Thomas a sus espaldas.

—Estaba intentando ayudar. No estaba cotilleando y, después de todo, él estaba allí cuando ocurrió.

—Sin embargo, No es asunto tuyo. Ni mío. Deja de intentar arreglarlo todo, cariño.

El corazón de Christie se hundió mientras miraba sus reflejos en la ventana. El rostro de Martin era duro, como había estado una y

otra vez cuando se conocieron.

¿Por qué no confías en mí?

—Lo siento. No volveré a hablar de ello, pero voy a dejar la puerta principal donde debe estar. Como dijiste, puede que Martha y Thomas no quieran vivir aquí, así que debo pensar en mí misma, o en el valor del lugar si decido vender.

—¿A quién se lo venderías? Parece que son los promotores quienes la quieren.

—¡Y sabes que nunca se la venderé a ellos! No sé a quién y, de todos modos, no es mi prioridad. —Se quedó en silencio, consciente de que su voz se había vuelto más cortante.

Martin movió sus manos desde el alféizar hasta la cintura de Christie, girándola suavemente para que lo mirara. Ella mantuvo la mirada baja.

—¿Christie? No estoy enfadado contigo.

Aun así, ella seguía mirando fijamente sus zapatos. Él se rio y, sorprendida, ella levantó la mirada hacia sus ojos.

—Quieres decir algo. Y te lo estás guardando.

Ella apretó los labios formando una línea recta y se apartó de su ligero abrazo.

—¿Te gustaría quedarte a cenar?

—Sí, pero no te pongas a la defensiva y cambies de tema. Dime qué estás pensando.

Tengo miedo de quererte demasiado. Quiero formar una familia contigo pero, ¿y si lo pierdo todo? ¿Y si tú no sientes lo mismo?

—Prefiero no hacerlo, de momento. Aunque podría ir a ver qué se puede cocinar. —Suavizó su tono y consiguió esbozar una pequeña sonrisa.

Martin asintió.

—Tengo que darle de comer a Randall. Volveremos en un rato.

—Te quiero.

—Lo sé. —Martin le apretó la mano al pasar y dejó a Christie sola en el salón.

Poco después de anochecer, Christie oyó un ladrido familiar desde la calle. Era algo insignificante como para hacerla feliz, pero lo consiguió, mucho. Randall era el perro que nunca había tenido de niña. La abuela no toleraba mascotas, ni siquiera un pez de colores, así que Christie solo podía soñar despierta con tener un gato o un perro. A veces incluso un burro, con unas largas orejas aterciopeladas.

Encendió la luz trasera, abrió la puerta y luego volvió a remover una salsa boloñesa. Martin llamó.

—Está abierto —gritó ella.

—No debería estarlo. —Llevando una botella de vino y una pequeña bolsa refrigerante, Martin entró con Randall—. ¿Tenemos que hablar de esto, Christie?

Su tono le recordó el día en que había encontrado la puerta sin cerrar después de haberle recordado dos veces que la cerrara. Un escalofrío le recorrió la espalda. Era en parte aprensión y en parte atracción. Ella le hizo un gesto con la cuchara.

—Solo la ha abierto cuando oí ladrar a Randall. Te prometo que ha estado cerrada con llave hasta entonces.

Después de dejar el vino y la bolsa refrigerante en la mesa de la cocina, Martin se acercó a la cocina. Besó la mejilla de Christie.

—Huele de maravilla. Mantén la puerta cerrada, por favor. Especialmente por la noche. —Sacó unas copas de vino de un armario—. Quizás deberías poner algunas luces alrededor de la casa también.

—¿Por qué? Este es un pueblo seguro, ¿cuántas veces te he oído decir eso? Todo el mundo lo dice, de hecho. —Mientras una olla de agua llegaba a ebullición, Christie bajó el fuego de la salsa y sacó pasta fresca de la nevera. Añadió sal y aceite al agua, y luego la pasta.

—¿Quieres que lo remueva? —Martin cogió una cuchara para la pasta de todos modos y Christie dejó lo que estaba haciendo para mirarlo con una sonrisa—. ¿Qué?

—Nada, es solo que me gusta mirarte.

Martin apagó la salsa y abrió el vino, pero con una leve sonrisa que llenó el corazón de Christie.

—Randall se ha ido a tu dormitorio. ¿Te parece bien? —Le entregó a Christie una copa de vino—. Salud.

—Salud. Puede dormir donde quiera.

—Sí, tiene ese efecto en la gente siempre.

—Mmm.

—¿Qué significa «mmm»?

Christie tomó un sorbo de vino antes de responder.

—Es tan especial. Me gustaría tener un perro algún día, pero ¿cómo demonios conseguiría uno como él?

—Es único, como todos ellos. ¿Sabes que te ha elegido como una de sus personas? No es cuestión de quién es el dueño de Randall, sino con quién quiere estar Randall. Definitivamente estás en lo alto de esa lista.

—Pero...

—No hay peros. —Martin se afanó en buscar cubiertos—. ¿Quién soy yo para decirle a quién amar? No es como si yo no sintiera lo mismo.

Entonces, ¿por qué te contienes tanto?

Christie se dio la vuelta para que él no viera el conflicto en sus ojos. De alguna forma, tenía que aprender a tener paciencia.

Capítulo 16

Cena para dos

La cena había terminado hacía rato y estaban en plena limpieza. Entre beso y beso, Martin fregaba y Christie secaba. Randall esperaba esperanzado en medio de la cocina. Al ver que no caía ningún resto de comida hacia él, se marchó de nuevo.

—La cocina será maravillosa cuando esté terminada —Christie dobló el paño de cocina—. ¿Café?

—Gracias. Estás poniendo mucho empeño en ella. Si realmente es todo para Thomas y Martha, entonces deberían comprarla.

Christie dejó de llenar la tetera para mirar a Martin con sorpresa.

—¡No podría hacer eso!

—¿Y por qué no? Martha va a vender su casa en Irlanda y Thomas, suponiendo que esté de acuerdo, venderá su pequeño lugar en la montaña. Además, se ha ganado bien la vida como artista durante mucho tiempo, así que el dinero no es un problema.

Con la tetera ya enchufada, Christie recogió tazas y cucharillas, riéndose mientras Martin bloqueaba el cajón apoyándose contra él y negándose a moverse hasta que ella le besara.

—¡Como no pares, tendrás que hacer tú el café!

—Quizás debería. ¿Necesito comprarte una cafetera?

—No hay nada malo en la tuya.

—Excepto que está en mi casa.

—Exactamente. Así que ¿por qué necesitaríamos dos? —Christie echó un vistazo rápido a Martin. Él estaba abriendo la bolsa refrigerante que había traído consigo. No debía haberla oído.

—¿Qué hay ahí dentro?

—Los ha enviado la tía Sylvia.

—¿Sylvia? Qué dulce... y sorprendente —Christie se unió a Martin —. ¿Sabía que venías aquí?

—Pórtate bien. Le caes muy bien. Dale tiempo para superar que Belinda se haya mudado a Melbourne.

—A mí también me cae bien. Debe de ser difícil para ella estar sin Belinda, especialmente en la panadería. ¿Tiene a alguien más que la ayude? ¡Oh! —Sus ojos se abrieron como platos cuando Martin sacó dos mini tartas de queso perfectas de la bolsa. Ella corrió al armario para buscar platos.

—Respondiendo a tu pregunta: sí, ha contratado a un chico para formarlo. Llevaba tiempo pensando en tener un aprendiz, así que en cierto modo esto la ha obligado a hacerlo. Es un buen chaval, comprometido y entusiasta.

Con las tartas de queso en los platos y el café en la mano, se acomodaron de nuevo en la mesa de la cocina. Christie sonrió.

—Entre Belinda y ahora Sylvia, no tengo ninguna posibilidad de adelgazar. Me alegro por su nuevo ayudante. Lo ha pasado mal, ¿verdad?

—La tía Sylvia es una mujer fuerte. Y amable.

—Mucho. ¿Hubo alguna vez un señor Sylvia? No me mires así, no estoy cotilleando, solo intento completar la historia.

—Es su historia y ella debe contarla, pero para evitar que metas la pata, no, nunca lo hubo. El padre de Belinda y Jess nunca se comprometió a casarse y, finalmente, siguió su camino. No —levantó la mano cuando Christie iba a preguntar más—. Eso es todo. Si quieres saber más, pregúntale a Sylvia.

Christie le dedicó una pequeña sonrisa mientras recogía los platos y se dirigía al fregadero.

—¿Otro café?

Martin miró su reloj y se puso en pie.

—Es hora de dejarte descansar.

—No estoy cansada.

—Deberías estarlo, con todo el trabajo que estás haciendo aquí —Martin extendió los brazos y Christie se acurrucó en su calidez—.

Tengo que prepararme para una reunión temprana.

—¿Banquero? ¿Corredor de seguros? —bromeó ella.

—¿Estás libre por la tarde? Podríamos ir a navegar si te apetece seguir practicando.

—¡Sería maravilloso!

Martin silbó suavemente y, un momento después, Randall apareció por el pasillo, bostezando. Christie les acompañó hasta el porche trasero.

—Dulces sueños. Cierra con llave.

—Lo haré. Que tengas un buen paseo de vuelta.

Ahora completamente despierto, Randall salió corriendo tras un conejo.

—Mi señal —Martin apretó la mano de Christie antes de seguir a Randall hacia la oscuridad.

Casi a medianoche, Christie apartó su portátil y se preparó otro café. En las últimas horas había llenado su cabeza de términos náuticos y reglas de navegación, preparándose para el examen de navegación. Había bastantes diferencias respecto a lo que había aprendido en California, navegando por Santa Mónica con parte del reparto de una película.

Aquellos fueron días de vértigo. A pesar de su miedo al mar y de que pudiera avergonzarse por marearse, Christie había acabado una noche a bordo del velero del productor y le encantó.

Había una libertad sin igual en las velas hinchadas por el viento. Qué limpia y silenciosamente cortaba el barco las olas. Era más moderno que el Mar de jazmín y llevaba cómodamente al grupo por toda la preciosa bahía. Una noche se convirtió en muchas. Christie se llevaba bien con el productor, Carlo Palmero, y él dio a todos la oportunidad de aprender a navegar.

Era extraordinario que ahora tuviera su propio velero. No parecía real y una parte de ella todavía no podía entender por qué. ¿Creía Martin que Christie necesitaba el barco para sentirse como en casa?

Su teléfono anunció un mensaje con un suave pitido y casi chilló de alegría. Era de Thomas: una foto tomada frente a la Torre Eiffel. Su brazo rodeaba el hombro de Martha y ella tenía la mirada fija en él. Seguía un mensaje. «Recomiendo encarecidamente París para la luna de miel.»

Christie respondió con una sonrisa. «Lo tendré en cuenta. Preciosa foto. ¡Os quiero a los dos!». Qué maravilloso era verles en el lugar al que una vez soñaron ir. Su felicidad era una inspiración. Pero, ¿serían posibles dos finales felices en una misma familia?

Capítulo 17

París

—¿Qué es ese sonido? —Thomas se detuvo en medio del parque por tercera vez.

—Me imagino que es tu móvil, querido —Martha aprovechó la oportunidad para dejarse caer en un banco. Los pensamientos sobre un masaje de pies habían ocupado su mente durante la última hora, mientras Thomas los guiaba de una parte a otra de la hermosa ciudad. Su entusiasmo era admirable, pero sus piernas estaban sufriendo.

Con el teléfono en la mano, Thomas se unió a Martha.

—Creo que es esta cosa aquí, y luego eso... ¡Ah! —Alejó un poco el teléfono para ver mejor—. Es de Christie. Ha escrito: «Lo tendré en cuenta. Preciosa foto. ¡Os quiero a los dos!»

—¡Qué rápida! ¿No es medianoche en casa?

—Quizá la hemos despertado. Tal vez necesitamos organizarnos un poco mejor. ¿Qué quiere decir con «lo tendré en cuenta»? ¿Qué podría ser mejor?

—Ni siquiera están prometidos, Thomas. Quizás es un poco pronto para planear una luna de miel.

—A nosotros solo nos llevó unas semanas.

Martha se recostó contra Thomas y él la rodeó con el brazo.

—Teníamos toda una vida que recuperar.

—No pasa una hora sin que lo recuerde. Por eso tenemos que seguir caminando. Hay tanto que ver.

—No, sentémonos un rato. Podemos ver perfectamente desde aquí. Le prometí a Christie que llevaría algunas fotografías.

Mientras Martha abría su bolso, Thomas guardó su móvil.

—Este es el lugar más increíble. Como una vez me prometiste que sería.

—¡Lo que podrías haber logrado si hubieras venido aquí de joven! París habría estado a tus pies, mi amor —Martha sonrió a Thomas—. Esta noche, tengo algo especial organizado.

—¿Cómo has organizado algo? Pensaba que te había tenido cerca de mí todo el tiempo.

—Tengo mis métodos. ¿Sabías que hay un restaurante debajo de la pirámide de cristal en el Louvre?

Él negó con la cabeza.

—Pues lo hay. Y, si fueras tan amable de acompañarme de vuelta al hotel para descansar un poco y cambiarme, te llevaré allí.

—¿Por la noche?

—Esa suele ser la mejor hora para cenar, en mi opinión —Tomó varias fotos del parque—. A menos que prefieras no visitar el Louvre.

—¿Por la noche?

—Estoy segura de que te estás repitiendo. Sí, dos veces por semana abre hasta tarde, así que podemos pasear y maravillarnos ante la Mona Lisa e imaginarnos que somos parte de un libro de suspense si queremos. Pero la cena está reservada para las seis y media, lo que es en unas dos horas...

—¿Por qué estamos sentados aquí? —Thomas se puso de pie en un instante, con la mano extendida hacia Martha. Ella tardó un momento en guardar la cámara, sonriendo para sí misma.

En cuanto Martha se levantó, Thomas rodeó su cuerpo con el otro brazo, atrayéndola hacia él.

—¿Tienes idea de cuánto te quiero, Martha Blake?

—Oh, sí que la tengo. Y pasaré cada día de mi vida siendo la mujer más feliz del mundo.

Capítulo 18

El cliente

Unos momentos antes de su cita con Martin, Ingrid esperaba sentada fuera de su verja de madera en un Porsche azul, contemplando su reflejo en el espejo. Era una jugada arriesgada, incluso para ella. Primero urbanizaría Rivers End, luego más hacia el oeste. Poco a poco, ella y Derek dejarían su huella en esta región atrasada.

Todo lo que necesitaba era la cabaña y sus terrenos. La valiosa y alargada parcela tenía dos cosas a su favor. La más obvia era su ubicación. Estaba lo suficientemente aislada como para atraer a veraneantes que buscaban privacidad, pero lo bastante cerca del centro del pueblo como para disponer de todas las comodidades. Además, estaba la estación de ferrocarril abandonada al lado.

Vinculadas a la línea ferroviaria había cientos de hectáreas de terreno, y aunque el ayuntamiento probablemente estaría encantado de vender, existía un problema. Hace mucho tiempo, cuando todas las tierras pertenecían a la familia Ryan, se creó un convenio para protegerlas de ser parceladas. Solo el propietario de la cabaña podía dar permiso para que el ayuntamiento aprobara tal acción.

Una lástima que Derek hubiera estropeado las cosas con su ex. En lugar de ponerse tan territorial con ella, debería haber usado ese considerable encanto suyo para hacer que cambiase de opinión. Casarse con ella, preferiblemente; arreglar las cosas y controlar la situación.

Eran las nueve en punto. No tenía sentido quedarse sentada deseando que aquello terminase. Ingrid se alisó su pelo corto, ahora rojo fuego en lugar de su habitual color platino. Sacó las piernas del coche, se puso de pie y se echó el bolso al hombro. Unos elegantes pero discretos pantalones y una chaqueta negros sobre una suave blusa verde resultaban llamativos. Pero nada de lanzarse a seducir todavía. Despacio. Si algo tenía Ingrid era paciencia. Mucha, mucha paciencia.

Capítulo 19

Un hombre amado

Christie se levantó al amanecer, con la intención de aprovechar al máximo el fin de semana, libre del equipo de Barry. Hacia las nueve ya había despejado una amplia sección del jardín frente a la cabaña. Sin embargo, tenía un aspecto un poco extraño: la pared estaba desnuda, había un viejo escalón y la fachada estaba despejada. Se apresuró hacia la parte trasera de la cabaña.

En una caja dejada por los obreros había un bote de pintura en aerosol. Agitándolo, Christie regresó al frente de la propiedad, riéndose por lo que planeaba hacer. Se subió sobre el mejor de los ladrillos viejos y roció el contorno de una puerta en la pared. No era muy buena, ya que se inclinaba hacia un lado y era demasiado ancha.

Añadió un pomo para rematar y luego intentó dibujar una cucaburra.

—Vaya —murmuró—. Parece que no soy tan artística después de todo.

Un Range Rover negro cruzó las vías del tren. Christie no podía creer lo que veían sus ojos cuando giró hacia la entrada, con Angus McGregor al volante. Saltó arriba y abajo hasta que él bajó del coche, y entonces le echó los brazos al cuello.

—¡Dios mío, señorita Christie! ¡Deje que me estire! ¡Siempre ha sido la niña más impaciente!

—Sí, y sigo siéndolo. Impaciente, quiero decir —Christie lo abrazó y se apartó a regañadientes—. ¡No puedo creer que estés aquí!

¿Cuánto tiempo te quedarás? ¡Oh, podrás conocer a Martin!

—Me encantaría. En cuanto a su pregunta, no tengo planes. Solo quería verla.

—¿Estás bien? ¿No estarás enfermo, verdad, Angus?

Él se rio y negó con la cabeza.

—Nada de eso. La echaba de menos.

—Bueno, entra y toma un té. Hay mucho de lo que hablar. ¿Puedes quedarte un tiempo? ¿Días? ¿Una vida entera?

Angus sacó una pequeña bolsa del coche.

—Quizás unos días.

—¡Oh, qué bien!

Después de que Angus cerrara el coche, Christie le cogió del brazo y pasearon por el camino de entrada. Angus se detuvo.

—¿Y qué es eso, si se puede saber? —señaló la puerta y Christie se rio.

—Eso, querido Angus, es la puerta principal. O al menos, una imitación no muy lograda de una artista aficionada de donde estará en un futuro. Tenemos mucho de que hablar y debo advertirte que dentro está todo hecho un desastre.

Angus McGregor vivía su vida al servicio de los demás. Habiéndose casado joven y perdiendo a su adorada mujer solo unos años después, había dedicado sus energías a la industria de la hospitalidad. Tras ascender hasta el puesto de conserje de un prestigioso hotel de Londres, acabó añorando su tierra natal de Australia y regresó sin trabajo, sin amigos y sin ideas. Por pura casualidad se encontró con Dorothy Ryan, una acaudalada empresaria con un largo historial de ser difícil y de no retener al personal que administraba su hogar.

En pocos días entendió por qué tantos empleados anteriores se habían marchado. Contratado para dirigir su mansión en Toorak, incluyendo la organización y gestión de cenas regulares y supervisando todos los aspectos del día a día excepto su negocio,

estuvo cerca de dimitir más de una vez. Dorothy era una mujer fría, a veces desagradable, que esperaba la perfección pero se negaba a ocuparse de los detalles.

Decidido a hacer de Melbourne su hogar, Angus había aprendido a ignorar la aspereza de su jefa y de alguna manera se había ganado su confianza con su naturaleza firme, tranquila y perpetuamente educada. Ella se jubiló aproximadamente cuando Christie, su única nieta, quedó huérfana y se fue a vivir con ellos. Él voló al interior de Queensland para asistir al funeral y traer a la niña de vuelta. Dorothy no perdonaría a su propia hija por haberse casado con el médico que la llevó tan lejos, ni siquiera el tiempo suficiente para ver enterrada a su única descendiente.

Ahora había terminado su último deber de vaciar y vender la mansión de Toorak. El Range Rover era suyo; un coche que le gustaba bastante. Sin nada que le atara a Melbourne, disfrutaba de sus recientes viajes por Victoria, siguiendo cualquier carretera que le apeteciera. Pero era Christie quien siempre permanecía en el fondo de su mente. La niña, ahora mujer, era lo más parecido a una hija que tendría jamás.

Casi bailando de habitación en habitación, Christie le enseñó a Angus los cambios ya realizados y le puso al día sobre los planes para el resto de la cabaña. Se detuvieron entre los dormitorios.

—Aquí estaba antes la puerta principal —Christie señaló la pared de ladrillo—. ¿Puedes creer que la tapiaron el siglo pasado y en todos estos años nadie ha hecho nada para cambiarlo? Thomas vivió aquí con su primera mujer, Frannie. Seguramente ellos habrían vuelto a poner la puerta. Aunque...

—¿Aunque?

—Quizás dolía demasiado. Sus padres hicieron esto después de una discusión sobre el futuro de Thomas. Él quería pintar y ellos querían que fuera el siguiente jefe de estación. Según su mejor amigo, Thomas volvió a casa después de un fin de semana de

excursión y no solo había desaparecido la puerta, sino también todas sus pinturas y materiales de arte. Los habían tirado.

—¡Qué horrible! Eso cambiaría la vida de cualquier joven.

—Lo fue. Al final accedió a hacer lo que ellos querían a cambio de su propio espacio para pintar —señaló hacia arriba, al ático—. Ahí es donde pintó el paisaje marino, Angus. Y donde Frannie escondió las cartas que él escribió una vez a Martha, así que algo debió impedirle usar ese espacio, o ella nunca las habría guardado allí.

—Una historia triste, sin duda. Pero su último correo me contaba lo felices que son ahora Thomas y Martha.

—Ven a tomar un té. ¡Están en París! Te enseñaré la foto que enviaron anoche.

—Quizás me lave primero, si no le importa.

—Por supuesto, ignora mi cháchara. Voy a poner el agua a hervir.

Cuando Angus se reunió con ella unos momentos después, dejó caer la cartera sobre la mesa de la cocina.

—He encontrado algunas fotos y pequeñas cosas de su abuela que quizá quiera conservar.

—¿No hay cartas de amor de personas desconocidas? —Christie le entregó una taza de té.

—Gracias. No que yo sepa.

—Por favor, siéntate. ¿Has desayunado? —Se unió a él con su café, apartando la cartera a un lado. La abriría más tarde, cuando estuviera sola.

—En efecto. Un desayuno bastante agradable en el motel de Warrnambool.

—Hablando de moteles, necesitamos encontrar un lugar donde puedas alojarte. Te tendría aquí sin dudarlo, pero como has visto, el lugar es apenas habitable incluso para mí. De hecho, me mudaré en un par de días para dejar que los chicos trabajen en todas las zonas húmedas.

—Entonces es una suerte que me haya adelantado y reservado una habitación.

—¿Lo has hecho? ¡Espero que no en ese motel!

—No. En Palmerston House.

—¡Maravilloso! Elizabeth te cuidará y probablemente es donde yo también estaré pronto. Oh, esto va a ser genial. ¡No sé por dónde empezar!

Capítulo 20

Una decisión

Martin se sentó a horcajadas sobre su tabla de surf, remando sin rumbo en una especie de círculo. Su mente divagaba sobre la mañana con su nueva clienta, Bethany Fox. No lograba identificar su acento, una curiosa mezcla de australiano de colegio privado, inglés y algo más. Alemán o neerlandés, o quizás inglés sudafricano. Dijo que trabajaba en finanzas y, a juzgar por su ropa y su coche, era un trabajo lucrativo.

En circunstancias normales, lo habría rechazado educadamente. Por lo general, solo pintaba a personas que le importaban, pero dos cosas le hicieron cambiar de opinión. Por un lado, estaba su suave súplica. Aquel cuadro era para sus padres en Inglaterra. Su madre estaba delicada de salud y no podía viajar. Como amante del arte, le había pedido a Bethany un retrato con paisajes australianos alrededor de su hija. Aunque Martin se preguntaba por qué no bastaría con una fotografía de calidad, entendía el deseo de Bethany de hacer feliz a su madre.

Más importante aún, estaba el encargo. El dinero normalmente importaba poco a Martin. Mientras tuviera suficiente para pagar sus deudas y alimentar a su perro, no necesitaba mucho más. Thomas le había enseñado a ahorrar, a invertir con prudencia. Tenía suficiente guardado como para mantenerse durante mucho tiempo si sus ingresos se agotaban. Pero eso fue antes de que Christie apareciera en su vida.

Tenía que dejar de pensar como un hombre soltero. Tarde o temprano, ella le daría alguna señal de que estaba lista para estar con él para siempre. Si iba a ser el hombre que sería el padre de sus hijos y el marido que ella merecía, entonces necesitaba empezar a planificar su futuro juntos.

Una pequeña ola llevó la tabla hacia la orilla. Randall saltaba alrededor, ladrando alegremente. Martin se colocó la tabla bajo el brazo y avanzó con dificultad por la arena hacia su casa. Por mucho que le doliera alejarse de Christie y contradecir su extraña corazonada, había tomado una decisión. Pediría una suma ridícula por el retrato y, si ella aceptaba, pintaría a Bethany Fox.

Capítulo 21

Primera fase

Ingrid pasó conduciendo frente a Palmerston House en dirección a Rivers End Heights. Aquel era el primero de los complejos residenciales de Bryce Montgomery en la zona. Resopló mientras entraba por los muros de piedra de la entrada. Era típico de muchos promotores alienar a los lugareños creando un nuevo barrio residencial. El pequeño pueblo necesitaba una gran renovación y un desarrollo tan inteligente que pareciera orgánico; era la mejor manera de conseguir la aprobación de los ayuntamientos.

Solo le costó unos momentos terminar su inspección: cerca de cien casas, sin tiendas, sin servicios aparte de un diminuto parque en el centro. Con solo un puñado de casas ocupadas, pasaría un tiempo hasta que el impacto de un aumento repentino de población llegara al pueblo. Cien familias necesitarían plazas en las escuelas, instalaciones médicas y más comercios. ¿Cómo creía Bryce que aquello funcionaría?

Examinó la calle, notando los remolques para embarcaciones frente a varias casas. No había barcos encima, así que debía haber un puerto deportivo o un embarcadero cerca. Interesante. Los barcos significaban dinero y eso era lo que a ella le interesaba.

El tono de llamada de Derek interrumpió sus pensamientos.

—Primera fase en marcha —respondió ella.

—¿Entonces ha aceptado?

—¿Dudas de mí?

—¿Cuándo empiezas?

—Aún está por decidir. En fin, voy a ver al agente inmobiliario en breve, así que he dado una vuelta para examinar el patético intento de desarrollo de Bryce Montgomery.

—¿Estás manteniendo un perfil bajo? ¿Evitando a Chris? Eso arruinaría...

—Por el amor de Dios, Derek. No nací ayer. —Suavizó su tono—. No te decepcionaré, pero tienes que confiar en mí. Todo está meticulosamente planeado. —Siguió la calle de vuelta a la carretera principal.

—De acuerdo. Pero ten cuidado; es un pueblo muy aislado.

—Aislado o no, es lo suficientemente grande como para que pueda evitar exponerme, siempre que este tal John Jones mantenga la boca cerrada.

—Supongo que el dinero se encargará de eso.

—Te llamaré después de mi reunión.

—Buena suerte.

La suerte es para los jugadores.

Ingrid bajó por la larga colina que se bifurcaba hacia la casa de Martin o hacia el pueblo. Echó un vistazo a Palmerston House. El Lotus estaba allí. No había señales de Christie Ryan, pero tendría que tener cuidado si la otra mujer estaba en el pueblo hoy.

Tras un té improvisado en Palmerston House, Christie condujo a regañadientes hacia casa. Angus insistió en que mantuviera sus planes, prometiendo cenar con ella aquella noche. Elizabeth le dio la bienvenida y él se encontraba muy cómodo en su nuevo entorno.

Un coche vacío estaba aparcado frente a la casa y Christie esperaba que no fueran más promotores inmobiliarios. La última vez fue Bryce Montgomery, quien tuvo la desfachatez de intentar comprar el lugar a sus espaldas. Sin embargo, el sedán de modelo antiguo no era su estilo, así que no le prestó más atención.

Media hora después, mientras se concentraba en dar forma a los rosales a lo largo de la valla delantera, Christie saltó y dejó caer sus

tijeras cuando un hombre entró en el camino de acceso.

—¡Vaya, lo siento! —No tan alto como Christie, con la chaqueta del traje apenas cubriéndole la barriga, el hombre se inclinó para recoger las tijeras y devolvérselas—. Debería haber avisado.

Christie tomó las tijeras de podar.

—Estaba en las nubes.

—Precioso jardín.

—Gracias. Lo será cuando lo termine.

—Soy Rupert. ¿Cómo estás? —Le tendió la mano para saludar—. ¡He cogido un desvío equivocado y me he quedado sin gasolina! A mi edad, cualquiera pensaría que debería de saber estas cosas.

—Me ha pasado a mí también. ¿Necesitas que llame a alguien?

—Oh, para nada. He bajado caminando hasta la gasolinera y le he puesto algo de combustible.

Christie observó su traje.

—¿Te apetece un vaso de agua?

Rupert negó con la cabeza y luego sonrió.

—En realidad, sí. Siempre que no sea una molestia. Mi mujer se enfadará porque me he olvidado de coger agua para el viaje.

—Ven por aquí y te daré. ¿Hacia dónde te diriges?

—Voy de regreso a casa. Bastante decepcionante, la verdad. Fui a Warrnambool para una entrevista de trabajo. Me dedico a las ventas. Queremos un cambio de aires junto al mar, Lucy y yo, ahora que vamos a tener un bebé.

Subieron a la terraza y Christie dudó.

—Señorita, puedo esperar aquí. No quiero llenar el suelo de tierra.

Christie estalló en carcajadas.

—Perdona que me ría. Estoy haciendo reformas y el desastre que dejan los obreros es mayor de lo que te imaginas. Pasa, por favor.

Rupert la siguió, dejando la puerta abierta tras él. Miró alrededor.

—Señorita, si no le importa que lo diga, esto tiene un verdadero encanto de otra época.

Ella le ofreció un vaso de agua a Rupert.

—Por favor, soy Christie. La cabaña es bastante especial, ¿verdad? Estoy deseando devolverle su belleza original. —El olor a

humo de cigarrillo impregnaba su ropa y ella dio un discreto paso atrás.

—¿Era la residencia de un jefe de estación? —Rupert bebió su agua de un trago. Christie tomó su vaso y lo rellenó—. Gracias. No tenía idea de la sed que tenía. Ha sido un día largo.

—¿Dijiste que ha sido decepcionante?

—Me ofrecieron un trabajo. Esa es la parte buena, pero miré las casas que hay en el mercado y simplemente no nos convienen. Queremos un poco de espacio para un poni y nos gusta mucho nuestra intimidad. Lucy quiere cultivar verduras y cosas así.

—Deberías hablar con los agentes inmobiliarios del pueblo. Podrían conocer algo.

Rupert terminó el segundo vaso, lo llevó al fregadero y lo enjuagó. Poniéndolo boca abajo a un lado, sonrió.

—Gracias, Christie. Debo decir que te envidio. Este es exactamente el tipo de lugar que nos encantaría. En fin, debería dejarte volver a esas rosas.

—No ha sido molestia. Ve a ver a John Jones. Tiene el local con las macetas de flores fuera. Dile que te envío yo. —Christie salió de la casa con Rupert y bajaron por el camino.

—Creo que lo haré. Este es un gran pueblecito. No hay rastro de edificios altos ni centros comerciales.

—No. Esas son cosas que nos gustaría mantener alejadas. Que tengas un viaje seguro a casa.

Christie le observó subir a su coche, dar media vuelta y alejarse por la carretera. Su familia sonaba exactamente como el tipo de personas a las que les vendería la cabaña. Si alguna vez la vendía. Tampoco es que lo planeara.

Capítulo 22

Reputaciones

Christie no escuchó la primera llamada de Ashley. Su teléfono, junto con un vaso de agua fresca, estaba en un poste cerca de la entrada. Cuando finalmente captó su atención, cruzó el jardín corriendo, casi tirando el vaso con las prisas.

—¡Ah, así que sí contestas el teléfono! —se rio Ashley.

—¡Hola a ti también!

—Pensé que tendría que conducir hasta allí para obtener una respuesta.

—¡Y serías más que bienvenido! ¿Qué ocurre? —Christie cogió el vaso. El día era cálido y el sol daba casi directamente sobre su cabeza.

—Cené con Carlo Palmero anoche y acabamos hablando de ti.

—Hace siglos que no veo a Carlo. ¿Qué está haciendo en Melbourne?

—Buscando localizaciones para un *thriller* que va a rodar el año que viene. Probablemente aquí en Docklands, pero ha preguntado por playas azotadas ventosas. He pensado en tu pueblito.

—En realidad sería ideal, siempre que se adapte bien al tiempo. ¡Qué emocionante! —Christie se dejó caer sobre la hierba en la sombra.

—Infórmale personalmente. Tiene un trabajo, si te interesa.

Christie cerró los ojos por un segundo.

Que no sea en Europa. Que no sea en Estados Unidos.

—Cuéntame.

—Bueno, tu nombre surgió al hablar de la localización y preguntó dónde estabas ahora. Le dije que te habías convertido en una chica de campo en un pequeño pueblo costero y simplemente me dio esa mirada larga y seria que suele hacer. Finalmente dijo, y cito: "el campo ya es hermoso, es la ciudad la que necesita que Christie haga su magia". Fin de la cita.

Christie soltó una risita.

—Te lo estás inventando. ¿Cuándo y dónde?

—Más o menos pronto. Empieza a rodar en un par de días, pero no te necesitará hasta dentro de una semana, dos como mucho. En Auckland.

—Deja las cosas para última hora.

—No, *bella*. Él solo quiere...

—¿Qué?

—Digamos simplemente que hay un hueco para ti en el equipo y te quiere allí.

—¿Tan mala es mi reputación, Ash? ¿Me está buscando trabajo por los viejos tiempos?

—Llevas el tiempo suficiente en esta industria como para saber lo volubles que son las personas. Los que te conocen, te adoran. Y Carlo lo hace, así que sé buena y di que sí. Son solo unas pocas semanas y después todos se olvidarán de lo de Londres y volverán a darte trabajo.

—Lo pensaré.

—No, llámale y di que sí. Puedes decidir si quieres renunciar a tu carrera después.

—¿Cómo sabes que...?

—Christie. Te conozco desde siempre. Tu corazón está en otro sitio y eso es maravilloso. Pero no renuncies porque otra persona estropeó las cosas, ¿vale?

—Vale. Quizás. Gracias.

—Un placer. Ray te manda recuerdos.

—Dile que le echo de menos. Os echo de menos a los dos.

Después de colgar, Christie se tumbó sobre la hierba para contemplar el cielo. Unas nubes suaves se movían muy lentamente. La inmensidad del universo la invadió, mientras la tensión se filtraba

hacia el suelo, debajo de ella. Hubo un tiempo en el que Christie lidiaba con demasiados contratos. Las grandes productoras la tenían en sus listas y los directores la llamaban personalmente. Todo lo que hizo falta fue un hombre manipulador y una mujer astuta para dañar su reputación.

Ashley tenía razón. Si se rendía ahora, Derek e Ingrid ganarían. Llamaría a Carlo y aceptaría su generosa oferta. Iría a Nueva Zelanda y haría el mejor trabajo de su vida. Después hablaría con Martin. Le dejaría entrar en su alma, atravesar sus defensas. Quizás él vería que su compromiso era con él y decidiría que necesitaba llevar las cosas a otro nivel. Un nivel en el que sus vidas se convertirían en una sola.

Capítulo 23

Navegando en el Mar de jazmín

Martin ya estaba en Willow Bay cuando Christie llegó. Estaba sentado en la arena, dibujando los barcos. Ella lo observó desde los árboles, atraída por su talento; por todo su ser. Aquellos sentimientos que él despertaba en ella estaban más allá de su capacidad para expresarlos con palabras. Profundos, intensos, eternos.

—¿Piensas navegar hoy?

¿Cómo lo sabe?

Christie se unió a él, apoyándose contra su hombro mientras terminaba el boceto, siguiendo cada trazo rápido del lápiz mientras formaba gaviotas, veleros y nubes en el papel. El calor de su cuerpo irradiaba hacia el de ella. Cerró los ojos.

—¿Te vas a dormir ahí? —Martin le besó la frente—. ¿Nos aventuramos fuera de la bahía?

—Podríamos quedarnos aquí. Yo podría dormir, aquí en la arena. Contigo. —Reacia a que el momento pasara, Christie se acurrucó contra Martin. Él cerró el cuaderno de bocetos.

—O podríamos ir a navegar. Vamos, dormilona.

Con un gemido, Christie se movió para permitirle ponerse de pie, y luego aceptó su mano para que la ayudara a levantarse.

—El sol es tan agradable.

—Por eso vamos a navegar hoy. En menos de un mes habrá más días lluviosos que soleados. El otoño está casi encima. —Martin

lanzó su cuaderno de bocetos y el lápiz a una mochila—. ¿Has traído agua?

Christie negó con la cabeza.

—Si vas a navegar, planifica con antelación. Aunque intento mantener la cocina abastecida, es mejor llevar lo que necesites para cada viaje. Nunca sabes si algo podría salir mal. Las condiciones pueden cambiar rápidamente. El motor podría pararse cuando no hay viento. —Fue a buscar el bote auxiliar.

—Tengo que aprender mucho. —Ella iba justo detrás de él.

—Sí. Por eso navegarás. Yo estoy para el trabajo pesado y para aconsejarte si realmente te quedas atascada.

Juntos arrastraron el bote hasta las aguas poco profundas.

—Así que soy la jefa —anunció Christie con una sonrisa traviesa.

—Sube. Puedes llamarte como quieras.

El bote se deslizó fácilmente por el agua bajo la guía de Martin. Esta vez, Christie no sintió escalofríos de miedo cuando el agua se hizo más profunda. Unos momentos después, estaba en el Mar de jazmín, sonriendo como una niña pequeña con un juguete nuevo. ¡Su velero! Martin ató el bote a una boya.

—Los chalecos salvavidas están debajo del asiento.

Christie sacó dos. Martin comprobó que estuviera segura, ajustando una correa y besando la punta de su nariz.

—Estás tan emocionada como una niña pequeña en Disneyland. Respira hondo y empieza a pensar en los procedimientos. ¿Has estado estudiando?

—Lo he hecho y voy a hacer el examen esta semana. ¿Levanto el ancla? ¿Y qué hago si no sube?

—En circunstancias normales lo hará. Podemos practicar.

—¿Pero qué pasa si realmente se queda atascada? —Christie miró hacia abajo, a lo largo de la pesada cadena que se perdía en el agua.

—Cizallas.

—¿A través de eso?

—A través de eso. Ahora, tú estás al mando. Intervendré si te saltas algún paso —Martin se apoyó en la barandilla, con una media

sonrisa. Las gafas de sol oscuras añadían un aire de misterio a su rostro.

—Te quiero —Christie no pudo evitarlo, deslizando sus brazos alrededor de su cuello y poniéndose de puntillas. Durante un largo momento se besaron.

Entonces, Martin levantó la cabeza.

—Si vuelves a hacer eso, no iremos muy lejos.

—A sus órdenes, capitán. Oh, espera, yo soy la capitana. ¡A fregar la cubierta!

—Te estás divirtiendo demasiado con esto —Había un toque de advertencia en su tono. Christie sonrió mientras iba al cabrestante. Pensó que Martin se reía de ella, pero también podrían haber sido las gaviotas que volaban sobre ellos.

Casi en el momento en el que el Mar de jazmín asomó por el estrecho hueco entre los acantilados, el viento llenó sus velas. Christie mantuvo la calma, apagando sistemáticamente el motor, izando el *spinnaker* con un poco de ayuda de Martin y dirigiendo, con la brisa a sus espaldas. El velero respondía sin esfuerzo mientras dejaban la bahía muy atrás. Pronto la tierra a su izquierda se volvió brumosa y distante.

—Iremos hasta Green Bay —Desde la proa, Martin alzó la voz para competir con el batir de la vela mayor—. Volveremos antes del anochecer. Te da un recorrido decente —Trepó de vuelta para unirse a Christie, admirando su nueva confianza. Ella manejaba el timón con un toque ligero, como si ella y el Mar de jazmín compartieran alguna conexión—. Buen trabajo. Lo estás haciendo bien.

—Me encanta. ¡Oh, Martin, esto es increíble! —Con los ojos iluminados de alegría y el pelo azotado por el viento, era la viva imagen de la felicidad.

Dios, te quiero.

Martin se intentó mantener ocupado llevando botellas de agua, solo para controlar su impulso de besarla una y otra vez.

Le ofreció una botella, poniendo una mano en el timón para dejarla beber.

—De regreso estaremos más cerca de la costa. ¡Mira! —Señaló a estribor.

—¡Oh! ¿Son delfines? —Christie pasó por encima de las cuerdas y por debajo de la vela para ver mejor, dejando a Martin sujetando el timón—. ¡Ven a ver! Son increíbles.

—Lo haría, pero alguien tiene que dirigir y pensaba que tú eras la capitana.

—¡Perdón!

—Te estoy tomando el pelo, cariño. Siéntate y observa un rato.

Christie se dejó caer en la cubierta, inclinándose sobre el costado para observar el grupo de delfines. El agua era tan clara que sus elegantes cuerpos revelaban cada giro y vuelta.

Después de un rato, el velero redujo la velocidad y Christie miró a Martin.

—Vamos. De vuelta al trabajo —Extendió una mano—. Es hora de practicar el cambio de dirección y ver lo cerca que podemos llegar a Green Bay.

Capítulo 24

Secretos e intrigas

Daphne estaba de pie, fuera del despacho de su marido, escuchando su llamada telefónica. La taza de té que llevaba —con una de sus galletas caseras de doble chocolate sobre el platillo— podía esperar un momento o dos, ya que no deseaba interrumpir lo que claramente era una conversación importante. John era su amor del instituto; la había conquistado a los dieciocho años para convertirla en su mujer. Cuarenta años después, su corazón seguía acelerándose cuando él le sonreía. Juntos habían construido la mejor agencia inmobiliaria de la región y, ahora que se acercaba la jubilación, John se estaba dedicando a algo que siempre había evitado: tratar con promotores inmobiliarios a gran escala.

—Pero por supuesto que será confidencial. Puedes confiar en mí completamente.

¿Con quién estarás hablando?

—Si es lo que prefieres. Pero no puedo prometer nada hasta que lo discutamos más a fondo.

Interesante. Secretos e intrigas, dos de las cosas favoritas de Daphne.

—Sí, puedo estar allí a las tres. Nos vemos entonces.

Eran casi las dos y media según el reloj al final del pasillo. Aun así, tenía tiempo para su té. Daphne asomó la cabeza por la esquina.

—¡Hora del té!

—Oh, Daphne. No te oí venir —John cerró una libreta, pero no antes de que Daphne viera las palabras Green Bay Lookout.

Daphne frunció el ceño mientras dejaba la taza y el plato.

—¿Te vas a alguna parte?

—Tengo una reunión con un cliente potencial. En media hora, de hecho.

Daphne sacó una silla y se dejó caer con un suspiro.

—Así mejor. Siento que he estado de pie todo el día. Y bien, ¿qué tipo de cliente es?

Después de un sorbo de té, John cogió la galleta.

—No estoy seguro, en realidad. Es todo muy secreto. No quieren que nadie sepa que están buscando en la zona.

—Qué peculiar.

—Me reuniré con ellos pronto, así que tengo que hacer una llamada rápida y terminarme este té —miró a Daphne. Ella le sonrió —. Así que, ¿tengo que hacer una llamada? —sugirió.

—Oh, claro. Tengo que ir a empaquetar el resto de esas galletas para Christie. Pensaba pasarme después del trabajo y ponerme al día.

—Una idea estupenda. Saco mi taza en un minuto.

—Bueno, te dejo hacer tu llamada.

¿Qué estaría pasando?

Green Bay Lookout estaba a mitad de un acantilado, al que se accedía por un camino estrecho y serpenteante de tierra. Rodeado de espesa vegetación, era un lugar protegido y escondido, que atraía tanto a jóvenes enamorados como a turistas. Hoy no había ni amantes ni visitantes; solo estaban Ingrid y John, sentados en el único banco del pequeño espacio con barandilla.

—Así que, ya ve por qué insisto en mantener esto... entre nosotros —Ingrid casi ronroneó. Un portátil abierto mostraba una vista aérea de Rivers End—. La gente se pone nerviosa con las urbanizaciones. Sospecha. Pero yo sé cómo calmar esas

preocupaciones: ayudando a mostrar a las personas clave los beneficios.

—¿Beneficios? ¿A qué se refiere exactamente? —John estaba en el extremo más alejado del banco. Nunca había conocido a una mujer como Ingrid: el pelo rojo fuego corto, como una estrella del pop; unas pestañas tan largas que no podían ser reales. Incluso su... bueno, su cuerpo, parecía algo irreal. Su vestido verde ajustado, con una cintura diminuta, era tan corto que dejaba al descubierto unas piernas perfectas.

—Mi cara está aquí, querido.

—Eh, sí —sus ojos volvieron rápidamente a los de ella—. El problema es que ya tengo un cliente para gran parte de este terreno.

—¿Bryce Montgomery? Es un encanto pero he una vuelta y no hay ni un ápice de planificación a futuro en Rivers End Heights. No hay tiendas ni aceras, solo casas enormes con pequeños jardines traseros. Y, sin embargo, dispone de todo este espacio —tocó la pantalla—. Además, está el factor demográfico a considerar.

—¿Qué factor demográfico?

—Piense en el futuro, John. ¿Qué tipo de personas quiere como vecinos? ¿Quién aportará espíritu comunitario? ¿Quién traerá dinero para el beneficio de todos los propietarios de viviendas y negocios en su encantador pueblo? —Cerró el portátil y cruzó las piernas, inclinándose más cerca—. Necesita una mezcla de jubilados adinerados y visitantes de fin de semana.

—Pero no tenemos urbanizaciones para jubilados ni planes para ellas aquí.

—No hace falta. Estoy hablando de prejubilados con financiación propia, con dinero en efectivo y que desean una vivienda de calidad en un pueblo tranquilo. Traerán su sabiduría y amistad. En cuanto a los visitantes de fin de semana, bueno, ahí es donde el pueblo realmente se beneficia. Las escuelas no se verán afectadas porque la mayor parte del tiempo solo vendrán los fines de semana y durante las vacaciones escolares. Ellos traerán el dinero de verdad. Gastarán a lo grande y darán a su comunidad la oportunidad de crecer lo suficiente como para evitar que sus residentes actuales se marchen.

¿No suena eso mejor que una urbanización mayoritariamente vacía donde nadie quiere vivir realmente?

John asintió.

—Necesitaré echar un vistazo a lo que ya está firmado y sellado. Luego podremos hablar más.

—Perfecto. Ni una palabra a Bryce. Y ni siquiera un susurro a otra alma.

—¿Ni siquiera a mi mujer? Daphne es mi mano derecha en el negocio.

Ingrid puso una mano en la pierna de John y la apretó.

—Por mi experiencia, las mujeres no entienden que a veces sus maridos tienen que hacer... cosas sin ellas. —Sonrió y se levantó con un movimiento elegante—. Voy a contemplar el mar un rato. Llámeme. ¿Pronto?

John se puso en pie. Extendió su mano para estrecharla, pero Ingrid ya se había dado la vuelta y permanecía de pie, mirando fijamente al mar en calma. Él apartó los ojos de ella y subió pesadamente por el sendero.

Ingrid observó un velero a tan solo cien metros mar adentro. Tenía una vista excelente y reconoció inmediatamente a Martin Blake haciendo algo con una vela.

Era un hombre tan atractivo: interesante, inteligente. Christie le dijo una vez que tenía una mente lógica. La tenía. Excepto, decidió, cuando se trataba de Christie, que ahora aparecía desde la cubierta inferior con unas bebidas. Qué divertido iba a ser atraer su atención y alejarla de la pequeña señorita Christie.

No es nada personal, querida.

Lanzó un beso hacia el velero.

—Creo que ha sido la mejor tarde de mi vida y nada me hará cambiar de opinión. —Christie se recostó contra Martin, con los brazos de él rodeándola. Estaban sentados en la playa, casi igual que habían estado antes ese día. El cansancio la abrumaba, pero su mente vagaba hacia los delfines y las olas.

—Lo has hecho bien. Unas cuantas salidas más y me sentiré seguro entregándote las llaves.

—Gracias. Has sido un gran contramaestre. ¡No me hagas cosquillas!

—¿He sido un gran...?

—¡Profesor!

—Mejor. Aunque necesitas practicar el remo.

—Ese es tu trabajo. —Christie bromeaba solo a medias. Su intento de remar de vuelta terminó después de que Martin le señalara que se dirigía mar adentro y tomara los remos de nuevo—. Los capitanes no reman.

—Tengo que ir a recoger a Randall de casa de Elizabeth.

—Seguro que Angus le ha hecho mucho caso. Oh, no puedo esperar a que lo conozcas. ¿Vendrás a cenar esta noche? ¿Por favor?

—No quiero entrometerme.

—Eso es algo que nunca podrías hacer. —Christie le tocó la cara —. Sois los dos hombres más importantes de mi vida. Había pensado que podríamos ir al *pub*. Que cocine otro.

—Te he agotado.

—No del todo. ¿Entonces es un sí?

Martin respondió con un largo beso.

—Podría quedarme así. —Finalmente admitió—. Aquí, contigo en mis brazos.

—Amo mi vida. Soy tan afortunada. —Christie suspiró de placer —. Hay poco más que podría desear.

—Debe de haber más, sin embargo. ¿Trabajo? ¿Más viajes? Familia, quizás.

Christie miró fijamente a los ojos de Martin, buscando el significado detrás de la pregunta.

—Hay algunas cosas que necesito terminar. Es algo de trabajo, y te lo contaré cuando tenga algunos detalles. Pero no quiero estar

viajando todo el tiempo. Ya no. Este es mi hogar. Mi familia está aquí.

¿Qué estaba preguntando? ¿Sobre tener niños o sobre si tenía otros sueños por cumplir? Nunca lo había visto con niños. Quizás no los quería, como Derek no los quiso.

Eso había sido un obstáculo insalvable con Derek, junto a otras cosas. Pero Martin era diferente. Lo amaba con todo su corazón y si él no quisiera tener una familia, entonces quizás el amor todavía sería suficiente.

Pero yo quiero hijos.

Quería preguntarle qué quería decir, pero el momento había pasado.

Martin estaba de pie, con la mochila al hombro y la mano extendida.

—¿Vienes? —Su expresión era pensativa. O tal vez era solo la luz del atardecer.

Capítulo 25

Todo es posible

La noche caía mientras Martin atravesaba el campo para llegar a Palmerston House. El Lotus había pasado zumbando antes, con la capota bajada, y Christie le había gritado algún comentario descarado con un saludo de mano. Lo había hecho muy bien hoy y él sabía que la decisión de regalarle el velero había sido la correcta.

Silbaba mientras se acercaba a la escalera principal.

—Está aquí —gritó Angus desde el extremo de la terraza.

Martin sonrió mientras se acercaba al banco. Randall le meneó la cola, pero no hizo ningún intento de moverse del lado del hombre mayor junto al que estaba sentado. ¿Habría existido alguna vez un perro más amistoso?

—Buenas tardes, supongo que eres el dueño de este perro tan maravilloso —dijo Angus, poniéndose de pie y ofreciéndole la mano.

Martin le estrechó la mano.

—No sé si soy su dueño. Está bastante contento compartiendo su compañía. Martin Blake.

—Angus McGregor. Creo que tenemos más en común que un *golden retriever*.

—Christie apenas puede contener su emoción por nuestro encuentro. Lo tiene todo planeado para la cena de esta noche.

—Vaya por Dios. ¿Fingimos que esto no ha ocurrido? —Angus se inclinó hacia Martin, bajando la voz—. Yo me apunto si tú también.

—Me pregunto cuánto tardará en darse cuenta.

Randall gimoteó mirando a Martin y ambos hombres extendieron una mano hacia su cabeza. Luego se rieron.

—¿Te apetece sentarte? —Angus se sentó.

Randall se tumbó inmediatamente, así que Martin se relajó en el banco. Era agradable sentarse allí, en la penumbra, mientras los árboles se convertían en siluetas. Las luces solares a lo largo del camino de entrada comenzaron a parpadear. La fuente cambiaba de color aleatoriamente, como homenaje a la boda de Martha y Thomas. Elizabeth se había negado a que Christie desmontara el sistema de iluminación después de la recepción, no solo por el bonito efecto, sino como recordatorio de que todo es posible.

—Creo que el *pub* está a un paso de aquí —dijo Angus.

—A cinco minutos. Le ofrecería llevarle, pero solo tengo el montón de chatarra de mi abuelo o una vieja moto.

—Me gustan las motos. Mi padre tenía una preciosidad con la que iba a todas partes. Todavía recuerdo el rugido que hacía cuando la aceleraba.

—La mía suena más a gemido que a rugido. Quizás sea mejor idea ir andando. Christie se horrorizaría si nos presentamos en el *pub* montados en ella.

—Sin duda.

Martin miró su reloj.

—Voy a llevar al amigo a casa y darle de comer. ¿Ha hablado con Christie sobre a qué hora estar allí?

—Brevemente. Un momento o dos antes de que llegaras. Dijo que necesitaba quitarse la sal marina del pelo.

—Estuvimos navegando.

—¿Perdona? ¡He creído escuchar que estabais navegando!

Martin se rio.

—Parece imposible. Christie tuvo casi el control total del Mar de jazmín, en mar abierto y de vuelta. Y ahora nada. Todavía no tiene tanta confianza en aguas profundas, pero es un proceso.

—Ese miedo era su mayor problema. Y tristemente, dejé que ocurriera —Angus bajó la cabeza—. En lugar de enfrentarme a Dorothy Ryan, vi cómo una niña feliz y segura de sí misma se replegaba en el silencio, volviéndose invisible a veces.

—Nunca he sabido de dónde venía ese miedo. Christie mencionó una vez que Dorothy le prohibía nadar en el mar, pero eso es todo.

—Después de perder a sus padres, lo único que Christie quería era que alguien la quisiera. A pesar de su dolor, era una niña muy cariñosa y dulce. Poco a poco, la frialdad y la furia ocasional de su abuela le enseñaron a valerse por sí misma. Es buena en eso.

—Usted no tiene la culpa, y Christie estaría desconsolada si pensara que se culpa a sí mismo —Martin se levantó y Randall saltó sobre sus patas—. Christie tuvo suerte de tenerle.

—Como también la tiene de tenerte a ti, Martin.

Con un asentimiento, Martin se despidió. Después de recibir otra caricia de Angus, Randall salió corriendo tras Martin.

Christie golpeaba el suelo con los pies. Fue la primera en llegar al *pub* y había elegido un reservado en el extremo más alejado, donde se estaba un poco más tranquilo y tenía vistas a la calle desde la ventana.

—¿Te gustaría pedir algo de beber? —Lance, el propietario del *pub* desde hacía años, dispuso cubiertos para tres.

—Quiero esperar a Martin y Angus, si no te importa. Aunque, ¿podrías prepararnos una botella de nuestro *Chardonnay*, por favor? Y tres copas.

—Tus deseos son órdenes para mí. ¿Sabías que también cultivan olivas en la bodega? ¿No? También os traeré un plato de cortesía con aceitunas de su propia cosecha. —Con una floritura, Lance desapareció en la cocina.

Martin se deslizó en el asiento junto a Christie.

—¡No te he visto entrar!

—Estabas ocupada coqueteando con Lance.

—Bueno, mi coqueteo nos ha conseguido un plato de aceitunas. No está mal como resultado. ¿Cómo está Randall?

—Agotado. Se comió su cena, dio un paseo y se metió en la cama. ¿Cómo te sientes después de nuestra navegación?

—Feliz. Le estoy cogiendo el truco, aunque no me imagino navegando sola. ¿Y para qué iba a necesitarlo?

Martin besó la mejilla de Christie.

—Bien.

—¡Oh, mira! Aquí viene Angus, rápido, déjame salir. Por favor —añadió con una sonrisa. Martin le hizo espacio y ella corrió a abrazar a Angus.

—Angus, te presento a Martin. Martin Blake, Angus McGregor.

Martin y Angus se fundieron en un abrazo, como di fueran viejos amigos. Martin dio un paso atrás, indicando a Angus que tomara asiento.

—Está muy elegante esta noche, Angus.

—Tú también, Martin. ¿Cómo es esa expresión? Ah, sí, te has arreglado bien.

Martin esperó a que Christie se sentara de nuevo antes de unirse a ellos.

—Teniendo en cuenta el poco tiempo que he tenido para prepararme, eso significa mucho.

—¿Y cómo está Randall? —preguntó Angus.

—Vale. ¿Qué está pasando aquí? —exigió Christie—. ¡Ya os conocíais! —Su expresión decaída hizo reír a ambos hombres—. Parad. No sois graciosos. Ninguno de los dos.

—¿Vino para tres? —Lance llegó con una bandeja.

—Necesito mi propia mesa, Lance —dijo Christie—. Pero me llevaré la botella conmigo.

—Entonces, vino para tres —colocó una tabla de aceitunas, pan y queso en el centro de la mesa—. Esto debería ayudar.

Bajo la mesa, Martin tomó la mano de Christie y la apretó. Ella no le miraba, así que él la atrajo suavemente hacia sí y susurró:

—Te quiero.

Sus ojos se desviaron en su dirección y las comisuras de su boca se curvaron ligeramente.

Con el vino servido, Angus levantó su copa.

—Por los amigos y la familia.

Martin pasó una copa a Christie y ambos chocaron con la copa de Angus.

—Por los amigos y la familia.

—¿Dónde está ese coche lujoso tuyo? —preguntó Martin a Christie.

—En casa. Volveré caminando.

—Te acompañaré.

Christie asintió. Antes habría discutido que era un pueblo seguro y que ella era una adulta competente. La llegada de «*Único superviviente*»y la extraña sensación que tuvo de no estar sola la última vez que caminó a casa cambió eso. Solo un poco. Después de todo, *era* un pueblo seguro y su cabaña estaba protegida. No había nada de qué preocuparse.

Capítulo 26

Reconocimiento

A la luz de una pequeña linterna, Ingrid deambulaba por la cabaña. ¿Por qué querría alguien vivir aquí? Era un lugar viejo y destartalado, con habitaciones pequeñas y sin vestidores. Por el amor de Dios, solo tenía un cuarto de baño. Abrió el armario en la habitación de Christie, inspeccionando su ropa.

Tiene buen gusto.

Ingrid cogió la fotografía de la mesita de noche. Le importaba poco el romance; era un ridículo desperdicio de energía que era mejor emplear en la búsqueda de riqueza. Una pintoresca foto de Martin y Christie le revolvió el estómago.

El baño interesó a Ingrid: tenía un armario junto al lavabo y otro detrás del espejo. La calidad y selección de maquillaje y perfume eran impresionantes. Incapaz de resistirse, se aplicó una fragancia diferente en cada muñeca, oliendo primero una y luego la otra. Roció otra en el lateral de su cuello, arrugando la nariz.

En la cocina abrió la nevera. No había mucho aparte de queso, vino y fruta, pero le recordó a Ingrid que tenía hambre. Sobre la mesa de la cocina había una cartera. Desabrochó el cierre y echó un vistazo dentro.

Sonó su teléfono y dio un respingo, dejando caer la cartera.

—¿Qué quieres, Rupert?

—Acaban de salir del *pub*. El viejo se ha ido por un lado. Christie y su novio caminan en tu dirección. Parece que el enamorado va a casa con ella.

—Entonces ven a recogerme. Te esperaré en la esquina —colgó, irritada. Claramente este pueblo perdido no tenía vida nocturna.

Mientras se apresuraba por la carretera, marcó el número de Derek. Los baches y la falta de acera hacían que caminar con tacones fuera incómodo.

Él respondió casi de inmediato.

—¿Hay noticias?

—Buen maquillaje y ropa. Ciertamente tiene clase.

—¡Ingrid!

—No he podido encontrar el cuadro. Al menos no en la cabaña, así que quizás el artista lo ha recuperado.

—¿Has estado dentro de la cabaña?

—Bueno, si va a dejar las ventanas sin cerrar...

—Estás loca.

—Gracias. Te llamaré cuando esté de vuelta en el hotel. Rupert viene a recogerme.

—Que no te vea nadie.

—Ojalá estuvieras tú aquí. No Rupert.

—Aguántalo un poco más.

—Puedo ver su coche. *Ciao*.

Llegó a la esquina justo cuando el sedán se detenía. Una bocanada de humo de cigarrillo salió cuando abrió la puerta.

—Apaga eso, ya —bajó la ventanilla, dando un portazo tras ella —. Mátate tú con eso, pero a mí no.

Rupert bajó su propia ventanilla lo suficiente como para tirar el cigarrillo fuera.

—¿Cómo puedes quejarte, oliendo como hueles? ¿Qué clase de perfume es ese?

Sin esperar una respuesta, pisó el acelerador y se alejó de Rivers End.

Capítulo 27

Inseguro

Abrazados, Christie y Martin se detuvieron al final de la calle para contemplar el mar iluminado por la luz de la luna.

—Qué pacífico. Qué perfecto —dijo Christie.

—Sí.

—Excepto por eso —soltándose del abrazo de Martin, Christie cruzó hacia la otra esquina, donde había una colilla de cigarrillo humeante. La apagó con su zapato, luego sacó un pañuelo de su bolso y la recogió—. En serio, ¿a nadie le importa el riesgo de incendio forestal?

Martin la siguió, tomó el pañuelo y lo guardó en un bolsillo.

—A ti sí. Mi preciosa, nunca dejas de sorprenderme.

—¿De verdad? ¿Te sorprendo?

Él la besó, tomándola de la mano.

—¿Has disfrutado de la velada? —caminaron calle abajo.

—Quitando que Angus y tú os pusierais tanto en mi contra, sí.

—No hemos hecho eso. Fue interesante escuchar a otra persona hablar sobre tu continuo desprecio por la seguridad. Probablemente fue una suerte que tu abuela estuviera fuera cuando dejaste la casa sin cerrar, y la verja, y...

—Vale, vale. Ya es suficiente, gracias. Tenía dieciséis años.

—No uses tu edad como excusa. Tendré que pasar más tiempo con Angus.

—Se marcha por la mañana —dijo Christie.

Martin se detuvo en medio de la calle y la atrajo hacia sus brazos. Sus manos se deslizaron por su espalda, apretándola contra él de modo que ella tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo. Sus dedos tamborilearon en su trasero, como si estuviera tocando un piano.

—¿Eso es mentira?

—Sí —a Christie se le cortó la respiración. Él no hablaba en serio; podía ver diversión en sus ojos, pero el tono que usó y la forma en la que la sujetaba trajo de vuelta esa intensa anticipación.

Durante un momento interminable la observó mientras la leve alarma se transformaba en deseo.

—Solo para que lo sepas, necesito sinceridad. Las mentiras no me funcionan.

—Lo sé. De verdad lo sé, y estaba bromeando.

—Nunca me mientas, Christie. Por favor —su rostro se endureció.

Christie levantó la mano para tocarle la mejilla.

—Oye —dijo suavemente—, nunca te haría daño a propósito. ¿Aún no lo sabes?

—Sí. Pero a veces la gente no pretende mentir. Prometen que estarán ahí, y luego... —Martin soltó bruscamente a Christie y se apartó. Agachó la cabeza y apretó los puños.

Christie se colocó frente a él y le tomó una mano, descruzando sus dedos y besando su palma.

—Martin, no pasa nada. Mis padres también hicieron eso.

Él levantó los ojos para encontrarse con los de ella.

—Siempre volveré a casa, te lo prometo. Nunca me iré mucho tiempo. Jamás. Mira, me han pedido que vaya a Auckland la semana que viene para un rodaje. Solo un par de semanas. Dime que me quede y lo haré.

—Quieres ir.

—No desesperadamente. Pero quiero recuperar mi reputación y esto me ayudará. Si alguna vez viajo al extranjero por trabajo en el futuro es un asunto completamente distinto, pero este trabajo, bueno, me gustaría hacerlo.

Como si estuviera forzando a su cuerpo a relajarse, Martin respiró hondo.

—Ve. Hazlo, porque de lo contrario siempre te preguntarás qué hubiera pasado.

—¿Estás seguro?

—Es parte del *pack*. Además, tengo un retrato que pintar y no sabes cómo soy cuando trabajo. Puedo ser implacable con las interrupciones y muy protector de mi intimidad.

—¿En qué se diferencia de tu yo normal?

Martin arqueó las cejas e intentó agarrarla, pero ella se alejó bailando, entre risas.

Christie se quitó los zapatos en la cocina y dejó su chaqueta sobre una silla. Martin y ella habían estado en el porche al menos cinco minutos, besándose y susurrándose. Entonces, justo cuando iba a invitarle a entrar, bostezó. A ese bostezo le siguió rápidamente otro que fue imposible de ocultar.

—Vete a la cama —le ordenó Martin.

—¿Sola? —Bostezó otra vez y él se rio.

—Creo que sí. Duerme bien y sueña con los delfines —Le había dado un último beso largo y prolongado.

Ahora, se tocó los labios con un dedo, sonriendo.

Cuánto te quiero.

La nueva vulnerabilidad de Martin la conmovió profundamente y sintió un profundo dolor por su dolor, por el niño pequeño que seguía sin comprender el accidente del que solo él había sobrevivido.

Frente al espejo del baño, dispuesta a quitarse el maquillaje, olisqueó el aire. ¿Se habría derramado alguno de sus perfumes? Abrió el armario con espejo y comprobó cada uno de ellos. No había fugas y, pensándolo bien, el aroma en la habitación no correspondía específicamente a uno de los suyos. Era más bien una extraña mezcla.

Sabía que había abierto la puerta trasera al llegar a casa, pero se apresuró a comprobarla de nuevo. Estaba cerrada con llave. El

maletín que Angus había dejado esta mañana estaba abierto, con el cierre suelto.

Te estás imaginando cosas.

Echó un vistazo dentro, aunque no sabría decir si faltaba algo. Angus lo había dejado allí y luego ella lo había apartado a un lado, lo había cerrado con el clip. Ahora no lo estaba.

—Dios mío.

Christie cogió su teléfono y comenzó a marcar el número de Martin. Luego se detuvo. ¿Qué le iba a decir? ¿Que alguien había estado en la casa? ¿Y si todavía estaba aquí? Con los ojos muy abiertos, cogió una sartén del armario.

Habitación por habitación, encendió cada luz, comprobando detrás de las puertas y del poco mobiliario que había. Con la sartén aún en la mano, comprobó cada ventana: las de los dormitorios estaban cerradas; la del baño era demasiado pequeña; la de la lavandería estaba cerrada; la del salón también. Fue al comedor... La ventana cedió.

Con el corazón en la garganta, forzó la ventana hacia abajo todo lo que pudo y la cerró. Había tenido aquella ventana abierta el otro día, ventilando la habitación después de que los obreros la llenaran de polvo de yeso. ¿Cómo había podido olvidarse de cerrarla?

Alguien había trepado por ella. Había jugueteado con su perfume y abierto el maletín. Corrió a su dormitorio. Todo lo de valor estaba, incluidas las joyas y una pequeña cantidad de dinero en una caja. Su pasaporte y su agenda de contactos estaban intactos.

Esa noche las luces se quedarían encendidas. Cogió el teléfono, dándole vueltas entre los dedos.

No estropees las cosas.

Metió el teléfono en un bolsillo y volvió a comprobar que la puerta trasera estaba cerrada. Decepcionada consigo misma, Christie se metió en la cama, con la sartén en el suelo. Su luz estaba apagada, pero el resto de la casa resplandecía.

En medio del estudio, Martin estudiaba un cuadro a medio terminar, con una copa de *whisky* entre los dedos. Los sujetos eran Thomas y Martha, sentados en el extremo del embarcadero, con las piernas colgando y los dedos de los pies sumergidos en el mar. Tendrían unos veinte años. Absortos en su conversación, el amor en sus ojos le recordaba a cómo estaban en la actualidad.

Detrás de ellos, a mitad del embarcadero, otro Thomas miraba a la joven pareja. Este Thomas era mayor, e iba de la mano de un pequeño niño de pelo oscuro. Una mujer se alejaba, hacia la playa. Por su largo cabello castaño podría ser Martha. Y en la playa misma, Thomas, de setenta y dos años, de rodillas, ofrecía un anillo de compromiso a Martha, de setenta años.

Martin tocó la cara del niño.

—Has caído de pie —bebió el *whisky*, sintiendo su calidez irradiar por todo su cuerpo. El niño pequeño vivía en lo más profundo de su ser, siempre esperando lo peor. Ahora, era momento de parar. Christie no iba a abandonarle. Y Thomas tampoco.

Desde su cama cerca de la ventana, Randall gimoteó en sueños.

Y tú. Gracias a Dios por ti también.

El cansancio se apoderó de él y Martin cubrió el cuadro con una sábana. Con suma delicadeza, despertó a Randall.

—Hora de acostarse —con un meneo de cola y un bostezo, el perro siguió a Martin hasta la puerta.

En el apartamento que Christie una vez llamó hogar, Derek merodeaba de habitación en habitación, escuchando a Ingrid al teléfono. Todavía con el traje que había llevado todo el día, quería darse una ducha y un chupito de *brandy*. Esa noche dormiría poco. Tenía demasiado que hacer.

—Una vez tenga a John Jones en el bolsillo, me presentará a los concejales locales adecuados. Aquellos que estén abiertos a esto.

—Pareces segura.

Ingrid soltó una breve carcajada.

—¿Con qué frecuencia fracaso?

Derek se detuvo en la entrada del dormitorio. Ahí estaba su gran y solitario dormitorio, con su cama de matrimonio, vacía. Perfectamente hecha, lista para el amor, la cama se burlaba de él.

—¿Cuándo vas a volver?

—¿Me echas de menos?

—Contigo y Rupert fuera, estoy haciéndolo todo yo.

—Pobrecito. No te preocupes, merecerá la pena cuando cortes la cinta para inaugurar la nueva urbanización.

Era el momento de ese *brandy*. Derek se dirigió al mueble bar en el salón.

—¿Sigues ahí?

—¿Has visto a Chris?

—Desgraciadamente, sí.

—Dios. ¿No te ha visto?

—Gracias por la confianza. Estaba demasiado ocupada acurrucándose con su artista en un barco como para fijarse en nadie.

—¿Barco?

—Un velero. Estaba en un mirador y pasaron navegando casualmente.

—Averigua lo que puedas sobre ese velero. De quién es.

—¿Para qué molestarse?

—Por favor —Derek se sirvió un *brandy* en un vaso y se lo bebió de un trago. ¿Qué demonios hacía Chris en un velero? Odiaba el agua. Fuera cual fuese el control que ese artista tenía sobre ella, estaba actuando de forma extraña. ¿Qué veía en él, de todos modos? No tenía dinero, talento ni estatus. Pensar en él tocándola... volvió a llenar su vaso.

—De acuerdo. ¿Quieres que también haga fotos?

—Zorra sarcástica —lo dijo suavemente—. Lo estás haciendo bien, Ingrid. Unos días más y esto habrá terminado. Dile a Rupert que suba la apuesta.

—¿Te refieres a...?

—Él sabe cuál es el siguiente paso. Ahora, ve a dormir. Tengo trabajo que hacer.

Derek colgó la llamada. Sobre el mostrador había una carpeta de su abogado. Si existía una forma legal de comprar el terreno del ferrocarril, estaría en ese informe. Comprarlo presionaría a Chris para que vendiera su parcela de terreno. Ella odiaría vivir junto a unas obras. Una que él se aseguraría de que fuera lo más intrusiva posible.

Se dirigió a la ducha. De una forma u otra, iba a conseguir su terreno. Y aunque a Ingrid no le importara quién resultase herido, él sabía que en el momento en el que Chris descubriera que él estaba detrás de todo, no tendría ninguna posibilidad de recuperarla.

Capítulo 28

Un regalo del pasado

La lluvia volvió a caer durante la noche, calmando finalmente a Christie hasta sumirla en un profundo sueño en las primeras horas de la madrugada. Hasta que empezó a llover, cualquier sonido la perturbaba. Los habituales crujidos nocturnos de la casa y el golpeteo de los árboles en el tejado se transformaban en figuras sombrías irrumpiendo en la cabaña.

Cuando sus ojos se abrieron con un parpadeo, pasó un momento antes de que recordara un instante en el que sonrió ante la idea de ver a Martin hoy y ponerse al día con Angus; almorzar con él, invitada por Elizabeth a Palmerston House. Entonces, al darse cuenta de que el teléfono estaba en la cama con ella, todo volvió a su mente.

Le habían dicho que aquel pueblo tenía poca delincuencia. Ocasionalmente ocurría algún robo y los lugareños siempre culpaban a los forasteros, a gente de paso. Lo más probable y lógico es que fueran ellos. Probablemente Martin y ella los habían interrumpido al regresar. Qué suerte que él hubiera estado con ella.

A la luz del día, Christie se sacudió el miedo. Esta era su casa y nadie volvería a entrar sin invitación. Su nueva rutina aseguraría que revisara cada cerradura cada vez que saliera. Martin no necesitaba conocer sus sospechas. Ella lo tenía todo bajo control.

Después de una ducha y un café, Christie abrió el maletín, inhalando el olor a cuero viejo con el ceño fruncido. Justo encima del

cierre, grabadas en el cuero, estaban las iniciales *J.O.*, y mientras Christie trazaba cada letra, su frente se arrugó.

Dentro, había una carpeta y un joyero.

¡Otra vez no!

Sus dedos temblaban mientras manipulaba torpemente la carpeta. Había tres fotografías. La primera era de ella misma, con unos ocho años, en el jardín delantero de la casa de la abuela. Llevaba unas trenzas apretadas, una chaqueta escolar y la falda hasta las rodillas. Sus ojos eran serios y tristes. Un escalofrío recorrió la espalda de Christie. Era el primer día en su nuevo colegio. Un verdadero colegio privado para señoritas.

La segunda foto mostraba a un hombre y una mujer, cada uno sosteniendo la mano de una niña pequeña de pelo oscuro cuya sonrisa era contagiosa. Christie no pudo evitar sonreír al verse a sí misma de pequeña. Pero su sonrisa se desvaneció mientras escudriñaba los rostros del hombre y la mujer. —¿Mamá? ¿Papá? — Una piedra fría cayó en la boca de su estómago. Dio la vuelta a la foto. «¡Con la querida Christabel, a los tres años!»

Casi con miedo, miró la última fotografía. Su madre, tan preciosa en su vestido de novia, miraba a su padre con absoluta adoración. Una lágrima resbaló por la mejilla de Christie, cayendo sobre su brazo sin que lo notara. En el reverso, con una escritura diferente pudo leer: «Rebecca Ryan casándose con Julian Oliver. 1981».

—Julian Oliver —Tocó las iniciales en el maletín—. Christie Oliver. —Había olvidado su verdadero apellido. La abuela lo cambió a Ryan cuando la adoptó. Y aunque su intención era buena, asegurando que el futuro de Christie estuviera seguro, le robó su herencia. ¿Cómo había podido olvidarlo?

Dentro del joyero había un pesado medallón de oro. No necesitaba mirar dentro. Sin siquiera tocar el medallón, lo recordó. Como si fuera ayer.

Christie, de siete años, estaba sentada en el regazo de su madre, jugando con el medallón alrededor de su cuello.

—Es muy bonito, mami.

—Y algún día será tuyo —Rebecca lo abrió—. ¿Ves? Me recuerda cada día cuánto nos queremos tu papá y yo. Esta foto de él es de nuestra fiesta de compromiso.

—¿Qué es eso?

—Eso, mi cielo, es una celebración especial cuando dos personas deciden casarse.

—¿Como tú y papá?

—Sí. Esta foto, la mía, es un poco más reciente. La tomaron solo unas semanas antes de que nacieras. ¿Ves lo feliz que estoy?

—¿Es por mí?

—Después de papá, no hay nadie en este mundo a quien ame más. Así que, cuando tengas este medallón, podrás ver el amor que sentimos el uno por el otro, y por nuestra hermosa niña.

—¿Cuándo tendré el medallón?

—No durante mucho, mucho tiempo, cariño —Rebecca besó la cabeza de Christie.

—Tenías razón, mamá —susurró Christie, mirando las fotografías a través de las lágrimas—. Ha sido mucho tiempo.

Este maletín y su contenido significaban más que cualquier cosa. A pesar de las lágrimas que seguían cayendo, una parte de Christie había regresado. Era Christie Oliver, hija de Rebecca y del doctor Julian Oliver. Los recuerdos volvieron apresuradamente, tropezando unos con otros: su padre enseñándole a montar en bicicleta, su madre mostrándole un precioso amanecer, los tres jugando a un juego de mesa en el amplio porche, evitando el calor del día.

La piedra en su estómago desapareció, reemplazada por calidez. Amor. El amor de una madre y un padre. Unos padres felices y adorables. Una familia. Era posible tener eso. Podía ser real.

Capítulo 29

Encuentros cercanos

—He recorrido un poco la zona en coche y he visitado los lugares que me sugeriste, pero ninguno de ellos me atrae realmente —dijo Ingrid, demasiado cerca de Martin para su gusto. Su perfume era demasiado fuerte y, de cerca, su maquillaje era demasiado espeso. Estaba bien aplicado, pero lo usaba para ocultar su edad en lugar de para realzar su belleza natural, como hacía el de Christie.

—¿Tiene algún escenario en mente? —preguntó con una paciencia que no sentía. La había visto mantenerse alejada de Randall, que, curiosamente, no tenía interés en hacerse amigo suyo.

—Un lugar típicamente australiano. Agua, barcos. Ya sabes a lo que me refiero.

—¿Koalas? ¿Canguros?

—Te estás haciendo el tonto —Ingrid deambuló por el estudio, deteniéndose frente a un cuadro, y luego otro—. Pintas unos cuadros abstractos muy interesantes. ¿Puedo beber un vaso de agua?

¿Y una rodaja de limón?

Martin abrió la nevera. ¿Esperaba también que le quitara el tapón a la botella? Lo dejó puesto. Ahora estaba hojeando su cuaderno de bocetos.

—Eso es privado —las palabras salieron en un tono más severo de lo que pretendía y ella levantó la mirada. Él extendió la mano para que le devolviera el cuaderno.

—Me gustaría ese lugar como escenario.

Lo había dejado abierto en Willow Bay. El Mar de jazmín estaba de fondo.

—No es un buen sitio. Hay demasiadas cosas —Martin cerró el cuaderno y lo dejó caer en el sofá.

—¿Dónde está? Iré a verlo por mí misma —Ingrid abrió la botella y dio un pequeño sorbo—. Esto ha sido una idea estupenda. Me encanta trabajar con hombres de verdad y tú, señor Blake, tienes ese aire dominante que admiro.

Dios mío, estaba flirteando. Esto no iba a funcionar. Su expresión se endureció.

—He depositado diez mil dólares en tu cuenta —dijo ella—. Mi madre está muy emocionada con este proyecto, así que, por favor, ¿me dices dónde está?

Randall se incorporó, con la atención puesta en algo que solo él podía oír. Martin reconoció esa mirada. Christie estaba cerca.

—Si vas hacia el oeste, pasando la finca, encontrarás un sendero estrecho a la izquierda, a solo unos cientos de metros más adelante.

El rostro de Ingrid se iluminó. El sonido del Lotus borró su sonrisa.

—Oh, ¿es una visita?

—Esperará en la casa. ¿Por qué?

—Yo... soy terriblemente reservada. No quiero que nadie sepa que estoy aquí —cogió su bolso—. ¿Hay otra salida?

—No. Pero si realmente no quieres encontrarse con Christie, te sugiero que rodees la casa por la izquierda.

—Sí. Te llamaré cuando haya visto ese sitio —sin decir otra palabra, salió precipitadamente del estudio. Randall salió disparado por la puerta, dirigiéndose hacia la casa. Martin recogió el cuaderno de bocetos.

Acurrucada en el regazo de Martin, Christie poco a poco recuperó la compostura. Él la había colocado ahí cuando las lágrimas fluían demasiado rápido para que su pañuelo pudiera absorberlas,

acunándola en sus brazos mientras ella sollozaba y le contaba lo de sus padres.

Ahora, ya sin lágrimas, Christie se incorporó, limpiándoselas con la mano.

—Lo siento.

—No pasa nada. Puedes comprarme una camiseta nueva —Martin se apartó el tejido mojado del hombro—. ¿Te gustaría lavarte la cara?

—Probablemente.

—Voy a buscar agua.

Christie salió corriendo por la puerta. Solo tardó un minuto enjuagarse la cara, intentando no mirarse al espejo para ver el daño que había echo a su maquillaje. Antes de volver al estudio hizo una rápida parada en la habitación de Martin.

De vuelta, Martin tenía preparados dos vasos altos de agua con gas. Cuando Christie le ofreció una camiseta limpia, él se rio y se quitó inmediatamente la mojada. Al levantar los brazos para quitársela, los músculos de su pecho se marcaron. A pesar de la emoción que sentía, la visión de su torso desnudo la distrajo bastante.

Él extendió la mano.

—Hola. ¿Me la das?

—Me lo estoy pensando.

—¿No tienes que comer con Angus dentro de media hora?

Christie le entregó la camiseta de mala gana.

—¿Qué dirías si yo me quitara la parte de arriba así?

—Cariño, no habría palabras. Quizás solo un mensaje a Angus para cancelar la comida —se metió la camiseta por dentro de sus vaqueros, sonriendo ante su expresión.

Ella dio un largo trago de agua, jugueteando con el medallón que ahora llevaba al cuello.

—¿Puedo verlo?

Martin acortó la distancia entre ellos y abrió el medallón.

—Puedo verte en ambos. Qué legado tan considerado.

—No entiendo por qué la abuela me lo ocultó. Pero sobre todo...

—¿Sobre todo, qué? —Martin cerró el medallón y lo colocó contra su piel, tomando sus manos entre las suyas—. ¿Tu nombre? Christabel Oliver. Es precioso.

—Sí. Me molesta que la abuela cambiara mi nombre. Como si borrara a papá. Y a mamá —sus ojos se llenaron de lágrimas otra vez.

—Eh, no llores. Cualesquiera que fueran sus motivos, ahora tienes tu nombre de nuevo y puedes usarlo como quieras. Pero, Christie, basta de lágrimas. Me he quedado sin pañuelos y sin camisetas limpias.

Eso la hizo reír.

—Quizás debería ir a casa a refrescarme. No quiero que Angus se sienta mal por haberme llevado el maletín.

—¿Quieres volver más tarde? ¿Cenamos en la terraza si todavía hace suficiente calor?

—Me encantaría. Quizás venga en coche en lugar de caminar de vuelta por la noche.

—Estoy encantado de acompañarte a casa —la tomó entre sus brazos—. Pero igual de encantado de que te quedes —sus labios tocaron los de ella—. De hecho, preferiría que te quedaras.

Nunca querré irme.

—Yo también. Será mejor que me vaya.

—Te veré esta noche.

Ella recogió su bolso.

—Quería preguntarte una cosa. ¿De quién es el Porsche que estaba aquí cuando llegué?

—¿No os habéis cruzado? Es la persona a la que estoy pintando.

—Tiene un buen coche. No tendrá el pelo corto y de color platino, ¿verdad?

—Tiene el pelo rojo brillante. Ahora deja de hacer preguntas y ve a ver a Angus.

—Vale, vale. Me voy. ¡Adiós Randall! —Christie saludó al perro, que meneó la cola y la siguió hasta la puerta.

Capítulo 30

Dulces comienzos

Christie entró en Palmerston House, esperando que Angus o Elizabeth la recibieran. En cambio, el vestíbulo estaba desierto.

—¿Hola?

Unas risas llegaban desde la parte trasera de la casa. Christie siguió el sonido por el largo pasillo hasta la cocina. Se detuvo en el umbral, sin ser percibida por Angus y Elizabeth. Ambos llevaban delantales y él tenía harina por todas partes. Con las mangas remangadas, Angus amasaba una bola de masa.

—Ahora, si eres tan amable, añade un poco más de harina y extenderemos la primera lámina —Angus dejó el rodillo a un lado.

—¿Quieres más harina? —Elizabeth señaló la parte delantera de Angus y ambos se rieron.

—Nunca se puede tener suficiente para hacer una masa de calidad.

—Entonces más harina a la vista —Al alcanzar el tarro de cristal, Elizabeth vio a Christie en la puerta—. ¡Oh, hola!

—¿Qué estáis preparando? —Christie entró paseando, oliendo con aprobación los ricos aromas a carne—. ¡Hace años que no te veo con delantal, Angus!

—Solomillo Wellington de ternera. Esta querida dama no ha probado una versión tradicional desde que dejó Inglaterra, así que le estoy preparando uno.

—¿Sabías, Christie, que Angus ha trabajado en algunos de los hoteles más exclusivos de Londres? —Después de echar más harina

en la encimera, Elizabeth guardó el tarro—. ¡Oh, has venido a almorzar con Angus!

—Podemos hacerlo otro día —Christie sacó un taburete y se sentó—. Además, aceptaré tu amable oferta de una habitación esta semana, cuando Barry me diga el horario. Angus, ¿te quedarás aquí unos días más?

—Podría quedarme un poco más. Eso es, si Elizabeth tiene libre mi habitación —Miró a Elizabeth, que le devolvió la sonrisa.

—Christie, hay una jarra de mi limonada en la nevera si te apetece un vaso. Angus, ¿te traigo una bandeja para la masa?

—Por favor —Angus apoyó las manos en la encimera, con su atención en Christie—. Lleva puesto el medallón.

—Gracias por devolverme a mamá y a papá —Decidida a no llorar, Christie habló despacio—. Había olvidado mi propio apellido. Ahora siento como si estuviera más... completa, supongo.

—Me alegro. Ese maletín fue una de las últimas cosas que encontré cuando empaqué las pertenencias de la señorita Dorothy.

—Me gustaría hacerte algunas preguntas. Si te parece bien. Solo necesito pensar un poco primero.

—Cuando quieras.

Volvió a la masa mientras Elizabeth traía una bandeja para hornear. Intercambiaron una sonrisa. Christie se puso de pie.

—Creo que me iré a casa y os dejaré con vuestro cocinado.

—¿Tiene algo en casa para comer? —Angus levantó la mirada.

—Ahora suenas como Martin. Sí, tengo.

—Es un hombre sabio.

—¡Vale, me voy ya! —Sonrió y se despidió con la mano al salir. Ellos dijeron «adiós» al mismo tiempo, provocando otra risa entre ambos.

¡Qué maravilla!

Ya fuera el comienzo de una gran amistad o algo más serio, sin duda ambos merecían ser felices.

Bajo la luz de las estrellas, Martin preparó una pequeña mesa con cubiertos de plata y platos blancos sobre un mantel rojo oscuro. Encendió una vela roja corta y colocó algunos zarcillos de jazmín alrededor de su base. Junto a la mesa, una cubitera de plata contenía una botella de su vino favorito. Se apartó, satisfecho con el resultado. Era un escenario perfecto para una noche perfecta.

—¡Oh, es precioso! —Christie se detuvo al pie de las escaleras, con los ojos muy abiertos. Martin se dio la vuelta. Vestida con un vestido de encaje azul que se ajustaba suavemente a su figura y el pelo recogido elegantemente en un moño bajo, Christie era la viva imagen de la elegancia. Su única joya era el medallón, y sus altísimos tacones acentuaban unas piernas impresionantes.

—Tú eres preciosa —Martin se acercó a lo alto de las escaleras y le ofreció su mano. Christie la aceptó, y su sonrisa radiante casi le dejó sin aliento.

En lo alto de las escaleras, ella se estiró y le besó en los labios.

—Y tú estás guapísimo. Y hueles a fresas y a mar.

—¿Una nueva combinación de velas? ¿Le gustaría sentarse en nuestra mesa o acompañarme dentro mientras termino el entrante?

—¡Qué formal suenas! Me encantaría ir contigo.

Randall entró por la puerta. Ella se inclinó para besar la parte superior de su cabeza y acariciar sus orejas aterciopeladas.

—¿Os dejo a solas? —Martin le ofreció su brazo—. Quizás reconsidere besarte esta noche.

—¿Por qué? Randall está limpio —Christie entrelazó su brazo con el de él—. ¡Aunque no sé qué habrá estado en tu boca!

—También podría reconsiderar compartir el vino contigo, si continúas con esta falta de respeto.

Christie apoyó su cabeza contra el hombro de él mientras caminaban.

—¿Qué huele tan bien?

Martin sacó un taburete en la larga encimera de madera de la cocina.

—Tú —Dejó caer un beso casual en su cuello mientras ella se sentaba—. En cuanto a la comida, he preparado una sopa de

marisco para empezar, seguida de raviolis de ricota con salsa de mantequilla y salvia. Deja de babear. Y algo rico para el postre.

—Voy a tener que mejorar mis habilidades si este es el nivel que tiene. ¿Puedo ayudar?

Ya en la cocina, Martin encendió el fuego para una olla grande.

—No, puedes sentarte ahí y contarme tu día. ¿Te apetece un martini?

—Estás lleno de sorpresas y tan guapo… Sí, me encantaría.

Mientras Martin preparaba los martinis, Christie le contó acerca de Angus y Elizabeth, haciéndole reír con la descripción de Angus cubierto de harina.

—Nunca he visto a Angus tan feliz. Oh, gracias —Tomó la copa—. ¿No sería maravilloso si acabaran juntos?

—Salud —Martin chocó su copa con la de ella y bebieron—. ¿En una vida anterior fuiste casamentera?

—Podría haberlo sido. Una casamentera fabricante de velas. ¡Menos mal que solo creo cosas, no las destruyo! Por cierto, este martini está delicioso —Dio otro sorbo, cerrando los ojos de placer.

—¿Crees que va a llover? —Christie se estremeció ligeramente cuando una fuerte brisa levantó los lados del mantel e hizo titilar la vela.

—Sí. ¿Tienes la capota puesta en tu coche?

—Lo cerré antes de salir. Oh, pensabas que vine conduciendo. No, está en la cabaña.

—Eso explica que Randall no oyera el coche. Ni yo. Pero... ¿esos zapatos?

Christie se rio.

—Me los he puesto al llegar cerca de la casa. Mis deportivas están en el bolso. Hacía demasiado buen día como para no caminar y me he desviado para agradecer a Sylvia el delicioso postre de la otra noche. Me contó que Belinda se está adaptando bien. Está en

un apartamento compartido con otras tres chicas e intenta enseñarles a cocinar.

—Lo mejor para ella. Es sensata y está deseando hacerte sentir orgullosa. Como yo —Extendió la mano por encima de la mesa para tomar la de Christie—. Le has dado dirección a Belinda y le has mostrado a Sylvia que el cambio está bien —La brisa regresó, lo suficientemente fuerte como para apagar la vela—. Si quieres coger mi copa, yo llevaré esto dentro.

Christie siguió a Martin después de que recogiera cuidadosamente la mesa y la llevara dentro de casa, colocándola cerca de una ventana en el salón. Él volvió a salir para recoger la cubitera y Christie llevó los platos vacíos a la cocina.

—¿Vuelvo a encender la vela? —preguntó.

—Luego. Antes de que llueva, ¿podrías mirar algo? Es un cuadro que estoy pintando. Me gustaría saber tu opinión.

—¿La mía? Por supuesto, aunque no sé mucho.

—¿Puedes ir al estudio con esos zapatos? O podría llevarte en brazos —Martin se ofreció con una sonrisa.

Christie se los quitó.

—Descalza estaré bien. Puedes llevarme de vuelta si me canso.

Durante todo el camino hasta el estudio, Christie quería bailar en lugar de caminar. El viento traía el aroma del mar mientras Martin la guiaba a través de la oscura y sedosa hierba. Era algo surrealista, ir descalza antes de la lluvia.

El estudio era cálido. Las ventanas de suelo a techo y los múltiples tragaluces permitían que la luz del sol entrara desde casi todas las direcciones y, una vez cerrado, seguía siendo agradable. Martin llevó a Christie hasta un cuadro cubierto.

—No está terminado y no sé si seguir o descartarlo.

—¿Está tan mal pintado? —bromeó Christie.

—Está excepcionalmente pintado. Christie, son los sujetos los que me preocupan. No quiero ofenderles —Levantando la sábana a medias, se detuvo—. Sé sincera. Preferiría destruirlo ahora que causarles un momento de angustia.

Desconcertada, Christie le observó retirar la sábana. Él se alejó, como si fuera incapaz de presenciar su reacción. Un escalofrío

recorrió su piel y el vello fino de sus brazos se erizó.

—¿Qué has hecho? —susurró, con los ojos clavados en la obra de arte más increíble que jamás había visto.

Capítulo 31

Luchando por la confianza

—La odias.

Consternada por la decepción en la voz de Martin, Christie extendió su mano.

—¡Todo lo contrario! ¡Estoy maravillada, absolutamente asombrada por la belleza y la emoción que transmite!

Él no se movió, con la mirada fija en el suelo.

—Me has preguntado qué había hecho.

Christie fue hacia él, tomando sus manos entre las suyas y apretándolas.

—Sí, lo hice. Porque has tomado experiencias de vida y de alguna manera... las has plasmado. Las has convertido en algo tan conmovedor que ¡no te permitiré que lo destruyas! —a medida que su voz se volvía más enérgica, Martin la miró—. ¿Querías mi opinión? Bien, entonces ven conmigo.

Soltó sus manos mientras sus ojos exigían que la siguiera, y regresó al cuadro a esperar. Tras un momento, él se acercó sin prisa, deteniéndose detrás de ella para rodearle el cuerpo con sus brazos.

—Basta de hablar de destruir esto. Está vivo y merece ser terminado —Christie sintió que él se relajaba contra ella y se recostó en él—. Aunque entiendo tu preocupación por si puede recordarles a Thomas y Martha momentos que preferirían olvidar. Pero Thomas pintó el paisaje marino de la noche en la que Martha le dejó, y luego intentó regalárselo.

—Es cierto. Pero eso fue entre ellos. Esto es... diferente.

—Sí. Los estás liberando. A los jóvenes amantes, a los individuos separados y desconsolados, a la pareja que se reconcilia. Y a ti mismo —Christie se dio la vuelta entre sus brazos, acercándolo—. Estás liberando al niño pequeño. Se ha ganado la libertad.

Cuánto habían avanzado. Antes, cualquier mención de su infancia o de los años oscuros que compartió con Thomas habría levantado un muro entre ellos. Ahora, sin embargo, los ojos de Martin revelaban el dolor que aún persistía. Pero también había esperanza.

—Gracias.

La lluvia golpeaba el tejado. Martin soltó a Christie y alcanzó la sábana.

—Será mejor que volvamos a la casa.

Sin el calor de su abrazo, ella se frotó los brazos.

—Hablando de cuadros, hoy he estado en el garaje.

—Tenemos que hacer algo con él.

—No tengo ni idea de por qué lo tengo y me preocupa saber a quién pertenece ahora. ¿Es mío? ¿Tuyo?

—O de Derek. Cariño, no lo sé. Puede que necesitemos asesoramiento legal.

—O podría preguntárselo.

—¡De ninguna manera! —Martin negó con la cabeza mientras comprobaba las claraboyas—. Eso es lo que él quiere.

—Quizás. O podría ser una disculpa. O tal vez simplemente no lo quiere.

—Entonces lo vendería, recuperaría algo de dinero.

—Martin, una llamada telefónica aclarará esto y entonces lo sabremos.

—Y he dicho que no —Martin fue hacia la puerta y apagó la luz—. Vamos, va a caer un diluvio en cualquier momento.

—¡No puedes simplemente decirme lo que tengo que hacer! —Christie no se movió, cruzando los brazos y alzando un poco la voz.

—Voy a buscar el postre y otra copa de vino. Únete a mí o quédate aquí, pero si es esto último, cierra la puerta con llave —la comisura de sus labios se curvó hacia arriba—. ¿Vienes?

La llovizna se convirtió de repente en un aguacero. Christie pisoteaba por la hierba, negándose a correr pero decidida a mantenerse por delante de Martin. ¿Quién se creía que era para decirle lo que tenía que hacer? Si hubiera querido llamar a Derek, podría haberlo hecho sin hablar primero con Martin.

Entonces, ¿por qué no lo has hecho?

Ignorando su voz interior, se apresuró a subir los escalones, resbalándose en el último.

—Te tengo —Martin la cogió antes de que cayera—. Ve más despacio.

Christie se encontró siendo levantada y llevada como un bebé.

—Puedo caminar.

—No me cabe duda, pero si sigues retorciéndote, acabaremos los dos en el suelo.

Atravesando directamente la puerta corredera abierta, Martin siguió hasta su dormitorio. Al pie de la cama, aún de pie, Martin movió el cuerpo de Christie para que tuviera que mirarlo. La observó, con una ceja levantada y una expresión pensativa. Ella se removió.

—Esto podría ir de varias maneras.

—¿Por qué? ¿Quieres que me ponga en el rincón de pensar? —Christie no pudo contenerse.

Su otra ceja se unió a la primera.

No le des ideas.

—Yo... eh, solo me enfado contigo. Con nadie más, realmente.

—¿Se supone que eso lo arregla? —preguntó él.

—No. Es solo que a veces haces que me enfade mucho. Lo siento. —Su voz era un susurro.

Martin suspiró y se sentó en el borde de la cama, con Christie en su regazo. El agua goteaba de su pelo, ahora desaliñado y mojado sobre sus brazos.

—Aclaremos un par de cosas. Primero, Derek está tramando algo. Ya sea simplemente molestarte por los viejos tiempos, o

intentar todavía apropiarse de tierras, hay una intención detrás del envío del lienzo. Llamarle es caer en su juego.

—Puede que tengas razón. Pero no necesitas decirme lo que debo hacer.

—Lo que nos lleva al segundo punto. Te respeto profundamente, cariño, y tomas buenas decisiones. Mira todo lo que has logrado hasta ahora, todo basado en trabajo duro y elecciones inteligentes. —Llevó su mano a sus labios—. Pero cuando se trata de tu seguridad, no dudaré en decirte lo que debes hacer.

—Y discutiremos sobre ello cada vez.

—Entonces vamos a tener problemas. —Habló suavemente y Christie le dirigió una mirada desconcertada—. ¿Cuántos capitanes tiene un barco?

—Uno. Pero...

—Y tan importante como el capitán es el primer oficial. Pero en medio de una tormenta, es el capitán quien asume la responsabilidad de llevar su barco a puerto seguro, poniéndose en primera línea y enfrentando el peligro para proteger a su tripulación.

—Quieres protegerme.

—No puedo evitarlo. Te protegeré con mi vida.

Christie deslizó sus brazos alrededor de su cuello.

—Te quiero por eso.

—¿Pero qué hacemos si me confrontas cuando tomo una postura cada vez que veo un peligro que tú no ves? —Escrutó sus ojos—. Mejor separarnos ahora que luchar interminablemente por tu confianza.

—¡No! —Los ojos de Christie se llenaron de lágrimas—. Tienes mi confianza, Martin. La has tenido desde el principio, pero he tenido que tomar muchas decisiones en mi vida y confiar en mí misma durante tanto tiempo que no sé cómo ser un primer oficial.

—No intento controlar tu vida, te lo prometo, pero soy un poco anticuado cuando se trata de la seguridad y el bienestar de los que amo.

Martin giró el torso para depositarla suavemente en la cama.

—Vamos a quitarte ese vestido húmedo.

El deseo ardió en sus ojos mientras él desabrochaba los botones de su camisa antes de quitársela.

Cerró la puerta.

John estaba sentado en su salón a oscuras, con una bata, mirando fijamente su teléfono móvil. La llamada de Ingrid le había sorprendido a esas horas de la noche, y estaba molesto por haber olvidado apagar el teléfono antes de acostarse. Al menos el sonido no había molestado a Daphne.

No tenía nada que decirle a Ingrid. Por mucho que ella insistiera en obtener respuestas rápidas sobre su disponibilidad para trabajar con ella en lugar de con Bryce, no era tan sencillo. John nunca hacía nada precipitadamente y sin una investigación adecuada, y la situación se mantendría así hasta que su abogado terminara de revisar su acuerdo con Bryce.

Después de toda una vida en el sector inmobiliario local, John tenía suficiente para su jubilación. Sin embargo, este reciente interés de los promotores en la región estaba resultando lucrativo y quería sorprender a Daphne con unas largas vacaciones por Europa, que siempre había soñado. Ella había trabajado tan duro como él para construir y dirigir su negocio, y pronto disfrutarían de sus recompensas.

Ingrid era problemática. De alguna manera lo sabía, pero lo que ella ofrecía —los increíbles honorarios que hacía bailar ante él para que la ayudara— podría valer la pena. Después de todo, alguien continuaría el progreso que Bryce había iniciado, y al menos ella tenía una visión que los lugareños entenderían. Suspirando, apagó el teléfono y se levantó.

Con cuidado de no despertar a Daphne, John se tomó su tiempo para volver a la cama. Se sentía incómodo manteniendo en secreto su reunión con Ingrid, pero a veces la confidencialidad del cliente era lo primero. Tampoco es que se hubiera reunido con ella con algún propósito inadecuado.

Daphne abrió los ojos cuando su respiración se asentó en el sueño. Por primera vez en su vida, estaba asustada. Quienquiera que hubiera llamado a John en ese momento era la misma persona con la que había ido a reunirse en otro pueblo. John normalmente no le ocultaba nada, así que algo iba mal. Terriblemente mal.

Capítulo 32

Confrontación

Derek corrió hacia el ascensor, llegando tarde tras una llamada de última hora de su abogado. Su mente trabajaba a toda velocidad procesando las malas noticias. El optimismo inicial de que la cláusula restrictiva sobre el terreno de Christie no resistiría un desafío legal para comprar la parcela colindante resultó ser información errónea. Si quería el terreno, necesitaba o bien el permiso de Chris o comprar su propiedad.

—Bueno, ella no va a firmarlo sin más, ¿verdad? —le había siseado a su abogado antes de colgar la llamada y arrojar el teléfono sobre el sofá.

Al doblar la esquina demasiado rápido, Derek casi choca directamente contra Ashley.

—Perdona, tío —extendió su mano derecha—. Ha pasado tiempo.

—Supongo que todos estamos ocupados —Ashley le estrechó la mano—. ¿Todo bien?

—Bastante bien. Pero no es lo mismo desde que Chris se fue.

—En fin, me alegro de verte...

—Por favor, solo dime que está bien. Es que la echo mucho de menos y todo fue un horrible malentendido...

—Estoy seguro de que está perfectamente —dijo Ashley.

—¿Sigue yendo al estudio? Me encantaría invitarla a un café algún día.

—No. Últimamente no.

—Entonces, ¿ha dejado el cine?

—Oh, eso te haría feliz, ¿verdad? —Ray apareció detrás de Ashley.

—¿Qué quieres decir? Todavía la quiero.

—Pues ella no te quiere a ti y, desde luego, no ha abandonado su carrera —Ray dio un paso hacia Derek—. No, se lo pusiste muy difícil, pero tiene amigos, como Ash y Carlo...

—¡Ray! Déjalo y vámonos —con la cara roja, Ashley cogió el brazo de Ray—. ¡No montes una escena!

Derek y Ray se miraron fijamente, a pocos centímetros de distancia. Entonces los labios de Derek se curvaron en una sonrisa burlona.

—Sí, no montes una escena. No pretendía molestarte, solo quería saber si está bien. Pero sin duda el nuevo novio odia tanto como yo que se vaya de viaje.

—Al menos ahora tiene a alguien decente esperándola cuando vuelve.

—Ya basta —Ashley se interpuso entre ellos—. Esta conversación ha terminado, por parte de los dos.

Derek dio media vuelta y se marchó enfurecido. En el ascensor pulsó el botón varias veces, furioso. ¡Cómo se atrevían! Era hora de moverse. Las puertas se abrieron con un susurro y entró, presionando con fuerza el botón de la planta baja.

Con las puertas cerradas y rodeado de silencio, sus pensamientos se aclararon. Carlo. Ray había dicho que Chris tenía amigos como Ash y Carlo... supuestamente las personas que la mantenían empleada. Recordaba algo sobre Carlo. El americano. Sí, recordaba quién era.

Capítulo 33

Semillas de venta

Dejar a Martin por la mañana fue difícil. El amanecer los encontró despiertos, envueltos en los brazos del otro, hablando del Mar de jazmín. El examen para la licencia de navegación de Christie era el martes.

—Sabes lo que se requiere, y si se te olvida, solo piensa en la sensación del barco —le aconsejó Martin.

Él había preparado café para ambos e intentó mantener un tono severo con Christie sobre desayunar en casa, pero fue difícil cuando ella seguía asintiendo con tanta docilidad que casi se ríe en lugar de regañarla.

—Estoy practicando para ser un primer oficial —había declarado ella con gran solemnidad.

—A este paso te degradaré a marinera de cubierta —le respondió él con una sonrisa.

Después del café, ella guardó a regañadientes su vestido y sus tacones en la maleta. Ni una sola vez él había sugerido que se quedara allí en lugar de en Palmerston House. Mientras caminaba a casa por la playa, se preguntó si su comportamiento al inicio de la noche había influido. Necesitaba controlar su temperamento.

Para cuando Barry y su equipo llegaron a la cabaña, Christie ya había movido el Lotus al arcén. Hoy era un día importante, con entregas para el baño y la lavandería.

Christie abrió el garaje y entró para mirar la caja que contenía *«Único superviviente»*.

—Buenos días, Christie —Barry golpeó suavemente la puerta del garaje, apoyándose en ella para ajustarse una bota—. ¿Qué te parece si los chicos ponen eso en tu dormitorio? De todas formas mantendremos la puerta cerrada y lo cerraremos con llave por la noche. Probablemente haya menos riesgo de daños que con las idas y venidas aquí.

—Buena idea. Ya lo tengo todo recogido, así que puede ir contra la pared.

—Hay algo que necesito preguntarte —Barry se enderezó con una sonrisa torcida—. Eh, parece que ya tienes una puerta principal.

—Me dejé llevar un poco con la pintura en aerosol. ¿Cuánto tardará en llegar la de verdad?

—Unos días. Pero primero abriremos el acceso interiormente. Probablemente lo haga hoy, quizás mañana. ¿Vas a estar por aquí durante esta semana?

—Estoy limpiando los huertos, así que sí, me verás bastante.

—Bien. Es por si necesito consultarte algo. Parece que tienes visita —Barry señaló hacia el frente de la casa.

Rupert estaba de pie fuera de la valla en la entrada, saludando con la mano.

—Interesante —dijo Christie—. Te lo dejo a ti, Barry.

Rupert observó a Christie caminar hacia él, deseando que su propósito fuera invitarla a cenar, a Nueva York, a cualquier lugar en realidad. Era una mujer con clase y maldijo en silencio a Derek. No le caía bien su jefe y aún menos Ingrid, pero el sueldo compensaba. Este trabajo era desagradable, pero lo haría, y lo haría bien.

—Hola, Rupert. ¿Qué te trae por aquí?

—¿Cómo va la renovación?

—Estoy haciendo el baño y la lavandería ahora mismo. Después tocará la cocina.

Rupert silbó.

—¡Menudo trabajo!

—No puedo esperar a ver el resultado final. ¿De paso por el pueblo? —Christie le miró con aquellos ojos esmeralda y él casi se olvidó de sí mismo.

Hizo lo posible por parecer avergonzado.

—Quería agradecerte de nuevo tu hospitalidad el otro día. Lucy me dijo que debía transmitirte también su agradecimiento. Ya sabes, ella se preocupa por mí.

—No es necesario. Solo fue un vaso de agua.

—Fui a ver al agente inmobiliario. Hablé con su encantadora mujer… ¿Daphne? En fin, tomó mis datos y nos está enviando algunas cosas por correo para que las veamos juntos. Ya sabes, sobre el pueblo y alguna nueva urbanización.

—Rivers End Heights. —La expresión en el rostro de Christie le mostró a Rupert lo poco que le gustaba.

—Suena bien. Pero, aquí está la cuestión. Me he enamorado un poco de este lugar.

—¿De la cabaña?

—Le conté todo a Lucy y casi salta de emoción. No es que lo hiciera físicamente, con el bebé en camino, pero ya me entiendes. Así que, ¿hay alguna posibilidad de que lo consideres?

—¿Considerar...?

—Venderme la cabaña. Sería perfecta para Lucy y la pequeña cuando nazca. Hay espacio para un poni, para cultivar nuestros propios alimentos, y es un pueblo muy agradable.

Christie se quedó callada. No había dicho que no. Pero estaba callada.

—Puedo pagar lo que me pidas. Venderemos nuestra casa en Melbourne y allí el mercado está abierto a vendedores.

—No es cuestión de dinero, Rupert. Simplemente no sé si quiero desprenderme de la cabaña. Mi abuela me la dejó y tiene mucho significado. Mucha historia. Además, hay alguien de la familia a quien he estado pensando en regalársela.

Eso dejó atónito a Rupert y ocultó su sorpresa con una amplia sonrisa.

—¡Qué generosa! ¿Una familia joven?

Una hermosa sonrisa cruzó el rostro de Christie y Rupert tragó saliva.

—No joven. De hecho, son bastante... mayores. Pero esto sería perfecto para ellos.

—Está un poco alejado del pueblo. Un poco aislado. Sin vecinos por lo que se ve, lo cual me atrae. Pero la gente mayor, bueno, quizás prefieren estar cerca de los servicios.

—No los conoces como yo.

Rupert se secó la frente con un pañuelo.

—Bueno, si decides vender, piensa en mí primero. Lucy y yo la trataríamos como el hogar familiar que ninguno de los dos tuvo de niños.

—Sí. —Christie tenía una expresión extraña en su rostro, casi triste.

—La encantadora Daphne tiene todos mis datos. Ya sabes, por si quieres hablar.

Christie extendió su mano.

—Agradezco la oferta.

Un camión retumbó por la carretera.

—¡Mejor aviso al equipo de que ha llegado el nuevo baño! —Christie sonrió a Rupert y se apresuró de vuelta a la cabaña.

Rupert frunció el ceño. No iba a cooperar. No todavía. Hora del Plan B.

Capítulo 34

Lo que Christie dejó atrás

En cuanto se abrieron las puertas del ascensor, Derek entró y pulsó el botón para subir de nuevo. Con suerte, Ashley y Ray estarían de vuelta en su apartamento y no merodeando por los pasillos. Y pensar que una vez los había llamado amigos… En retrospectiva, era a Chris a quien apreciaban. Su pérdida.

Derek fue directamente a la habitación que habían usado como despacho. ¿Qué quedaba exactamente allí? La noche en que Chris le dejó solo hizo unas pocas maletas.

Rebuscó en los cajones del archivador. Algunos recibos viejos, un pasaporte caducado y unos billetes de avión guardados como recuerdos. Había dejado una caja de zapatos sobre el escritorio y él la volcó. Más recibos, tarjetas de cumpleaños, un menú firmado. Basura.

La estantería tenía grandes huecos de los que Christie se había llevado sus novelas favoritas, dejando otras inclinadas en ángulos extraños. Todo estaba desordenado y era irritante. Derek colocó de forma ordenada los libros restantes. Ahora tendría que comprar sujetalibros. Por qué ella había pensado que un álbum de fotos pertenecía a la estantería estaba más allá de su comprensión. Lo cogió, cerrando la puerta de un golpe.

Sabía lo que había en ese álbum. Su vida antes de él y sin él, personas que no conocía, lugares en platós y momentos aleatorios en el tiempo que no significaban nada para él. En la cocina, pisó el pedal de la basura, listo para tirarlo, acabar con ella.

A menos que. Dejó que la tapa se cerrara mientras abría el álbum de fotos.

Derek hojeó las páginas.

—No. Dios mío, ¿qué estaba haciendo? No —luego—: Ah. —Era una fotografía de Chris con un hombre calvo y orondo en un yate. Arrancando la fotografía, le dio la vuelta.

Te pillé. Carlo Palmero.

Sí, ese era el hombre que había pensado. Ahora, todo lo que tenía que hacer era averiguar dónde estaba rodando. O donde planeaba hacerlo.

Sonó el teléfono y apareció el nombre de Rupert en la pantalla.

—Dime que va a vender—Derek golpeó nuevamente el pedal de la basura y la tapa se abrió.

—Lo siento, jefe. Todavía no, pero ha accedido a pensárselo.

Derek dejó caer el álbum de fotos en la basura.

—No es lo que quiero oír. —Se dirigió a la entrada para coger su maletín, dando media vuelta para volver a la cocina—. ¿Realmente dijo que lo consideraría?

—Dijo que está pensando en dárselo a una pareja de ancianos.

—¿Qué? Maldita sea. —Derek sacó un portátil y lo abrió—. Entonces no hay alternativa más que implementar la siguiente parte del plan.

—Creo que se muda hoy. Tenía la maleta en el coche y había mucho movimiento en el baño. Pero es arriesgado...

—Entonces no te dejes atrapar. Ni dejes pruebas. ¿O es demasiado difícil para ti?

—Lo que usted diga. —Rupert colgó.

El portátil se iluminó y Derek escribió «Carlo Palmero» en la barra de búsqueda. Eso le llevó a su sitio web y a una lista de créditos. En la parte inferior había una referencia de una línea.

—El rodaje de *El sueño del diablo* comenzará en Auckland, Nueva Zelanda, y sus alrededores, en febrero. —Derek lo leyó en voz alta. Chris estaba en Rivers End, pero tenía una maleta preparada en su coche. ¿Se dirigía a Auckland?

Derek cerró su portátil. Tal vez hubiera otra manera.

Capítulo 35

Un plan. Y otro.

Martin se puso un bañador, deseando hacer surf. Pensaba mejor sobre las olas, sin más distracciones que las ocasionales quejas de Randall desde la playa. Christie inundaba sus sentidos y le hacía querer pedirle matrimonio.

Se tumbó en la cama, mirando al techo. Christie se mudaba hoy a Palmerston House. En su lugar, debería ir allí, darle una idea de cómo sería la vida cuando llegara el momento: despertar con sus besos y con café, largos días bajo el sol de finales de verano, noches llenas de conversación y romance. A Randall le encantaría tenerla allí.

A mí me encantaría.

Olvidándose del surf, Martin buscó su móvil mientras Randall le pisaba los talones. Lo encontró en el estudio, apagado. Lo encendió y luego descubrió el cuadro en progreso. Al verlo a través de los ojos y el corazón de Christie, su confianza había regresado.

Sonó un suave pitido de su teléfono. Martin hizo una mueca al leer el mensaje de Bethany Fox: «Esa bahía es perfecta. Por favor, reúnete conmigo allí a las once. Una vez que los bocetos preliminares estén completos, transferiré el siguiente pago a tu cuenta. Bethany».

Se reuniría con ella, haría algunos bocetos, podría volver a Melbourne y él hablaría con Christie. Si ella aceptaba quedarse allí en vez de en Palmerston House, entonces retrasaría el cuadro de Bethany hasta que Christie estuviera fuera.

Martin oyó a Ingrid antes de verla. Al teléfono, su voz recorría la pequeña playa de Willow Bay en un tono desdeñoso. Fragmentos de la conversación no tenían sentido y él no estaba interesado en escucharla.

—¡Ridículo y autocomplaciente! —Notó a Martin y su expresión cambió de ira a bienvenida—. Te llamo luego. —Colgó y guardó el teléfono en el bolsillo—. Vaya, hola. Pensaba que te habías olvidado de mí. —Inclinó la cabeza, con los ojos ocultos tras unas gafas de sol enormes.

—Aún no son las once. ¿Comenzamos?

—¿Ahora? Oh, no, querido. No estoy vestida adecuadamente y tengo que irme a otro sitio pronto.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí, Bethany? —Se cruzó de brazos.

—Para enseñarme el barco.

—¿Cómo dices?

Ingrid sonrió dulcemente y señaló hacia la bahía.

—¿Qué mejor lugar para retratarme que en un velero, con el telón de fondo del monte australiano y una playa tan recogida? Mi madre adora el mar; será perfecto y especial. Justo lo que quiero.

Él mantuvo la voz neutra.

—No podemos subir al barco de cualquiera sin más.

—¡Por supuesto que no, qué tonta debes pensar que soy! —Su risa sonó hueca—. ¡Como si no hubiera hecho mis deberes! No, es un barco en particular. Ese. —Señaló al Mar de jazmín—. Tu velero, Martin.

—Es viejo. No es sofisticado, como otros de por allí. Y ya no es mío.

—Oh. Qué decepción. —Ingrid se quitó las gafas de sol y miró fijamente a Martin, con los ojos duros—. Muy decepcionante. Tengo mi corazón puesto en esto y sería una pena tener que cancelar el acuerdo.

—Tú eliges. Si, y quiero decir *si*, vamos al velero, será solo una vez. Estaremos allí el tiempo suficiente como para hacer los bocetos

que necesito y hacer fotografías. El resto se hará en el estudio.

Ingrid volvió a ponerse las gafas de sol con una sonrisa.

—Suena perfecto. Hagámoslo mañana entonces.

—Esta tarde. Tendré el bote listo a las dos.

—Lo que tú digas. —Se dio la vuelta para irse y luego miró por encima del hombro—. ¿Estaremos solo nosotros? Ya te he dicho que soy muy reservada.

—No puedo dibujar con distracciones. Estaremos solo nosotros, Bethany.

Con un asentimiento, ella caminó hacia el sendero que llevaba al aparcamiento. Martin la miró alejarse, deseando haberle dicho que todo quedaba cancelado.

Estás siendo egoísta. Piensa en Christie.

Ingrid esperó hasta estar fuera del alcance del oído de Martin y llamó a Derek.

—¿Por qué me has colgado? —exigió Derek.

—Oh, lo siento. Debería haber continuado nuestra conversación delante de Martin Blake.

—¿Entonces, qué ha pasado?

—Iré al velero esta tarde para que me dibuje. Pero al parecer ya no es suyo. Ha sido muy reservado sobre todo el asunto.

—Bueno, es importante que lo mantengas ocupado. ¿Qué tal vas con John Jones? ¿No debería estar ya de nuestra parte?

—Nos reuniremos en breve y espero que se una a nosotros. ¡Deja de dudar de todo lo que hago, Derek! Quizás, en vez de inventar ideas ridículas para recuperar a tu ex, deberías concentrarte en estar preparado para comprar en cuanto podamos.

—Esas ideas ridículas son el último recurso si tú y Rupert fracasáis. Yo tendría cuidado, Ingrid, y haría mi parte sin decirme lo que tengo que hacer.

—No discutamos, especialmente por una mujer que te dejó por un artista fracasado. Para mañana por la mañana, estará

persiguiendo a Rupert, así que relájate, querido.

Ingrid llegó a su coche. Se sacudió la arena de los zapatos.

—Es difícil relajarse con tanto en juego. Pero tienes razón, discutir es inútil cuando estamos en el mismo bando, y suenas celosa, lo cual no hace falta.

Ingrid casi dejó caer un zapato.

—Estoy deseando volver a la civilización. De hecho, una vez que esto esté consolidado y se lo pasemos al equipo legal, quizás me dé el capricho de hacer un viaje a algún lugar nevado, con un *jacuzzi* y coñac. ¿Esquías?

Derek se rio.

—Por supuesto.

—Pues entonces, quedemos.

—Cuando vuelvas hablaremos de ello. Ahora, sé una buena chica y ocúpate de John Jones. —Derek terminó la llamada.

Se lanzó dentro del coche y cerró la puerta de golpe.

—¡Sé una buena chica! —murmuró—. No me extraña que Christie te dejara.

Daphne ordenaba papeles. John no le había contado nada sobre la llamada telefónica de anoche y ella no iba a preguntar. La confianza era una parte tácita de su relación. Fuera lo que fuese lo que estaba ocurriendo, tenía que creer que no se trataba de ellos.

—Cariño, voy a salir media hora. —John dejó una carpeta frente a Daphne, frunciendo el ceño ante el café a medio beber y el pastel intacto del desayuno, algo impropio de ella—. ¿Estás bien?

—Um, oh, estoy bien, cielo. ¿Vas a ver a un cliente? —Levantó la mirada hacia él. Su cabello restante estaba recién peinado y olía a colonia recién aplicada. Se le encogió el corazón.

—Es solo el mismo del otro día. Tiene algunas preguntas más.

—Recuerdo que dijiste que estaban interesados en propiedades. ¿Quizás una de esas bonitas casas en las Heights? —Tanteó.

—No buscan viviendas. Quieren algo un poco más grande. —John le besó la mejilla—. Tengo que irme.

—No serán promotores inmobiliarios, ¿verdad? Porque si lo son, no deberíamos estar hablando con ellos. No a menos que estén con Bryce Montgomery.

A medio camino del mostrador, John se detuvo.

—No estamos comprometidos con él, aparte de lo que ya hemos hecho juntos.

Frunciendo los labios, Daphne miró fijamente a su marido.

—Estoy segura de que no necesitas mi opinión, pero tengamos o no un acuerdo legal con Bryce, ¡sin duda hay uno moral! Ese joven ha sido bueno con nosotros, muy bueno, y él cree que estamos de su lado. Porque lo estamos, ¿verdad?

—Solo estoy en conversaciones. Confía en mí.

—Lo hago. Siempre confío en que harás lo correcto y te sigo queriendo hoy tanto como el día que nos casamos. Ahora, ve a tu reunión. —Recogió la carpeta, con una sonrisa suavizada en los labios.

John dudó.

—Vamos, no querrás llegar tarde. —Daphne se puso de pie—. Te veo enseguida. —Sosteniendo la carpeta contra su pecho, se obligó a caminar hacia la sala de archivos sin mirar atrás. Un momento después, oyó cerrarse la puerta.

—Confío en ti —susurró.

Capítulo 36

No hacen falta dudas

Rupert abrió la puerta de la agencia inmobiliaria con una gran sonrisa.

Daphne levantó la mirada.

—Vaya, hola de nuevo. ¿De vuelta en nuestro pequeño pueblo?

—Y espero que no pase mucho tiempo antes de que me convierta en un vecino —se apoyó en el mostrador—. Por supuesto, necesito su ayuda experta.

—Para eso estoy aquí. Eres Rupert, si no me falla la memoria.

—Su memoria es perfecta, señora Jones.

Daphne se rio.

—No hay ninguna señora Jones por aquí, solo Daphne. ¿Qué te trae de vuelta tan pronto?

—Después de nuestra última charla, volví conduciendo a Melbourne y le conté a Lucy todo sobre Rivers End y la playa. He aceptado el trabajo en Warrnambool y hemos puesto nuestra casa a la venta. Mejor hacerlo ahora, antes de que llegue nuestro bebé.

—Muy sensato. Es un momento perfecto para mudarse aquí, con la maravillosa urbanización nueva y todo eso —Daphne salió de detrás del mostrador—. Aquí en el escaparate hay fotografías de algunas de las mejores casas en Rivers End Heights. Todas las comodidades modernas, parcelas grandes y en el lado correcto del pueblo para tu trayecto diario al trabajo.

Rupert se quedó donde estaba.

—Lucy no quiere saber nada de ellas, me temo. Tiene debilidad por las casas antiguas y, además, queremos al menos media hectárea. Esa pequeña cabaña colina arriba es la perfección misma.

—¿La cabaña de Christie? Bueno, sí, sería perfecta, pero Christie está contenta allí. Está renovándola para hacerla más un hogar para ella misma.

Rascándose la cabeza, Rupert parecía confundido.

—Qué extraño. Acaba de decirme que está pensando en cedérsela a una pareja de ancianos.

—¡Qué dulce por su parte! Debe estar hablando de su tía abuela Martha y de Thomas. Están fuera ahora mismo, así que debe estar haciendo todo ese trabajo pensando en ellos. Por supuesto, ahora que lo pienso, lo más probable es que ella y Martin formalicen las cosas uno de estos días, así que no tendría necesidad de quedarse con la cabaña.

—¿Crees que la aceptarán? Está un poco aislada para unas personas mayores.

Daphne volvió a su silla con una risa.

—¡No conoces a esos dos! Pero Thomas ya tiene una casa, así que quién sabe qué pasará.

—¿Me haría un favor? Si oye algo que la haga pensar que podría ponerse a la venta, ¿me lo haría saber primero? Pagaré por encima del precio de mercado.

—Por supuesto. Yo no me haría ilusiones, y sería prudente considerar otras propiedades, por si acaso.

—Nuestros corazones están puestos en esa.

—Tengo tus datos de contacto, así que déjalo en mis manos.

—Gracias, Daphne. Es una joya —Rupert se dirigió hacia la puerta—. Será genial vivir aquí —Con un gesto de despedida, se marchó, teniendo cuidado de no dejar que la puerta se cerrara de golpe.

—¿Qué estaba haciendo? —se preguntó Daphne, mientras su mente divagaba hacia lo que John podría estar haciendo ahora mismo.

John abrió la puerta principal de una de las nuevas casas de la urbanización, la más alejada de la carretera principal. Aquella calle estaba deshabitada y la posibilidad de que alguien pasara conduciendo era prácticamente nula. Ingrid quería privacidad; pues bien, se la proporcionaría. Esta última vez.

El rugido del Porsche atravesó el silencio de la casa. Un momento después, la puerta principal se abrió y se cerró con cierta fuerza.

—¿Dónde estás?

—En la cocina, justo delante de ti —John colocó su maletín en la encimera blanca de la espaciosa habitación y caminó hacia el lado opuesto.

—¿Por qué nos reunimos aquí? —Ingrid se detuvo en la puerta, mirando a su alrededor y luego volviendo a mirar a John—. No estoy comprando casas.

—Pero quieres evitar que te vean. Lo peor que cualquiera pensaría si ve tu coche aquí es que estás inspeccionándola. Además, es tranquilo y no nos molestarán.

—De acuerdo. ¿Qué noticias tiene? —Ingrid se subió al borde de la encimera y se sentó allí, con las piernas cruzadas—. Mis contactos están ansiosos por cerrar un contrato con usted.

—Bryce Montgomery se puso en contacto conmigo hace casi tres años buscando terrenos para desarrollar urbanizaciones. Como esta. Puede que no lo haga como tú propones, pero ha sido un acuerdo mutuamente satisfactorio.

—No necesito una lección de historia, Johnny. Ve al grano.

—Lo que quiero decir es que no estoy dispuesto a actuar a sus espaldas.

—Eso no es lo que estaría haciendo. Hay suficiente trabajo para todos nosotros y, de hecho, mis intereses son diferentes a los suyos. Siga trabajando en lo que esté contratado si es necesario, pero yo necesitaré prioridad.

—¿Puedo sugerirte hablar con nuestra competencia en el pueblo...

—¡No, no puede sugerirlo! —Ingrid se apartó del mostrador y se inclinó sobre él, con la cara enrojecida—. Le elegí por una razón, querido. Tiene conocimiento de lo que Bryce está haciendo. También tiene el favor de ciertos propietarios de tierras a los que necesito acceder. No, John, va a reconsiderarlo.

Él fijó su mirada en ella.

—La respuesta es no y no es negociable. Te deseo lo mejor. Ahora, si quieres irte primero, yo cerraré.

Ingrid sonrió con malicia.

—No se precipites, querido. Me pregunto cómo se sentirá su adorable mujer cuando descubra que hemos estado teniendo una aventura.

—¿Qué? ¡No te atreverías!

—Claro que sí. Puedo ser muy convincente y es fácil demostrar que estuvimos solos dos veces recientemente. Y tengo las llamadas telefónicas. Este acuerdo le dará mucho dinero. Me refiero a una verdadera fortuna para que pueda retirarse. Solo pido un año de su ayuda, y luego cada uno seguirá su camino. No hay necesidad de ninguna situación desagradable.

—Fuera. —John cogió su maletín—. Ahora.

—Oh, se arrepentirá de esto —siseó Ingrid. Dio media vuelta y salió pisando fuerte. Cuando la puerta se cerró de golpe, John dejó el maletín otra vez y miró sus manos. Le temblaban casi incontrolablemente.

Daphne corrió hacia la puerta principal cuando escuchó llegar al Lotus. Había estado vigilando el reloj desde que Rupert se fue. Algo no iba bien; lo sentía en los huesos.

—¡Hola, guapa! —llamó mientras Christie salía del coche.

—¡Oh, hola Daphne! Justo la persona que quería ver.

Se abrazaron.

—Qué gusto verte, Christie. —Daphne sonrió radiante cuando finalmente la soltó.

—A usted también. ¿Está sola?

La sonrisa desapareció.

—Solo de momento. John está fuera con un nuevo cliente. ¿Por qué lo preguntas?

—Me gustaría invitarla a comer. Si no ha comido todavía, claro.

—Qué amable y no, aún no he comido. Pero probablemente debería esperar hasta que él vuelva, ¿te parece? —Daphne miró por la puerta, pero no había señal del coche de John—. Iba a llamarte de todos modos.

—Puedo esperar con usted.

Daphne se dejó caer en su asiento detrás del mostrador y Christie apoyó los brazos sobre la encimera, del mismo modo que Rupert había hecho antes.

—¿Por qué ibas a llamarme?

—Un joven llamado Rupert ha pasado por aquí.

Christie levantó ambas cejas.

—Es ciertamente persistente. ¿Quería ver propiedades locales?

—Solo una. Le encanta tu cabaña.

—Eso me ha dicho.

—¿Piensas dársela a Martha y a Thomas?

—Si la aceptan.

—¡Qué gesto tan maravilloso! Eres una chica muy generosa y Martin tiene mucha suerte de tenerte en su vida.

Una puerta se cerró en la parte trasera del edificio y los ojos de Daphne se agrandaron.

—Es John. —Se puso de pie.

—¿Daphne?

—Aquí fuera, cariño.

Desde la esquina, John corrió directamente hacia Daphne y la abrazó. Estaba sudando profusamente y se había aflojado la corbata del cuello. Dio un paso atrás, pero siguió agarrando la mano de Daphne.

—Tenemos que hablar.

—¿Qué ocurre? Estás pálido. No habrás tenido un accidente, ¿verdad?

—No, no. Estoy bien. Christie, siento ser maleducado...

—No, no pasa nada. Daphne, ¿comemos mañana? —Christie se dirigió a la puerta mientras John seguía detrás de ella.

—Te llamaré para concretar la hora.

Christie salió por la puerta, que John cerró y luego aseguró. Giró el cartel de «abierto».

—¿John?

—Tomemos un té, amor. Hay algo que necesito contarte.

Capítulo 37

Una cabaña irlandesa

A la luz de una pequeña lámpara, Martha estaba sentada en una mecedora en el salón de su cabaña. Fuera, el amanecer estaba aún lejos, a pesar de que la primavera era inminente. Le encantaba esa época del año, cuando las primeras señales de la estación venidera llenaban el aire con una frescura y una vitalidad únicas de Irlanda. Con una taza de café en las manos y una manta sobre las piernas, estaba suficientemente cálida. Cuando Thomas se despertara, pondría en marcha la antigua estufa y les prepararía a ambos un abundante desayuno. A Thomas le encantaba comer y aun así nunca ganaba ni un gramo.

Desde allí, los sonidos omnipresentes del océano calmaban su espíritu. Las olas que iban y venían eran una nana que la había arrullado hasta dormirse muchas veces en su vida. Aquella pequeña cabaña había sido suya durante más de treinta años, la cual había comprado después de haber decidido finalmente vivir el resto de su vida en el país de sus antepasados. Conocía a todo el mundo en el pueblo y había dado clase a la mayoría de ellos en algún momento. Era como una familia extendida. Una que echaría muchísimo de menos. La casa se había vendido y, hoy, ella y Thomas empezarían a empacar.

—¿Qué haces levantada tan temprano? —Envuelto en un batín, Thomas se frotó los ojos al entrar. Se detuvo junto a Martha y ella apoyó la cabeza contra su costado, buscando su mano.

—No quería molestarte, querido. Vuelve a la cama.

—No sin ti. —Se dejó caer en una silla.

—¿Te preparo un café entonces?

—En un momento. ¿Por qué estás aquí sentada sola?

—Solo estaba pensando y recordando algunos de los momentos especiales que he vivido aquí: cumpleaños con amigos que ya no están, decorar la casa para Navidad y escuchar a los niños cantar villancicos fuera hasta que el viento del océano Atlántico los mandaba a casa corriendo.

—Siempre hay recuerdos con las casas. Algunos buenos y otros... bueno, al menos te llevarás muchos de tus recuerdos a casa.

—Sí. Es extraño pensar en alguien más viviendo aquí. Probablemente me ponga un poco sensible a veces, y me disculpo de antemano por cualquier momento que pueda tener.

Thomas se inclinó para darle una palmadita en la pierna.

—Preciosa mía, estaré contigo en cada momento. Piensa en lo divertido que será desempacar todo y encontrar lugares especiales para tus cosas más preciadas. Sin duda Christie te ayudará.

Una sonrisa iluminó el rostro de Martha.

—¡No puedo esperar a verla! Y a Martin también.

—Yo solo echo de menos a Randall.

Martha se rio y él se unió a ella.

—Sin embargo, necesitamos hablar sobre dónde vamos a vivir. Es un tema que tiendes a evitar... ¡Mira, ahí está esa expresión en tu cara otra vez! —dijo Martha.

—No hay nada que discutir. Tengo una casa en perfecto estado y con vistas impresionantes a la montaña. ¿Qué más podría querer una mujer?

—Bueno, hay pequeños lujos, como un baño interior.

—Hay un pasillo cubierto hasta él.

—Y calefacción.

—Tengo mantas.

—Todo eso está muy bien, pero hay una cosa que no tienes allí arriba.

Thomas suspiró.

—El mar.

Ella asintió, con los ojos vidriosos.

—Encontraremos un sitio en el pueblo, ¿de acuerdo? No llores, no sé qué hacer cuando lloras. —Thomas le tomó la mano, apretándola con fuerza—. Nunca iba a hacerte vivir allí arriba. Necesitamos estar cerca de los niños.

—¿Y de Randall? —Logró decir con una débil sonrisa.

—Especialmente de Randall. ¿Por qué no vas a vestirte y yo me encargo de preparar café y de poner en marcha esa estufa tuya? ¡Y te quejas de mi casa! —Se puso de pie y luego levantó a Martha. Con un roce sutil, sostuvo su rostro entre sus manos—. Te quiero, señora Blake. Si quisieras vivir en ese maldito barco de Martin, incluso lo consideraría, así que nunca pienses ni por un minuto que te defraudaré.

—Oh, Thomas, yo también te quiero y nunca me has defraudado. Ni una sola vez.

Thomas la besó.

—Vístete. Tenemos mucho que hacer hoy y quiero que mi mujer esté bien alimentada.

—Quieres decir que tienes hambre. —Martha se rio mientras salía de la habitación.

Capítulo 38

Contra su buen juicio

Mientras consultaba su reloj por tercera vez en apenas tres minutos, Martin decidió que a Bethany casi se le había acabado el tiempo. El bote estaba cerca de la línea del agua, con su cuaderno de bocetos y su cámara en la mochila, que descansaba en el suelo. Hacía tiempo que ella estaba en la cuerda floja y él solo necesitaba una razón más para dejarla como cliente y buscar otra manera de crear su fondo de ahorros.

—Hola Martin —ahí estaba ella, corriendo hacia él, vestida con unos vaqueros y una camisa a cuadros—. Muchísimas gracias por esto; he llamado a mi madre y está encantada con la idea —se detuvo frente a Martin, sonriendo, como si fuera una persona completamente diferente.

—Vamos.

—¿En eso?

—En eso.

Vamos, niégate.

Pero ella no dijo nada más; simplemente se acercó a la lancha y esperó. Con un suspiro, él se unió a ella.

Una vez en el velero, ella deambuló, admirando abiertamente los paneles de madera.

—Me gusta mucho más que esos barcos de aspecto artificial. Este tiene verdadero carácter, ¡y debes de adorarlo! Aunque, ¿no dijiste que lo habías vendido?

—No. Lo he regalado.

—¡Madre mía! Qué hombre tan generoso eres. Debe de ser alguien especial.

—¿Estás lista para empezar? La luz es buena ahora mismo.

—¿Dónde debo posar? —Ingrid era tan servicial y amable que Martin se preguntó si sería la gemela de Bethany. La dirigió hacia la popa, donde ella se sentó tranquilamente, con los ojos en el horizonte. Durante una hora él dibujó y ella apenas se movió, a pesar del calor en el aire y de las distracciones naturales de la bahía.

Después de varios bocetos, Martin se levantó y se estiró.

—Lo has hecho bien, Bethany. Tómate un descanso mientras preparo mi cámara.

—¿Puedo usar el servicio?

—Baja las escaleras y a la derecha. Hay agua en la nevera si necesitas.

Martin dejó a un lado el cuaderno de bocetos y preparó su cámara, tomando fotos de la bahía y ajustando la apertura.

—¿Por qué necesitas fotos? —Ingrid se reunió de nuevo con Martin, ofreciéndole una botella de agua.

—Gracias —dio un rápido sorbo—. Dibujar me permite conocerte. La manera en la que cambia tu rostro cuando piensas, observas, sueñas despierta. Cómo se mueve tu pelo. Lo que es natural para tu cuerpo. Las fotografías me dan color. El tono de piel, los ojos, tu ropa. El fondo también. De hecho, es muy importante, porque los bocetos tratan solo de ti.

—¿Puedo verlos?

—No. No hasta que haya formulado el cuadro terminado. Entonces te enseñaré el proceso. Me alegra que hayas elegido vestirte así, informal, en armonía con la región.

—¿Sabes? Solo llevo esos tacones y los vestidos porque es lo que tengo que hacer para avanzar en un mundo de hombres.

—Hagamos esto antes de que perdamos esta magnífica luz. Se acerca una tormenta.

Ingrid se colocó donde se había sentado para los bocetos.

—Me encantan las tormentas. Son tan poderosas. Me excitan, como un amante.

Martin la ignoró, tomando cientos de imágenes en solo unos momentos. Satisfecho, apagó la cámara y recogió sus cosas.

—Es hora de irnos.

—¡Oh, genial! ¿Cuánto tiempo falta para que esté terminado, Martin?

—Un par de semanas. Comenzaré a finales de esta semana y debería tener algo para que lo veas a mediados de la próxima. ¿Necesitas ayuda para subir al bote?

De vuelta en la orilla, Ingrid encendió su teléfono móvil e inmediatamente recibió un mensaje para contactar con su padre en Inglaterra. Martin vio el pánico en sus ojos y accedió a esperar uno momento para dejar que llamase. Mientras ella se alejaba un poco, hablando con su padre, él guardó el bote. Esa tarde su actitud había sido completamente diferente, haciendo que trabajar con ella no fuera precisamente un placer, pero al menos había sido tolerable.

Hojeó los bocetos, deteniéndose en el que prefería como base para el retrato. No era difícil dibujarla y sería aún más fácil pintarla. Una vez que Christie se fuera a su trabajo, descargaría las fotografías y utilizaría las mejores para seleccionar la paleta.

Ingrid volvió apresuradamente a Martin, secándose los ojos con un pañuelo.

—Lo siento mucho, Martin. Mi madre está bastante enferma y mi padre cree que la trasladarán a cuidados paliativos en unos días.

—Debe de ser un *shock*.

—No sabía que estaba tan mal o ya habría vuelto. Mi próxima llamada será a la oficina para conseguir un vuelo. Oh, pero me necesitas, ¿verdad?

—Ahora no. Hoy ha ido bien y puedo trabajar con todo lo que he hecho hasta ahora. Ir a Inglaterra es más importante.

—Sí. Por favor, discúlpame y lo siento. Me pondré en contacto contigo —dijo, y casi corrió de vuelta al aparcamiento, tecleando mientras iba.

Martin la siguió. Había subido en la moto, con la intención de ver a Christie después.

En el aparcamiento, Bethany se apoyaba contra su coche, con lágrimas corriendo por su rostro. Al ver a Martin, se las secó mientras esperaba con su teléfono. No dispuesto a dejarla sola y alterada, él se puso a trastear con la moto. Finalmente terminó su llamada y buscó otro pañuelo. Con una suave tos, recuperó la compostura.

—Bueno, parece que no puedo conseguir un vuelo hasta el miércoles por la noche. Mi secretaria está intentando encontrar algo más pronto, pero así están las cosas ahora mismo.

—Debes estar muy preocupada.

—Esperaba darle el cuadro a mi madre cuando volviera a casa. Quizás necesitemos hablar sobre enviarlo... si para entonces tiene algún sentido —sus ojos se llenaron de lágrimas otra vez—. Martin, ¿cuál es el tiempo más rápido en que has hecho un retrato?

—Bastante rápido, pero no estará seco.

—¿Perdona?

—Incluso aunque pudiera manejar las capas sin secarlas completamente, pasarán semanas antes de que pueda enviarse con seguridad. Los óleos son complicados.

Los hombros de Ingrid se hundieron y su cabeza cayó. Por primera vez, había vulnerabilidad en ella. Suspiró profundamente y lo miró.

—Bueno, agradezco tu honestidad. Es culpa mía por haber tardado tanto —abrió la puerta del coche.

—Bethany, espera un momento. Podría hacer una acuarela. No será tan vibrante o intensa, pero tu madre aún te verá como te habías imaginado.

Su mano fue a su boca y asintió.

—Sí, por favor, haz eso. Quiero abrazarte, pero estoy segura de que no querrás una cara llena de lágrima por todo tu pecho.

Agradecido de que no lo abrazara, Martin asintió.

—Empezaré a trabajar ya. Haz tus preparativos y hablaremos pronto. Te devolveré tu segundo pago.

—No lo harás. Todavía quiero el óleo, por favor, pero a tu propio ritmo. Al final de la semana depositaré el resto, más otros diez mil — El teléfono de Ingrid sonó y ella entró en su coche para contestar.

Martin arrancó la moto, preguntándose exactamente en qué tipo de industria financiera trabajaba ella como para gastar sumas tan grandes de dinero en retratos de sí misma. No importaba. Él se encargaría de su petición y entonces tendría lo que quería.

Capítulo 39

Seguir adelante

—Qué tranquilidad —Christie se sentó en un banco bajo un roble muy antiguo, cerca del estanque—. Pasaría todo el día en este lugar si viviera aquí.

Los patos se peleaban en el agua y los ibis caminaban delicadamente alrededor de los bordes llenos de juncos en el lado opuesto. Angus se acomodó junto a Christie y aceptó la limonada que ella le ofreció.

—¿Conociste a mi madre y a mi padre? —Christie tocó el medallón.

—Solo una vez.

Con los ojos muy abiertos, Christie le agarró la mano.

—¿Cuándo? ¿Cómo eran? ¿Ya había nacido yo?

—Una pregunta a la vez —Angus se rio—. Fue su madre quien vino de visita con usted. Yo solo llevaba trabajando para la señorita Dorothy muy poco tiempo y os recogí a las dos del aeropuerto. Tendríais unos cuatro años, si no me falla la memoria, y érais una niña muy parlanchina.

—No puedo imaginarlo. ¿Dónde estaba mi padre?

—Trabajando, creo. Su madre vino por el cumpleaños de la señorita Dorothy. La visita se acortó, desafortunadamente, después de que su madre y la señorita Dorothy discutieran por algo.

—¿Discutieron? ¿Sobre qué?

—No sabría decirle —Angus sabía exactamente de qué se trataba, pero contárselo a Christie no serviría de nada. No, él

recordaba aquel día con alarmante claridad.

Era el segundo día de la visita de Rebecca y Christie, a media mañana. Angus llevaba una bandeja con té, un vaso de leche y unos pastelitos al salón. Las zonas más formales de la casa estaban prohibidas para los niños y se mantenían en un estado impecable, por si algún visitante se presentaba. Aunque no lo hacían a menudo, pues Dorothy tenía pocos amigos.

La pequeña Christie pasaba las páginas de un colorido libro ilustrado, absorta y hablando en voz baja consigo misma. Pero Dorothy miraba a Rebecca con una expresión fría, mientras que el rostro de su hija estaba crispado de angustia.

—¿Pero por qué no nos visitas? "Nunca" es mucho tiempo, madre.

—Tú elegiste vivir donde vives. En vez de disfrutar de una buena vida con amigos, familia y un propósito, lo seguiste ciegamente a él a un lugar remoto y árido, trabajando entre gente que ni siquiera puede pagarte.

—Tengo una vida muy buena y muchos amigos, gracias por preocuparte. Julian y yo amamos la comunidad. Es un trabajo de amor y desde luego tengo un propósito.

Cuando Rebecca alzó la voz, Christie levantó la mirada, con los ojos muy abiertos. Angus le ofreció su mano al pasar, esperando sacarla de la creciente discusión, pero ella no la vio.

—¡No te crié para que vivieras en semejante miseria, Rebecca! Eres una Ryan, y algún día heredarás todo por lo que he trabajado durante mi vida.

Rebecca se puso de pie cuando Angus llegaba a la puerta.

—No. Soy una Oliver. Y desde luego no quiero ni necesito tu dinero. Estabas bastante contenta de que me casara con Julian, ¿qué ha cambiado?

Dorothy también se levantó y Christie se deslizó de su silla.

—Como médico debería haber puesto a su propia familia primero. No las necesidades de... ¿cómo los llamas? ¿Una comunidad? Esta es tu última oportunidad de cambiar de opinión. Vuelve a casa y vive la vida que mereces.

—¿La que merezco? ¿Crees que es esto? Por Dios, madre, ¡no tienes ni idea!

Cuando Dorothy dio un paso hacia Rebecca, Christie retrocedió. Chocó directamente contra un pedestal que sostenía un jarrón de cerámica que se tambaleó y luego se estrelló contra el suelo, haciéndose añicos. Angus se apresuró a recoger los fragmentos mientras Dorothy centraba su atención en la niña, acercándose amenazadoramente con la palma abierta.

—¡No! —Rebecca voló hacia Christie y la levantó, apartándola de su madre—. ¡Jamás le levantarás la mano a mi hija!

—Entonces sal de mi casa.

Angus tomó a Christie de los brazos de Rebecca y la sacó de la habitación.

—Tranquila pequeña, mamá está bien. Los adultos a veces dicen tonterías —. La niña se aferró a él, con la cabeza apoyada en su hombro. Él caminó lo más lejos posible de aquella habitación, llevándose a la niña donde no pudiera escuchar.

Una hora después llevó a Rebecca y a Christie hasta el aeropuerto y esperó con ellas mientras Rebecca reservaba un vuelo de vuelta a casa. Nunca volvió a ver a Rebecca.

—Angus, ¿estás bien? Estás muy callado y pareces triste.

—Solo estaba recordando lo hermosa que era su madre, y cuánto la quería —. Angus necesitó todo su aplomo mantener esos recuerdos para sí mismo—. No había nada que no hubiera hecho por usted.

La sonrisa de Christie fue suficiente para indicarle a Angus que había tomado la decisión correcta.

La acuarela era el medio menos favorito de los que utilizaba Martin. Sin embargo, era una forma de pintar con un secado relativamente rápido y la mejor opción en estas circunstancias. Si lo terminaba hoy, con el tiempo de secado y el embalaje adecuado, debería estar seguro para viajar el miércoles. No era lo ideal y, para Martin, la presión no era bienvenida.

Disponer sus pinturas y montar un caballete dirigía su mente a ese lugar de concentración inquebrantable para su tema, su trabajo. Sin embargo, esta vez, el rostro de Christie seguía interfiriendo. Sus labios, tan suaves y dulces; esos ojos esmeralda capaces de inspirar o devastar. Dios, la quería allí, más que nunca. Todos sus planes estaban en suspenso porque no estaba dispuesto a someter a Christie a sus cambios de humor cuando pintaba.

Necesitaba hablar con ella, advertirle de nuevo sobre ese pequeño capullo en el que se envolvía, pedirle que le diera solo un poco de tiempo para poder hacer eso y luego ser libre para estar con ella. Sin duda, estaría en Palmerston House. Había perdido cualquier oportunidad de tenerla allí y, en realidad, era un mal momento.

Termínalo y sigue adelante.

Solo una llamada rápida, y luego pintaría.

El crepúsculo caía cuando Christie entró con el coche en la entrada de la cabaña. Barry y su equipo se habían marchado hace tiempo. Suspiró ante el inevitable desorden que habían dejado. Después de barrer, echó un vistazo a la zona de la lavandería. Completamente vaciado, las paredes tenían nuevos agujeros para facilitar el acceso a la lavadora y al fregadero nuevo. Pasando con cuidado junto a un montón de azulejos, comprobó que la puerta del lavadero estuviera bien cerrada.

Una por una, Christie se aseguró de que todas las ventanas estuvieran bien cerradas. Antes de irse, se quedó de pie en la

cocina, mirando alrededor. El lugar parecía un poco ajeno con las obras en marcha. Una vez que cerró la puerta con llave, Christie se dirigió al garaje. Estaba seguro. Todo estaba como debía estar.

Christie deseaba ir a casa de Martin en ese momento. Se sentía sola y un poco triste. Pero él estaba pintando, y la ligera tensión en su voz cuando la había llamado revelaba su necesidad de estar solo.

La lluvia repiqueteaba en el parabrisas mientras se incorporaba a la carretera principal. Unas nubes de tormenta se cernían desde el suroeste. Un velero solitario se apresuraba más allá de los acantilados, corriendo hacia su amarre. No era noche para estar en el agua.

John estaba de pie en la puerta de la cocina, observando a Daphne remover algo en una olla. Ella tarareaba, con el rostro relajado, mientras colocaba una tapa sobre la olla.

—Huele bien, cariño —decidió que era hora de darle un beso.

—¡Oh, no te he escuchado entrar! —Con una gran sonrisa, Daphne abrió sus brazos. Él la envolvió con los suyos, apretándola hasta que ella protestó con una risita. Entonces, la besó. Un beso romántico y prolongado que dejó a ambos un poco sorprendidos y sin aliento.

Con la cara sonrojada, Daphne se apartó, moviéndose.

—¡Vaya, vaya, John Jones! De repente hace un calor terrible aquí.

—Bueno, debería refrescarte con una buena botella de tinto.

—Pero si solo es lunes.

—Tú coge los platos y yo sacaré una botella.

Daphne se secó la frente con un pañuelo, luego removió una vez más la olla, volvió a colocar la tapa y apagó el fuego.

John regresó paseando mientras leía la etiqueta de la botella que había seleccionado.

—Creo que esta servirá. La estaba guardando para una ocasión especial, y hoy encaja con esa descripción, ¿no crees?

—Creo que eres el hombre más maravilloso del mundo.

—Entonces abramos esta preciosidad y brindemos por nosotros.

Mientras él buscaba un sacacorchos, Daphne llenó dos platos con estofado y añadió un panecillo en cada uno. En lugar de su habitual cena frente al televisor, fue hacia el comedor y puso la mesa. John apareció detrás de ella con los platos.

—Tú siéntate. Yo me ocupo de todo.

—Primero... —Daphne abrió la vitrina y encontró un par de copas de cristal, las buenas que guardaban para las visitas.

Después de que John llenara sus copas, las chocaron con un brindis de él:

—¡Por la mejor maldita agencia inmobiliaria del mundo! —lo que provocó más risitas de Daphne.

Durante unos momentos comieron en silencio. Luego Daphne suspiró y tomó otro sorbo de vino.

—De verdad que no puedo entender en qué estaba pensando esa mujer. Como si fuera a creer por un minuto que me serías infiel.

—Está acostumbrada a conseguir lo que quiere, y espero que se haya ido para siempre. El problema es que está husmeando por toda la región y, dentro de poco, podría encontrar a alguien que no vea a través de ella.

—¿Deberíamos advertir a los demás?

—No veo cómo podríamos, cariño. No sin el riesgo de una demanda, si ella se entera. Aunque es buena. Es muy astuta para conseguir que una persona vea su visión, y no es una mala visión.

—Es solo una mala mujer. Bueno, cielo, tú viste a través de ella y la mandaste de vuelta a Melbourne. —Daphne pinchó un trozo de patata como si fuera Ingrid.

John puso su mano sobre la de ella.

—Si no me hubieras recordado cuánto le debemos a Bryce por su lealtad, podría haber firmado algo y nos habríamos metido en un buen lío. Solo quiero asegurarme de que estaremos cómodos cuando nos jubilemos.

—No hiciste nada malo, y nunca lo habrías hecho. Esta noche es especial, así que vamos a dejar de hablar de mujeres horribles y empezar a hablar de cómo ayudar a Bryce con su próximo proyecto.

John sonrió y asintió. Hablar de trabajo nunca envejecía con Daphne. Contarle el intento de Ingrid de intimidarlo hoy le recordó por qué la amaba tanto. Ingrid se había ido y, como Daphne, él esperaba que fuera para siempre.

Capítulo 40

Momentos de felicidad

—¡Dios mío, qué feliz estoy de haber vuelto! —Ingrid se dejó caer en el sofá del despacho de Derek. Consideró quitarse los zapatos, pero a Derek le molestaba que las cosas estuvieran desordenadas, así que en su lugar cruzó una pierna sobre la otra con despreocupación.

A través de los ventanales que llegaban del suelo al techo, la ciudad de Melbourne se extendía abajo, con todas las luces definiendo los edificios. Una llovizna salpicaba el cristal, pero no lo suficientemente fuerte como para estropear la vista. Derek llevó dos copas de *brandy*.

—Toma, te lo mereces.

—Sí, desde luego que sí, después de haber sido enviada al purgatorio durante todo este tiempo.

—Habría pensado que Martin Blake te atraería.

—Lo hace, de esa manera primitiva, como de alfa. Pero se volvería cansino rápidamente, así que no te preocupes. —Sonrió con dulzura y luego probó su bebida—. Esto está bien. Es civilizado. Pero pensaba que querías que me quedara allí más tiempo.

—Esta noche no. Lo mejor es que seas muy visible aquí, por si acaso alguien sospecha de tu implicación.

Ingrid ocultó un bostezo.

—Lo siento, querido. Estoy cansada. Me iré a casa contigo y así tendré una coartada perfecta. —Miró a Derek a través de los párpados entrecerrados, con una pequeña curva en los labios.

—No. Nos vamos al casino. Entre la cena con amigos y la visita a las salas de juego estarás a salvo de cualquier acusación. No pongas morritos. Ve a casa y date una ducha, y me reuniré contigo allí en una hora.

—Vale, pero puedes esperar que beba mucho champán y muy caro. —Se inclinó y rozó sus labios con los de él—. Ha sido un trabajo duro lidiar con esos idiotas y, si tengo que salir, lo haré con estilo.

Comenzó a levantarse, pero la mano de Derek se dirigió rápidamente a su nuca.

—No espero menos. —Presionó su boca contra la de ella, forzando sus labios a abrirse en un beso rápido y duro—. Esto terminará pronto. Y entonces reservaremos ese viaje a los Alpes.

Elizabeth sugirió una partida de Scrabble después de una deliciosa cena servida en la cocina. Angus y Christie se miraron y emitieron un gemido al unísono.

—Bueno, ¿y qué tal cartas entonces? —Elizabeth frunció el ceño.

—¡No, es una gran idea! Nos encanta el Scrabble, pero somos tan competitivos que nadie más quiere jugar nunca con nosotros. —Christie explicó—. Angus es el rey de las palabras inusuales y a mí me gusta inventarme cosas para retrasarlo todo mientras alguien investiga para demostrar que estoy equivocada.

—Bueno, entonces seguro que no os importará que me una y vea qué puedo aprender. —Había un brillo sospechoso en su mirada.

Media hora después, quedándose atrás en la puntuación, Christie sacudió la cabeza.

—Siempre son los más callados.

—¿Perdona, querida? —Elizabeth colocó una palabra particularmente difícil y Angus suspiró.

—Qué bien ver que te estamos enseñando algo. —Christie refunfuñó.

—¿Te apetece una copa de jerez? ¿O quizás vino? Me parece recordar que te gusta el *Chardonnay* local. Podría ayudar. —Elizabeth soltó una risita y Christie sorprendió a Angus mirándola con la más tierna de las expresiones.

—Iré a buscar alcohol para todos para que Angus y yo podamos ahogar nuestras penas. —Christie se dirigió a la cocina. Las risas flotaron tras ella, y sonrió. Encontró una botella de vino, una cerveza que pensó que a Angus le gustaría y unas copas.

De vuelta en la sala de estar, las dejó en la mesa.

—¿Ya es mi turno?

Angus se puso de pie con un poco de esfuerzo.

—¡Vaya a ver si puede complicar la situación! Creo que ahora soy yo el último.

—¿Debería ser menos dura contigo? —preguntó Elizabeth con expresión impasible.

—Sí. Sí, creo que es una excelente idea. —Angus habló con tal resignación que Christie y Elizabeth estallaron en carcajadas. Les entregó a cada una una copa de vino, abrió la cerveza y ofreció un brindis—. Por los a-m-i-g-o-s.

—¡Ooh, sí! —añadió Elizabeth—, ¡por los b-u-e-n-o-s-m-o-m-e-n-t-o-s!

—Lo que me deja a mí brindar por m-i-v-i-c-t-o-r-i-a. —Christie sonrió.

—Así no se escribe «Elizabeth». —afirmó Elizabeth.

—¡Pero así es como se escribe «éxito»!

Angus volvió a sentarse.

—¡En ese caso, probaré con esta palabra y podéis intentar deletrearla las dos!

Christie rebosaba de felicidad. Lo único que faltaba para que la velada fuera perfecta eran Randall y Martin.

Martin dejó su pincel. Su reloj estaba en la casa y se negaba a tener uno en el estudio, así que no tenía ni idea de qué hora era. Intentó

concentrarse en la acuarela, pero el agotamiento le engañaba la vista. Ya había roto demasiadas versiones por la mitad, hasta que pasó unos minutos rascando la barriga de Randall, dejando que el suave meneo de la cola de su perro le calmara. Con mejor ánimo, había terminado el retrato en unas pocas horas.

Sabía cuál era el problema: que Bethany Fox estuviera en el Mar de jazmín. La autocrítica burbujeaba justo bajo la superficie. En lugar de controlar la situación, había estado demasiado preocupado por el dinero como para mantener su integridad, lo que le irritaba muchísimo. Nunca más. En vez de preocuparse por tener suficiente en el banco como para cubrir todas las contingencias futuras, era hora de confiar en sí mismo. Confiar en esas manos que no le iban a fallar. Confiar en que Christie le amaría sin importar lo que pasase.

Eso podría quedarse allí y secarse durante la noche. Por la mañana, a menos que hubiera fallos graves, llamaría a Bethany para que lo recogiera. Que estuviera completamente seco era otra cuestión, pero había trabajado con pinceladas ligeras. Limpiando los pinceles, lo único que deseaba era dormir en sábanas suaves y dejarse llevar hacia el sueño mientras la lluvia tocaba una nana. Si Christie estuviera allí, sería perfecto.

Antes de apagar las luces, se tomó un momento para mirar el óleo que le había enseñado a Christie la noche anterior. Como si hubiera entendido exactamente cuál era su visión, ella había llegado al corazón de la misma. Nadie en aquel mundo le conocía instintivamente, pero ella lo había hecho desde el primer momento.

—Hora de dormir, Randall —dijo. Un perro muy somnoliento se levantó a regañadientes, se estiró y luego salió con paso lento. La lluvia era más intensa ahora y Randall corrió hacia unos arbustos antes de alcanzar a Martin en la casa. Algo hizo que Martin cerrara y asegurara la puerta corredera tras ellos. Estaba acostumbrado a dejarla abierta, pero comenzaba a sentirse hipócrita por estar siempre encima de Christie con lo de cerrar las puertas mientras él no se molestaba. Una vez que ella viviera allí, insistiría en tener mayor seguridad, así que podría empezar ahora mismo.

A las dos de la madrugada, la tormenta de corta duración se había alejado y la lluvia se había reducido a una llovizna. Frío y entumecido por estar sentado durante varias horas, Rupert se arrastró fuera del coche. Lo había aparcado cerca de la estación de tren, retrocediendo hacia unos arbustos, justo al lado de la carretera, donde podía vigilar la cabaña.

Agarró una pequeña palanca y un par de guantes del maletero del coche y luego avanzó con dificultad por el terreno fangoso, pasando la desolada estación y bajando por el camino de entrada de la casa. Durante su visita aquella mañana había examinado sus áreas objetivo. No se trataba de dañar la casa, sino más bien de asustar a Christie. Se sentía mal por ello. Ella era agradable.

Rodeó la cabaña, iluminando las ventanas con una luz tenue, deteniéndose ante la vista de la caja en el dormitorio de Christie. El cuadro. Fue Rupert quien lo había embalado y enviado allí, siguiendo las instrucciones de Derek.

Terminada la inspección, Rupert sacudió las puertas del garaje. Estaban cerradas. Deslizó un extremo de la palanca entre las puertas y la giró de lado a lado hasta que la vieja cerradura cedió. Cerró las puertas tras de sí.

Algunas cajas estaban abiertas. Una hermosa bañera con patas se convirtió en la primera víctima con unos cuantos golpes fuertes de la palanca. Los fragmentos volaron en todas direcciones. Uno golpeó la mejilla de Rupert.

—¡Maldita sea! —Soltó la palanca, agarró un pañuelo del bolsillo y con cautela se limpió la sangre. Una vez que el sangrado se detuvo, recuperó la herramienta, enfadado. Ahora con más cuidado, arrancó la puerta de la secadora y la tapa de la lavadora, propinando algunas grandes abolladuras en cada electrodoméstico para rematar.

Ignoró las cajas cerradas. En su lugar, descubrió un contenedor lleno de accesorios. Herrajes, soportes de pared, tornillos. Levantándolo bien alto, lo volteó, desparramando el contenido por

todo el suelo. Eso bastaría. Era suficiente daño como para infundir miedo en alguien que vivía solo.

Afuera, se apoyó contra las puertas y encendió un cigarrillo, con las manos temblorosas. Le dolía la cara. Ella no se merecía eso, la mujer de ojos esmeralda. No importaba lo que le hubiera hecho a Derek, aquello se estaba convirtiendo en una broma. No más. A partir de ahora, encontraría una manera de evitar este tipo de trabajos. Decidido esto, tiró la colilla y se marchó.

Desde el otro lado de la sala de juegos, Derek contemplaba a Ingrid. Podría haber estado cansada en su oficina, pero una comida decente y abundante champán la habían revitalizado. Estaba impresionante con su vestido corto ajustado y sus tacones de aguja. El pelo rojo le sentaba bien. Los hombres la deseaban y las mujeres querían ser como ella. Lástima que no fuera un poco más... amable. Aun así, tenía su propósito y era una ventaja.

El pequeño grupo en el que estaba se separó, pero un hombre se quedó, inclinándose muy cerca de ella, con un lenguaje corporal claramente intencionado. Ingrid sonrió y le susurró algo al oído, con la mano en su brazo. Él se apartó bruscamente con el ceño fruncido. Sin mirar atrás, Ingrid se tambaleó hacia Derek.

Él salió a su encuentro.

—¿Te diviertes? ¿Haciendo amigos?

—Estúpido, maloliente...

—Me hago una idea. No puedes esperar que los hombres te dejen en paz. Y además, disfrutas provocándolos, solo para darles una patada en las entrañas por capricho.

—Claro. Creo que hay un cumplido ahí. Entonces, ¿podemos irnos ya? Por fin he terminado con el champán y tengo mucho que hacer por la mañana.

—Ya es por la mañana. Son casi las tres, de hecho, y sí, podemos irnos. —Bajó la voz—. Rupert acaba de llamar y está hecho.

—Entonces tenemos que estar listos para actuar. ¿Está de vuelta en su motel? Quizás le llame.

Derek le cogió del brazo.

—Vámonos. Déjalo estar. —Salieron con paso tranquilo, asegurándose de hablar con algunos conocidos por el camino—. Desayunaremos a las siete, ¿de acuerdo? Ve a casa, duerme y luego trabajaremos en el siguiente movimiento.

Ella curvó los labios.

—¿Quién necesita dormir, cariño?

—Yo sí. En realidad, tú también. Me lo agradecerás por la mañana.

Nunca podía saber si le hacía gracia o le irritada cuando la rechazaba, ni siquiera después de todo ese tiempo. Pero sabía que a ella le encantaba que la mantuviera a distancia hasta que a él le conviniera. Le encantaba.

Capítulo 41

Confianza hecha añicos

El examen para la Licencia de Navegación estaba programado para las ocho y media, justo cuando VicRoads abría sus puertas en Green Bay. Aunque había estudiado y practicado, Christie no podía quedarse quieta mientras esperaba, moviendo nerviosamente los pies hasta que la mujer de detrás del mostrador la fulminó con la mirada. Martin le había enviado un mensaje de texto poco después del amanecer. *Lo harás genial, cariño. Llámame cuando vuelvas*.

Había apagado el teléfono después de sentarse. Aquello significaba mucho para ella, no solo por el velero sino porque era una muestra de cuánto había mejorado su relación con el océano. Las aguas profundas aún le aterrorizaban muchísimo, pero ahora tenía técnicas para distraerse y no pensar demasiado en ello. Por supuesto, cuando Martin estaba cerca, él era toda la distracción que necesitaba.

—¿Señorita Ryan?

Christie se levantó de un salto. Un hombre le hacía señas desde una puerta a un lado del mostrador. ¡Había llegado el momento!

El insistente sonido de su teléfono despertó a Rupert de un profundo sueño. Lo apartó y el ruido cesó. Se dio la vuelta, arrastrando las mantas consigo. El teléfono sonó de nuevo. Una mirada borrosa al

reloj de la mesita le recordó que Derek quería hacer una conferencia telefónica con Ingrid a las siete. Hacía dos horas.

—Vale, vale.

—¡Te he llamado media docena de veces, Rupert!

—Tío, apenas he dormido nada. Ya estoy despierto.

—Has dormido más que yo, así que espabila y escucha. Estate preparado para recibir una llamada de Christie o del agente. Si no sabes nada para esta tarde, ve a averiguar por qué.

—¿Eh? ¿Aparezco sin más en la cabaña? «Hola Christie. ¿Te apetece vender ahora que he destrozado tus cosas?»

—Recuerda quién te paga el sueldo —el tono cortante en la voz de Derek disipó los últimos restos de somnolencia.

—Sí, tío, lo sé —Rupert sacó los pies de la cama—. Lo siento, jefe. Estoy muy cansado.

—Dúchate, tómate un café. Pero asegúrate de que tu móvil esté cargado y contigo en todo momento. Quédate por el pueblo. Entérate de los cotilleos. Encontrarás una oportunidad si llega el caso, pero esta es la mejor ocasión que tenemos de atacar.

—Lo haré. Se me ocurrirá algo. Quizás pueda ir a ayudar a limpiar.

—Sí, llévale unos bombones. Ten cuidado, Rupert.

—No soy estúpido. ¿Hay algo más?

—Estaré esperando tu llamada —Derek colgó.

Estaré esperando tu llamada.

—No te hagas ilusiones, jefe.

Christie entró con el coche en su calle, todavía eufórica por haber aprobado el examen. Su corazón dio un vuelco al ver un coche de policía en la cuneta frente a la cabaña. Aparó, cogió su bolso y prácticamente voló por el camino de entrada. Las puertas del garaje estaban abiertas y el equipo de Barry estaba allí reunido, mirando dentro. ¿Estaría bien Barry? Sus piernas no podían llevarla lo suficientemente rápido.

—Christie. Bien, recibiste mi mensaje —Barry apareció por la esquina de la casa y Christie se detuvo en seco.

—¿Qué mensaje? No, no lo he visto. ¿Por qué está aquí la policía?

Barry puso su mano en el brazo de Christie.

—Me temo que hubo un robo anoche.

—¡Un robo! ¿Quién? Es decir, ¿qué ha pasado?

—Alguien forzó las puertas y decidió que sería divertido destrozar algunos electrodomésticos. Hay un gran desastre ahí dentro, pero en cuanto Trev termine de tomar huellas, limpiaremos y veremos qué se puede salvar.

Christie miró fijamente a Barry. No tenía sentido. ¿Vandalismo? ¿Quién haría algo así?

—Necesito verlo.

—Deja que Trev termine, luego te lo enseñaré. Hay cosas por todo el suelo. Parece que Martin ha llegado.

—¿Martin? —El rugido de la moto llegó a los oídos de Christie.

—Lo he llamado después de dejarte un mensaje. Pensé que lo habrías recibido —Barry volvió al garaje y Christie corrió por el camino de entrada.

Martin apenas se había bajado de la moto cuando ella se lanzó hacia él. Sus brazos la rodearon, fuertes y reconfortantes.

—Te tengo —la abrazó fuertemente—. Al menos todos están bien.

Con la cabeza apoyada en su pecho, asintió.

—¿Pero por qué?

—Intentaremos averiguarlo. Vamos, Trev está terminando.

El oficial superior Trevor Sibbritt saludó con la cabeza a Martin y extendió su mano hacia Christie.

—Encantado de verte de nuevo. Es una pena que haya ocurrido esto, especialmente cuando estáis trabajando tan duro para devolver la vida a la vieja cabaña.

—Gracias —Christie intentó sonreír. Solo había visto a Trev unas pocas veces: primero en la boda de Martha y Thomas y luego solo algunos saludos de pasada en el pueblo. Pasaba mucho tiempo en la

carretera, cubriendo varios pueblos del interior además de Rivers End.

—¿Alguna idea? —preguntó Martin.

—Críos aburridos. Un intento de robo que salió mal. He tomado huellas dactilares, pero apuesto a que pertenecen a Barry y a sus hombres. No hay nada en la cerradura o en las puertas.

—¿Estaban cerradas?

Christie lanzó una mirada a Martin. ¿Acaso pensaba que ella había dejado que esto ocurriera? Había comprobado cada cerradura anoche. ¿O no? La duda se infiltró en su mente.

Por supuesto que lo hice.

—Claro que sí. Es un trabajo de palanca, diría yo. Lo curioso es que ni siquiera intentaron entrar en la casa.

—Quizás querían los electrodomésticos, pero por alguna razón, no pudieron sacarlos y los vandalizaron —sugirió Martin.

Trev recogió su maletín.

—No sé. Algo no encaja. Y tampoco es que hayáis tenido problemas por aquí. —Miró a Christie—. ¿Ha habido algo fuera de lo normal? ¿Extraños o coches merodeando?

Oh, no.

—¿Christie? —Martin le apretó la mano y ella se volvió hacia él.

—Voy a pedir disculpas de antemano. Hay algo que tengo que contaros a los dos.

En la cocina, Christie, Martin y Trev se sentaron alrededor de la mesa. Trev tomó muchas notas y Martin miraba fijamente a Christie. Ella sentía cómo sus ojos la taladraban. Su respuesta a la confesión de Christie sobre creer que alguien había estado allí la otra noche fue el silencio. Había contenido la respiración cuando ella admitió que había dejado una ventana sin cerrar.

Estoy en un buen lío.

—Christie, ¿qué te hace pensar que ese tal Rupert es de fiar? ¿Sabes algo más sobre él?

—No mucho. Simplemente no me pareció sospechoso. Un poco despistado y no muy preparado para su viaje, supongo. Daphne Jones podría tener más información. Creo que ella se ha reunido con él más de una vez.

—Bien. Iré a verla a continuación. Si recuerdas algo más, llámame. —Ya de pie, Trev le ofreció la mano a Christie—. No hay mucha delincuencia por aquí. Te aseguro que encontraré a los culpables y los llevaré ante la justicia.

Era una afirmación contundente, pero Christie le estrechó la mano y sonrió, con el corazón latiéndole con fuerza mientras él se marchaba, dejándola a solas con... bueno, el hombre al que amaba.

El silencio se prolongó mientras Christie observaba sus dedos trazar una vieja línea en la mesa.

Barry asomó la cabeza.

—Los chicos lo tendrán listo para entrar en breve.

—Gracias, Barry. Saldremos en un momento. —La voz de Martin era suave. Christie conocía ese tono.

—Tenemos que hablar —Martin se puso en pie y le tendió una mano. Finalmente ella le echó un vistazo, y deseó no haberlo hecho cuando vio su decepción. Le tomó la mano.

—Al comedor. —Se dirigió hacia allí con la mano de ella firmemente sujeta en la suya.

Cerró la puerta tras ellos. La habitación estaba vacía, excepto por las dos sillas rígidas de madera que habían estado allí cuando ella se mudó. Llamaron su atención. ¿Por qué el anterior inquilino habría dejado solo dos sillas? Su mente quería evadirse.

Martin le soltó la mano y se apoyó contra la puerta, con los brazos cruzados.

—Siento no habértelo dicho, pero yo... —comenzó ella.

—Pero no querías que supiera que habías dejado una ventana sin cerrar. Y nunca me lo habrías contado si esto no hubiera ocurrido. ¿Correcto?

—Pensé que me lo había imaginado todo; el olor a perfume y el maletín movido. ¿Por qué iba a molestarte con algo que probablemente no era real?

Él la miró fijamente.

—Vale, sí. Una vez encontré la ventana sin cerrar, no quise decir nada. He estado intentando ser más consciente de la seguridad y me sorprendió encontrar el cierre abierto. No quería decepcionarte —las palabras se atropellaban unas a otras—, o hacerte pensar que no estaba prestando atención. Porque lo estaba haciendo y estoy de acuerdo en que la cabaña debe estar cerrada e incluso volví anoche y sé que cerré el garaje...

Martin tomó una de las manos de Christie.

—Shh. Sé que lo hiciste. Pero, cariño, ¿cuándo vas a confiar en mí? —La frustración sustentaba sus palabras—. No importa si tienes que admitir un error, ¡Dios, todos los cometemos! Lo resolveremos.

—Estás decepcionado conmigo.

—Sigues apartándome.

—¡No es verdad!

—Sí lo es. —Le soltó la mano—. Tenemos que ver los daños y echar una mano a los chicos con la limpieza. —Aun así, no se movió.

Lo único que Christie quería era que la abrazara, que la besara. Incluso que la regañara. Cualquier cosa menos esta exasperación que llenaba su voz y su rostro.

—Lo siento de verdad.

—Olvídalo. —Se apartó, abriendo la puerta—. Como dijiste la otra noche, no necesitas que te digan lo que tienes que hacer.

Un escalofrío recorrió a Christie.

—¿Martin?

—Vamos. —Hizo un gesto para que ella saliera primero y su expresión, ahora pétrea, no revelaba nada. Nada excepto su negativa a seguir discutiendo sobre aquello.

Capítulo 42

Un futuro cambiante

Cuando Christie y Martin llegaron al garaje, la mayor parte del desastre ya estaba limpio. Uno de los hombres de Barry clasificaba un montón de tornillos, piezas y pequeños accesorios. Otro inspeccionaba cada electrodoméstico en busca de daños. Barry fruncía el ceño mientras tecleaba en su iPad.

Christie dudó en la puerta. La bañera con patas era irreparable; su interior de porcelana y acrílico estaba hecho añicos y las patas estaban rotas. Con abolladuras enormes en la lavadora y en la secadora y algunas piezas arrancadas, ambas parecían destinadas al desguace. Observó a Martin hablar con Barry como si estuviera a kilómetros de distancia. Su estómago se revolvió y, a pesar del cálido sol, tembló.

No puedo perderte.

Christie se cubrió la boca para reprimir un sollozo. Las lágrimas amenazaban con brotar y se escabulló. Atravesó la puerta abierta del jardín trasero y pasó los huertos de verduras, corriendo hasta dejarse caer sobre la hierba bajo un árbol frutal.

Cerró los ojos y dejó que el silencio la envolviera. Christie se concentró en cada respiración, siguiendo su recorrido por su cuerpo hasta exhalar suavemente. Enroscó los dedos entre la hierba alta, conectándose con la tierra a través de sus suaves hebras. Poco a poco, el pánico retrocedió. Abrió los ojos. Desde allí, la parte trasera del garaje apenas era visible detrás de los árboles. Si escuchaba con atención, las voces llegaban flotando hasta ella.

Tendría que volver. Hablar con Barry y averiguar qué hacer a continuación. Para empezar, tenía que mudarse de vuelta, para evitar que aquello volviera a ocurrir. Pero eso no había impedido que alguien entrara en la cabaña, tocara sus cosas y rociara su perfume. ¿Alguien la estaba vigilando? ¿Era obra de Derek?

Con los brazos firmemente envueltos alrededor de sí misma, Christie lo pensó detenidamente. Una rápida llamada telefónica. ¿Por qué enviaste el cuadro? Cinco minutos de conversación para quedarse tranquila respecto al allanamiento. Martin dijo que se ocuparía, pero enviar una carta de un abogado podría no conseguir las respuestas que necesitaban, si es que conseguían alguna. Con Martin ya enfadado con ella, ¿qué diferencia habría?

El temblor regresó y se abrazó con más fuerza.

Él lo entenderá.

Sabía que no era cierto. Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas y enterró la cabeza entre sus brazos.

Martin buscó a Christie por toda la cabaña. Su bolso estaba sobre la mesa de la cocina, pero ni rastro de ella. Cuando le contó a Trev que alguien podría haber estado en la cabaña, la rabia y el miedo lo inundaron. ¿Y si ella se los hubiera encontrado allí? No habría más regresos a casa sola por la noche. Diablos, tampoco vivir allí.

Siguió el sendero hasta el huerto. Sentía un nudo en el estómago desde que se dio cuenta de que ella seguía conteniendo sus emociones con él. Confianza y respeto. Con ellos, podrían enfrentarse a cualquier cosa juntos. Sin ellos... bueno, la idea le aterraba.

Ahí estás.

Bajo el árbol, con los brazos rodeando sus piernas encogidas, su cabeza descansaba sobre sus rodillas. Martin contuvo la respiración. Quería besarla y consolarla, y al mismo tiempo darle una azotaina. Hacer que entendiese que nunca tenía que temer perderlo. Ella no

era su seguidora ni sumisa sino su igual, excepto si había peligro. En ese momento, sin embargo, su autocontrol seguía siendo precario.

—¿Estás bien? —habló con suavidad. La cabeza de ella se levantó de golpe, con los ojos enrojecidos y las mejillas surcadas de lágrimas secas. Se puso en cuclillas y le apartó un mechón de pelo.

—Lo siento, solo necesitaba un momento.

—Tómate todo el tiempo que quieras. ¿Quieres que me vaya?

—¡No! Quiero decir, por favor, no me dejes.

La determinación de Martin casi se derritió. Se sentó junto a ella en la hierba.

—Barry está encargando los repuestos mientras hablamos. El seguro debería cubrir gran parte de los daños.

Christie asintió.

—¿Aprobaste?

—Oh. Sí.

—Estoy orgulloso de ti —sonrió y ella logró esbozar una leve sonrisa en respuesta—. Hablaremos sobre Mar de jazmín en otro momento. ¿Vale?

Sus labios se curvaron hacia abajo. ¿Pensaba que se refería a para siempre?

—Christie...

—Está bien. Lo entiendo y, en realidad, no debería tener un barco de todos modos. Lo hundiría o algo así.

—No lo hundirías, tonta —Martin se puso en pie—. Vamos.

—Estás enfadado conmigo.

—No. Pero necesito pensar —le tendió una mano y, tras un segundo, ella la tomó. La levantó—. Dale tiempo.

Sus ojos estaban muy abiertos y sus labios lo invitaban, pero él había dicho lo que pensaba. Hasta que supiera qué pasaba por su cabeza, y por la suya propia, esperaría. No habría más errores.

La noticia del allanamiento se extendió rápidamente. Cuando Christie regresó a Palmerston House, Elizabeth y Angus estaban cerrando la

puerta principal, listos para ir a la cabaña.

—¡Christie! ¿Estás bien, querida? —Elizabeth abrió los brazos mientras Christie subía al porche—. ¡Estábamos tan preocupados!

—Estoy bien. Solo un poco nerviosa —respondió mientras devolvía el abrazo a Elizabeth—. Hay bastantes daños dentro del garaje.

—Menos mal que se quedó aquí anoche —dijo Angus mientras rodeaba los hombros de Christie con el brazo.

—No sé.

Mientras abría la puerta principal, Elizabeth miró a Christie, sorprendida.

—¿Crees que los habrías detenido? Pero eso habría sido muy peligroso.

—O quizás no lo habrían intentado. El hecho de que la cabaña estuviera desierta podría haberles animado.

—¡Pero si aquí no tenemos delincuencia! —dijo Elizabeth mientras entraba—. No desde hace años, y cuando la hubo fue cosa de forasteros.

Christie ocultó una sonrisa. Cualquiera que no llevara viviendo aquí al menos veinte años era considerado un forastero. A ella la aceptaban porque su familia había sido dueña de la mitad del pueblo, pero personas como Rupert y su familia serían vistas con recelo hasta que demostraran lo contrario.

—Voy a poner la tetera, querida, y así nos cuentas los detalles.

—Primero necesito subir un momento arriba. Trev pasará pronto para recoger huellas de algunas de mis cosas.

—¿No había dicho que solo el garaje tenía daños? —preguntó Angus, cerrando la puerta tras ellos.

—Existe la pequeña posibilidad de que alguien entrara en la casa la otra noche. No, esperad —les tomó las manos a ambos cuando ahogaron un grito—. Yo no estaba allí, pero un par de cosas fueron movidas y Trev quiere comprobar si hay huellas.

—Pero ¿cómo entraron? —preguntó Angus.

Christie les soltó las manos.

—Por favor, no os alarméis. Había una ventana sin cerrar y...

—¡Christie!

—Ya lo sé, ya me han regañado.

—Bueno, mientras Martin tenga todo bajo control, estoy segura de que no volverás a hacerlo —Elizabeth deslizó su brazo por el de Angus—. Deja que suba y haremos un poco de té —tiró suavemente de su brazo y, aunque claramente él tenía mucho más que decir, suspiró y la acompañó.

Christie no sabía si reír o llorar. Angus quería reprenderla y Elizabeth daba por sentado que Martin ya lo había hecho. ¿Por qué no iba a hacerlo? Todos parecían creer que ella y Martin iban a formalizar las cosas. El problema era que Martin no compartía esa opinión. Y después de esa mañana, probablemente nunca lo haría.

Randall siguió a Martin por toda la casa y luego por el césped hasta el estudio. Siempre a pocos pasos de él, meneaba la cola con esperanza cuando se dirigían afuera, mirando hacia el sendero que llevaba a la playa. Cuando Martin fue en la otra dirección, recogió su *frisbee* y trotó tras él.

Dentro del estudio, Martin se detuvo frente a la acuarela de Bethany. Estaba lo suficientemente seca como para entregarla, y deseaba hacerlo más que nada.

A pesar de su estado de ánimo, el artista en él estaba satisfecho con el retrato. La acuarela se adaptaba bien al tema de una mujer en un barco, con el sol resaltando su cabello rojo y el fondo verde del agreste bosque en suaves matices. Sus ojos eran fríos. Pero él pintaba la verdad, no una versión diluida. Bethany era una mujer fría que fabricaba calidez. Que ella lo reconociera o no en el retrato le daba igual.

La sed le llevó hasta la nevera y se rio al ver a Randall sentado en su cama, con el juguete colgando de su boca.

—Pronto, colega —se detuvo para rascar la cabeza del perro—. Iremos a nadar un poco más tarde.

Con el agua en la mano, Martin permaneció un rato mirando al vacío. Hace apenas unos meses, sus días estaban llenos de su

amado trabajo, intercalados con tiempo en la playa y noches en el estudio. Pintar desde el corazón y el subconsciente, construir exquisitas piezas de madera y pasar ocasionales períodos como mentor de jóvenes que habían perdido el rumbo era todo lo que necesitaba. Eso y Randall, y Thomas por supuesto. Todo era sencillo, predecible, sin emociones.

Hasta que Christie irrumpió en su vida e iluminó la profunda y persistente soledad que había enterrado desde el día en que murieron sus padres. Ella había sacudido su mundo y le había mostrado exactamente lo que le faltaba, llenando ese vacío con amor.

Estaría segura allí. Con Randall y él, Christie nunca volvería a tener miedo en los ojos, como él había visto en la cabaña. Cualquier determinación que hubiera tenido para mantenerse distante estaba desapareciendo rápidamente.

Lo último que Christie quería era aventurarse fuera de su habitación, pero el alegre mensaje de texto de Daphne recordándole su cita para almorzar le dejó pocas opciones. Una vez que Trev se fue, esperanzado de haber conseguido algunas buenas huellas para comprobar, ella se dirigió a pie hacia el café.

El día ya estaba arruinado. Las de su relación con la cabaña, y con Martin. Todo era completamente culpa suya. Intentó ignorar el nudo en el estómago mientras se acercaba al café.

Un cartel en la ventana de la peluquería llamó su atención y se acercó para leerlo. «Negocio en venta. Consultar dentro». ¿Qué sentido tenía? Si no podía arreglar las cosas con Martin, entonces Rivers End ya no tendría ningún atractivo.

Ese próximo viaje a Auckland le abriría nuevas puertas en su propia industria otra vez. El corazón de Christie latía tan rápido que tuvo que apoyar una mano en la ventana para estabilizarse. La idea de volver a lo que una vez fue una carrera desafiante y satisfactoria de repente se convirtió en una prisión de la que nunca escaparía.

Capítulo 43

Cuando las piezas encajan

Ingrid detestaba el inevitable desastre que el viento provocaba en su pelo y en su maquillaje si conducía con la capota bajada. Ya era bastante malo tener que regresar a aquel pueblucho atrasado sin tener que arreglarse nada más llegar. En su lugar, puso música clásica y subió el aire acondicionado al máximo.

Justo después de Green Bay, el Porsche alcanzó a un familiar y mucho más lento sedán, con el humo de un cigarrillo saliendo por la ventanilla del conductor, parcialmente abierta. Ingrid llamó a Rupert. Dos veces, porque claramente él no quería hablar con ella.

—¿Qué quieres? —contestó finalmente.

—Para empezar, quita ese montón de chatarra de mi camino.

—Adelántame.

—Por si no te has dado cuenta, hay curvas cerradas a lo largo de todo el camino.

—¿Y?

—Y se te olvida cuál es tu lugar. La gente como tú es prescindible —casi escupió las palabras.

—Vaya. Lo siento, señora. ¿Había algún otro motivo para la llamada?

Me encantaría empujarte por el borde del acantilado.

—¿Por qué vas a Rivers End? ¿Te ha llamado ella?

—No, Christie no lo ha hecho, pero espero que lo haga. Mejor estar cerca para cerrar el trato. ¿Y tú por qué estás aquí?

Si era posible, el sedán redujo aún más la velocidad e Ingrid tenía constantemente el pie en el freno.

—Por Dios, ¿no puedes ir más rápido? Y lo que yo haga no es asunto tuyo.

—Bueno, ha sido un placer ponernos al día entonces.

—Espera —Ingrid frunció el ceño—. Si vas a estar en el pueblo, puede que tenga algo para ti. Más tarde.

—Estoy impactado. Recuerda que estoy felizmente casado y con un bebé en camino.

—Recuerda que estoy detrás de ti y podría ceder a mi deseo... de ver la parte trasera de tu coche hundiéndose bajo las olas. Ninguna mujer en su sano juicio se casaría contigo, Rupert, y menos aún tendría a tu hijo-demonio.

Él soltó una risita burlona.

—Sabes que me quieres. Oye, estás demasiado cerca. Aléjate, ¿vale?

La carretera se bifurcaba y ambos coches tomaron el desvío a la izquierda, saliendo de la Great Ocean Road.

—Tú ve a hacer lo que sea que hagas. Yo voy a ver a Martin Blake y a armar un alboroto. En el improbable caso de que fracase, puede que tengas que repetir los acontecimientos de anoche, pero en su estudio.

Más adelante, el cartel de Rivers End señalaba una reducción del límite de velocidad. Si Rupert conducía más despacio, su coche se calaría. Pasaron la carretera hacia la cabaña y luego bajaron la colina hacia el pueblo.

—¿Estás ahí?

—Dañar electrodomésticos es una cosa. Arte valioso es otra muy distinta. Si me pillasen...

—Pues no dejes que te pillen. Sus ridículos garabatos no pueden valer mucho excepto para hacerle daño. Si tengo que hacerlo, los echaré a ambos de este pueblo.

—Voy a parar justo aquí. ¿Quieres continuar esta conversación cara a cara?

—¿Estás loco? Mantén tu teléfono encendido y avísame si sabes algo de ella.

—¿De Christie? Te reto a que digas su nombre.

Ingrid pulsó bruscamente el botón de colgar. El sedán puso el intermitente y estacionó cerca de una panadería. Ella pasó de largo, ignorando el saludo de Rupert y girando hacia la carretera que llevaba a casa de Martin.

—Pero, preciosa, tienes que ponerte a ti misma primero. El mundo se está volviendo muy peligroso —Daphne se secó las lágrimas con un pañuelo. No había tocado su comida desde que se enteró del allanamiento.

—Por favor, por favor, no se disguste tanto —Christie extendió la mano por encima de la mesa para darle una palmadita a Daphne—. Nunca estuve en peligro. Estoy segura de que es solo una cosa aleatoria y no se repetirá.

—¿No es hora de que la vendas? No, no frunzas el ceño, piénsalo. Seguramente a Martin le gustaría más que te mudaras con él y, después de todo —bajó la voz—, estoy convencida de que tiene una propuesta en mente.

Christie no tenía respuesta. Él le había dicho que le diera tiempo. Otra vez. Le recordaba a cuando ella había admitido haber leído las cartas de amor de Thomas. Furioso, Martin se había alejado de Christie y ella pensó que lo había perdido para siempre.

—Además —continuó Daphne con una sonrisa—, ese Rupert está totalmente dispuesto a comprar, así que no es como tener que ponerla a la venta.

—Ah, Trev pasará para preguntar sobre Rupert. Está investigando todas las posibilidades.

—¡Por Dios, ese joven solo piensa en su familia, no en dañar electrodomésticos!

—Daphne, no sé qué hacer. Thomas y Martha volverán pronto y yo quería darles la cabaña perfecta y lista para su vida juntos —su voz se quebró y miró su propio plato, tan intacto como el de Daphne —. Esto retrasa las cosas.

—¿Pero realmente quieres que vivan allí ahora?

Los ojos de Christie se alzaron rápidamente.

—¿Por qué no?

—¿Y si este allanamiento es el primero de muchos? Podría haber alguien entrando en la zona y buscando problemas. Incluso alguno de los nuestros. Tu pequeña cabaña está aislada y no es como si esos dos fueran a rejuvenecer. Quizás estarían mejor yendo a la nueva urbanización.

—Sin ánimo de ofender, pero aquello parece un suburbio.

—Un comentario justo. En realidad, ¡no sé si volveré a poner un pie allí después de lo que esa horrible mujer intentó hacer en una de las casas vacías! —Daphne clavó pequeños agujeros en la parte superior de su pastel con un tenedor.

—¿Qué mujer? Ah, ¿eso tuvo algo que ver con que John entrara corriendo ayer? Parecía alterado.

—¡Lo estaba! Intentó chantajearle para conseguir algo, pero él se enfrentó a ella y la mandó a paseo. Nadie se mete con mi John —dijo sonriendo con orgullo. Daphne finalmente tomó un bocado de su comida, sin ver cómo la boca de Christie se abría de par en par.

—¿Quién? Y por qué, quiero decir, ¿qué demonios pasó, Daphne? ¿Chantaje?

—Esta mujer engañó a John para que se reuniera con ella dos veces en lugares apartados, para intentar que diera la espalda al acuerdo que tenemos con Bryce Montgomery. ¡Cuando él se negó, ella amenazó con decirme que estaban teniendo una aventura!

Un escalofrío helado recorrió a Christie.

—¿Cómo se llama?

—En realidad no lo sé. John se niega a decir una palabra más al respecto.

—Entonces, ¿qué aspecto tiene? ¿Pelo corto, platino? Cualquier cosa.

Con la boca nuevamente llena, Daphne negó con la cabeza y se encogió de hombros.

Las manos de Christie temblaban. Tenía que ser Ingrid. ¿Qué estaba tramando ahora? ¿Y estaba ella detrás del allanamiento?

Capítulo 44

Descubierto

Los planes de Martin para nadar quedaron en suspenso con un mensaje de texto de Bethany Fox. «Allí en diez minutos». Después de enviar a un confundido Randall a la casa, cerró la puerta corredera. Se lo compensaría pronto.

De vuelta en el estudio, Martin volvió a comprobar si la acuarela estaba seca. Había construido una caja estrecha y ligera para protegerla. Mientras a Bethany le gustara, todo estaría bien. Si no, podría devolverle su dinero. No volvería a trabajar para ella ni para nadie más.

—¡Hola, querido! —Ingrid entró sin llamar y fue directamente hacia el retrato. Con apenas una mirada, asintió—. Un trabajo maravilloso. Claramente no eres el típico artista abstracto.

—No entiendo.

Ella le pestañeó, acercándose más.

—La mayoría trabaja desde el caos. Son los garabatos de una mente desorganizada. Pero tú no.

¿Por qué me suena tan familiar?

—Lo empaquetaré. Asegúrate de que sea manipulado adecuadamente, especialmente si va a ser transportado en avión.

—Claro. —Su voz sonaba aburrida—. ¿Cuándo empezarás con el óleo?

Martin llevó la acuarela a la caja. Bajó la tapa y dio un respingo cuando la mano de Ingrid le recorrió la espalda.

—No has contestado.

—Muy bien. —Se apartó, ampliando deliberadamente la distancia entre ellos—. Esta acuarela es todo, no haré más retratos.

—¿Por qué? Tenemos un acuerdo. —Su cara se enrojeció y su tono se volvió más cortante.

—Y te devolveré el depósito, menos el coste de esto. A tu madre le va a encantar.

Ingrid se acercó a una de las ventanas.

—No quiero que me devuelvas el dinero, Martin. Me gustaría aumentar mi pago y llevarte conmigo.

Martin cogió la caja.

—Bethany, te lo llevaré fuera.

—Verás, a mi madre no le queda mucho tiempo en este mundo. Necesito que la pintes. Que nos pintes a las dos, junto con mi padre. En Inglaterra. —Se dio la vuelta, con el rostro grave—. Hablo completamente en serio y, francamente, tengo el dinero para pagar lo que me pidas.

—Hay cientos, miles de artistas en Inglaterra. Buenos, mejores que yo.

—Pero ellos no son tú. Por favor, Martin, por favor haz esto. —Se balanceó hacia él, deteniéndose a un brazo de distancia—. Di una cifra y lo haré posible.

—No puedo.

—¿No puedes o no quieres? —Casi gruñó—. Serás un idiota si te niegas.

—No seas ridícula. —Entonces recordó. El garaje, con Christie.

Ella había admitido defender a Martin ante Derek e Ingrid, aunque apenas le conocía entonces. Con los ojos llenos de fuego, Christie había hablado con rabia contenida. "Ingrid dijo que el arte abstracto es obra de una mente desorganizada y yo señalé que tienes una de las mentes más lógicas e inteligentes que conozco".

Martin dejó la caja.

—¿Qué demonios quieres, *Ingrid*?

Sus ojos se estrecharon.

—¿De qué estás hablando?

—Sabía que algo iba mal desde el principio. Dime ahora mismo de qué va todo esto.

Ingrid le fulminó con la mirada.

—Piensa lo que quieras. No he hecho nada malo, solo he encargado un cuadro.

—¿Por qué? ¿Cuál es tu motivo? Si estás buscando...

—¿Qué crees que hará tu princesita cuando descubra que estamos involucrados?

—No te creerá. Recuerda, Ingrid, ya te ha visto en acción antes.

—Y mira lo que pasó. Se acabó el compromiso, el apartamento y la carrera. Tengo formas de conseguir lo que quiero.

—Vete. —Martin agarró la caja y la forzó en sus brazos—. Márchate.

Con un encogimiento de hombros, ella se alejó. En la puerta se detuvo y miró hacia atrás con una sonrisa burlona.

—Ella nunca fue tuya y antes de que termine esta semana la habrás perdido. Su lugar sigue siendo con Derek, por patético que sea.

Martin cruzó el suelo a grandes zancadas, pero ella se escabulló por la puerta y desapareció. Él cerró de golpe tras ella y se dejó caer en cuclillas, con las manos presionadas contra los ojos.

Casi torciéndose un tobillo en la hierba por la prisa, Ingrid maldijo y se quitó los zapatos. ¿Cómo había descubierto su identidad? Gracias a Dios que Derek había insistido en que pasara la noche anterior en la ciudad. No había forma de culparla del allanamiento. No, estaba a salvo, al menos una vez que llegara a su coche lo estaría. Por lo que sabía, podría azuzarle al perro.

En la puerta, miró hacia atrás. Maldito sea. Maldita Christie y, sobre todo, maldito Derek. No lo quería, pero odiaba perder. Cualquier cosa.

Con todas sus fuerzas, arrojó la caja hacia el acantilado. Golpeó el suelo con un satisfactorio estrépito y rebotó casi hasta el borde. Quería darle patadas para que cayera, enviarla al océano para que se pudriera. Pero ahora podía oír el Lotus.

Metiéndose a toda prisa en su coche, Ingrid rezó para poder llegar al cruce antes que Christie. No tenía sentido empeorar las cosas para sí misma en ese momento. Metió la marcha y pisó a fondo el acelerador.

Capítulo 45

Christie tenía razón

El Porsche se acercaba a Christie mientras ella se dirigía al desvío. Antes de que estuviera lo suficientemente cerca como para ver el camino, el otro coche dio un giro brusco y aceleró pasando de largo Palmerston House.

¿Y ahora qué? No podría seguirlo. Por un segundo, se imaginó a los dos coches deportivos en un *thriller*, una película donde ella perseguía al criminal.

En otra ocasión.

En su lugar, continuó hacia lo alto del acantilado. Había cosas que Martin necesitaba saber.

Aparcó, salió y cerró el coche con llave. Nunca más dejaría de cerrar nada. Era una de sus resoluciones. Una vez dentro de la verja, sus ojos, como siempre, vagaron hacia el vasto océano. Sentía que hacía siglos que no bajaba a la playa más que para tomar un atajo. Randall ladró, captando su atención. Galopaba por la hierba con la cola levantada por la emoción y ella le salió al encuentro a mitad de camino.

—Hola, precioso. —Acarició sus orejas aterciopeladas cuando por fin dejó de dar vueltas a su alrededor—. ¿Dónde está papá?

—No sé nada de "papá", pero yo estoy aquí —dijo Martin.

Christie y Randall casi chocaron con él al doblar la esquina. Él la sujetó y, manteniéndola agarrada por los brazos, estudió su rostro.

—Pareces muy preocupada. ¿Va todo bien? —El corazón de Christie se hundió.

—¿Se había ido el otro coche cuando llegaste?

—Sí, giró con muchísima prisa hacia la finca. ¿Por qué?

—Hay algo que tengo que contarte. Vamos a sentarnos. —Martin la guio hasta la terraza—. Siéntate tú. —Él se apoyó contra la casa.

Christie se dejó caer en el escalón superior.

—Sé que quieres contarme algo, pero necesito preguntarte sobre tu clienta, así que perdón si me estoy pasando de la raya. Daphne ha tenido algunos problemas con una mujer, bueno, en realidad John. Es una promotora inmobiliaria y le amenazó con contarle a Daphne que tenían una aventura si él no accedía a ayudarla. ¿Qué pasa?

Martin tenía los puños apretados. Era imposible leer la expresión de sus ojos.

—Continúa.

—Daphne no sabe nada de esa mujer aparte de su falsedad, ah, y que viste de forma provocativa. Simplemente me preguntaba...

—Crees que Bethany Fox es Ingrid.

Christie asintió.

—Lo siento, es una estupidez por mi parte. Olvida que he dicho nada. —La expresión de Martin era muy severa. Había cometido un terrible error. Otra vez.

Martin se agachó frente a ella y puso una mano a cada lado de su rostro.

—Tienes razón, cariño.

—¡¿Qué?!

—Vino a buscar su acuarela y algo que dijo se me quedó grabado. Finalmente recordé una conversación que me habías contado y la confronté. Era Ingrid, y Dios, lo siento mucho.

Christie palideció. Martin se levantó y la estrechó entre sus brazos, abrazándola como si nunca fuera a soltarla.

—Siento mucho haber permitido que volviera a entrar en tu vida.

—¿Cómo va a ser culpa tuya? —Su voz sonaba ahogada y él aflojó los brazos—. Es una persona insidiosa y debe odiarme con todas sus fuerzas.

—Tiene algunos problemas. Vamos a llamar a Trev, ¿vale?

—Y yo necesito informar a Daphne y a John, asegurarme de que adviertan a los otros agentes inmobiliarios de la zona. ¿Qué te hizo sospechar?

—No importa —Martin soltó a Christie—. Vamos, llamaremos a Trev ahora.

Su rostro estaba serio, con una vena pulsando en su cuello.

¿Qué hizo Ingrid?

¿Nunca se libraría de esa mujer?

Martin daba vueltas por la cocina mientras hablaba con Trev por teléfono. Sentada en un taburete junto a la encimera, Christie deseaba apoyarse contra él y cerrar los ojos. Quería que ese día quedara atrás, junto con sus revelaciones y problemas.

—Pareces a punto de quedarte dormida —Martin terminó la llamada y le dedicó una media sonrisa a Christie—. ¿Quieres un café?

—¿Crees que debería vender la cabaña?

—¿De dónde ha salido eso? —Se acercó para sentarse en un taburete a su lado—. ¿Es por el allanamiento?

—Quizás. No lo sé. ¿Y si Thomas y Martha no la quieren, o si ni siquiera deberían vivir allí? Está muy aislada.

Martin estalló en carcajadas.

—¡Pero lo está!

—Lo siento, cariño. No me río de ti, pero por favor recuerda que Thomas tiene una casa en mitad de una montaña, sin tiendas ni vecinos a kilómetros. Y la casa de Martha en Irlanda no parece que esté en un lugar particularmente poblado. ¿Por qué no ves qué opinan ellos?

—¿Pero y si no les interesa? Tengo a alguien que quiere comprarla ahora y de esa manera puedo terminar de arreglarla y seguir adelante.

—¿Adónde?

—¿Adónde qué? Ah, ¿que adónde me mudaría? —Christie se mordió el labio.

—¿Estás planeando volver a Melbourne?

Ella levantó la mirada hacia él rápidamente.

—No, quiero vivir en Rivers End. Olvida lo que dije... Estoy cansada y divagando en este momento —su expresión le suplicaba que lo dejara pasar.

—¿Quieres descansar un rato? Puedo sacar a Randall.

Ella sonrió.

—Estoy bien, gracias. ¿Qué dijo Trev?

Martin volvió a la cocina y sacó unas tazas para el café.

—Está muy interesado en hablar con Ingrid. Todavía es pronto para los resultados de las huellas dactilares, que podrían tardar unos días. También le gustaría vernos a los dos para una declaración formal, y se pondrá en contacto con John.

Christie miró su reloj.

—Tengo que ver a Barry antes de que se vaya.

—Vamos a la playa más tarde. Llevaré algo de comida y podemos sentarnos en la arena y ver la puesta de sol. Puedes darte un baño si quieres.

—Sí. Sí, por favor —Entonces, frunció el ceño.

—¿Qué ocurre?

—No sé si realmente quiero volver al trabajo.

—Será por poco tiempo —Martin trajo los cafés—. Tomemos esto y luego iré a comprar.

Capítulo 46

Plan C

Aparcada en la calle trasera de la urbanización, Ingrid intentaba ignorar la voz de Derek mientras le gritaba. Cómo Martin había descubierto su identidad era un misterio, pero ahora que lo había hecho, era hora de limpiar el desastre.

Finalmente, Derek dejó de gritar. Ella esperó un momento para asegurarse.

—¿Sigues ahí, Ingrid?

—Sí.

—¿Y bien? ¿Qué tienes que decir?

—¿La quieres de vuelta?

—¿Qué tiene que ver Chris con esto?

—Nunca te he oído tan enfadado y estoy segura de que no es por preocupación de que yo pueda acabar en la cárcel. Entonces, ¿es porque ella no se creerá nada sobre Martin y yo?

—No. Sí, pero solo porque estabas convencida de que podrías separarlos. Una forma más de asegurar la cabaña, o eso insistías. Y sin embargo aquí estamos, sin llamada de Rupert y tú echando a perder cualquier posibilidad de trabajar con John Jones. Lo peor de todo, Ingrid —alzó la voz de nuevo—, es que mi nombre se arrastrará por el barro junto con el tuyo.

—¡Oh, cálmate! No es ni de lejos tan grave, y aún queda mucho por desarrollar. En primer lugar, ¿qué he hecho mal? El hecho de que Martin Blake esté prácticamente comprometido con tu ex es razón suficiente para que yo —una persona a la que ella odia, que quiere

un retrato de ese artista— evite situaciones desagradables usando otro nombre. En segundo lugar...

—¿Qué quieres decir con prácticamente comprometido?

—Son pareja, querido. Él se comporta como un neandertal cuando se trata de protegerla y ella, bueno, ella se derrite cuando él la mira.

—Cállate.

Ingrid sonrió.

—Lo siento, me he pasado de la raya. —Su tono era suave y arrepentido—. Es solo que estoy disgustada y un poco asustada en este momento.

—¿Tú? ¿Asustada? Vamos a centrarnos en qué hacemos ahora.

—Necesito tu consejo, Derek.

Él suspiró.

—Vuelve a casa. De poco sirve que te quedes allí, así que regresa y nos sentaremos con el equipo legal. Solo por si acaso.

—Estaré allí en un par de horas, gracias.

—Lo que sea.

—Derek, espera. Voy a conseguirte esa cabaña y el terreno. No te rindas conmigo todavía.

—Hazlo y todo este lío desaparecerá. Haré que desaparezca, sin importar lo que tenga que hacer. —Colgó.

Ingrid no se movió. Podría estar en un avión a Londres en cuestión de horas. Reunirse con Leon, el marido con el que apenas había hablado en meses. Él la llevaría a algún lugar donde este pequeño problema no existiera.

Aún no.

Tenía asuntos pendientes allí.

—Es demasiado arriesgado. ¿No tienes ya suficientes problemas? —Rupert arrojó una colilla por la ventana y observó cómo una brisa la arrastraba desde el aparcamiento hasta el cementerio.

—No es asunto tuyo. —La voz de Ingrid a través del manos libres no perdía nada de su frialdad—. Pero la mejor manera de despistarles es con unos cuantos robos más, y no hay razón para esperar hasta la medianoche.

—Joder, ¿estás empeñada en que me pillen? Y antes de que me vengas con sarcasmos, no pienses ni por un minuto que me quedaré callado. Si caigo yo, caeréis tú y Derek Hobbs. —Cogió otro cigarrillo.

—Cálmate, Rupert. No van a pillar a nadie y no vas a robar nada. Considéralo como una pequeña sacudida. Después de todo, la gente necesita que le recuerden a veces que vive bien. Además, ya estás recibiendo una prima ridículamente alta, así que deja de quejarte y haz tu trabajo.

—De acuerdo. ¿Por dónde quieres exactamente que empiece? No puedo pasarme días vigilando el pueblo.

—Tengo tres casas en mente. Una ni siquiera está ocupada, en la urbanización. La mitad de los muebles están allí pero no hay gente. Está en la calle de atrás. Número treinta y ocho.

—¿Y después?

—Luego llámame y te enviaré a la siguiente. Mientras sea antes de las cinco, entrarás y saldrás sin ser interrumpido. Así que date prisa con la primera. —Colgó.

Rupert maldijo y arrojó su cigarrillo a medio terminar.

—Zorra.

Capítulo 47

Desesperación. Descubrimiento.

Christie se sorprendió al ver el coche patrulla de Trev aparcado cerca del Lotus, fuera de la verja de Martin. Trev estaba cerca del borde del acantilado, fotografiando algo en el suelo, así que cambió de dirección para reunirse con él. Era una caja delgada con un lado arrancado. Dentro de la caja había una acuarela.

—¿Trev?

—Ah, Christie. Pensé en pasarme por aquí y encontraros a los dos. Esto me llamó la atención.

—¿Dónde estaba?

—Aquí. Parece que alguien lo arrojó con fuerza. Rebotó un poco, diría yo.

—Es ella. Ingrid Kauffman —Christie se quedó mirando el rostro en la pintura. Aunque ahora tenía el pelo rojo, esos ojos inconfundibles le devolvían la mirada. Martin tenía mucho talento. Había captado perfectamente su frialdad. No era de extrañar que hubiera sentido que algo no iba bien.

—¿Esta es la pintura que hizo Martin? —Trev se enderezó.

—Debe de haberla odiado.

—Parece que en realidad no la quería. Todo era una farsa. Parece que está en un barco.

—Es Willow Bay —¿Por qué allí? ¿Qué barco habría usado Martin? Porque era imposible que llevara a una mujer desconocida a… pero *sí lo era*. Los hermosos marcos de madera y la barandilla plateada lo delataban. Unos tentáculos helados se deslizaron por las venas de

Christie hasta alcanzar su corazón, envolviéndolo y extinguiendo su calidez. Martin había llevado a Ingrid al Mar de jazmín.

Mi barco.

—Ah, sí, ahora lo veo. Debe de haber llevado horas.

—Tengo que irme.

—¿No puedes quedarte para que te entreviste? —Trev recogió la caja en ángulo, para evitar que la pintura se cayera—. ¿Te encuentras bien? Estás pálida.

—Tengo que irme —retrocedió y luego se giró hacia la verja.

—Eh, espera. Christie, vamos a la cabaña.

Ella negó con la cabeza sin mirar atrás.

—Estoy bien. Solo ha sido un día largo. Pasaré a verte pronto.

Por favor, déjame ir.

Sus pies aceleraron hasta llegar a la verja. Desde allí vio a Trev dirigirse hacia la casa. En un minuto, Martin saldría a buscarla.

En el coche cogió la manija de la puerta. Estaba cerrada. Casi tira su bolso antes de recordar que las llaves estaban en su bolsillo. La puerta se abrió esta vez y se lanzó dentro. Con un rugido, el motor arrancó.

Con la cabeza en el frigorífico, Martin oyó el Lotus acelerar por la carretera. Miró a Randall, que estaba de pie, mirando fijamente la puerta corredera.

—Parece que tiene prisa. Túmbate, campeón.

En vez de eso, Randall trotó hacia la puerta cuando Trev llamó.

—¿Martin?

—En la cocina.

Trev dejó la caja en la encimera.

—He encontrado esto justo en lo alto del acantilado. Es ella, ¿Ingrid o Bethany?

—Por favor, dime que Christie no lo ha visto.

—En realidad...

Martin maldijo.

—Lo siento, amigo. No la vi venir y no sabía...

—No es culpa tuya. Es mía, completamente mía. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Al principio estaba bien, luego dijo algo sobre Willow Bay y se marchó.

—¿Sin decir palabra?

—Dijo que tenía que irse. Parecía como si hubiera visto un fantasma, pero si ha habido algún problema en el pasado con esta Ingrid, es comprensible.

—Creo que iré a buscarla.

—Claro. Me llevaré esto, si no te importa. Si Ingrid lo ha manipulado, habrá huellas dactilares. Y si coinciden con las de la cabaña...

—Por favor, sírvete. Siéntete libre de destruirla después.

—Bien —Trev arqueó las cejas y recogió la caja—. Llámame. Ya sabes, si me necesitas.

Necesito algo más que un policía amable.

Martin quería darse de patadas. Ahora tenía dos problemas que resolver y lo único que podía esperar era que el corazón bondadoso de Christie estuviera dispuesto a escuchar.

Christie no recordaba cómo había regresado a la cabaña. El trayecto había sido confuso mientras, poco a poco, había construido un muro a su alrededor. El entumecimiento reemplazó al pánico, pero en lo más profundo, bullían sentimientos oscuros.

—Ah, por fin estás aquí, bien —Barry salió del garaje—. Ahí dentro está todo ordenado y hemos metido todas las cosas que no se dañaron en la cabaña.

—Oh. Eso es estupendo.

Barry entrecerró los ojos.

—¿Te encuentras bien? ¿Sigues disgustada por lo ocurrido?

—Eh, sí. Entonces, ¿querías que viera algo?

—Esto podría animarte un poco —la guió hacia la cabaña, hablando por encima del hombro—. He avanzado en la entrada principal. Es bastante interesante lo que hay dentro.

—¿Ahí dentro?

—Sí. Esperaba encontrar un espacio vacío detrás de los ladrillos. Incluso algunos escombros, pero no lo que hallamos.

El ruido llenaba la cabaña. Taladros, martillazos, música. Barry gritó:

—¡Tomaos un descanso! —se metió los dedos en la boca y silbó —. Tomaos diez minutos —el silencio descendió y los trabajadores salieron, cada uno con una sonrisa para Christie. Barry cogió una linterna de una mesa de trabajo.

Una parte del muro de ladrillos estaba demolida, dejando un agujero ovalado en el centro. Aunque no era lo suficientemente grande como para pasar a través de él, permitía a Christie y Barry asomarse. Barry dirigió el haz de luz a través del hueco.

La antigua entrada olía a humedad. El suelo era diferente al del resto de la casa, con unas preciosas baldosas antiguas. Ambas paredes originales estaban revestidas de madera hasta la mitad.

—Parece fresno de montaña —comentó Barry mientras las iluminaba.

—Es bonito.

—Sí, pero mira por encima del revestimiento.

Algunas pinturas al óleo enmarcadas colgaban en dos paredes mientras sus vívidos colores brillaban a través del polvo y la suciedad.

Christie jadeó.

—¡Estas deben ser las pinturas que hizo Thomas!

—Y mira al frente, donde irá la nueva puerta.

Apoyadas contra los tablones había más pinturas y una caja. La caja estaba cerrada, pero de alguna manera Christie sabía que contenía todos los preciados pinceles y pinturas de Thomas. Su padre no los había tirado.

—Mira, necesito abrir el resto con mucho cuidado y asegurarme de que no se produzcan daños.

Christie volvió los ojos incrédulos hacia Barry.

—Esto cambiará su vida.

—No sé por qué están aquí, pero supongo que hay una historia detrás. Tendremos cuidado, te lo prometo. Ah, quería decirte que Martin llamó justo antes de que llegaras. Te pidió que te quedaras por aquí, no podía hablar contigo por teléfono.

—Um, esperaré en la entrada. Gracias.

—No hay problema.

Christie corrió por el pasillo, atravesó la cocina y salió por la puerta trasera. No se oía el ruido de la moto, así que vendría a pie. Tenía tiempo.

¿Tiempo para qué?

"Siento haberla dejado volver a entrar en tu vida". Martin había dicho eso hace apenas una hora. Ahora las palabras se burlaban de ella. No solo la había dejado volver, sino que la había llevado a uno de sus lugares especiales. No era de extrañar que hubiera dicho que hablarían de l Mar de jazmín en otra ocasión. No tenía intención de darle el velero.

Antes de que los sentimientos pudieran dominarla por completo, Christie corrió hacia el Lotus. Tenía que encontrar un lugar donde pensar. Donde respirar. Donde tomar decisiones.

Capítulo 48

Ola de crímenes

Con las manos ocupadas con una torre de cajas de pasteles, Sylvia empujó la puerta con la cadera. La caja superior se deslizó y casi perdió todo el lote intentando salvarla. Daphne la atrapó y soltó una risita.

—¡Menos mal que he levantado la vista justo a tiempo! ¿Qué llevas ahí? —colocó la caja en el mostrador y ayudó a Sylvia.

—He estado pensando en lo que ocurrió en la cabaña. Pensé que esos chicos que están ayudando allí se merecían un detalle por tener que limpiar el trabajo de ese vándalo. Y Christie podría necesitar algo que la anime.

Daphne rodeó a Sylvia con sus brazos.

—¡Qué generosa eres! Es una idea encantadora.

—Gracias —murmuró Sylvia, liberándose del abrazo de Daphne —. Pensaba ir en coche hasta allí dentro de un rato. Si te apetece venir, estás invitada.

—¿Tengo tiempo de pasar por casa y coger algo de cerveza casera de John? Seguro que no le importa compartirla dadas las circunstancias.

—¿Puedo dejar esto aquí entonces? No me vendría mal arreglarme un poco antes de ir.

Daphne observó a Sylvia con interés. Con su pelo en su habitual moño despeinado y un delantal cubierto de harina, Sylvia era simplemente... Sylvia. ¿Sería porque Barry Parks estaba supervisando la renovación?

—¿Daphne? —Sylvia interrumpió sus pensamientos—. He dicho que volveré en una hora, ¿te da tiempo suficiente?

—Sí. Sí, por supuesto. Avisaré a John y luego pasaré por casa. No tardaré nada. —Daphne trasladó las cajas a su escritorio. No querría que alguien pasara y se las llevara. Ya había habido suficientes delitos en un día en el pueblo.

Daphne tarareaba mientras corría hacia la puerta de su casa, llaves en mano. Qué detallista era Sylvia, e incluso John la había sorprendido ofreciéndole la cerveza antes de que ella tuviera la oportunidad de pedírsela. Aquello era comunidad tan encantadora y, en realidad, tan segura. Lo que fuera que había ocurrido anoche en la cabaña era alguna anomalía. Buscadores de emociones de paso por el pueblo.

Mientras introducía la llave, le pareció oír un golpe seco. ¿Seguro que no venía de dentro de su casa? Se rio de su tontería y giró la llave. La puerta se abrió con ese leve chirrido que John no había tenido tiempo de arreglar.

Otro golpe.

Dio un respingo. Con el corazón acelerado, escudriñó el pasillo.

—¿Hola?

Silencio. Luego, la puerta trasera se cerró con un chasquido.

Daphne dejó escapar un pequeño grito.

Con la mano en el pomo de la puerta, se quedó escuchando. No se oían más ruidos. Cogió su teléfono con manos temblorosas y marcó el móvil de John.

—Vamos, vamos.

—¿Qué has olvidado...?

—John —susurró—. Hay alguien en casa.

—¿Daphne? ¿Qué has dicho?

—Bueno, creo que se han ido, pero había alguien aquí —dijo mientras avanzaba de puntillas por el pasillo.

—¿Has dicho que hay alguien en nuestra casa? ¿Dónde estás?

—En el pasillo. Voy a ver.

—¡Sal de la casa! Voy para allá.

Daphne se detuvo en la entrada del comedor y encendió la luz. Todas las puertas de los armarios estaban abiertas. Todas sus preciadas copas de cristal y la vajilla de porcelana de su boda estaban hechas añicos sobre la mesa del comedor.

—Dios mío.

—Daphne, ¿ya has salido de casa?

Con un grito desgarrador, Daphne dejó caer el teléfono y corrió por el pasillo hacia la cocina.

En los catorce años que el oficial superior Trevor Sibbritt llevaba protegiendo Rivers End, solo podía recordar un puñado de delitos: un par de intentos de hurto por parte de unos jóvenes descarriados, unas detenciones por embriaguez y alteración del orden público y algunas disputas entre vecinos enfadados. Nada grave. Y le gustaba. Un pueblo ordenado significaba un pueblo feliz, y Rivers End era el lugar más feliz en el que había vivido nunca.

Al principio, los acontecimientos de la noche aportaron algo de emoción a su rutina, por lo demás ordinaria. Un día cualquiera lo dedicaba a dirigir el tráfico alrededor de ovejas extraviadas, a visitar a varios residentes más aislados y a dar charlas de seguridad en las escuelas de la región.

Un caso real le recordaba por qué se había hecho policía y le daba un impulso extra en su caminar. Con nueva información sobre una forastera que usaba dos nombres con intención de engañar y probablemente algo más, estaba listo para el desafío de averiguar exactamente cuál era su implicación —si es que tenía alguna— con lo que él había apodado el «trabajo de la cabaña».

La pintura desechada dio un giro completo a las cosas y había llamado a los forenses de Warrnambool para que echaran un vistazo. Bueno, iban a estar ocupados porque ahora se encontraba en medio de otra escena del crimen, esta vez en Rivers End Heights.

Alertado por una alarma silenciosa instalada en la nueva casa, había llegado con las sirenas sonando, listo para actuar mientras su coche patrulla abandonado quedaba atravesado en el camino de entrada. La puerta principal estaba completamente abierta, pero no había nadie en casa. Ningún delincuente. Nada más que lo que parecía una pequeña explosión en el interior.

Alguien se había divertido mucho. Los nuevos propietarios habían comenzado a mudarse y sus televisores de pantalla ancha, sus electrodomésticos y la mesa de café de cristal estaban destrozados.

—¿Qué demonios pasa con los malditos electrodomésticos? —había murmurado mientras pasaba por encima de los cristales rotos.

Tomó muchas fotos, esperando refuerzos de Green Bay en cualquier momento. Entonces sonó el teléfono. Al principio no pudo distinguir ninguna palabra porque el hombre al otro lado de la línea estaba gritando.

—Tienes que calmarte. ¿Quién es? —Lo intentó dos veces antes de obtener una respuesta coherente.

—Soy John Jones. ¡Tienes que ir a mi casa! ¡Daphne está allí con un intruso y creo que la está matando!

La línea se cortó y Trev casi dejó caer el teléfono.

¡Daphne no!

No podía haber un asesinato en Rivers End. No bajo su vigilancia.

Daphne corrió como nunca antes lo había hecho. Al salir disparada por la puerta trasera había vislumbrado a un hombre dos jardines más allá. Saltando torpemente al tercer jardín, había desaparecido, pero ella sabía adónde se dirigía. El camino hacia las montañas pasaba por el final de su calle. Volvió a través de su casa y salió corriendo hacia el final de la calle.

Buscó su teléfono. Maldición. Estaba en el suelo del comedor.

Con mis cosas preciadas.

Apartando la imagen de la destrucción, Daphne puso toda su energía en llegar a esa esquina. Cada paso era una tortura con

aquellos zapatos inadecuados. Nada la había animado jamás a ir mucho más rápido que a un paso ligero en un día frío, pero ahora quería atrapar a ese hombre. ¡Cómo se atrevía a poner un pie en su hogar!

El sudor le corría por la cara y su respiración jadeaba mientras contaba. Cuatro casas por delante. Tres más. Dos. Allí estaba la esquina. Y... con un chirrido de ruedas, un sedán azul oscuro se alejó a toda velocidad. Daphne se detuvo, jadeando y terriblemente decepcionada.

—¡Daphne! ¡Dios mío, cariño! —gritó John desde la otra esquina. Corrió sin mirar, directamente hacia Daphne, y la rodeó con sus brazos. Se aferraron el uno al otro—. Pensé... pensé que te había matado —balbuceó John.

Apartándose para mirarlo, a Daphne se le cayó la mandíbula al ver las lágrimas en su rostro.

—No, mi amor. Estoy bien —le besó—. No llores, cariño. Por favor, no lo hagas —metió la mano en su bolsillo y encontró un pañuelo, usándolo para secarle los ojos. Él se lo quitó y se sonó la nariz.

Las sirenas sonaron cerca.

—¿Es Trev?

—Pensé que te estaban asesinando.

—Oh. Se me cayó el teléfono cuando lo perseguí.

—¿Que hiciste qué? —John miró a Daphne con abierta admiración—. ¿Viste quién era?

—No. ¡Pero habría habido un asesinato si lo hubiera atrapado!

John le tomó la mano y se apresuraron a volver a casa, llegando al mismo tiempo que Trev frenaba bruscamente frente a la casa. Saltó de su coche con una expresión de absoluto alivio cuando vio a Daphne.

—¡Daphne! ¡Está bien!

—No pude atraparlo, Trev. Se marchó hacia las montañas en un coche grande azul oscuro. Podrías alcanzarlo...

—¡No toquéis nada! —Trev se zambulló de nuevo en el coche patrulla y, con las sirenas sonando, hizo un giro de 180 grados.

John se volvió hacia Daphne, todavía cogidos de la mano.

—Podríamos ir a ver qué se llevó.

—No creo que robara nada.

—¿Qué te hace decir eso?

—Es un vándalo. Solo... rompe cosas —su voz tembló.

—¿Qué cosas? ¿Cariño? ¿Quieres quedarte fuera?

Sí, quería hacerlo, pero de ninguna manera iba a dejar que su marido viera esa habitación solo. Con la barbilla alta, lo condujo de vuelta a casa.

Capítulo 49

Cambios en el horizonte

Escondido entre los arbustos detrás de una casa vacía, Rupert observó cómo el coche patrulla pasaba a toda velocidad. Gracias a Dios que había visto esa entrada antes de quedarse sin opciones. Estaba harto. No quería arriesgarse más por sus egoístas jefes. Las cosas se estaban poniendo feas en el pueblo y estaba seguro de que aquella mujer había visto su coche.

Volvió a la carretera hacia Rivers End, preocupado por si veía el coche de policía en su espejo retrovisor. Ingrid le había prometido casas vacías. Que se abriera la puerta principal y Daphne gritara casi le provoca un infarto. Unos segundos más y ahora estaría camino a la cárcel.

Recorrió su ruta de vuelta hasta el pueblo y luego giró a la derecha, pasando por la joyería. El anciano propietario estaba sentado en un banco fuera. George. Según Ingrid, George prácticamente dirigía el ayuntamiento local, así que era un misterio por qué ella no le había puesto en su punto de mira. Martin Blake salió de la tienda y se sentó a su lado.

Siguió el camino hasta el aparcamiento de Willow Bay, maldiciendo cuando vio el Lotus. ¿Qué demonios hacía ella allí? No podía simplemente dar la vuelta porque la capota estaba bajada y Christie estaba en el coche. Mientras aparcaba, empujó la pequeña palanca y el pasamontañas bajo su asiento.

Christie le miraba fijamente desde el Lotus. Sin sonreír, con un preocupado ceño que estropeaba su bonito rostro. Tenía las manos

en el volante pero el motor estaba apagado.

—¡Christie, me alegro tanto de encontrarte! —el tono compasivo de Rupert le ayudó a fingir una sonrisa—. Alguien me dijo que te vio venir por aquí y esperaba que estuvieras aquí.

—¿Quién?

—No sé, alguien en el pueblo. Me enteré de ese horrible robo en la cabaña esta mañana. Quería ver si hay algo que pueda hacer para ayudar. Tengo un colega que vende electrodomésticos y cosas así. Para conseguirte algunos reemplazos.

—Eso es muy amable de tu parte, Rupert, pero no es necesario. ¿Cómo sabes lo que pasó? Pensaba que habías vuelto a Melbourne.

Rupert arrastró los pies.

—Empiezo el nuevo trabajo la semana que viene y todavía estoy buscando un hogar para nosotros. Está demasiado lejos para ir y volver, y no quiero estar separado de Lucy muchos días. Así que pensé en echar otro vistazo a esa nueva urbanización y ver si puedo convencerla de algo.

—¿Encontraste algo?

—Seguimos con el corazón puesto en esa cabaña tuya.

—¿A pesar de que alguien ha entrado a robar? ¿No te preocupa dejar a tu familia allí sola?

—Mi padre también se mudará con nosotros. Le conseguiremos un apartamento anexo cuando llegue el bebé. Entonces, ¿qué me dices?

—¿Qué te ha pasado en la cara?

Su mano voló hacia el corte en su mejilla. Estaba sangrando de nuevo.

—Un accidente afeitándome. Es bastante vergonzoso, la verdad. Entonces, ¿me la venderás?

Christie arrancó el motor.

—Lo pensaré.

—¡Eso es maravilloso! Entonces, ¿se lo harás saber a Daphne? —Retrocedió mientras Christie echaba marcha atrás el Lotus.

—Claro.

La observó hasta que el Lotus desapareció de vista. Al menos tenía algo para sus amos. Pero que les den si pensaban que iba a

seguir haciendo su trabajo. Y nadie iba a culparle de esos robos. Sacó la palanca, estuvo limpiándola un momento con el pasamontañas y luego tiró ambos a los arbustos.

Trev regresó conduciendo al pueblo, decepcionado por haber perdido el coche. Delante de él, un sedán de tamaño mediano giró desde un camino lateral y se desvió de su carril. El coche era verde, pero la conducción era lo suficientemente errática como para que Trev encendiera las luces. Quizás en su pánico, Daphne se había equivocado.

El coche se detuvo, casi cayendo directamente en una cuneta. Aparcado detrás de él, con las luces encendidas, Trev salió y, con la mano en la funda, se acercó al lado del conductor. La puerta se abrió de golpe y una mujer bajó.

—Quédese ahí, señora.

Ella se quedó inmóvil, con las manos en alto y horror en su rostro. De una mano colgaba un mapa de carreteras, que dejó caer. Trev observó cómo flotaba hasta el suelo y luego volvió a mirar su rostro. Las lágrimas surcaban su cara, hinchando unos preciosos ojos azules. Su cabello rubio hasta los hombros estaba despeinado y parecía que había dormido con su vestido puesto.

—Eh, baje las manos —dijo Trev, relajándose—. ¿Está usted bien?

—Me he perdido, agente.

—Entonces vamos a encaminarla en la dirección correcta. ¿Adónde se dirige? —Recogió el mapa y se lo ofreció. De cerca, era guapa, realmente guapa, pero estaba muy alterada—. ¿Cómo se llama?

—Charlotte Dean. Lo siento mucho, no conducía muy bien, ¿verdad? —Cogió el mapa.

—Lo único que tiene que hacer es no intentar leer mapas y conducir al mismo tiempo. ¿De acuerdo?

Ella asintió.

—Estoy buscando Palmerston House.

Trev sonrió.

—Voy en esa dirección, así que sígame y la llevaré hasta allí. ¿Está en condiciones de conducir? —Charlotte claramente no representaba ninguna amenaza para Rivers End, aparte de su forma de conducir.

—Gracias...

—Oficial superior Trevor Sibbritt. Puede llamarme Trev. Bien, iré delante y la llevaremos allí en un santiamén.

Esperó a que volviera a su coche y luego regresó al suyo. Al menos había podido ayudar a una persona hoy. En cuanto al resto de los problemas, bueno, solo el tiempo lo diría.

Capítulo 50

Charla motivadora

Angus recibió a Christie en los escalones de la entrada de Palmerston House.

—¡Este pueblo no es ni de lejos tan tranquilo como me dijo! El agua está hirviendo y Elizabeth está instalando a un huésped, así que venga y déjeme ponerla al día.

—¿Ponerme al día sobre qué?

—Ha habido dos robos más. Uno en casa de Daphne y John Jones.

Christie se quedó paralizada, con la mano sobre la boca.

—Está bien, pero al parecer sorprendió al intruso. Aunque se escapó.

—Debería ir a verla.

—No. Deberías tomar un café y sentarte un rato. Aquel simpático policía dijo que querría ayudar, pero él tiene que hacer su trabajo primero —Angus siguió caminando hacia la cocina y Christie le siguió a trote.

—¿Puedo hablar contigo?

—¿Quiere un poco de pastel? Elizabeth hizo un delicioso bizcocho de jengibre esta mañana —sacó tazas de un armario.

—No, pero gracias. Seguro que está delicioso —se sentó en el borde de la mesa—. ¿Puedo ayudar?

—He visto antes esa mirada. Que sepa que Elizabeth trabaja demasiado y es un placer darle un pequeño descanso. Ahora,

¿dónde quiere tomar esto? Elizabeth volverá pronto, si quiere esperar.

—En realidad, necesito un consejo, Angus. Tuyo.

Le lanzó una mirada.

—¿Qué ocurre? ¿Es sobre la cabaña?

—Hoy ha sido un día simplemente horrible —su teléfono sonó. Era la tercera vez que Martin llamaba y, una vez más, rechazó la llamada.

—Era Martin, vi su nombre en la pantalla. ¿Por qué demonios no contesta? —Angus la miró confundido, con una taza en cada mano —. No me diga que el consejo que quiere es sobre él.

Sin confiar en poder hablar, asintió, con los ojos muy abiertos.

—Vamos a sentarnos bajo el viejo árbol entonces —Angus la guio.

—Dime qué hacer —al borde de las lágrimas, Christie suplicó—. Ya no confío en mi juicio.

Angus dio un último sorbo a su té. Había escuchado cada palabra que ella había dicho y quería coger el teléfono y decirle a Martin que se presentara aquí inmediatamente. Le invadió una simpatía abrumadora, pero ella estaba equivocada.

—No me corresponde decirle qué hacer. Y creo que sabe las respuestas si se detiene un minuto y piensa.

—He estado pensando. ¡Mi cabeza está a punto de explotar de tanto pensar!

—Bueno, no va a explotar, así que deje el melodrama y concéntrese en lo que realmente quiere. En lugar de huir, ¿por qué no va simplemente y le pregunta a Martin por qué llevó a esa mujer al velero?

—Porque... —miró sus manos, jugando con la taza de café vacía —. Quiero decir, ¿y si lo hago y me dice que ya no puedo tener el Mar de jazmín?

—¿Por qué piensa de esa manera? —Angus puso su mano sobre una de las de ella—. La ama. No de una forma destructiva y controladora como quizás haya experimentado en el pasado, no, para nada así. La ama por quien es, incluso cuando comete errores.

Christie levantó la mirada.

—¿Como dejar la ventana sin cerrar?

—Y no decírselo.

—No quería disgustarle.

Angus sonrió mientras la expresión de Christie se suavizaba.

—Vale, somos igual de malos los dos —su móvil emitió un pitido con un mensaje. Ella lo leyó en voz alta. «Randall y yo estaremos en la laguna a las seis. Con la cena».

—¿Y dónde estará a las seis, Christie Oliver? —Angus se levantó y se estiró.

Christie se puso de pie y le echó los brazos alrededor.

—Gracias.

—Todos cometemos errores, decisiones equivocadas que a veces se basan en un motivo correcto. Hablar y comunicarse, esa es la forma de arreglar las cosas. Bueno, una de las formas —sonrió.

—¡Angus!

—Vamos. Puede que usted no quisiera bizcocho de jengibre, pero yo sí.

Capítulo 51

Desmoronamiento

Derek estaba de pie en el balcón del apartamento, contemplando el puerto deportivo abajo. Yates. Muchos de ellos. ¿Por qué demonios no le había dicho Christie que quería uno? Él le habría comprado un buen barco con capitán, *catering* y todas las comodidades que ella merecía. Debería haberle prestado un poco más de atención. Pero siempre había sido generoso: muchos regalos y cenas, escapadas. Hasta que todo se vino abajo con la muerte de su abuela.

Una llave giró en la puerta principal, que se abrió de golpe. Ingrid entró apresuradamente, cerrando y volviendo a cerrar la puerta tras de sí.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —Derek avanzó con paso firme hacia el interior.

Ingrid se dio la vuelta sorprendida, con la mano en el corazón.

—¡Dios, me has asustado! ¿Qué haces aquí a estas horas del día?

—No es asunto tuyo. Quiero que me devuelvas mi llave — Extendió la mano e Ingrid la dejó caer en su palma.

—Está bien. Pero no esperes que llame. Ni siquiera que venga más por aquí —Ingrid se dirigió al bar—. Solo quería un lugar donde refrescarme antes de ir a la oficina.

—¿Y qué le pasa a tu casa?

—¿Sabes algo de Rupert? —Se sirvió una copa de *brandy* y, como una ocurrencia tardía, una para Derek.

—¿Por qué cambias de tema? Ingrid, ¿qué ha pasado? —Cogió su *brandy*—. ¿Qué has hecho?

—Nada que deba preocuparte, querido. Solo he creado una pequeña distracción para confundir a la policía local. Pero Rupert se está poniendo difícil, como si de repente tuviera conciencia. Le he llamado al menos cinco veces desde que salí de ese pueblo y no responde.

—Quizás simplemente no le caes bien —Derek se burló, sacando su teléfono. Marcó y Rupert contestó.

—Ponme al día, por favor —Lanzó una mirada de desprecio a Ingrid y ella se encogió de hombros.

—¿Está ella contigo?

—¿Por qué?

—Hay un problema.

Derek volvió al balcón, cerrando la puerta corredera tras de sí.

—Bien, no puede oírnos. ¿Qué problema?

—No sé si es idea tuya o de ella, pero entrar a la fuerza en casas ajenas casi hace que me pillen.

Derek se dejó caer en una silla.

—Continúa.

—El pueblo está lleno de coches de policía. Estoy seguro de que nadie me ha visto y todos creen que soy quien dije ser. Pero esa Daphne Jones podría haber visto el coche. Y ahora Ingrid quiere que destroce el estudio del artista. Ya sabes, repartir un poco el dolor.

A Derek le sonaba bien: los cuadros llenos de agujeros enormes, las paredes y el suelo salpicados de pinturas al óleo.

—¿Cuándo te dijo que hicieras eso?

—Me ha dejado mensaje tras mensaje. Amenazantes. La última vez que lo comprobé, trabajo para ti. No para ella.

—Borra esos mensajes. ¿Puedes salir del pueblo sin problemas?

—Todavía no. Y hay algo que deberías saber. Me encontré con Christie y estaba muy alterada. Dijo que consideraría venderme la cabaña.

Derek exhaló.

Sí.

Miró a su alrededor. No podía ver a Ingrid.

—Eso es bueno, Rupert. Muy buen trabajo. Esa bonificación se duplicará en el momento en que ella ceda.

—¿Y si no lo hace, jefe?

—Si ya no hay nada allí para ella, entonces lo hará. ¿Entiendes?

—Yo no hago daño a la gente.

—Harás lo que se te ordene. Saca a ese artista de su vida, de una manera u otra —Derek colgó y se puso de pie. Abrió la puerta de golpe—. ¡Ingrid! ¿Dónde estás?

Uno a uno, los policías se marcharon. Primero se fueron los agentes forenses, que ahora tenían que ir a la casa de la urbanización; después los jóvenes, muy amables, de Green Bay, que se habían ofrecido a preparar té para Daphne y sentarse con ella mientras John iba a cerrar la oficina. Había regresado con Sylvia y sus cajas de pasteles, justo cuando Trev se despedía en los escalones de la entrada.

—¡Oh, Sylvia, me olvidé por completo de eso! —Daphne había cogido la mano de John como si hubieran estado separados durante meses.

—Haré más mañana y podremos llevar unos frescos a la cabaña entonces —Sylvia los dejó en el escalón superior para darle a Daphne un abrazo, poco característico en ella—. Estos son para ti y John ahora.

—No sé qué decir.

—Vamos dentro, cariño —John abrió la puerta—. Estás un poco pálida.

Daphne no se movió.

—¿Sabes? quizás deberíamos sentarnos aquí un rato. Comernos uno de los pasteles de Sylvia.

—O podría ayudar a limpiar donde han estado los policías... Ese polvo de huellas dactilares es un horror. Mi tienda está cerrada hoy, así que estoy aquí para vosotros —Sylvia entró antes de que Daphne pudiera detenerla—. Vamos, lo terminaremos en un santiamén.

John besó la mejilla de Daphne.

—¿Quieres ir a dar un paseo? Nosotros podemos encargarnos de esto.

—Por supuesto que no —Daphne siguió a Sylvia, que se dirigió a la cocina. John recogió las cajas de pasteles y cerró la puerta tras de sí. Al pasar por el comedor, echó un vistazo dentro, todavía conmocionado por la destrucción sin sentido. Todos los adornos especiales de Daphne, la vajilla de boda, el cristal que había elegido cuando compraron la casa. Todo hecho pedazos.

—Lo barreré todo —Daphne estaba junto a John, con un recogedor, un cepillo y una bolsa de basura—. ¿Puedes ayudar a Sylvia con agua tibia con jabón y un paño?

—Déjame hacer esto.

—No seas tonto —Con una gran sonrisa forzada, Daphne entró—. Son solo cosas, después de todo. Pero quizás podríamos pedir comida para llevar esta noche, ¿cuando terminemos?

—Claro. Buena idea —John observó a Daphne abrir la bolsa de basura y colgarla en el respaldo de una silla—. Volveré en un minuto.

En la cocina, Sylvia ya había encontrado artículos de limpieza. John recogió el cubo de basura.

—Necesitará esto.

—Ayúdala tú, John. Yo limpiaré las puertas y luego haré un repaso por la casa. Por si hay cristales. Vamos.

Asintiendo en señal de agradecimiento, llevó el cubo al comedor. Daphne trabajaba metódicamente de un lado de la mesa al otro, juntando suavemente los fragmentos.

—Aquí, cariño, esto será más fácil y seguro que la bolsa.

—Me encantaron esas vacaciones en Tasmania. El plato con el demonio de Tasmania siempre me hacía sonreír —Habló con voz cantarina—. Y tu madre tenía el mejor gusto para la porcelana. Y para las nueras, por supuesto.

—¿Daph?

—Recuerdo cómo tuvimos esa pequeña discusión sobre si comprar copas de champán de cristal o de vidrio. Te dejé ganar, claro, porque después de todo, son solo copas —Se detuvo y miró

directamente a John. Las lágrimas corrían por sus mejillas—. Solo copas.

Capítulo 52

El estudio de Martin

Desde lo alto de un árbol, al otro lado de la propiedad de Martin, Rupert vigilaba la casa y el estudio con unos prismáticos. Con un perro en la propiedad, tenía que ser extremadamente cauteloso para evitar que le pillaran.

Martin había llegado a casa antes con bolsas de la compra. El perro correteó un rato, pero no captó el olor de Rupert. Una cosa que no podía hacer era ganar a un perro en una carrera. Ni a la mayoría de las personas, aunque había conseguido mantenerse por delante de Daphne.

Casi a las seis, Martin salió de la casa con una gran mochila, así como lo que parecían sillas y una mesa plegables de plástico. Con el perro a la zaga, desapareció por un sendero hacia la playa.

Rupert bajó del árbol a toda prisa y se apresuró hacia la parte superior del sendero. A estas alturas Martin ya estaba en la playa, bastante lejos de la casa. Se movía con determinación hacia el embarcadero.

Dijera lo que dijera Derek, ningún ser vivo sufriría daño por sus manos. Los objetos, sí. Pero nada más. De esa forma no se hacía ningún daño real. Comprobó la puerta corredera de la casa. Estaba cerrada. Bueno, ese no era su objetivo de todos modos.

Como había tirado la palanca en los arbustos de Willow Bay, tuvo que ser creativo y sacó el gato del coche. Rodeó el estudio, deteniéndose de vez en cuando para mirar al interior. Solo había cuadros en caballetes y paredes, lo que parecía un mueble a medio

terminar, quizás una mesa de café, un sofá y un bar. Dios, le vendría bien una copa.

Sacudió la puerta, notando un pequeño hueco cerca de la cerradura. Después de insertar el extremo plano del gato, apoyó su peso contra él hasta que, con un satisfactorio «pop», la cerradura cedió. Con una mirada por encima del hombro, empujó la puerta para abrirla y entró.

Era un artista decente, aquel Martin Blake. Rupert no sabía nada de bellas artes, pero admiraba los colores vivos y los temas interesantes. El cuadro a medio terminar de una pareja en tres edades era algo dulce y triste a la vez. El estudio le recordaba a Rupert a su madre. Se la imaginaba sentada en el sofá, disfrutando de la luz del sol a través de las claraboyas mientras fumaba. Excepto que ahora no podría hacerlo, por culpa de esos cigarrillos. A veces la vida es una mierda.

En el bar, Rupert encontró una botella vieja de *whisky* sin abrir. La abrió. Inhaló el cálido aroma y luego le dio un largo trago.

Esto es lo bueno de este mundo.

Se la llevó consigo mientras recorría la habitación, observando los otros cuadros. Eran abstractos y no tenían sentido. Algunos le recordaban un poco al que Derek solía tener en el vestíbulo. Por qué se lo había enviado a Christie era un misterio. El muy idiota todavía sentía algo por ella.

Dio otro largo y apreciado trago de la botella frente al retrato de Christie. Maldita sea, era una mujer muy atractiva. Y tan auténtica y agradable. Era demasiado buena para Derek. No, ella encajaba con el artista y él la amaba, sin duda. Mira qué perfecta la había retratado, qué vivos estaban sus ojos. En su mano había un anillo de compromiso. Un hombre afortunado.

Rupert hurgó en un bolsillo, buscando su teléfono. Marcó el número de Ingrid. Sonó y luego saltó el buzón de voz, así que colgó. Un segundo después, ella devolvió la llamada.

—¿Así que sí sabes contestar llamadas?

—Ingrid, Ingrid, Ingrid. Es hora de tener una charla.

—¿Estás borracho?

—Planeo estarlo. Estoy en el estudio de Martin Blake.

—Menos mal. Espero que esté hecho pedazos. Ya era hora de que hicieras algo bien.

Deambuló de vuelta al sofá y se posó en el brazo.

—No lo está. Y no lo estará.

—¿Qué demonios...

—Así que esto es lo que va a pasar. Tengo cinco mensajes de voz tuyos. Dos son solo tú despotricando y gritando. Otros dos mencionan la cabaña. Pero el último... lo único que me dices es que destruya el mismísimo estudio en el que estoy sentado.

—¿Qué quieres?

—Eso está mejor. Quiero dinero. Mucho dinero, en mi cuenta. Por la mañana.

—Esos mensajes te incriminan también a ti. ¿Por qué debería hacerlo?

—Ingrid, Derek y tú podéis escaparos hacia la puesta del sol por lo que a mí respecta, pero no voy a seguir haciendo vuestro trabajo sucio. Si eso significa que tengo que visitar a los policías locales y llegar a un acuerdo, que así sea.

—¡No hablas en serio! —siseó Ingrid—. ¡Irás a la cárcel!

—Yo me preocuparía más por que tú fueras a la cárcel. Así que tienes hasta que abra mi banco por la mañana para depositar el doble de mi salario anual más diez veces la bonificación que iba a recibir.

—¿Por qué? ¿Por qué estás haciendo esto? —Sonaba al borde de las lágrimas, lo que hizo feliz a Rupert.

—A veces la vida es una mierda. Pero no esta noche. No para la buena gente de Rivers End, nunca más. —Colgó. Tenía su *whisky* y mañana tendría suficiente dinero para desaparecer un tiempo. Levantó la botella hacia su madre—. Salud, mamá. Te querré siempre.

Capítulo 53

Cada momento valioso

El cálido aire del atardecer envolvió a Christie mientras salía a pie de Palmerston House. Su vestido blanco de algodón le resultaba agradable contra sus piernas desnudas mientras caminaba hacia el río.

A pesar de su conversación con Angus, o quizás debido a ella, estaba preocupada. Él tenía razón en todo, incluso en su reacción exagerada al ver la acuarela. Lo maduro y sensato habría sido regresar a la casa con Trev y simplemente preguntarle a Martin por qué había pintado a Ingrid en el Mar de jazmín.

No se sentía muy madura ni sensata cuando se trataba de Ingrid, porque cada fibra de su ser sabía que Derek estaba detrás de todo. Dos intentos de chantajear a hombres decentes para que cumplieran la voluntad de Ingrid. Tres horribles allanamientos que dejaron miles de dólares en daños difícilmente eran una coincidencia, pero ¿cuál era la conexión? Pobre Daphne. De todas las personas, ella no merecía eso.

Mientras seguía el sendero junto al río, el corazón de Christie latía aceleradamente. Había rechazado varias llamadas de Martin. Había huido de su casa. Quizás él realmente estaba harto de su comportamiento emocional y le iba a decir, durante la cena, que todo había terminado.

El estrecho sendero a través del acantilado se abrió hacia la playa, donde el océano se extendía infinitamente, bañado por el dorado atardecer. El río se ensanchaba en una laguna poco

profunda. A su orilla, mirando al mar, Martin estaba de pie, con una mano sobre la cabeza de Randall. Vestido con una camisa blanca y unos pantalones negros, con los pies descalzos, irradiaba masculinidad. El deseo recorrió el cuerpo de Christie. Se detuvo, sintiendo dolor al respirar. Era más que deseo. Era amor y, sin importar lo que sucediera después, ahora y para siempre pertenecía a Martin.

Eran más de las seis y todavía no había llegado. Ni una llamada devuelta, ni una respuesta a su mensaje. Ni siquiera había llegado antes a la cabaña, oyendo al Lotus bajar por la colina mientras él subía corriendo los escalones de piedra desde la playa. Ella había recibido su mensaje de esperar, y no lo había hecho.

En lugar de perseguirla más, había continuado con sus planes para la cena en la playa. Había pasado un rato con George. Había ido de compras. Cualquier cosa para evitar pensar en lo que podría traer la noche, si Christie no podía ver más allá de su mal juicio.

A lo lejos, una familia deambulaba por la orilla, con dos niños corriendo por delante. Randall meneó la cola y luego olfateó el aire. Martin cerró los ojos.

Por favor, ven.

Sus dedos se hundieron en la arena.

—¿Martin?

Exhaló lentamente, dando gracias a lo que la había traído aquí. Entonces, y ahora. Sintió a Randall levantarse de un salto y oyó a Christie reír mientras corría hacia ella. Luego abrió los ojos y se dio la vuelta.

Como un ángel, estaba vestida de blanco, con los pies, las piernas y los hombros desnudos, y las sandalias colgando de sus dedos. Su cabello, suelto alrededor de su rostro, reflejaba el atardecer detrás de él, convirtiéndolo en cobre bruñido. Se enderezó tras acariciar a Randall y sus miradas se encontraron. Una oleada de

electricidad lo sacudió. ¿Había existido alguna vez una mujer más hermosa que Christie en ese momento?

No estaba sonriendo. Su expresión revelaba su aprensión. Era un miedo que él había creado por su descuido. Era hora de que eso terminara.

Extendió su brazo, con una única rosa roja entre sus dedos.

—Cariño.

Ella corrió hacia Martin, directamente a sus brazos.

De la mano, Christie y Martin permanecían de pie al borde del océano. No habían intercambiado palabra, pero Christie sostenía la rosa cerca, mirándola de vez en cuando. Hacia el horizonte, unas franjas doradas y rojas convertían el cielo en una postal. Todavía había bastante luz y una temperatura perfecta.

No muy lejos, unos niños hacían castillos de arena mientras sus padres conversaban, sentados en la playa. Randall los observaba, meneando la cola. Un niño pequeño se levantó con una gran sonrisa. Habló con sus padres, quienes asintieron, y luego se acercó. Deteniéndose cerca de Randall, que seguía mirando a Martin para pedirle permiso para ir hacia el niño, le llamó:

—¿Puedo acariciar al perro?

—Puedes. Adelante, Randall, pero con suavidad.

Randall voló hacia él y dejó que el niño lo acariciara, sentándose muy quieto antes de repentinamente saltar a su alrededor con alegría. Christie se rió y Martin le lanzó una mirada.

—¿Te gustan los niños?

—Me encantan.

La atrajo más cerca y se inclinó para susurrar:

—A mí también.

La felicidad recorrió a Christie.

—¿Tienes hambre? —preguntó Martin.

—Ahora sí.

—Entonces, por favor, acompáñame. —En el extremo del embarcadero había una mesa y dos sillas preparadas. La marea estaba subiendo pero estaba muy tranquila, creando un suave ruido de fondo contra los pilotes. La mesa estaba puesta con platos, copas y una vela.

—Ahora, si esto se va a quedar encendido...—Martin encendió la vela, que parpadeó frenéticamente antes de estabilizarse—. Ya veremos.

Se colocó detrás de una silla.

—Por favor.

Christie se sentó, bastante sorprendida por el esfuerzo que él había hecho. Nunca se le habría ocurrido tener una cena formal aquí fuera, y sin embargo era el escenario más romántico imaginable: lejos de la playa, sobre las aguas que se oscurecían, bajo el cielo de colores. Randall se unió a ellos, dejándose caer a un lado. Martin abrió su mochila.

—Oh, eso huele de maravilla. ¿Quieres que te ayude?

—Tú quédate ahí sentada mirando el mar.

Preferiría mirarte a ti.

Todo estaba bien. Casi todo bien. Ahora mismo, en ese lugar, la vida era perfecta. No había nada que Christie necesitara o deseara excepto que cada precioso momento durara para siempre. Siguió cada movimiento que hacía Martin mientras llenaba la mesa con una lasaña de marisco, ensalada, pan recién horneado y aceite de oliva.

Sacó una botella de vino al final, y dudó.

—Debería haber traído champán.

—¿Qué celebramos?

—No lo he pensado bien. Quizás debería ir a ver si en el *pub* tienen algo.

—Vale, como vamos a ser súper sinceros el uno con el otro a partir de ahora, te voy a contar algo que nadie más sabe. En realidad no me gusta el champán. Me trae demasiados recuerdos del pasado.

Martin abrió la botella.

—¿Lo dices solo por decir?

—Para nada. Lo que disfruto es un blanco seco y fresco. Que instintivamente me has ofrecido desde la primera copa.

Sirvió el vino.

—Entonces te encantará este. Lo elaboran nuestros amigos del otro lado de la colina. Acaba de ganar la medalla de oro.

Le entregó una copa a Christie y se sentó frente a ella.

—Por que las cosas salgan como deben salir.

Christie contuvo la respiración. Ese fue exactamente su brindis la primera vez que compartieron una botella de vino. Lo recordaba. Chocó su copa contra la de él.

—Y porque los sueños se hagan realidad.

La cena se alargó picoteando los últimos trozos de pan mojados en aceite de oliva. El sol estaba casi por debajo del horizonte cuando Martin sacó un farol de su mochila. Al encenderla, proyectó un resplandor sobre las viejas tablas.

Martin recogió los platos y las sobras hasta que solo quedaron el vino, la vela y la rosa sobre la mesa entre ellos. Se sentó de nuevo y miró solemnemente a Christie.

—Hay algunas cosas de las que tenemos que hablar.

Con el corazón encogido, Christie desvió la mirada. Durante la última hora había fingido que el resto del día no había sucedido.

—¿Por qué siempre piensas lo peor?

Christie se obligó a mirar a los ojos a Martin. Era inescrutable. No como un muro, sino con una expresión meditada que no revelaba nada. Sacó algo de la mochila y lo puso en el centro de la mesa. Era un barco de origami.

—Desdóblalo —sugirió Martin.

—¿Por qué tú…? Quiero decir, ¿Ingrid?

Martin suspiró y se recostó en su silla.

—Vale, vamos a aclarar esto. ¿Sabes que yo no tenía ni idea de quién era ella?

—Sí, pero...

—No, escucha. Por favor. Tenía una clienta que, aunque molesta, me estaba pagando mucho dinero por un retrato. Recibió una llamada diciendo que su madre, en Inglaterra, estaba en su lecho de muerte y me suplicó que le hiciera el retrato en el velero. Era un último deseo de su anciana madre.

Ingrid habría suplicado, probablemente con la mano en el brazo de Martin y su cuerpo inclinado hacia él.

—¿No podrías haberla superpuesto en un boceto sin que ella estuviera allí realmente?

—¿Cómo sabes que no lo hice?

—Oh. ¿Lo hiciste?

—No. Solo tenía el dinero en mente, Christie. No lo pensé bien.

¿Dinero? Todas esas veces...

Christie se puso en pie de un salto.

—Siéntate, cariño.

—Siempre me has criticado por tener cosas bonitas. Mi coche, mis joyas. Siempre has pensado que esas cosas me importan y no es así, pero ahora me dices que a ti te importan más que...

—¿Más que qué? ¿Más que tú? —Su tono era suave—. ¿Quieres saber por qué quería el dinero? Por favor, siéntate otra vez.

Christie dio media vuelta y se alejó furiosa.

Capítulo 54

Cuatro esmeraldas

No consiguió alejarse del embarcadero. Los brazos de Martin la envolvieron, deteniéndola en seco.

—¡Suéltame!

—Eso no va a ocurrir. Puedes volver a la mesa por tu propio pie, o puedo llevarte yo.

El calor del cuerpo de Martin irradiaba a través de Christie mientras la sujetaba firmemente contra él, con su boca cerca de su oído para que pudiera escucharle demasiado bien. Mantuvo su cuerpo rígido, resistiéndose al molesto impulso de dejarse caer contra él.

—Te recomiendo la primera opción —continuó—. Si tengo que levantarte, puede que olvide que estamos en público. Ya hemos tenido esta conversación sobre tu temperamento, y no hace mucho.

—Estoy muy enfadada.

—Vamos —la soltó—. Hay algo que necesitas ver. —Se alejó de vuelta a la mesa, donde se quedó esperando. Sin sus brazos rodeándola, un repentino escalofrío la hizo temblar. El clima no era frío, pero ella lo estaba, por dentro. Le costó todo su autocontrol ir hacia él, pero lo hizo.

Él le indicó que se sentara, y apartó su propia silla. El barco de origami estaba sobre las tablas de madera del embarcadero y lo recogió. Cuando ella se sentó, se lo ofreció y, esta vez, lo tomó.

—No sé qué ideas descabelladas han pasado por tu cabeza últimamente, pero si tienen que ver con Mar de jazmín y Bethany o

Ingrid, como se llame, olvídalas. La verdad es que quería el dinero por una buena razón, pero las cosas llegaron a un punto en el que no estaba dispuesto a seguir tratando con el diablo. Despliega el barco, Christie. Por favor.

Sus dedos lucharon, aún temblando de emoción. Entonces, mientras lo abría, se dio cuenta de lo que era y sus ojos volaron hacia los de Martin.

—Es el registro del barco.

—Lo sé. ¿Quién es el propietario registrado?

—Yo —Su voz era diminuta.

—¿Y cuál es la fecha en la que cambió la propiedad?

Examinó el documento.

—Esto no puede ser correcto.

—¿Recuerdas cuando hablamos de tu atracción por los veleros a pesar de tu miedo al agua?

—Antes de que fuera a los estudios Docklands la última vez. ¿Me diste Mar de jazmín hace tanto tiempo? —Sus ojos se agrandaron.

—Por fin encontré algo que merecía la pena regalarte.

—Pero no necesitas darme nada, Martin —Agarró su mano, inclinándose hacia delante—. Tu amor lo es todo. No los regalos ni el dinero ni nada excepto tú. Y Randall.

Él la observó un momento y luego suspiró profundamente.

—Todo lo que sabía era que la chica más perfecta del mundo me amaba. ¿Cómo podía competir con lo que tenías? ¿A lo que estabas acostumbrada? ¿Por qué te quedarías cuando tu mundo estaba tan alejado?

Christie se deslizó de su asiento y se arrodilló junto a Martin.

—Este es mi mundo —Sus ojos brillaban con lágrimas—. Mi mundo, por el que lucharé con cada aliento de mi cuerpo.

Martin la levantó sin esfuerzo mientras él mismo se ponía de pie. Christie notó que sus manos temblaban un poco.

¿Qué ocurre?

Parecía muy serio.

—Sé que no estás preparada. Es demasiado pronto, pero no puedo dejarte con la duda más tiempo. No puedo seguir con la incertidumbre —Soltó sus manos.

Desconcertada, Christie lo observó rebuscar en su bolsillo y sacar una pequeña caja. De repente sonrió.

—Más vale que esto no acabe cayendo al océano. George nunca me lo perdonaría.

Bajo la luz de las estrellas, Martin se arrodilló. Christie se derritió cuando él tomó su mano izquierda y la miró a los ojos.

—Me enamoré de ti en el momento en que te vi por primera vez. Me frustraste y me desafiaste y me deleitaste por completo hasta que cedí y admití que tú, Christabel Ryan Oliver, eres el centro de mi ser. ¿Quieres casarte conmigo?

Christie apenas asintió.

—¿Creo que eso fue un sí? —Martin abrió la caja—. ¿Es un sí, Christie? ¿Quieres ser mi mujer?

Dentro de la caja, sobre un lecho de terciopelo negro, había un solitario de diamante con cuatro esmeraldas. Brillaban a la luz del farol, perfectas en un engaste de oro.

Randall se acercó y se sentó junto a Martin, apoyándose contra él y mirando a Christie con ojos grandes y expresivos.

—Mira —dijo Martin—, ambos te lo estamos pidiendo. Los dos te necesitamos.

Christie se dio cuenta de que aún no había hablado, y ahora las lágrimas lo empañaban todo.

—Sí, Martin —susurró—. Oh, sí, seré tu mujer. —Por segunda vez en los minutos que habían pasado, se arrodilló, esta vez para rodear el cuello de Martin con sus brazos—. Te amo.

Randall se metió entre ellos.

Durante un largo rato, Christie y Martin se sentaron en el borde del embarcadero, con los pies colgando. Se cogieron de las manos, hablando tranquilamente, de nada en particular: anécdotas de otros tiempos y lugares, pequeñas revelaciones sobre el pasado de cada uno. De vez en cuando, se besaban. Y reían. Como si apenas creyera

que estaba en su dedo, Christie no dejaba de mirar el anillo a escondidas.

—¿Te gusta? —preguntó Martin, con voz un poco preocupada—. Si prefieres otra cosa...

—¡Me encanta! ¿Dijiste algo sobre George? ¿Lo hizo él?

—Sí, él lo hizo.

—Es precioso. —Christie observó cómo brillaban el diamante y las esmeraldas—. ¿Cuatro esmeraldas?

—Tus ojos son del mismo color. —Capturó su mano—. Una esmeralda representa la primera vez que te vi. La segunda me recuerda la primera vez que te besé. La tercera es por esta noche. —Elevó sus dedos hasta sus labios.

—¿Y la cuarta?

—Para el día de nuestra boda. Y el diamante será para nuestros hijos. ¿Quieres tener una familia?

Ella asintió, demasiado emocionada para hablar.

Luego bostezó. Martin estalló en carcajadas, sobresaltando a Randall, que levantó la mirada con un gruñido indignado.

—Lo siento —sonrió ella, y luego bostezó otra vez—. De repente estoy agotada.

—Te acompañaré a casa. Ha sido un día muy largo. —Martin se puso de pie y le ofreció la mano a Christie—. Esta noche descansa y mañana nos ocuparemos de cualquier asunto pendiente. Iremos a ver cómo está Daphne por la mañana, y también a Trev. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. No voy a discutir.

Mientras se colgaba la mochila a los hombros, Martin se rio.

—Vamos a poner eso por escrito. De hecho, podría preparar nuestros votos matrimoniales.

—Qué idea tan terrible. —Fue a recoger las sillas, pero él las cogió primero—. Puedo llevar cosas.

—Coge el farol. Ilumina nuestro camino. ¿Randall? ¿Vienes?

Con el farol en alto, Christie llegó a la playa y esperó a Martin. Randall pasó galopando y se lanzó sobre la arena para revolcarse.

—A veces eres muy raro —le dijo Christie.

—¿Tienes tus sandalias?

—En mi bolso. Lo que significa que tengo una mano libre si quieres que lleve las sillas.

Con una sonrisa, tomó su mano libre entre la suya.

—Este es un mejor uso para ella. —Se inclinó y la besó muy suavemente—. Tenía miedo de que no te reunieras conmigo esta noche.

—¿Y si no lo hubiera hecho?

—Habría tenido que encontrar a alguien más para darle ese anillo.

Ante la expresión indignada de Christie, Martin sonrió y caminó hacia el río. Ella no tuvo más remedio que seguirle el paso porque él le sujetaba la mano con firmeza y no pensaba soltarla.

La fuente frente a Palmerston House atrajo a Christie con sus colores cambiantes. Se había despedido de Martin con un largo y apasionado beso a mitad del camino de entrada, insistiendo en que podía llegar sola hasta la puerta principal. El día también le estaba pasando factura a él, marcando unas líneas de cansancio en su rostro.

Pasó los dedos por la fuente, dejando que el agua corriera sobre su mano derecha. Mantuvo la izquierda seca, observando cómo brillaba el anillo bajo el reflejo de las luces. Qué perfecto. Un diamante, cuatro esmeraldas, y cada una con un significado especial para Martin.

¡Quiere tener hijos!

Juntos criarían una familia preciosa y construirían un hogar basado en el amor.

—¿Piensa unirse a nosotros para tomar una copa, o se va a quedar ahí fuera? —Angus estaba en las escaleras, con la puerta principal abierta tras él.

—Hola.

—Hola a usted también. ¿Todo bien?

—¡Oh, Angus! —Casi estallando de alegría, subió corriendo las escaleras y le echó los brazos al cuello.

—¡Dios mío! ¿Qué ocurre?

Ella dio un paso atrás y extendió la mano.

—He dicho que sí.

Angus la estrechó entre sus brazos y la apretó tanto que ella chilló.

—El joven Martin tiene un gusto excelente. Y usted también.

—Soy la chica más afortunada del mundo. ¿Y sabes qué?

—¿Va a ponerse a saltar? Parece que lo harás.

—Quiere tener hijos. Angus, ¡voy a tener una familia algún día! —Una lágrima rodó por su mejilla y la limpió con una risa—. Mírame, tan sensible y tonta.

—Mi querida niña, merece ser feliz. Merece amor, risas y todas las cosas buenas de la vida. Estoy muy, muy feliz por usted —Angus le cogió la mano y la entrelazó con su brazo—. Y ahora, buscaremos a Elizabeth, abriremos una botella de algo especial y brindaremos por los dos.

Martin y Randall estaban listos para dormir cuando subieron a la terraza. Mientras Martin abría la puerta, Randall gruñó. El perro estaba rígido y miraba en dirección al estudio con un sordo rumor resonando a través de él. Martin nunca le había oído gruñir. Jamás.

—Quieto —Martin cogió una linterna de detrás de la puerta. Randall corrió hasta el pie de las escaleras, olfateando el aire—. Entra en la casa.

Randall meneó la punta de la cola, reconociendo la orden pero concentrado en lo que fuera que había percibido. Martin deslizó la mano bajo el collar del perro.

—Te necesito a salvo —Tuvo que tirar de Randall para meterlo en la casa, encerrándolo finalmente dentro.

Una vez aseguró la casa, Martin encendió la linterna, iluminando alrededor. El estudio estaba a oscuras y no había nadie cerca. Quizás

Randall había captado el olor de un perro callejero o un marsupial.

Se detuvo ante la puerta, buscando las llaves, pero la cerradura estaba rota. Martin empujó la puerta y encendió las luces. No había dónde esconderse allí y era obvio que estaba solo. Fue de caballete en caballete. No había daños.

En medio del estudio, se detuvo. ¿Por qué? Alguien había estado allí, había entrado a la fuerza. Pero no había tocado nada, que él pudiera ver al menos. ¿Quién estaba haciendo eso?

Derek.

Su instinto le decía que de alguna manera ese hombre estaba detrás de todo lo que había ocurrido recientemente en Rivers End. El comportamiento engañoso de Ingrid lo confirmaba. Ahora, tenía que demostrarlo.

Capítulo 55

La mañana siguiente

Christie deambulaba por la cabaña poco después del amanecer, descansada tras un sueño profundo y feliz. Aparte de las zonas húmedas, que se habían retrasado debido al allanamiento, cada habitación estaba casi terminada. Para cuando Martha y Thomas regresaran, estaría lista para que decidieran si la querían. Si no, bueno, quizás Rupert tendría suerte y la conseguiría.

Después de cerrar la casa, revisó el garaje. Barry había enrollado una cadena alrededor de las manillas con un gran candado. Todo estaba seguro. Su pie crujió sobre algo: era un trozo de porcelana de la bañera. Los fragmentos debían haber volado por todas partes y era sorprendente que la persona responsable no se hubiera herido. Arrugó la frente, tratando de recordar algo, pero se distrajo con una colilla de cigarrillo a un metro del fragmento. Ninguno de los trabajadores fumaba en la obra —Barry insistía en ello— así que, ¿de quién era? Se puso en cuclillas. Le recordaba a la colilla que había encontrado humeando al final de la calle.

La recogió cuidadosamente con un pañuelo y la guardó en un bolsillo. Lo más probable es que no fuera nada, pero encontrar dos colillas así era extraño. Muy pocos habitantes locales fumaban y nunca había visto a nadie tirar una colilla. Valía la pena enseñársela a Trev.

Con náuseas por haberse bebido casi toda la botella de *whisky,* de muy buena calidad, Rupert yacía en el asiento trasero de su coche. Había estado allí toda la noche después de dar tumbos durante horas en la oscuridad. Creía que estaba aparcado en algún lugar entre la propiedad de Martin y Willow Bay, por algún sendero escondido, pero no lo recordaba bien.

Tenía que levantarse; necesitaba encontrar un lugar para desayunar y asentar su estómago. Con un poco de suerte encontraría la salida de donde fuera que estuviera y llegaría a Warrnambool, que estaba más poblado. Si es que podía conducir en línea recta.

De alguna manera se obligó a salir del coche, apoyándose contra él mientras se le pasaba el mareo. Los pájaros cantaban en los árboles de arriba, empeorando su punzante dolor de cabeza. Se deslizó en el asiento del conductor y cerró los ojos, cosa que no ayudó realmente. Una alarma molesta no paraba de sonar.

Con un gruñido, recogió su teléfono, que de alguna manera estaba en el hueco de los pies del lado del pasajero y sonaba.

—Apenas es por la mañana.

—Tenemos un problema.

—Siempre tenemos problemas —se quejó Rupert, cerrando los ojos de nuevo.

—Ingrid ha desaparecido. He ido a su apartamento, a la oficina, la he llamado. Nada.

—Bueno, no está aquí...

—Rupert. Cállate y escucha. ¿Qué ha hecho? ¿De verdad están involucrados los policías?

—Sí.

Derek maldijo. Rupert sonrió para sí mismo. Parecía que esa alianza en particular había terminado.

—¿Dónde estás ahora?

Rupert entrecerró los ojos, mirando a los árboles.

—En algún lugar cerca de Rivers End. Pero no soy sospechoso. Christie y Daphne todavía piensan que solo soy un torpe tipo de ciudad buscando un cambio de aires. Vuelvo a Melbourne más tarde hoy.

—Todavía no.

Su mente se estaba aclarando y recordó a Derek insistiendo en que cualquier uso de fuerza era aceptable.

—Jefe, quizás deberías venir y hacerlo tú. No voy a empujar a la artista por un acantilado.

—No quiero detalles. Solo resultados.

Rupert miró por la ventana, preguntándose cuándo llegaría el dinero a su cuenta.

—¿Sigues ahí? —exigió Derek.

—Jefe. ¿Recuerdas esos mensajes de voz de Ingrid sobre lo de destrozar el estudio?

—Están borrados, por supuesto.

—No. Uno de ellos es bastante incriminatorio sobre tu participación en esto.

—¿Qué?

—No voy a seguir trabajando para ti. Pero me gustaría conseguir una buena indemnización... si entiendes lo que quiero decir, jefe.

Derek gritó por teléfono.

—¡No recibirás nada! ¡Nada, ¿me oyes?! No hay pruebas de que haya hecho otra cosa que enviarte a comprar una propiedad en mi nombre. Lo que hayas hecho es cosa tuya.

—Así que —continuó Rupert como si Derek no hubiera hablado—, quiero el doble de mi salario y diez veces mi bonificación en mi cuenta, hoy.

—Te pagaré cuando hayas separado a esos dos y tenga mi casa.

—Ah, y sobre separarlos: ella lleva su anillo. Él la pintó con un precioso anillo de compromiso de diamante y esmeralda... ¿estás ahí? —Derek había colgado.

Da igual.

Ya nada le retenía allí. Encendió un cigarrillo.

Si no hubiera estado en su oficina, Derek habría lanzado su portátil contra la pared. Rupert tenía que estar mintiendo. Christie no se

casaría con Martin Blake. Era una mujer sofisticada, educada, con una carrera exitosa y con una vida en Melbourne. Con él.

Se dejó caer en su silla y puso la cabeza entre las manos. Esto no podía estar pasando.

—¿Señor? —Hubo un golpe en la puerta.

—Sal, Lorraine. No me pases llamadas —no levantó la cabeza.

—Lo siento, señor, pero la policía está aquí.

Ahora sí levantó la mirada. Detrás de su secretaria había dos agentes de policía uniformados. ¿Estarían aquí por Ingrid? ¿O por él?

Maldita sea.

—Que pasen —Derek respiró hondo y se levantó. Esperó a un lado de su escritorio mientras entraban. Eran un hombre y una mujer.

—Buenos días, señor, soy la sargento Mayer y este es el agente Todd —habló la oficial y el agente masculino asintió.

—¿En qué puedo ayudarles? ¿Desean sentarse?

—No, gracias. Estamos buscando a su compañera, Ingrid Kauf...

—¡Yo también! —interrumpió, volviendo a su asiento—. Me debe dinero y ha desaparecido en medio de un simple trabajo.

—¿En qué consistía exactamente ese trabajo?

—Quería examinar unos terrenos en la costa con vistas para que pujáramos por ellos. Lo último que sé es que estaba allí. Llevo intentando contactar con ella durante un par de días, pero no responde al teléfono. Incluso he ido a su apartamento esta mañana, pero no ha habido respuesta.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con ella?

—No estoy seguro. ¿Quizás anteayer? Miren, —se inclinó hacia adelante en su asiento—, echaba de menos a su marido. Él está en Alemania o por ahí. Probablemente solo haya ido de visita.

La Sargento Mayer miró gravemente a Derek.

—¿Sin informarle? ¿Tiene amigos u otros familiares con los que podríamos hablar?

—¿De qué se trata todo esto? No estará en problemas, ¿verdad?

—¿Por qué lo sugiere?

—Me están preocupando. Ingrid actuaba de forma extraña la última vez que hablamos. Dijo que realmente quería un terreno o

algo así y que las personas no querían venderlo. Dijo que tendría que hacer «que vieran las cosas a su manera», pero pensé que estaba bromeando.

La sargento Mayer guardó su libreta y le entregó a Derek una tarjeta de visita.

—Si sabe algo de ella o piensa en cualquier cosa que pueda ayudarnos a localizarla, por favor, llámenos.

Los oficiales se marcharon, dejando la puerta abierta. Derek se levantó de un salto, la cerró y luego echó la llave. Marcó el número de Ingrid y de nuevo saltó su buzón de voz. No tenía intención de dejar más mensajes. Entre Ingrid y Rupert, habían conseguido estropearlo todo.

No importaba dónde estuviera. Él no había hecho nada malo. Y ahora solo tenía una prioridad. Tocó su intercomunicador.

—Lorraine, alquila un coche. Lo necesito en una hora.

—Lo siento, amigo, vamos a tener que llamar a la científica, pero tendrán cuidado con tus cuadros —Trev negó con la cabeza ante la cerradura forzada de la puerta del estudio—. ¿Crees que fue interrumpido antes de... bueno, antes de que causara daños?

—No. Por alguna razón, quien entró o no tenía intención de destrozar nada o cambió de opinión. Eso solo lo sabe Dios —Martin se apoyó contra la pared—. Hay algo que falta: una botella de Chivas Regal Diamond Salute.

—¿Era cara?

—No era barata. Pero era para Thomas, bueno, para los dos. Va muy bien tomarse una copa en la terraza después de un largo día.

—Probablemente la vio allí y se la llevó. Supongo que, dentro de lo que cabe, perder una botella de *whisky* es mejor que tus cuadros. Lo que le hizo a Daphne es repugnante. Todas sus cosas bonitas fueron destrozadas. Recuerdos, cosas que habían coleccionado en su luna de miel, ¿y para qué?

—Y las cosas de Christie. ¿Es esto obra de alguien buscando emociones, Trev, o hay algo más siniestro? —Martin se acercó al cuadro de Christie y trazó su rostro, sonriendo ligeramente al recordar la sensación de su piel cálida contra la suya.

Trev se unió a él.

—¿En qué estás pensando?

—El ex de Christie es un problema. El año pasado entró en su casa y le dio un susto. Es un narcisista de pies a cabeza, encantador un minuto y casi violento al siguiente.

—No tenía ni idea. Pero ¿qué tendría que ver con esto?

—Ingrid, o Bethany Fox, sea cual sea su verdadero nombre, tiene una sociedad con él. Los dos quieren la cabaña de Christie. ¿Quizás sea una campaña de intimidación? Puede que quiera enviar algún mensaje. Derek le mandó a Christie un cuadro que había comprado después de romper. Es uno de mis cuadros. Llegó sin ninguna nota y sin contacto posterior, así que ella ni siquiera sabe si ahora le pertenece o si es solo parte de alguna estrategia para llamar su atención.

—Creo que recibirá una visita esta mañana. Ingrid está resultando escurridiza.

—¿Martin? Oh, no... ¿Tus cuadros? —Christie entró corriendo, con la mano en la boca.

—Está bien, cariño. No hay nada dañado —Martin la encontró a medio camino y la tomó en sus brazos—. Solo han robado una botella de *whisky* y han forzado la cerradura —Sintió que ella se relajaba contra él y aflojó su abrazo.

Ella levantó la mirada, con preocupación en los ojos.

—¿Cuándo?

—Anoche. Randall se puso nervioso cuando volvimos. Quien hizo esto ya se había marchado hace tiempo, pero me quedé aquí abajo por si acaso.

—Deberías haberme llamado.

—No —Su tono fue firme y ella asintió imperceptiblemente.

—Buenos días, Christie.

—Oh, perdona. Buenos días, Trev. ¿Tenéis alguna idea de quién está haciendo todas estas cosas terribles?

Trev y Martin intercambiaron una mirada.

—Es demasiado pronto. Pero cuantas más huellas dactilares y otros rastros obtengamos, más posibilidades tendremos de atraparlos. En fin, quédate un rato si puedes, Martin. Tengo un par de cosas que investigar —Les hizo un gesto a ambos y salió rápidamente.

Christie se acercó a su retrato. Se rió suavemente.

—¿Cuándo pintaste el anillo de compromiso?

—Por la época en la que George y yo lo diseñamos.

—¿Tan seguro estabas?

—Se lo pedí al universo. Poner el anillo donde pertenece fue simplemente la ley de la atracción.

Christie le rodeó el cuello con los brazos.

—Oh, sin duda hay una ley de atracción aquí.

Él se rió.

—No era exactamente a eso a lo que me refería.

—¿Entonces qué quieres decir? —De puntillas, le besó—. El universo tiene muchas explicaciones que dar.

Capítulo 56

Listas. Pistas. Interferencia.

Con un bolígrafo y un bloc de notas en mano, Elizabeth se movía atareada por la cocina. Angus estaba sentado a la mesa, observándola con una sonrisa.

—¿Has apuntado algo ya?

Elizabeth se detuvo y miró el bloc de notas.

—Hacer lista de invitados.

Se unió a Angus y le entregó el bolígrafo y el bloc.

—¿Y si hacemos eso primero? Luego puedo decidir qué preparar y hacer una lista de la compra.

—¿Has comprobado si nuestra joven pareja está disponible con tan poca antelación?

—Supongo que debería llamarles. ¿No se va Christie pronto a Nueva Zelanda? Ay, no he pensado bien en eso, ¿y si no quieren que todo el mundo lo sepa todavía y...?

—Tranquila —Angus puso su mano sobre la de ella—. Te estás preocupando por nada. Estoy seguro de que este maravilloso compromiso no es un secreto y también estoy seguro de que les encantará esta reunión. Pero, ¿qué te parece algo más pequeño, considerando el poco tiempo que tienes?

Elizabeth miró la mano de él sobre la suya. Él empezó a retirarla pero ella giró la suya y entrelazó sus dedos con los de él. Como si nada hubiera pasado, continuó.

—Estoy de acuerdo. Daphne y John (lo que le dará a la pobre Daphne algo bonito en lo que centrarse). Y Sylvia, y Trev, si no está

demasiado ocupado.

—Y no puedes olvidar a George.

—¡Él hizo ese anillo tan hermoso!

—Sí, lo hizo. Así que termina de escribir la lista de invitados y yo pondré la tetera al fuego. Luego podemos ver qué opinan Martin y Christie.

—Me gusta mucho tenerte aquí —Elizabeth le apretó la mano antes de soltarla.

Angus se puso de pie.

—Bueno, el sentimiento es mutuo.

Hubo un pequeño golpe en la puerta de la cocina y ambos levantaron la mirada. Charlotte estaba allí, sosteniendo una bandeja.

—Siento mucho interrumpir —comenzó—. He bajado mi bandeja del desayuno.

—Oh, no hacía falta, querida —Elizabeth se levantó y se apresuró hacia ella—. Puedes dejarla simplemente fuera de tu puerta.

Charlotte dejó que le cogiera la bandeja.

—Como solía decir mi madre, tengo dos piernas sanas —esbozó una pequeña sonrisa—. Estaba delicioso, gracias.

—Ha sido un placer. ¿Vas a hacer algo de turismo en este día tan bonito?

—Quizás dé un paseo por la playa. ¿Está lejos?

—Para nada. Hay un pequeño mapa en tu habitación del pueblo y algunos de los lugares que a la gente le gusta visitar. De hecho, antes de que te vayas, tendremos algunos invitados esta noche. Bueno, eso creo. Unas personas muy especiales acaban de comprometerse y nos gustaría celebrarlo con ellos.

—Puedo irme —se ofreció Charlotte.

—Oh no, eres más que bienvenida, pero quería avisarte de que no haremos ruido ni nos quedaremos hasta tarde.

—Qué amable. Bueno, que tengáis un buen día.

Dicho eso, salió de la cocina.

Angus cogió la bandeja de Elizabeth.

—Parece agradable.

—Cuando Trev llegó con ella no sabía qué estaba pasando. Pero dijo que la pobre chica había estado perdida durante horas, y estoy

segura de que había llorado un poco. Bueno, ¿cómo va ese té?

Trev estaba al teléfono cuando Christie empujó la puerta de la pequeña comisaría. Él la saludó con un gesto. Mientras esperaba en el mostrador, Christie sacó el pañuelo de papel de su bolsillo.

—¿Qué es eso? —preguntó Trev al colgar.

—Probablemente nada en absoluto. Lo encontré cerca del garaje en la cabaña, pero nadie fuma.

—¿Los chicos de Barry?

—No, él no permite fumar allí. Y la noche en la que pensé que alguien había estado en la cabaña, bueno, había otra colilla, en la esquina de mi calle con la calle principal. Estaba encendida y tuve que pisarla. Martin la recogió.

Trev cogió una bolsa de plástico y metió cuidadosamente el pañuelo con su contenido dentro.

—Vale la pena examinarla. No ha salido nada sobre esas huellas dactilares de la cabaña, pero, a menos que el intruso tuviera antecedentes, no hay muchas razones por las que las deberíamos tener en el archivo. Martin me habló de un cuadro de tu ex.

—Llegó sin nota. Sin llamada telefónica. Solo el cuadro. Legalmente, ¿eso lo convierte en mío?

—Hasta que descubramos quién lo envió realmente, no podría decirte. Si fue Derek Hobbs, entonces, como propietario original, parece que es un regalo. Pero quizás fue robado.

—Debería llamarle.

—No es buena idea. No hasta que averigüemos quién está detrás de esta ola de crímenes.

—¿Crees que es Derek? —El teléfono sonó—. Esperaré.

—Es para ti —Trev le entregó el teléfono.

—Oh. ¿Diga?

—Soy yo —dijo Martin—. Tu teléfono me desvía al buzón de voz.

—Probablemente esté sin batería.

—Ponlo a cargar, por favor. Elizabeth llamó para preguntarnos si asistiríamos a una pequeña reunión esta noche en Palmerston House. En nuestro honor.

—Qué amable de su parte. Pero, ¿será pequeña?

—Al parecer Angus la convenció de no hacer un anuncio general para todo el pueblo. Unas diez personas, un par de horas. ¿Qué tal?

—Considerando que vivo allí de momento, supongo que estaré disponible. ¿Me acompañarás?

—Quizá necesitemos revisar eso de la vivienda. Pero sí, lo haré.

Sonrojándose de repente, Christie se apartó de Trev, que estaba ocupado en su escritorio.

—¿A qué hora?

—A eso de las siete. De todos modos, nos veremos antes, pero debes cargar tu teléfono o no podré llamarte. ¿De acuerdo?

—Sí, Martin.

Él se rio y colgó.

—Gracias, Trev. ¿Necesitas algo más de mí?

—No, te mantendré informada a ti o a Martin según avancen las cosas, pero si tienes alguna otra idea, llámame.

De vuelta en su coche momentos después, Christie conectó el teléfono para cargarlo. Esa noche sonaba maravillosa. Pero algo de la cabaña seguía inquietándola. Algo sobre ese fragmento que había pisado.

De camino a visitar a Daphne, el teléfono de Christie empezó a pitar mientras entraban mensajes y llamadas perdidas. Una vez que aparcó a unas puertas de la agencia inmobiliaria, los revisó. Uno era de Martin, más dos llamadas perdidas y un mensaje de texto, todos de Ashley. El mensaje de texto era un breve «¡Llámame!». ¿Habría pasado algo con Ray? Marcó.

—Dos segundos, *bella* —Ashley habló con alguien a su lado—. Lo siento. Ya soy todo tuyo.

—¿Estás bien? ¿Y Ray?

—Estamos bien. Pero recibí una llamada de Carlo y necesitas oír esto. ¿Puedes hablar?

—Claro. ¿Hay algún problema con el rodaje? No he sabido nada. —Christie desconectó el teléfono.

—No quiero alterarte, pero al parecer recibió una llamada de alguien preguntando por ti. Sobre cuándo viajas.

El estómago de Christie se revolvió.

Otra vez no.

—¿Una mujer?

—Un hombre. Mira, puede que no sea nada, pero ¿quién necesitaría saber tus planes? Carlo pensó que estaba hablando con alguien de tu parte, ya sabes, para ver cuándo aterrizabas para ir a recogerte. ¿Te suena a alguien conocido?

—Iba a coger un taxi desde el aeropuerto. Me he dejado un día para instalarme antes de empezar y, aparte del asistente de Carlo y de Martin, nadie sabe nada sobre las fechas. —Cerró los ojos—. No puede estar pasando esto.

—Carlo solo está preocupado por ti. Después de colgar, sintió como si lo hubieran interrogado. Por eso me llamó, por si yo sabía quién era. *Bella*, no quiere que pienses que está controlándote, porque le conté por qué te perdiste aquel trabajo en Londres. Quiero decir, antes de que te ofreciera este.

—Te quiero. Gracias por cuidarme, pero ahora no sé qué hacer. Debe de haber sido Derek.

—Entonces iré a verlo.

—¡Por favor, no! —Christie abrió los ojos y se incorporó de golpe —. Sois vecinos y no quiero que haya problemas entre vosotros.

Ashley rio sin humor.

—Derek y Ray ya han discutido, así que realmente no hay mucho cariño entre ellos.

—¿Qué ha pasado?

—Derek quería saber cómo estás y Ray se puso a la defensiva y dijo... oh. Maldita sea.

—¿Qué?

—El muy tonto. Dijo que personas como Carlo y yo aún creemos en ti. No pensé que Derek conociera a Carlo.

—Recordaría el nombre. Últimamente han pasado cosas extrañas por aquí. Ingrid vino al pueblo y fingió ser otra persona.

—¿Que hizo qué?

—Intentó separarnos.

—Bueno, espero que no lo consiguiera. —Su voz sonaba indignada y ahora, Christie sonrió.

—Ni de lejos. Ash, Martin me ha pedido que me case con él y le he dicho que sí.

—¡Oh, espera a que se lo cuente a Ray! Enhorabuena, cariño. ¿Vas a estar bien? ¿Puede alguien acompañarte a Auckland?

—Si fue Derek, entonces no seguirá adelante. Es un cobarde y nunca más dejaré que se me acerque. Por favor, por favor, no te preocupes. Hablaré con Martin y con nuestro policía local y dejaré que me ayuden.

Con un suspiro, Ash aceptó.

—Vale. Pero estamos aquí si nos necesitas. ¡Y estaremos allí con un regalo de boda increíble cuando nos avises!

Christie se estaba riendo cuando se despidieron y colgaron. Su sonrisa se convirtió en un ceño fruncido. ¿Qué demonios estaba pasando ahora?

Todo estaba en su contra, decidió Rupert. Apenas había conseguido regresar a Rivers End antes de quedarse sin combustible. No lejos de la gasolinera, había desenterrado un bidón y caminado la corta distancia, pero no podía pagar. Sin efectivo encima, sin dinero en su cuenta de acceso y ahora con su teléfono apagado, significaba que no tenía forma de transferir fondos. Le indicaron que fuera al único cajero automático del pueblo y se dirigió hacia allí con paso cansado.

Había bastante dinero en la cuenta vinculada —miles, si Ingrid y Derek habían hecho lo que les dijo—, pero solo una forma anticuada de conseguirlo. El hambre le carcomía el estómago y estaba seguro de que estaba sufriendo síndrome de abstinencia de cafeína.

En el banco, esperó detrás de un anciano que tardó una eternidad en encontrar sus gafas y luego su tarjeta. Finalmente, se alejó del cajero arrastrando los pies. Rupert miró a su alrededor. La calle estaba tranquila. Insertó su tarjeta, tecleó su número y esperó a ver el saldo. Solo había la misma cantidad que el día anterior. Por molesto que fuera, probablemente no era culpa de Ingrid o de Derek. Serían retrasos bancarios. Transfirió algunos fondos a su cuenta de acceso, retiró algo de dinero y regresó a la gasolinera.

Con el depósito lleno, dejó el coche calle arriba desde la cafetería de la esquina y empujó la puerta, casi chocando directamente con Daphne.

—Perdón. —No pudo mirarla a los ojos.

—Oh, no, ha sido culpa mía. No miraba por dónde iba. —Daphne le examinó—. Pareces un poco enfermo, cariño. Y deberías ir a que te miren ese corte.

—Eh, solo es un corte por el afeitado. Le abro la puerta. —La abrió rápidamente, esperando que se fuera, pero ella no se movió. Su larga mirada lo inquietó y cambió el peso entre los pies—. Vendré con Julie la semana que viene y echaremos un vistazo a esas casas en la urbanización. Está un poco desesperada antes de que llegue el bebé.

Daphne sonrió y pasó por la puerta.

—Hazlo, Rupert. John siempre estará encantado de enseñaros el lugar. Hasta pronto.

—Adiós. —Aliviado, Rupert dejó que la puerta se cerrara tras ella. Necesitaba salir del pueblo.

Capítulo 57

Atrapar a un criminal

Fuera de la agencia inmobiliaria, Christie vio a Daphne saliendo de la cafetería en la esquina opuesta. Daphne miró por encima del hombro mientras dejaba pasar un coche, y luego se apresuró a cruzar, con la preocupación marcando su rostro habitualmente alegre. Sus ojos se iluminaron cuando vio a Christie, y se las arreglaron para darse un beso en la mejilla por encima de los cafés.

—Algo no va bien —anunció Daphne, mientras Christie abría la puerta. Dejó los cafés en el mostrador—. Acabo de encontrarme con Rupert. No sé qué es exactamente, pero hay algo en él que me inquieta.

—Es extraño que todavía esté aquí, en vez de en casa con su mujer. Lo único que hacía era hablar de Lucy y el bebé —dijo Christie.

Daphne luchó por encontrar las palabras.

—¿Cómo…? Christie, ¿cómo has llamado a su mujer?

—Lucy.

—Él acaba de llamarla Julie.

—¿Está segura? ¿No habría mucho ruido allí?

—No, dijo Julie. Me ha preocupado todo el camino de vuelta porque pensaba que había algo raro en ello. ¿Qué tipo de hombre olvida el nombre de su propia mujer?

El teléfono de Christie sonó con un mensaje y le echó un vistazo. Era Ashley.

—Y lo que es más, ¡tiene un corte en la mejilla que no se parece a ningún rasguño de afeitado que haya visto!

El fragmento.

El crujido bajo los pies cerca del garaje. La colilla cerca de los arbustos y la del final de la carretera. Rupert fumaba.

—¿Dónde está ahora?

—En la cafetería.

Ambas mujeres corrieron hacia la puerta. Con un café en una mano y una bolsa con un sándwich en la otra, Rupert caminaba pesadamente hacia su coche, un sedán azul oscuro.

—Oh, Dios mío —exclamó Daphne, enfadada—. ¡Él! —Alcanzó el tirador de la puerta pero Christie la detuvo.

—Llame a Trev y dígaselo. Yo conseguiré el número de matrícula y se lo enviaré por mensaje, ¡pero tiene que quedarse aquí! No podemos alertarle.

Sin dar tiempo a Daphne para discutir, Christie se deslizó por la puerta mientras Rupert se sentaba al volante. Cruzó la calle zigzagueando entre coches. En cuanto estuvo lo bastante cerca, tomó una foto de la matrícula de su coche y luego se pegó al escaparate de una tienda.

Envió la foto a Trev. Su propio coche estaba a la vuelta de la esquina y seguir a Rupert acabaría en una persecución, pues él conocía el Lotus. Si se marchaba antes de que Trev llegara, lo único que podía hacer era indicarle la dirección.

Su teléfono sonó de nuevo. Era Ashley. Esta vez leyó el mensaje: «Ray vio a Ingrid salir de tu apartamento a toda prisa ayer. Derek estaba en casa. Pensé que deberías saberlo. Besos de parte de ambos».

Una sirena aulló en la distancia. El motor del sedán rugió y Rupert se incorporó directamente delante de otro coche. El conductor frenó bruscamente, deteniéndose con un chirrido justo a tiempo. Sin detenerse, el sedán salió volando por la carretera hacia las montañas. Christie corrió a comprobar el estado del conductor del otro coche, que, aunque pálido, hizo un gesto indicando que estaba bien.

El coche de policía de Trev apareció a la vista. Mientras maniobraba alrededor del coche detenido, bajó la ventanilla.

—¿Está todo el mundo bien aquí?

—Sí, pero tienes que ir a por Rupert. Se fue recto por ahí.

El coche de policía aceleró. Daphne y John salieron corriendo y, atraídos por la sirena, los habitantes del pueblo salieron a la calle. Christie volvió a la acera y el otro coche continuó su camino.

Por favor, atrápale.

Esto tenía que acabar ya.

En cuanto dejó atrás el pueblo, Trev dio rienda suelta al coche patrulla. Esta era su comunidad y nada le impediría atrapar al sedán aquella vez. Había avisado por radio a la central, que estaba avisando al equipo forense para que no abandonara Rivers End todavía. Lo único que tenía que hacer era encontrar a Rupert.

Cinco minutos después, Trev se detuvo en el punto más alto de la carretera. Podía ver kilómetros por delante y no había ni un coche a la vista. Entre el pueblo y aquel lugar Rupert se había escondido, probablemente en el camino lateral del que Charlotte Dean había salido ayer.

Volvió sobre sus pasos, mirando cada propiedad por la que pasaba. Había un lugar vacío con un cartel de «Se vende» descolorido en la entrada. En unas hectáreas, la casa estaba apartada de la carretera y rodeada de espesa vegetación. Un destello al final del camino de entrada llamó su atención. Retrocedió y metió el coche con cuidado.

Muy lentamente, siguió el camino, pasando de largo la casa, hasta donde un sedán azul oscuro estaba estacionado marcha atrás entre los arbustos. Rupert estaba sentado en el asiento delantero, comiendo. Dejó caer su comida y empujó la puerta para abrirla. Trev saltó fuera.

—Quieto.

—Agente. Solo estoy desayunando —Rupert levantó las manos con las palmas hacia delante—. Mire, no tengo nada en las manos.

—Salga despacio.

—Vale, vale. Tío, no puedo tener ni unos minutos de paz para comer algo rápido —Rupert salió del coche con un gruñido.

—Venga al frente del coche.

—¿Qué he hecho? No puede detenerme por desayunar.

—Un poco tarde para el desayuno. ¿Qué hace aparcado aquí? Es propiedad privada.

—Está en venta. He estado buscando una casa para comprar para mi mujer...

—Déjese de tonterías. Ha sido identificado como persona de interés en un allanamiento y robo.

—¿Yo? No. Yo...

—Ha estado bebiendo. Puedo olerlo desde aquí. No se mueva —Trev miró dentro del coche—. Interesante. Eso parece una botella de Chivas Regal. De hecho, es exactamente igual que una que robaron anoche.

—La compré.

—¿Dónde?

—En la tienda de licores local.

Trev resopló.

—Decir la verdad será mejor a largo plazo. Quédese quieto, voy a hacerle una prueba de alcoholemia.

—¿Y después qué?

—Después vamos a tener una charla sobre lo que realmente está haciendo en Rivers End.

Demasiado emocionadas como para volver dentro, Christie y Daphne esperaban en la acera frente a la agencia inmobiliaria. John le llevó a Daphne su café y le apretó el brazo.

—Lo has hecho muy bien —Con un beso, volvió al trabajo.

—Siento mucho lo que le ha pasado —Christie puso un brazo alrededor de los hombros de Daphne—. Trev lo atrapará.

—¡Oh, querida, no me ha pasado solo a mí! ¡Todos tus electrodomésticos nuevos! Y la pobre familia que va a entrar en la finca. Hemos arreglado todo el desastre, pero están bastante impactados. ¡Esto no ocurre en Rivers End!

—No. Y lo siento mucho —Christie retiró su brazo—. Estoy segura de que Derek está detrás de esto.

—¡Pues, qué vergüenza! Y menos mal que escapaste de sus garras a tiempo.

Christie sonrió ante la indignación de Daphne. Jugaba con su anillo y, al notar el movimiento, Daphne miró su mano. Chilló y Christie dio un respingo.

—¿Qué?

Daphne agarró la mano de Christie.

—¡Oh! ¡Lo hizo y has dicho que sí! ¡Este es el mejor día! Oh, enhorabuena, siempre supe que erais perfectos el uno para el otro —Inspeccionó el anillo—. ¡Es precioso!

—Gracias. Lo hizo George.

—Pues claro que sí. Y es tan especial como el anillo de Martha. Ahora, cuéntamelo todo sobre la propuesta. ¿Fue romántico?

—Por supuesto. Pero, ¡oh mira! Ahí está Trev —Mientras pasaba lentamente, Trev asintió con la cabeza y luego sonrió. En el asiento trasero, Rupert giró la cabeza hacia otro lado.

—¡Lo ha atrapado! —Christie sonrió a Daphne, que seguía con la mirada en el coche de policía—. Con suerte, descubrirá quién está realmente detrás de todo esto.

Daphne rompió a llorar.

John abrió la puerta.

—¿Era ese Trev? Oh, Daph... —Le dio unas palmaditas en la espalda—. ¿No lo atrapó?

—Sí lo hizo, John. Creo que Daphne está un poco abrumada. Vamos dentro.

—Vale. Lo siento —Daphne sorbió por la nariz—. Estoy un poco alterada, eso es todo.

—Vamos, cariño. Te prepararé una taza de té fresco —Daphne se dejó guiar por él hacia el interior. Christie se tomó un momento para ordenar sus propias emociones confusas. Tenía que informar a Trev sobre el mensaje de Ashley.

El equipo forense se marchó a toda prisa cuando recibieron la llamada sobre la persecución de Trev. Aunque Martin sabía que solo estaban haciendo su trabajo, se alegró de verlos partir. Se había negado rotundamente a dejar que tocaran nada más que la puerta, la nevera y las ventanas. Tras una hora de limpieza, el estudio casi había vuelto a la normalidad y abrió las ventanas para eliminar el olor a amoníaco.

Randall entró, olisqueó el aire y volvió a salir. Martin lo vio acomodarse bajo un árbol cerca del sendero que llevaba a la playa. El día era cálido y la humedad había aumentado, lo que indicaba un próximo cambio en el tiempo. Al salir al cobertizo, encontró una cerradura de repuesto para la puerta.

En medio de la instalación, Christie le llamó.

—¿Qué está pasando en el pueblo? Los de aquí se han ido con prisa.

—¡Trev lo ha atrapado!

—¿Atrapado a quién?

—A Rupert. Daphne y yo descubrimos que no era quien decía ser. Entonces huyó y Trev lo persiguió hasta atraparlo —Christie puso a Martin al corriente de los acontecimientos de la última hora.

—Entonces, ¿hay alguna pista que conduzca a Derek? —Martin fue a comprobar cómo estaba Randall—. ¿Ha dicho algo Rupert?

—Solo he visto a Trev un momento, lo justo como para contarle la teoría del fragmento y sobre que Ingrid estaba en casa de Derek. Ese último detalle lo animó mucho y dijo que iba a llamar inmediatamente a alguien en Melbourne. Está como poseído.

—Todavía te noto estresada.

Christie suspiró.

—¿Y si Derek está detrás de todo esto? Me sentiría responsable de lo que le ha pasado a Daphne...

—Para. Culparte a ti misma es inútil e innecesario —Martin se agachó junto a Randall, que se dio la vuelta para exponer su pecho y recibir unas caricias—. No hay nadie en el pueblo que te haría responsable de las acciones de otra persona, así que deja de hacerlo. ¿Me entiendes?

—Mmm. Sí.

—Eso no suena muy convincente.

—¿Qué tal si vamos a navegar un rato?

Martin se rio.

—¿Estás cambiando de tema? ¿Te refieres a hoy?

—Podría estar lista en media hora.

—Lo siento, cariño. Tengo que cambiar la cerradura y hacer otras cosas, y además, el tiempo va a cambiar más tarde.

—Bueno, ¿y qué tal si solo vamos al Mar de jazmín? Remar hasta allí y quedarnos un rato.

—Es tentador.

—Eso significa que no. Está bien, quizás simplemente reme yo sola hasta allí y tome el sol en la proa —bromeó Christie.

—¿Vas a remar tú?

—No seas malo. Si no practico nunca mejoraré. Pero no pasa nada, quizás me dé el capricho de ir al salón de belleza en su lugar.

—¿Qué salón de belleza?

—Me refería a la peluquería.

¿Qué te traes entre manos?

Había algo en su forma de hablar que hizo que Martin se lo preguntara. Había visto el cartel de «se vende» en el escaparate.

—¿Nos vemos en Palmerston House? —preguntó Christie—. Ya que vivo allí.

—Estaré allí antes de las siete.

—No puedo esperar. De verdad que no puedo esperar a verte.

Después de colgar, Martin se enderezó. La echaba de menos tanto como ella a él. Una vez que regresara de Nueva Zelanda, le pediría que se mudara con él. Pertenecían el uno al otro y era hora de que comenzaran a hacer planes serios para su futuro.

Capítulo 58

Un engaño impactante

Con solo una parada más antes de ir a Palmerston House para ayudar a Elizabeth, Christie conducía por la carretera hacia la cabaña. Estaba relajada después de una hora en la peluquería, con el pelo ahora alisado y suave contra su cuello.

Dejó el Lotus en el arcén. La camioneta de Barry estaba en la entrada y había un revuelo de actividad alrededor de la entrada de la cabaña.

—Hola Christie —la llamó Barry desde cerca del contorno que ella había dibujado en el frente de la cabaña. Habló con uno de sus hombres y luego se unió a ella en la entrada—. Estás muy guapa. ¿Lista para esta noche? Creo que hay felicitaciones pendientes.

—Oh, gracias. ¿Vas a venir?

—Elizabeth me invitó. ¿Te parece bien?

—¡Por supuesto! Me encantaría. —Christie le dio un abrazo—. ¡Gracias por todo lo que has hecho!

Barry sonrió y asintió.

—Eres una gran clienta. De todos modos, mañana vamos a instalar la puerta. El interior no está listo, pero no hay razón para no estar preparados. ¿Quizás tú y Martin queréis echar un vistazo juntos a las obras de arte y esas cosas? No queremos tocarlas sin más.

—Sí. Es una gran idea. ¿Esperas otra entrega? —Christie se giró al ver que una furgoneta blanca se detenía fuera.

—No.

El conductor de la furgoneta abrió la puerta lateral y sacó un ramo de rosas.

—Parece que es para ti. Voy a volver al trabajo; te veré más tarde. —Barry se alejó.

—¿Señorita Ryan?

—Soy yo.

—Esto es para usted. —El conductor le entregó doce rosas rojas —. Hay una nota.

—Oh. Vaya, bien, gracias. —Christie leyó la nota en voz alta—. "Te espero en el barco a las cinco de la tarde".

Martin había cambiado de opinión. Eran unas rosas preciosas, doce más para añadir a la que le había dado anoche. Tenía justo el tiempo suficiente para llegar a Willow Bay.

—¡Te veo esta noche! —le gritó a Barry, que levantó un brazo en respuesta. Elizabeth tendría que esperar. No iba a dejar plantado a su nuevo prometido.

El trayecto a Willow Bay solo le llevó unos minutos, pero eran más de las cinco cuando Christie entró en el aparcamiento vacío. Temiendo que las rosas se marchitaran con el calor, había pasado por Palmerston House de camino; encontró un jarrón y las dejó en el vestíbulo. Por las risas de cerca del estanque, Elizabeth y Angus estaban disfrutando de su tarde, así que no los interrumpió.

Echó el teléfono y las gafas de sol en su bolso y cerró el coche. La humedad era incluso peor allí. Contenta de haberse dejado los pantalones cortos y la camiseta, decidió mantener sus sandalias puestas, suponiendo que la arena estaría ardiendo.

Desde la orilla del agua miró hacia el Mar de jazmín. El resplandor le hacía daño en los ojos, así que volvió a ponerse las gafas de sol. Había un bote atado a la popa. Él la estaba esperando.

Encontró el bote más pequeño y ligero y lo arrastró hasta la orilla; luego metió sus sandalias en el bolso. Una vez en las olas, dio un respingo cuando el agua le acarició los tobillos. Qué cálida. Pero

en algún lugar de su interior, el miedo aún acechaba. ¿Nunca lo superaría?

A medio camino del Mar de jazmín, Christie decidió que no iba a seguir burlándose de Martin. Había caído directamente en su trampa porque ahora él quería comprobar si podía remar en línea recta. Pues ella no se rendiría.

Dejó que el bote fuera a la deriva mientras descansaba, y miró hacia la costa. Detrás de la playa, elevándose en un semicírculo protector, había una pendiente densamente cubierta de vegetación. Algo brilló allí, a la izquierda del aparcamiento. Christie tomó los remos de nuevo y se concentró en llegar al velero. A Martin.

A estas alturas él debería estar de pie en la popa, ofreciéndole algún tipo de ánimo o incentivo. Tenía la garganta seca y se había olvidado de traer agua embotellada.

La brisa amainó y el puerto estaba tranquilo.

Casi estoy.

Estaba bastante orgullosa de sí misma. Estaba superando sus tontos miedos, pero Martin podría remar de vuelta, incluso si tenían que arrastrar un bote.

Christie se posó en el borde del velero, frotándose los brazos cansados. No había señal de Martin en cubierta. Unas nubes de tormenta púrpuras se acercaban. El aire casi crepitaba de humedad y una brisa cálida le alborotó el pelo. ¡Adiós al alisado! La ondulación natural ya estaba volviendo.

—Martin, estoy aquí —llamó desde lo alto de los escalones. Si fuera cualquier otro momento, podría haber un delicioso pícnic preparado abajo. No en la cama, por supuesto, porque Martin no creía en comer en la cama—. ¿Voy hacia ti?

Solo las gaviotas respondieron, dando vueltas alrededor del barco con interés.

¿Estás bien?

¿Y si se hubiera caído? ¿Y si estuviera tirado en la cocina inconsciente? Christie bajó corriendo los escalones.

La cocina estaba vacía pero había una cubitera llena sobre la mesa. En él, una botella de champán.

Champán caro.

Christie lo giró en el cubo para asegurarse. Justo anoche le había dicho a Martin que no le gustaba el champán.

—¡Martin! ¿Dónde estás?

Christie se obligó a ir al dormitorio y empujó la puerta entreabierta. Estaba oscuro. Temblando tanto que tuvo que intentarlo dos veces, encontró el interruptor de la luz y lo encendió.

—Hola, nena. Por fin has llegado —con la espalda contra un montón de almohadas, las piernas extendidas sobre la cama y los pies descalzos, Derek le tendió la mano—. Coge las copas, Chris. Tenemos mucho que celebrar.

Capítulo 59

La venganza de Rupert

Fuera de la sala de interrogatorios, Trev golpeó la pared con la palma abierta. Rupert se negaba a decir nada, aparte de repetir que quería un abogado y un cigarrillo.

Una lástima que Daphne no le hubiera visto la cara, sino solo la parte posterior de su cabeza, oculta bajo un pasamontañas. El registro del coche, ahora en manos de la policía científica, solo reveló un gato hidráulico que, curiosamente, estaba en el asiento trasero.

Normalmente solo en la pequeña comisaría, Trev contaba hoy con la ayuda de los uniformados de Green Bay. Gareth atendía el teléfono mientras Jacqui se encargaba del flujo de lugareños que querían saber qué estaba pasando. Cuando llegó al mostrador, Jacqui estaba escribiendo una nota y levantó la mirada.

—Si una persona más pregunta por qué ibas por encima del límite de velocidad en el pueblo, la detendré por... algo.

—Vaya. Aunque no creo que fuera así.

—Bueno, esto servirá como comunicado de prensa —pegó la nota en el mostrador con cinta adhesiva—. Con suerte, te dejarán hacer tu trabajo cuando nos vayamos.

—Señor, acabo de recibir una llamada de la sargento Mayer —dijo Gareth—. Derek Hobbs no estaba en su oficina cuando fueron a entrevistarlo. No está en su apartamento y su secretaria o no sabe su paradero, o lo está ocultando.

—¿Qué demonios? —Trev se pasó una mano por el pelo—. ¿Me estás diciendo que Ingrid Kauffman y Derek Hobbs están los dos fuera del radar? ¿Qué hay de sus vehículos?

Gareth consultó sus notas.

—No parece tener nada registrado personalmente a su nombre. El Porsche que ella conduce está alquilado por Hobbs Development International. Y está aparcado en su garaje.

—Quizás se han fugado juntos —Trev se apoyó en el mostrador —. Vosotros id a comer algo. ¿Os viene bien quedaros unas horas más?

—El sargento nos dijo que nos quedáramos todo el tiempo que necesites —dijo Jacqui—. ¿Quieres algo?

—No tengo ganas de comer, pero gracias.

Solo de nuevo unos minutos después, Trev se dejó caer en su silla. Necesitaba una conexión clara entre los robos y Rupert. Y otra entre Rupert, Ingrid y tal vez incluso Derek. Había oído algo de información sobre ese tal Hobbs; nada bueno. Más le valdría mantenerse alejado de Rivers End, o sería una carrera entre él y Martin a ver quién llegaba primero.

Rupert golpeó la puerta de la sala de interrogatorios. Aquello era una mierda y no pensaba quedarse sentado toda la noche esperando a que le imputaran cargos.

—Retroceda —Con un tintineo de llaves, giró la cerradura. Trev cerró la puerta, se cruzó de brazos y miró fijamente a Rupert.

—Necesito mi teléfono.

—No.

—Y un cigarrillo y, primero, ir al servicio.

—Puede tener lo último. Lo demás, no. Vamos —Trev abrió la puerta y le indicó a Rupert que pasara—. A su izquierda. Luego la primera a la izquierda —Le siguió de cerca pero se detuvo en lugar de acompañar a Rupert dentro.

Rupert hizo lo que tenía que hacer y se lavó las manos. En ese momento, Trev abrió la puerta de nuevo.

—¿Bien?

—Mira, podría estar dispuesto a contarte algunas cosas.

—Bien. De vuelta a la sala entonces.

—Tío, necesito mi teléfono por una razón. Tiene información que podría ayudarte.

—*Tío*, de vuelta a la sala —Trev se acercó más y Rupert se movió. Su estómago seguía revuelto y quería dormir. Encerrado de nuevo, Rupert se tiró en la silla. Trev regresó casi inmediatamente, seguido por una agente uniformada. Ella se detuvo justo dentro de la puerta, inexpresiva. Trev se sentó frente a Rupert, sosteniendo su teléfono.

—¿Qué hay en él?

—No estoy admitiendo nada. Pero si tuviera un mensaje de voz de alguien que dijera, alto y claro, que querían que se cometiera cierto delito, ¿qué pasaría?

—¿Quiere un trato?

Rupert se inclinó hacia delante.

—Verás, creo que no puedes culparme de nada. Ni siquiera me viste conducir bajo los efectos del alcohol; solo estaba sentado en mi coche. Me corté al afeitarme y quieres hacer creer que fue un trozo de porcelana el lo hizo. Compro legítimamente una buena botella de *whisky* que por casualidad es de la misma marca robada a alguien y me echáis la culpa.

—¿Ha terminado? —Trev parecía relajado—. Nadie ha mencionado la porcelana, así que eso es interesante. Esa botella de *whisky* tiene las huellas del propietario. Y también las suyas. Interesante. El gato hidráulico de su coche coincide perfectamente con los daños causados a la puerta del estudio de Martin. Interesante. Por lo que veo, pasará un tiempo de calidad en una de nuestras encantadoras prisiones, y aún no he empezado.

Con las manos temblorosas, Rupert bajó la mirada. No podía ir a prisión, no con todo ese dinero esperándole. Ingrid y Derek ya lo habrían depositado, así que era demasiado tarde para ellos. Demasiado tarde. Levantó la vista.

—¿Te gustaría escuchar los mensajes?

Trev salió disparado de la sala de interrogatorios, dejando que Jacqui cerrara y echara el cerrojo tras ellos. Ignoró el grito de Rupert: «¡Eh, ¿y yo qué?». Necesitaba un teléfono. Y un detective, porque aquella entrevista no continuaría hasta que alguien con un sueldo más alto tomara el control. No podía hacer tratos ni saber por qué cargos acusar a Rupert.

—Jacqui, habla con el sargento y pídele que busque a unos detectives.

Jacqui corrió para alcanzarle

—Sí, señor.

—Necesitaré que lleven a este payaso a Warrnambool. No podemos tenerlo aquí y ya casi es hora de que te marches.

—Podemos quedarnos.

—No. Una vez hayas hecho eso, coge a Gareth y marchaos. Los dos habéis estado geniales. —Trev se detuvo junto a su escritorio—. Lo digo en serio.

Jacqui asintió y se puso directamente al teléfono.

Trev marcó en su propio teléfono. Melbourne estaba completamente fuera de su área y de su experiencia, pero la oficial Katrina Mayer vivía y respiraba la ciudad. Habían pasado por la academia al mismo tiempo, pero aceptaron felizmente sus respectivos destinos.

— Oficial Mayer —contestó.

—Trev Sibbritt.

—Pensaba que el número me sonaba. ¿Tienes noticias?

—Tengo una confesión. No puedo hacer mucho hasta que se le procese adecuadamente, pero se ha metido él solo en un buen lío. Y ha metido a tu persona de interés con él.

—¿A Ingrid Kauffman?

—Tengo algunos mensajes de voz suyos que acabo de escuchar. En pocas palabras, le indicó que irrumpiera en más propiedades,

siendo una de ellas el estudio de Martin Blake. Dijo cosas bastante condenatorias sobre Christie Ryan y su cabaña. Mencionó que Derek Hobbs estaría muy descontento si Rupert le fallaba.

—Bueno, eso ayudará. No es que ninguno de los dos esté por aquí. Reenvíamelos y hablaré con el jefe para ver qué podemos hacer para intensificar la búsqueda de Ingrid. ¿Todo lo demás bien?

—Claro. ¿Y tú?

—Ya sabes. Trabajo. Niños. Nunca para, pero no lo cambiaría.

—Sí. Una buena vida.

Después de colgar, Trev se sentó en el borde de su escritorio. Ni siquiera sabía que ahora tenía hijos. Miró su reloj. Quería ir a la fiesta de Martin y Christie y tomarse una copa con ellos para celebrar. Con un poco de suerte, conseguiría sacar a Rupert de allí a tiempo para ducharse y dirigirse a Palmerston House.

Trev le dio a Rupert acceso a su teléfono móvil de nuevo. Se colocó detrás de él, asegurándose de que no manipulara nada.

—Pronto tendrá la oportunidad de hacer llamadas.

—No es eso.

—¿Entonces qué? ¿Fotos de la familia?

Rupert miró a Trev, molesto. Su familia imaginaria fue una de las cosas que le hizo ser descubierto. En el momento en que dijo «Julie» en lugar de «Lucy», se dio cuenta de su error. Daphne no pareció notarlo en ese momento, pero Christie lo entendió todo. Una chica lista.

—Estoy jugando al Candy Crush.

—Sabelotodo.

—Necesito asegurarme de que tengo suficiente dinero en el banco como para pagar la fianza.

—¿Qué, Derek no lo hará?

—Sabes, en otras circunstancias me gustaría tomarme una cerveza contigo.

Trev gruñó.

—No me apetece. Ha causado mucha angustia a gente estupenda. No es precisamente una buena manera de empezar una amistad.

—Y lo compensaré. Ya te lo he dicho, voy a delatar a Ingrid. Por así decirlo.

—¿Y a Derek?

—Solo es mi jefe. No tiene nada que ver con esto.

Trev se calló, más interesado en observar cómo Rupert iniciaba sesión en su cuenta bancaria. La primera cuenta tenía un par de cientos. Luego, cambió a otra cuenta. Sus dedos subían y bajaban por las transacciones y maldijo en voz baja. Cerró sesión y devolvió el teléfono.

—¿No hay suficiente para la fianza? —Trev se dirigió hacia la puerta.

—Amigo, deberías de traer a esos detectives antes de que cambie de opinión. Derek Hobbs está detrás de todo esto y, a menos que sepas dónde está ahora mismo, yo estaría preocupado.

Capítulo 60

Preparativos para una fiesta

Elizabeth llevó una caja de velas al vestíbulo, pasando junto a las rosas que había sobre la mesa. Miró por encima del hombro y se dio la vuelta.

—¿Angus?

—Ya voy —apareció unos segundos después—. ¿Dónde quieres que deje esta caja?

—Oh. En el comedor, pero mira —señaló con la cabeza hacia el jarrón—. No estaban aquí antes.

—Qué extraño. Aunque estabas segura de haber oído el Lotus antes, así que quizás sean de Christie —las olió con una sonrisa—. No son ni de lejos tan dulces como las tuyas.

Elizabeth continuó hacia el comedor, con el color subiendo a sus mejillas. Angus se unió a ella y dejó su caja.

—¿Empiezo a decorar la mesa?

Ella sonrió.

—¿A qué viene eso? —preguntó él.

—Es solo que parece como si llevaras aquí mucho tiempo. Como si pertenecieras a este lugar —bajó la mirada mientras él rodeaba la mesa para acercarse a ella.

—Palmerston House es magnífica. Haces que todo el mundo se sienta a gusto, querida dama. Incluso esa nueva huésped ha conseguido dedicarme una sonrisa hace un rato, así que está cayendo bajo tu hechizo.

Con la atención de repente en las velas, Elizabeth comenzó a desempaquetarlas.

—¿Adónde crees que ha ido Christie? ¿Tal vez a ver a Martin?

—Quizás. Conociéndola, volverá pronto para ayudar.

—Oh, no necesita hacer eso, no para su propia fiesta.

—Pero lo hará. Pocas personas tienen tanta amabilidad y preocupación por los demás como nuestra señorita Christie —Angus tomó una vela de la mano de Elizabeth—. Por eso os lleváis tan bien. Sois almas gemelas.

—Gracias, Angus —alargó la mano hacia otra vela al mismo tiempo que Angus y él tomó su mano entre las suyas, llevándosela a los labios.

Se miraron fijamente. En el vestíbulo, comenzó a sonar el teléfono.

—Será mejor que... conteste —Elizabeth se apresuró hacia el vestíbulo, sintiéndose cálida por dentro.

—¿Crees que debería ponerme los zapatos nuevos, cariño? —Daphne tenía tres vestidos extendidos sobre la cama y balanceaba un par de zapatos en cada mano.

En el baño, con la cara cubierta de espuma de afeitar, John hizo una pausa y la miró a través del espejo.

—¿Cuáles son los nuevos?

—Los de la mano izquierda.

—¿Con qué vestido?

—Lo que quiero es ponerme mis zapatos nuevos, y entonces podré elegir el vestido adecuado.

Con un suave suspiro, John se dio la vuelta.

—Los zapatos nuevos serán perfectos.

—Pero ¿y si la gente piensa que soy demasiado mayor para llevarlos? Tienen un tacón muy alto y odiaría parecer ridícula —Daphne frunció el ceño.

—Nadie pensaría eso jamás, cariño. Adelante, póntelos y te garantizo que recibirás algunas miradas de admiración —se limpió la cara y salió, con una toalla envuelta alrededor de la cintura.

—¡Pero es la noche de Christie, no la mía! Oh cielos, quizás no debería ponérmelos.

John cogió los zapatos nuevos de Daphne y los puso sobre la cama. Luego cogió el otro par, que devolvió al armario.

—Parece que solo tienes un par, así que elige un vestido.

Daphne soltó una risita.

—Estaba siendo tonta, ¿verdad?

—Un poco. Y algo emocionada. —John le besó la mejilla—. Vamos a pasar una velada encantadora y has hecho bien en encontrar un regalo tan bonito con tan poco tiempo.

—Gracias. Solo quería algo que esos dos pudieran llevar a bordo del Mar de jazmín. Martin es un entusiasta de los pícnics, pero sé lo pequeña que es la cocina. ¿Qué puede haber mejor que pescar tu propio pescado y cocinarlo en tu propia barbacoa? —Cogió un vestido y se lo puso por delante—. No puedo creer lo pequeñas que hacen ahora esas parrillas con tapa. Son perfectas para cuando nos vayamos de camping.

—¿Eh?

—Cuando nos jubilemos. Estaba pensando en una pequeña caravana.

—Ese vestido es precioso. —Cambió de tema mientras regresaba al baño—. Voy a darme una ducha rápida, y después el baño es todo tuyo.

—Quizás mejor el otro vestido. Claro, cariño. Tenemos mucho tiempo, pero si llegamos temprano, puedo ayudar a Elizabeth.

Se oyó la ducha y Daphne sonrió. Solo estaba bromeando a medias sobre la caravana.

Martin se apoyó en la barandilla de la cubierta con un vaso de té helado. En una hora, o dos como máximo, Rivers End estaría

envuelto por la tormenta. Por el color de las nubes y la abrumadora humedad, descargaría un diluvio de agua, precedido por vientos cálidos. Tenía la intención de estar en Palmerston House mucho antes de eso.

Trev acababa de llamar con la buena noticia de que Rupert sería acusado de una serie de delitos, incluidos los de conducción bajo los efectos del alcohol, allanamiento y daños intencionados. Aún mejor era la orden de arresto para Ingrid. Aunque su paradero todavía eludía a la policía de Melbourne, Trev dijo que era solo cuestión de tiempo.

—¿Qué hay de Derek? —había preguntado Martin.

—Es una persona de interés. En este momento queremos tener una agradable charla.

—¿Y cuándo sucederá eso, Trev?

—Cuando se le localice.

—¿Localice?

—No te preocupes. Su secretaria nos acabó diciendo que había conducido hasta una nueva urbanización al oeste de la ciudad. Tarde o temprano aparecerá en su oficina o en su apartamento y estará disponible para responder algunas preguntas interesantes.

—¿Estás seguro de que no viene aquí?

—Estoy bastante seguro de que los de Melbourne lo tienen todo bajo control, Martin. Todo lo que tienes que hacer es vestirte bien para esta noche para que tu prometida esté orgullosa de ti.

Martin sonrió ante la palabra prometida. Miró su reloj. Faltaba hora y media para la fiesta; seguramente ella estaría poniéndose guapa en ese momento.

Capítulo 61

Cambio de poder

Aquello no era posible. Sin embargo, allí estaba él, con una expresión de pura maldad en el rostro que ella había esperado no volver a ver nunca. Los pies de Christie se aferraban al suelo como si estuvieran anclados.

Corre.

Su corazón no latía, estaba segura de ello, y no había aire en sus pulmones.

—El champán no va a venir solo, Chris. ¿Quieres que vaya yo a por él? —Derek balanceó las piernas por el borde de la cama. Sonrió —. Dios mío, te he echado tanto de menos.

Una oleada de indignación dominó el miedo.

—¿Cómo te atreves?

—¿Qué has dicho? —Derek se puso de pie.

—¿Cómo te atreves a enviarme una nota anónima, sabiendo que pensaría que era de Martin? ¿Cómo te atreves a subir a bordo de mi velero y ponerte cómodo en mi cama?

Derek estalló en carcajadas. Con los puños apretados, Christie lo fulminó con la mirada. Aquel no era el hombre al que una vez había amado.

Dejó de reír, pero mantuvo la sonrisa burlona.

—Tu velero. En serio, ni siquiera te gusta el agua, ¿por qué ibas a comprar un barco?

—No lo he comprado.

—Ah. Esto es lo que ha hecho él para ganarse tu... afecto. Superarme. Al fin y al cabo, yo solo te di joyas y ropa caras, y vacaciones exóticas. Oh, espera. En realidad no me acompañaste a todas ellas, ¿verdad?

—Bájate de mi velero.

—Tenemos mucho que recuperar, cariño, así que vamos a abrir el champán. —Dio un paso hacia Christie y ella retrocedió por las puertas dobles—. Bien. Me alegra que entres en razón.

En la cocina, Christie sacó la botella de la cubitera y la dejó a un lado; luego volcó el hielo sobre el suelo tan silenciosamente como pudo.

Corre.

Él quería hacerle daño. Tenía que llegar al bote.

—¿Por qué tardas tanto?

Subió volando los escalones hacia una pared de humedad y un cielo cargado de nubes. Después de colgarse el bolso cruzado, se puso a trabajar en el nudo que sujetaba el bote.

—Vamos, vamos. —Sus dedos apenas movían la cuerda.

—¡Pero qué…! —gritó Derek, seguido de un golpe y unas maldiciones.

Christie casi había desatado la cuerda.

Las pisadas resonaron en los escalones detrás de ella y se apartó justo cuando él irrumpía en la cubierta.

—Zorra.

El velero se balanceó fuertemente por el viento borrascoso y caliente, obligando a Christie a trepar alrededor del lateral de la cabina casi a gatas.

—¡Vuelve aquí! —La furia de Derek espoleó a Christie. Podía dar la vuelta y terminar de desatar la cuerda. En unos segundos estaría en el bote auxiliar y remando más fuerte de lo que jamás lo había hecho. Cerca de la proa, se incorporó. Derek la seguía de cerca.

—¡Para, Derek! —gritó ella—. Podemos arreglar esto en tierra.

Derek seguía avanzando, pero con dificultad. Cojeaba, mientras su pie izquierdo dejaba un rastro de sangre en las tablas de madera. Distraída por su pie, Christie calculó mal lo cerca que estaba y ahora

no tenía a dónde huir. Él se detuvo, separando las piernas para contrarrestar el movimiento del barco.

—Maldita zorra. Vamos a arreglar esto aquí y ahora.

Tan rápido como arreció, el viento amainó por completo, dejando un silencio inquietante. Christie mantenía las manos levantadas frente a su pecho, con las palmas hacia Derek. Su aliento olía al alcohol.

—Siento que te hayas hecho daño, y nos ocuparemos de eso en cuanto volvamos a Rivers End. —Su voz era tranquila—. Me has asustado. No te esperaba aquí y...

—No. Esperabas a tu precioso artista. Bueno, lo primero es lo primero. Tú y yo vamos a bajar para arreglar las cosas.

—Eso ya quedó atrás.

—Oh, yo iría con cuidado, Chris. Si quieres que ese muerto de hambre quede de una pieza, harás lo que yo te diga.

Un escalofrío de miedo recorrió la espalda de Christie.

—¿Por qué enviaste a Rupert?

Derek parpadeó.

—¿A quién?

—Entró en mi garaje. Y después allanó otros tres sitios, causando daños terribles y mucha angustia.

—Yo no le dije que hiciera eso.

—Quería comprar la casa, Derek. Y admiro tu persistencia. —Christie movió los pies un poco, manteniendo el contacto visual—. Pero estoy apegada a ella, así que ni siquiera Ingrid, rebuscando entre mis cosas, iba a asustarme para que se la vendiera a un desconocido.

—Eso fue idea suya.

—Te creo. Nunca le caí bien, desde la primera vez que nos conocimos, en nuestra casa. Nuestra, Derek.

—Le dije que era una idiota. No permitiría que te hiciera daño, Christie. Ves, te he llamado Christie.

—Siempre te quiso a ti, y yo estaba en su camino. —Se movió de nuevo. Solo un poco más y habría espacio suficiente para pasar junto a él.

—Bueno, ya se ha largado definitivamente. Se marchó en cuanto se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. La policía la estaba buscando, y pueden llevársela. Lo que me importa es que vuelvas a casa conmigo.

Christie bajó las manos.

—Me voy a Auckland en un par de días. Trabajo.

—Con Carlo.

—Sí, con Carlo.

—Y después volverás. ¿A nuestro apartamento? —Derek miró sus manos y ella rápidamente cubrió su mano izquierda con la derecha —. ¿Lo harás?

—No sé cuánto tiempo estaré fuera.

—Yo sí. Dos semanas. De hecho, tengo billete para el mismo vuelo que tú, pero pensé que podríamos comenzar el proceso de reconciliación antes.

Me has estado acosando.

Con náuseas, Christie bajó la mirada. El temblor de sus manos empeoró y entrelazó los dedos.

—¿Llevas un anillo?

—¿Qué?

—Enséñamelo. —Derek le agarró ambos brazos y la giró, quedando él de espaldas al agua—. ¡No te alejes de mí!

—Derek, yo...

—Enséñamelo. —Le tiró del brazo izquierdo con tanta fuerza que ella gritó. Él miró fijamente su mano—. Solo hay un anillo que deba estar ahí.

Era como un *déjà vu*. El año pasado había entrado en la cabaña sin permiso, exigiéndole que volviera a llevar su anillo de compromiso. La fuerza y la ira, alimentadas por la sensación de impotencia, le habían impedido defenderse.

—Quítatelo.

—Derek, no.

—Nunca puedes hacer simplemente lo que se te dice. Tienes que complicarlo todo. —Su cara enrojeció y apretó más el agarre en su mano—. Quítatelo.

—Vale. Vale, lo haré. Pero suéltame, me estás haciendo mucho daño.

—Di por favor.

—Por favor.

Él le soltó la mano y ella comenzó a quitarse el anillo.

—Está apretado, dame un momento.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios. Una fuerte ráfaga de viento agitó el agua. El velero se balanceó ligeramente y Christie ajustó sus pies para mantener el equilibrio, concentrándose en su mano.

Derek miró por encima del hombro hacia el mar embravecido mientras Christie deslizaba el anillo en el bolsillo exterior de su bolso y lo empujaba detrás de ella.

Se abalanzó sobre Derek, con los puños apretados. Le golpeó en el estómago y, cuando él se dobló, ella empujó con todas sus fuerzas. Uno, dos, tres pasos tambaleándose hacia atrás y él se balanceó al borde mismo de la proa.

Agitando los brazos para recuperar el equilibrio, Derek intentó agarrarla, fallando cuando ella se dejó caer de rodillas. Esta vez, no estaba indefensa.

¡Bájate de mi barco!

Le golpeó el pie sangrante. Él aulló de dolor y, tras un empujón más, cayó por la borda.

Capítulo 62

El valor yace en lo profundo

Christie se lanzó cuan larga era sobre la cubierta y se asomó por el borde. Derek sabía nadar. Pero había estado bebiendo.

¿Qué he hecho?

Él emergió entre una explosión de espuma, tosiendo y maldiciendo.

—¡Lánzame... —escupió agua—, una cuerda! —agitó los brazos —. Te vas a arrepentir.

No. Ella no se estaba arrepintiendo de nada ahora y se puso de pie.

—¡Maldita sea! Me estoy ahogando —pataleó en círculo como un perro.

Christie descolgó un salvavidas del costado de la cabina.

—Enviaré a alguien para que te saque.

—¡Tíramelo! —gritó furioso.

—Di por favor.

—Voy a matarlo a él. Y luego a ti.

Un terror helado invadió a Christie y retrocedió.

—Espera, lo siento. Por favor, tíralo —sus súplicas la siguieron hasta la popa, donde desató primero un bote auxiliar y luego el otro. Tenía que mover el Mar de jazmín. En un minuto o dos, él se daría cuenta de que simplemente nadar hasta la popa y subir era una opción. Lanzó el salvavidas por encima de su cabeza para obligarle a nadar en dirección contraria.

No había forma de que pudiera levantar el ancla a tiempo. De debajo del asiento, cerca de la popa, recuperó la llave de repuesto. Después de un par de intentos, el motor rugió y, a través del ruido, Christie oyó gritar a Derek.

En una caja de aparejos fija, encontró las cizallas de Martin. Se tambaleó hasta la proa, agarrándose a la barandilla mientras el velero se balanceaba. Usando toda su fuerza cortó la cadena del ancla y sintió cómo el velero suspiraba de alivio.

Apenas se percató de un rumor distante de truenos mientras se arrastraba de vuelta al timón, luchando ahora por mantenerse erguida contra vientos cada vez más fuertes. Aceleró y dirigió la proa hacia el hueco entre los acantilados. El Mar de jazmín respondió, moviéndose suavemente a través de las aguas agitadas.

De alguna manera, había escapado. Derek estaba trepando a un bote auxiliar. Nunca la alcanzaría en eso. Mantendría la distancia hasta que llegara ayuda. Hurgó en su bolso y encontró su teléfono.

Christie dejó escapar un sollozo. El teléfono estaba apagado. Demasiadas llamadas atrás había olvidado dejarlo enchufado y cargando. Ahora casi era de noche y en minutos tendría que decidir adónde ir.

¡Cálmate!

Regulando su respiración, dejó el pánico a un lado.

Había una radio abajo, donde Martin guardaba las cartas náuticas. Apagó el motor y bajó, tambaleándose por los escalones, casi cayéndose por la prisa. Pulsó el botón de encendido. No pasó nada. Movió el dial y, de nuevo, no hubo respuesta. Christie siguió el cable de alimentación detrás del banco y a lo largo de la pared hasta donde estaba enchufado.

Con incredulidad, se dejó caer al suelo y rompió en llanto. El cable estaba cortado por la mitad.

Sin saber cuánto tiempo había estado acurrucada en el suelo, llorando, Christie se sobresaltó cuando un trueno retumbó sobre su

cabeza.

Contrólate.

Había una salida de aquella situación. El velero estaba a la deriva y sin ancla, cualquier cosa podía salir mal.

De vuelta en cubierta, se dio cuenta de lo lejos que había llegado de su amarre. Un poco más y aquellas rocas alrededor de los acantilados habrían hundido el barco. En cuanto arrancó el motor, llevó el Mar de jazmín de vuelta al canal. "Para navegar con seguridad hay que mantener la misma distancia en cada lado. Es un buen canal, profundo y bastante predecible con cualquier tiempo, pero también estrecho. Quédate en el medio".

Sus palabras daban vueltas en su cabeza.

Profundo.

Sí, por supuesto que el agua era profunda allí. Corrió hacia los asientos y encontró un chaleco salvavidas.

Derek quería matar a Martin. No tenía forma de advertirle a él ni a nadie más, gracias al cable de alimentación que Derek debió haber cortado cuando subió a bordo. Realmente lo había pensado todo. La seduciría con champán, pero, por si acaso, se aseguraría de que no tuviera forma de pedir ayuda.

—¡No pienso dejar que me pisotees más! —gritó hacia la playa. El viento se llevó sus palabras, pero no le importaba. Se había enfrentado a Derek. Le había impedido hacerle daño. Ahora tenía que proteger al hombre que amaba.

Con mucho cuidado y utilizando los últimos momentos de luz mortecina para guiarse, Christie dirigió el Mar de jazmín entre los acantilados. La tormenta se cernía desde el suroeste, lo que la ayudaría a llegar a Rivers End. Estaba justo después del cabo, a apenas un par de millas náuticas. Aquello podría ser lo más difícil que hubiera hecho jamás. Pero lo haría.

Martin había hablado de las leyes de la atracción. Christie visualizó el embarcadero. Estaría oscuro y la marea agitada, pero podría llegar allí y amarrar el velero de forma segura. Luego, iría a su casa, se lanzaría a sus brazos y él haría que todo volviera a estar bien. Una enorme ráfaga de viento frenó el velero, haciendo que el motor protestara. Christie lo apagó.

Ahora solo se oía el sonido del agua y algún trueno ocasional. Estaba en mar abierto. Sobre aguas profundas.

Llega al embarcadero.

Obligó a sus pies a moverse y a sus manos a seguir las instrucciones que les daba. El barco crujía y gemía mientras izaba las velas. El *spinnaker* se hinchó y el Mar de jazmín se dirigió velozmente hacia Rivers End.

Empapado, sangrando y alimentado por una ira que hacía palpitar su cabeza, Derek remó hacia la orilla. Nunca, en toda su vida, se había sentido tan humillado. Tan herido. Era como si le hubieran arrancado el corazón y lo hubieran tirado por la borda junto a él. Se había tomado muchas molestias para arreglar las cosas y ella había perdido la cabeza. Iba a encontrar a Martin Blake. Y luego encontraría a Chris.

El bote se detuvo bruscamente a un par de metros de la orilla y Derek maldijo mientras salía a duras penas hacia el agua, que le llegaba hasta las rodillas. Todo le dolía. Dejó el bote donde estaba y avanzó pesadamente hasta la arena seca. Sus zapatos estaban en ese velero. Junto con su prometida.

—Te quiero, Chris. —Y era cierto. Ella era suya y, de una forma u otra, a pesar de su confusión, muy pronto lo descubriría.

Derek intentó encender la linterna de su teléfono, pero ni una sola luz parpadeó. Lo tiró al océano. Tenía un llavero con una linterna en las llaves del coche, así que las sacó y esta vez apareció un pequeño haz de luz. Tenía que mantener el pulgar en el botón, pero después de un par de tropiezos, llegó al aparcamiento.

Su pie todavía sangraba por haber resbalado sobre los cubitos de hielo e irse directo contra la pata de la mesa, cortándose entre los dedos. Dios, cómo dolía. Probablemente pillaría alguna infección. Martin Blake también pagaría por eso.

Los árboles lo rodeaban y perdió el sentido de la orientación. Su pie cortado golpeó algo metálico y casi gritó de dolor, cayendo de

rodillas. Era una palanca. Olvidando el dolor, Derek se levantó e intentó averiguar dónde estaba. Sonrió. Primero el artista.

Capítulo 63

Advertencia de peligro

Martin salió de la ducha al sonido de su teléfono. Casi tropezando con Randall, que tenía la costumbre de tumbarse atravesado en la puerta del baño, luchó por deslizar el dedo por la pantalla con los dedos húmedos.

—Martin, soy Trev.

—¿Qué ocurre?

—Una pequeña actualización. ¿Está Christie contigo?

—No. Está en Palmerston House. ¿Por qué?

—Probablemente no sea nada. Nuestro amigo Rupert ha decidido confesarlo todo y lo que ha dicho sobre Derek Hobbs es bastante comprometedor.

Martin se estiró hacia el baño para coger una toalla.

—¿Cómo?

—En pocas palabras, Derek envió a Rupert a comprar la cabaña. Todo iba según lo previsto, desde su punto de vista, y Christie le hizo creer a Rupert que podría considerarlo.

Martin puso el teléfono en altavoz y lo dejó sobre la cama mientras se secaba.

—Vale. Si él lo dice.

—En fin, Ingrid se metió por medio y desencadenó su serie de acontecimientos. Derek se puso nervioso y le dijo a Rupert que quería resultados. A cualquier precio. Tu nombre salió bastante y el de ella también.

—¿Ha amenazado a Christie? —Lanzando la toalla a un cesto de la ropa con más fuerza de la necesaria, la voz de Martin se endureció—. Voy para allá ahora mismo.

—Las amenazas iban más dirigidas a ti, amigo. Mira, no sabemos dónde está. No hay rastro de él en su oficina o en su apartamento y resulta que alquiló un coche hace unas horas.

—Entonces, ¿viene aquí?

—Probablemente no. Lo más seguro es que haya ido a reunirse con Ingrid y todo sea pura bravuconería. Pero mantente alerta, ¿vale?

—¿Vendrás esta noche?

—Eso espero. A este paso, puede que me quede con el uniforme puesto.

—Te veré en breve. —Martin colgó y marcó el número de Christie, quitando el altavoz. Saltó directamente el buzón de voz y él hizo una mueca—. Cariño, salgo en cinco minutos, pero hazme un favor y quédate cerca de Angus. Llama a Trev si ocurre algo extraño, ¿vale? Nos vemos pronto.

Sí que iba a poner a cargar su teléfono…

Hablaremos de eso.

Llamar al teléfono fijo de Palmerston House solo le retrasaría, y de todos modos llegaría allí en unos instantes. Terminó de vestirse y se puso unos zapatos.

Randall le siguió por la casa mientras Martin recogía su cartera y las llaves.

—Será mejor que te quedes aquí. —Le dio unas palmaditas a Randall en la cabeza junto a la puerta—. No tiene sentido que los dos nos mojemos al volver.

El aire seguía caliente y pegajoso, pero una fuerte brisa advertía del cambio inminente que se avecinaba. Martin cerró la puerta corredera. Un relámpago rasgó el cielo hacia el mar en el horizonte y se giró para observar cómo unas nubes pesadas se deslizaban por el cielo que oscurecía. Siguió un trueno largo y grave. Al menos Christie estaba segura con sus amigos.

Palmerston House era una estampa mientras Martin conducía el viejo todoterreno de Thomas por la entrada. Las primeras gotas de lluvia habían comenzado a caer cuando salió de su casa, así que regresó por las llaves del coche y, afortunadamente, arrancó a la primera. Se le ocurrió que tener algo más que su moto sería una posible adición en el futuro. El Lotus de Christie estaba muy bien para sus necesidades, pero una vez tuvieran familia, necesitarían un segundo coche.

Pronto, Thomas y Martha estarían de vuelta, y Christie solo se ausentaría durante quince días. Él aprovecharía ese tiempo para terminar su cuadro y hacer planes para ambos. Luego podrían concretar los detalles y decidir una fecha para casarse. Por primera vez en su vida, Martin tenía un propósito más allá de su arte.

No habría más días y noches que se convertirían en semanas y meses, mientras él solo abandonaba la propiedad para comprar o para darle a George la oportunidad de asistir a sus reuniones del ayuntamiento. Randall era un compañero increíble, pero ahora había más. Luz y vida, amor y pasión, llenándole de ansia por comenzar.

Condujo alrededor de la fuente y aparcó mirando hacia la carretera. La lluvia cesó. Cuando bajó, Angus apareció por la puerta principal abierta. Para cuando Martin llegó a los escalones, Angus ya estaba abajo, con la preocupación reflejada en sus ojos.

—Parece preocupado —dijo Martin mientras le estrechaba la mano.

—Es solo que... —Angus miró hacia la entrada—. Pensábamos que Christie estaría contigo.

—¿Angus? ¿No está aquí?

—No.

Martin se giró para marcharse, pero Angus puso una mano en su brazo.

—Entra. Tenemos que enseñarte algo —Angus retiró la mano y volvió a subir los escalones.

Martin le siguió.

—¿Cuándo se fue?

—No la hemos visto desde esta mañana.

Elizabeth estaba justo en la puerta, y su sonrisa se desvaneció cuando solo entraron Angus y Martin.

—Oh. No está contigo.

—No. Tengo que encontrarla.

—Martin, ¿qué hay de la nota? —Elizabeth se apresuró hacia las rosas y extrajo la nota—. No quisiera entrometerme, pero Christie pasó por aquí antes y dejó este ramo. No la vimos, solo oímos el coche, pero nos preocupamos por la tormenta que se acercaba e intentamos llamarla.

—Se que quedado sin batería —Martin forzó las palabras.

¿Dónde está?

—La nota, querido. Para verse contigo en el velero.

—Yo no he enviado ninguna nota. Ni rosas.

—Dice: «Te veo en el barco a las cinco de la tarde». Pero si tú no la enviaste, ¿entonces quién lo hizo?

Capítulo 64

Faro de esperanza

Sin luna que iluminara el camino, Christie mantenía el Mar de jazmín bajo estricto control, impidiéndole deslizarse por el agua tan rápido como quería. Cuando hubo rodeado el promontorio, manteniéndose a una distancia prudencial del acantilado, le costó toda su fuerza y estrategia dirigir el velero hacia tierra de nuevo.

Cuanto más se alejaba de Derek, más se preocupaba Christie. Llevar el velero a mar abierto por la noche estaba plagado de peligros y era dolorosamente consciente de los riesgos. Sin radio ni teléfono, cualquier error de cálculo podría ser fatal. La idea de hundir el velero le provocaba náuseas. Pero, ¿qué otra opción tenía? Derek habría encontrado la manera de atraparla si hubiera intentado remar hasta la orilla. Estaba loco. Algo en su mente se había roto y ya no creía que fuera a escucharla.

¿Y si llegaba a Martin primero? Christie gritó de miedo. Pero Martin era fuerte, rápido y no estaba agotado. Incluso si Derek lo atacaba, seguro que Martin podría defenderse, ¿no? ¿Y si lo pillaba desprevenido, como había hecho con ella? ¿Y si le hacía daño a Randall? Una tras otra, las preguntas se sucedían en espiral, hasta que enterró la cabeza entre las manos.

Basta. Llega al embarcadero.

Arrió el *spinnaker* mientras se acercaba a Rivers End. El viento zarandeaba Mar de jazmín desde un lado, balanceándolo en el mar embravecido. A su izquierda, la luz de la casa de Martin era un faro de esperanza. No había forma de que Derek llegara allí antes que

ella. Estaba herido y puede que ni siquiera hubiera regresado a tierra todavía. Esa pesadilla casi había terminado. Pero tenía que llegar hasta Martin.

Christie arrancó el motor, con las velas arriadas, cuando el embarcadero apareció en la oscuridad. Mantuvo el timón alineado y lentamente acercó el velero hasta el extremo del embarcadero. El costado del barco raspó contra la madera, enviando un estremecimiento a través de la cubierta. Antes de que pudiera alejarse, Christie estaba en la popa, lanzando la cuerda sobre un pilote expuesto y tirando con todas sus fuerzas. No era perfecto, pero había llegado.

Apagó el motor. Lo había conseguido. La euforia se desvaneció cuando su cuerpo recordó que estaba exhausto.

Pronto. Ahora encuentra a Martin.

Del velero al embarcadero, y del embarcadero a la arena, obligó a sus piernas a avanzar.

Capítulo 65

Perdida

La lluvia golpeaba el parabrisas. Los limpiaparabrisas gastados de Thomas eran casi inútiles para apartar el agua. Protestando por la velocidad que Martin le exigía, el viejo coche traqueteaba, pero respondía, subiendo la colina hacia Willow Bay.

¿Cómo había pasado aquello por alto? Había hablado con Christie hace unas horas y sus planes eran ir a la peluquería y luego pasar un rato en la cabaña. Ahí debió de ser donde entregaron las rosas. Y, por supuesto, ella pensaría que él las había enviado, después de haberle pedido que fueran a navegar hoy. Dios mío, debió sentirse tan feliz, pensando que él había cambiado de opinión y quería robarle una hora. En lugar de pintar, podría haber evitado eso.

Si Derek le ponía un solo dedo encima... Sus dedos se tensaron sobre el volante hasta quedarse blancos.

Su teléfono sonó cuando llegó a la estrecha carretera de Willow Bay.

—¿Christie?

—Soy Trev. Lo siento, amigo.

Martin aceleró.

—¿Te lo ha dicho Angus?

—Sí. He avisado a la central y atraparemos al cabrón antes de que ocurra nada. ¿Dónde estás?

—Acabo de entrar en el aparcamiento. Su coche está aquí. Te llamo luego —Martin saltó fuera, dejando la puerta abierta—. ¡Christie! —La capota del Lotus estaba subida y el coche cerrado y

vacío. Volvió a por el teléfono en el coche de Thomas y corrió hacia la playa.

Un trueno retumbó desde el otro lado de los acantilados. La tormenta estaba casi sobre él. El viento agitaba la marea. Un bote flotaba, entrando y saliendo con las olas. Martin se metió en el agua, arrastrándolo hasta la arena. Los remos estaban en el fondo. Había algo más. Dirigió la linterna de su móvil bajo el asiento. Era sangre.

—No, no, no —Llamó a Trev y escudriñó la bahía. Vio el destello de un relámpago—. Te necesito aquí. Hay sangre en un bote —Otro relámpago y esta vez, estaba seguro. Unos helados dedos de desesperación se expandieron desde su estómago hasta que todo su cuerpo se congeló en aquella calurosa y húmeda noche.

—¿Martin? ¿Estás ahí? —gritó Trev por teléfono—. No puedo oírte.

Ella había desaparecido. Todo su mundo se derrumbó en un instante. La luz y el amor, la vida y la pasión perdidas. Derek tenía a Christie y era su culpa. Estaba indefenso y solo.

—Estamos casi allí.

—Trevor. El Mar de jazmín ha desaparecido.

Trev corrió hacia la playa, agitando una enorme linterna. Martin estaba de pie, con los tobillos en el agua.

—Martin. ¿Estás seguro?

—Estoy seguro —Cogió la linterna, deteniendo la potente luz sobre cada velero—. Ha desaparecido.

—Bueno, vamos a encontrarla. La Guardia Costera está en camino.

—Te pregunté si Derek venía hacia aquí —La voz de Martin era plana, completamente desprovista de emoción.

Trev recuperó su linterna.

—Vamos, la encontraremos, pero no quedándonos aquí parados —Puso una mano en el hombro de Martin—. ¿Existe alguna posibilidad de que simplemente haya salido a navegar?

—¿Crees que es posible? ¿Que Derek ni siquiera esté involucrado? —La expresión de Trev delató sus pensamientos y Martin se dirigió al bote que había recuperado—. ¿De quién es la sangre entonces?

Trev dirigió la luz hacia el bote.

—No hay forma de saberlo. Quizá se cortó ella. Quizá es de él. Pero especular no nos ayudará a encontrarla, así que sugiero que nos pongamos en marcha.

Ambos hombres subieron trotando por la pendiente hacia el aparcamiento, con el viento a sus espaldas.

—¿Qué demonios? —Trev divisó un rastro de sangre que conducía hacia la maleza. Solo había unas pocas gotas aquí y allá, que se iban diluyendo a medida que la lluvia se intensificaba, pero era un rastro al fin y al cabo.

—Eh. Para. Mira ahí. —Trev enfocó la linterna en un punto oscuro entre los arbustos.

—¿Qué es?

—Un pasamontañas. Como el que usó Rupert. Quienquiera que sea el dueño de la sangre ha tropezado con el escondite de Rupert.

—¿Escondite?

—Tiró su pasamontañas. Y una palanca.

Martin se quedó callado. Trev le miró.

—¿Qué?

—El viento viene del suroeste. Christie sabe ir a favor del viento. Tenemos que irnos. —Motivado, Martin corrió hacia el coche de Thomas. El motor giró, gruñó y traqueteó.

—¿Sabes? Tengo unas cosas llamadas sirena y luces. ¿Quieres que te lleve? —Trev sonrió mientras Martin saltaba fuera de nuevo.

El coche patrulla solo llegó hasta el final del camino antes de detenerse cuando una segunda unidad entró. Trev se bajó para hablar con Jacqui y Gareth.

Luces intermitentes, lluvia, noche cerrada. El terror de algún acontecimiento incomprensible. Martin presionó los dedos contra su sien. Apenas recordaba la noche en que murieron sus padres y su abuela. Un niño tan pequeño, seguro en un asiento elevado. Unos policías uniformados rondaban por allí, eso lo recordaba. Voces preocupadas.

Pánico.

Thomas llegando a su lado. Su querido y fuerte abuelo llorando en un funeral por tres.

Christie prometió que nunca le abandonaría. Fuera de la cabaña, bajo la luz de las estrellas, había tomado sus manos y le había asegurado que siempre volvería si necesitaba trabajar. Ella comprendía su pérdida infantil. Dos almas gemelas, aunque diferentes en la forma de gestionar el dolor. Y, de alguna manera, se habían encontrado el uno al otro.

Trev volvió a deslizarse tras el volante.

—Nos vamos. —Miró a Martin mientras arrancaba el motor—. ¿Estás bien?

—Tenemos que llegar al embarcadero.

—Sí. Nos vamos ya. —Metió el coche en la carretera principal y encendió la sirena—. Esos dos van a buscar por la maleza y vigilarán, por si ella regresa.

—¿Y si él la tiene?

—La Guardia Costera no está lejos.

—Necesitamos a más gente que la busque.

—Ya vienen. Lo que tienes que hacer es mantener la calma, y como amigo tuyo, sé que es difícil. Concéntrate en lo que sabemos. Hay un aviso de búsqueda para el coche que alquiló Derek Hobbs.

—¿Un aviso?

—Así sabremos si intenta huir.

—Necesito informar a Angus.

—Llámalo.

La radio de Trev crepitó. La conversación tenía poco sentido para Martin, pero tras unas palabras de la central, Trev aceleró.

—Han avistado un coche que podría ser el suyo.

—¿Dónde?

—Dirigiéndose a la cabaña.

—Déjame cerca del embarcadero.

—Lo mejor que puedo hacer es dejarte en el puente, amigo. Llévate mi linterna y sigue el río. Llámame en cuanto llegues allí. ¿Vale?

Martin asintió, marcando el número de Palmerston House. En unos minutos estaría de pie y, de un modo u otro, encontraría a su chica.

Capítulo 66

Intenciones mortales

En cuanto Christie abandonó el embarcadero, Derek emergió de las sombras. Ya la encontraría más tarde, pero su prioridad era asegurarse de que Martin Blake nunca volviera a ser un problema.

No había forma de que el artista dejara el barco allí y, además, querría asegurarse de que Derek no estuviera cerca. Llegaría bastante pronto. Esa playa no era lugar para echar el ancla y, a pesar de la afirmación de propiedad de Christie, Derek sabía que el artista era su verdadero dueño.

Derek blandió la palanca como una espada mientras cojeaba por la arena. El pie le estaba matando y tenía poco tiempo. Cuando todo eso terminara, Christie podría cuidar de él. Responder a cada una de sus llamadas y dedicar mucho tiempo a compensar lo que había hecho. Cuando recordara cuál era su lugar junto a él, nunca, jamás, volvería a dejarlo.

El embarcadero crujió, empapándole las piernas con la espuma marina. Subir a bordo había sido complicado con el movimiento del velero, y sus músculos gritaban cada vez que se movía. Podría haberse ahogado allí fuera, incluso con el salvavidas tan reticentemente proporcionado. Usó la palanca para estabilizarse mientras se encaramaba sobre la barandilla.

Derek recuperó sus zapatos. Fue una agonía meter su pie herido y atar los cordones. De vuelta en la cocina, el hielo se había derretido, dejando charcos que se filtraban en la madera. Había

sangre en la pata de la mesa. Había una buena muestra de ADN allí, así que menos mal que pronto no habría manera de conseguirlo.

El bolso de Christie estaba sobre la mesa, cerca de la radio, con el teléfono medio fuera. Estaba sin batería, pero se lo guardó en el bolsillo y revisó el bolso, cogiendo las llaves de su coche y de la cabaña. Las tarjetas de crédito y el carnet de conducir eran reemplazables, junto con algunos cosméticos. Eso era todo, excepto que... en el bolsillo delantero, vio su anillo.

Triunfante, Derek lo levantó. Un diamante y cuatro esmeraldas. Ni de lejos era tan impresionante o caro como el que le había comprado en Londres. Quizás le quitaría las piedras y lo transformaría en otra cosa. Ella nunca podría decir que lo había tirado, por mucho que quisiera tirarlo por la borda. No, aquello era un extra. Por si seguía siendo desafiante.

Abrió la escotilla de la llamada sala de máquinas, un espacio apenas lo suficientemente grande para estar de pie. Aquella era la parte más baja del velero, por lo que solo había un par de capas de madera entre él y el océano. Había un mazo de goma colgado de un gancho. Insertando el extremo afilado y plano de la palanca entre dos tablas, golpeó el extremo con el mazo. Otra vez, y otra vez, girándola hasta que, con un ligero "pop", se movió. La sacó y un pequeño chorro de agua de mar comenzó a burbujear.

Tenía que ser suficiente. Si fuera más rápido, Martin se subiría a un barco medio hundido. Tenía que confiar en que, entre la tormenta, el daño que había causado a los chalecos salvavidas y la distancia de regreso a Willow Bay, el Mar de jazmín y Martin Blake acabarían sumergidos.

Un trueno retumbó a través de la bahía mientras Christie se tambaleaba hasta la cima del acantilado. Le costaba respirar y tenía la visión borrosa. La sed atormentaba su cuerpo.

Ya en la terraza, su esperanza se desvaneció. La puerta estaba cerrada y las luces apagadas en el interior. Él ya se había marchado.

Puso la mano en el cristal y apoyó la frente junto a ella. Con los ojos cerrados, sus latidos se ralentizaron y respiró profundamente.

Desde el otro lado de la puerta, Randall gimoteó y Christie abrió los ojos. Deslizó la puerta y él se lanzó hacia ella.

—Eh, está bien, perrito —. Antes de que se mojara, Christie entró y, cuando Randall se unió a ella, cerró la puerta.

—¿Martin? —fue una llamada de esperanza. No estaría allí, en la oscuridad. Necesitaba enchufar su teléfono y llamarle. Y a Trev, y a cualquier otra persona que pudiera ayudar.

Pero su teléfono no estaba en su bolsillo.

Su bolso no colgaba de su cuello. Estaba donde lo había abandonado para seguir el cable de alimentación. Las llaves de su coche y de la cabaña estaban dentro.

¡Mi anillo de compromiso!

Se arrodilló para rodear con sus brazos el cuello de Randall.

—¿Qué hago? —Su cola golpeó el suelo y le lamió la cara—. Estoy tan cansada, Randall. —Necesitaba las llaves del Lotus y de la cabaña. Y no pensaba dejar su anillo atrás.

Palmerston House estaba a un kilómetro de distancia. El velero estaba a la mitad de ese trayecto. Bajar corriendo por el acantilado solo le llevaría unos instantes y luego cortaría por el interior junto al río. Iría a la primera casa que encontrara y pediría ayuda.

Derek se agachó en un rincón protegido, cerca de las escaleras de piedra, vigilando para ver si Martin Blake se marchaba en el velero y desaparecía en la tormenta. Después, buscaría a Chris. Estaría disgustada por lo del artista, pero los accidentes pasan y, después de todo, ella había dejado el velero allí bajo un clima peligroso.

Un rayo cayó en el océano cercano. Alguien corría hacia el embarcadero, con la cabeza agachada contra el viento. El trueno retumbó y Derek retrocedió un poco más hacia su refugio. Tenía razón: el artista nunca dejaría su precioso barco atado a un

embarcadero que pronto estaría bajo el agua. Se rio. Se lo merecía por robarle la mujer a otro hombre.

La figura se detuvo al final del embarcadero, mirando hacia atrás cuando un perro apareció corriendo. La persona se inclinó para hablar con el perro y luego se enderezó. Cuando pisó el embarcadero, el cielo se iluminó. No era Martin Blake. Con el pelo largo pegado a los hombros, era Christie.

Las ráfagas de viento y lluvia jugaban en contra de Christie, pero refrescada por el agua y por unos instantes de descanso, encontró la fuerza para correr hasta el embarcadero. Hubo un ladrido detrás de ella y Randall galopó por la arena, meneando la cola furiosamente.

—Ay, perro travieso —Christie estaba consternada—. ¿Cómo has conseguido salir? Ahora los dos estaremos en problemas.

Un relámpago la sobresaltó. Cayó muy cerca, directamente en el océano. Un minuto y estarían de camino al río.

Solo un minuto.

Mientras Randall le pisaba los talones, llegó al Mar de jazmín.

—Quédate aquí. Vuelvo enseguida —subió a la cubierta. El barco tenía vida propia: se movía erráticamente con el viento y las olas, y se dio cuenta de que debería haberlo amarrado desde dos puntos, no solo desde uno. Christie se aferró a la barandilla hasta que llegó al pie de las escaleras. Con un suspiro de alivio, vio su bolso.

El bolsillo delantero estaba vacío.

¡No! Tiene que estar aquí.

Puso el bolso boca abajo. Sus llaves habían desaparecido. También su teléfono. Tenía que salir del velero.

De vuelta en la cubierta, no pudo ver a Randall en el embarcadero. Pero entonces sintió un hocico frío en su pierna y casi lloró.

—Te he dicho que te quedaras.

Derek podría estar en el velero o acechando cerca.

—Vamos, perrito, vamos a buscar a papá —a través del viento, oyó que alguien llamaba su nombre.

—¡Martin! ¡Estoy aquí! —gritó, escudriñando a través de la lluvia hacia su casa. No había nadie allí. Revisó la cuerda, temiendo que el Mar de jazmín se soltara.

De nuevo, escuchó su nombre. Esta vez miró hacia el otro extremo de la playa, donde las escaleras de piedra conducían al cementerio. Había una persona corriendo hacia ella. No estaba corriendo. Iba cojeando.

Con la mano aún en la cuerda, el horror invadió a Christie mientras Derek se acercaba. Él saludó con la mano y gritó. No había manera de bajarse del barco y luego del embarcadero. El terror la dejó paralizada.

Randall ladró. Ya no se trataba solo de ella. Desató la cuerda con un tirón rápido. Antes de que pudiera cambiar de opinión, Christie se lanzó al timón y lo apartó bruscamente del embarcadero.

Derek estaba allí. Le gritaba una y otra vez.

—Para. Tienes que parar.

Iba a matarla. Y a Martin. Se dio cuenta de que había arrancado el motor y, justo cuando Derek se acercó lo suficiente como para agarrar el lado del velero, ella aumentó la distancia.

Capítulo 67

Hacia la tormenta

Angus colgó el teléfono y se volvió hacia Elizabeth, con los ojos frenéticos. Los demás —Daphne, John, Sylvia y Barry— se agruparon alrededor, queriendo saber qué había dicho Martin.

A medida que cada uno había ido llegando, Elizabeth les había contado lo poco que sabían. Christie había desaparecido, presumiblemente atraída al Mar de jazmín por su exprometido. Emociones que iban desde la ira hasta el miedo llenaron al pequeño grupo. Angus recorría el suelo de un lado a otro, inconsolable, hasta que sonó el teléfono.

—Martin va hacia el embarcadero. La esperanza es que Christie esté sola en el velero y se dirija hacia la playa.

—¿Cómo lo sabe? —Daphne agarró la mano de John.

—Una suposición fundamentada. Lo dejarán en el puente dentro de un momento.

—¿Dónde está Trev? —exigió Barry.

—Al parecer vieron el coche que alquiló Derek Hobbs yendo hacia la cabaña de Christie.

—Iré yo. —Barry se dirigió hacia la puerta principal.

—Por favor, espera. Martin podría necesitarnos. La policía es perfectamente capaz de ir allí sin que ninguno de nosotros se interponga en el camino; deberíamos quedarnos aquí. Deberíamos recoger algunas mantas y toallas. Y... bueno, necesitamos estar alerta. —Angus se dejó caer en una silla y Elizabeth corrió a su lado.

—No había pensado en eso, pero sí, deberíamos estar preparados. —Barry se giró.

Con la mano de Elizabeth sobre su hombro, Angus respiró profundamente.

—Gracias. Estoy muy preocupado.

—Martin debe de estar fuera de sí. —Elizabeth habló en voz baja. Angus levantó la mano y le dio unas palmaditas en la suya.

Los faros de un coche iluminaron las ventanas. Daphne miró fuera.

—Oh cielos, es George. ¿Creéis que lo sabe?

—Yo diría que no. Quizás es momento de que decidamos cómo podemos ayudar mejor. —Angus se puso de pie. Besó la mejilla de Elizabeth—. Debemos creer que Martin la encontrará.

Lo peor de la tormenta estaba justo encima cuando Martin corría junto al río. Hinchado por la lluvia, el canal normalmente lento y poco profundo lamía los bordes del estrecho sendero. Gracias a Dios que Trev había insistido en que llevara la linterna.

Tenía que estar en el embarcadero. Habían hablado una vez sobre navegar hasta la playa de Rivers End y amarrar allí, así que ella sabía que era posible. Tenía que recordarlo.

El viento le golpeó cuando alcanzó la arena. La luz de la linterna cortó la lluvia hasta el embarcadero, pero no podía ver el velero. A menos que estuviera en el extremo más alejado... Sosteniendo la linterna en alto, Martin corrió hacia la línea de la marea.

—¡Vuelve! —Un débil grito le llegó. Se veía la silueta de un hombre, tambaleándose hacia el extremo de playa del embarcadero. El haz de luz captó la atención del hombre y miró directamente hacia Martin.

Derek.

La furia y el pavor se mezclaron en una sola emoción dominante. Martin voló hacia él.

Derek llegó primero a la playa. Titubeó cuando sus pies tocaron la arena y no tuvo oportunidad cuando Martin lo derribó contra el suelo. La linterna giró hacia la orilla mientras Martin lo inmovilizaba boca abajo.

—¿Dónde está ella? —Martin enroscó sus manos alrededor del cuello de Derek—. Tienes una oportunidad.

—Me estás ahogando. —graznó Derek—. Sálvala.

—¿Qué?

—El barco... se hundirá.

Martin le soltó para recuperar la linterna.

—Dime a qué te refieres—gritó contra el viento.

Derek hizo un gesto hacia el mar.

—Hay un agujero en el casco.

—Maldito cabrón. —Martin dirigió la linterna más allá del embarcadero. El Mar de jazmín estaba allí, bastante alejado, sin las velas desplegadas y con bajo motor. Corrió hasta el extremo más alejado del embarcadero para tener una mejor vista. No estaba bien en el agua, escorándose ligeramente hacia un lado.

—¡Christie! Soy Martin. Estoy aquí. Tienes que volver a la orilla. —El viento le devolvió sus palabras.

El Mar de jazmín se estaba hundiendo. Si Christie no se daba cuenta y seguía adelante, ambos se perderían para siempre. Sacó su teléfono mientras corría hacia la playa, viendo que Derek estaba a mitad de camino de las escaleras de piedra. Llamó a Trev mientras se quitaba los zapatos y los calcetines.

—¿Está allí, Martin? —contestó Trev.

— El Mar de jazmín está a unos cientos de metros. Hay un agujero en el casco y está entrando agua, pero no creo que Christie lo sepa.

Trev maldijo.

—Ha sido Derek Hobbs. Se dirige hacia el cementerio. —Martin se quitó los pantalones empapados.

—Voy para allá, pero necesitas ver hacia dónde va el velero.

—No hay tiempo. Solo consígueme ayuda. —Martin colgó y tiró el teléfono junto a sus zapatos. Se quitó la camisa y dejó su reloj junto

al teléfono, que estaba sonando. Solo una cosa importaba mientras corría hacia el final del embarcadero.

Un relámpago iluminó la bahía, mostrándole exactamente dónde estaba el velero. Se escoraba visiblemente y su corazón se hundió. Con un movimiento fluido, Martin se zambulló en el océano.

Capítulo 68

Hundiéndose

Algo iba mal. Christie sintió un cambio en el Mar de jazmín cuando llegaron al punto medio para salir de la bahía. La playa era una sombra distante y Derek se había marchado. Aquel era un buen lugar para quedarse; estaba demasiado lejos como para que él pudiera alcanzarla pero lo suficientemente cerca de la orilla como para que la encontraran. Si es que llegaba ayuda.

Cuando llegue la ayuda.

La tormenta ya no estaba directamente encima.

Después de alejarse del muelle, Christie se concentró únicamente en escapar de la amenaza inmediata de Derek. Había gritado su nombre una y otra vez mientras el Mar de jazmín se adentraba en la noche. Sus manos temblaban mientras luchaba por controlar el miedo de que Martin fuera realmente su objetivo. Al abandonar la costa, había fallado al hombre que amaba.

Randall había corrido arriba y abajo por la cubierta al principio, ladrando a las olas como si aquello fuera una maravillosa aventura. Después de un rato bajó, quizás cansado de la lluvia. El viento amainó y el motor de repente chisporroteó y se paró.

Allí fuera el agua era profunda. Podría haber cualquier cosa bajo del casco, al acecho. Un escalofrío recorrió la columna de Christie y apretó su agarre al timón. El velero se balanceaba arriba y abajo, pero no de la manera habitual. Iba más hacia un lado.

Giró la llave, pero el motor se negó a responder. Martin guardaba combustible de repuesto en la pequeña sala de máquinas y Christie

sabía cómo añadir el diésel. Bajó las escaleras. La escotilla de acero era difícil de abrir. Christie se sentó en el suelo y tiró, aliviada cuando se abrió. Buscó el interruptor de la luz, pero no funcionaba. Tendría que hacerlo a tientas y por intuición. Christie metió las piernas en la abertura, alcanzando con los dedos de los pies los peldaños de la escalera.

Gritó cuando su piel tocó el agua, retirando instintivamente las piernas. Tumbada sobre su estómago, metió el brazo. A un brazo de distancia encontró la superficie. La sala de máquinas se estaba llenando de agua y el barco iba a hundirse. Christie cerró la escotilla de golpe.

Se puso de pie, tambaleándose.

¡El Mar de jazmín se está hundiendo! Voy a morir.

Las lágrimas brotaron de sus ojos. Aquel precioso velero sucumbiría al agua que tanto amaba, llevándosela con él. Todo estaba perdido. No tendría ningún futuro con Martin. Ninguna familia. Nada.

Randall le acarició la mano con el hocico. Christie lo miró sorprendida. Se sentó a su lado, con ojos suaves llenos de amor y confianza. Aquel perro la había acogido en su corazón desde su primer encuentro. Había corrido a saludarla cuando ella se acercó nerviosa a la casa de Martin, con un cuadro dañado bajo el brazo y la esperanza de que el artista solitario la ayudara.

—Hola, perrito. ¿Vemos si podemos izar una vela? ¿Quizás adelantarnos a esta estúpida fuga? —Su voz apenas superaba un susurro, pero Randall meneó la cola. Christie iba a llevar a Randall a casa. Él podía nadar, y una vez estuvieran cerca de la orilla, se aseguraría de que llegara.

Capítulo 69

Uno menos

Agradecido por haber escapado de Martin Blake, Derek quería llegar a su coche y marcharse. Lo que le sucediera a Chris estaba fuera de su control. Ella había elegido navegar hacia una tormenta y no era culpa suya.

Un dolor punzante atravesaba su pie con cada paso. Haber sido derribado contra el suelo había aumentado el daño y la sangre se escurría dentro de su zapato. Maldijo su momento de debilidad al contarle al artista que había un agujero en el barco. Pero nadie podría demostrar que él lo había hecho.

Al pie de los escalones de piedra se detuvo para intentar ver qué estaba ocurriendo en el agua, pero el velero era invisible. El héroe había saltado para salvarla. Buena suerte con eso. Ambos podrían hundirse en el naufragio.

Le recordaba a aquel cuadro, «*Único superviviente*». Ni una sola vez Chris le había agradecido su generosidad. Enviárselo como regalo fue su manera de disculparse por cualquier malentendido. No le llegó ninguna palabra de aprecio por parte de ella. Solo silencio.

Deseaba no haber empezado con todo aquello. Nadie podría decir jamás que no lo había intentado. Amar a alguien tanto como él amaba a Chris significaba hacer sacrificios. Su amor viviría para siempre, aunque ella no. Se fijó en un grabado en la lisa pared del acantilado: un corazón con la inicial *T* en la parte superior y una *M* en la inferior. En otro momento, habría hecho una réplica. *D* ama a *C*. Una lástima que ella nunca lo viera.

Harto de estar empapado, Derek subió los escalones. Se detuvo varias veces para mirar hacia el océano. La lluvia caía a cántaros y solo una vez creyó haber vislumbrado el barco. A esas alturas estaría entrando mucha agua y Christie seguramente ya lo sabría.

Agachó la cabeza.

Adiós, Chris.

Finalmente, en lo alto, se dio cuenta demasiado tarde de que su coche estaba bloqueado por dos coches de policía. Con las luces parpadeantes, impedían su escapada. Tres agentes de policía se apiñaban en la parte trasera de su coche. Al unísono, lo vieron.

Capítulo 70

Un perro en el mar

De vuelta en cubierta, con Randall pisándole los talones, Christie izó la vela mayor. Cuanto más la subía, más luchaba el velero. Aunque el viento no era tan intenso como hacía media hora, seguía azotando el costado del Mar de jazmín. La embarcación tenía una pronunciada inclinación a estribor.

Randall se deslizó cuando una gran ola rompió sobre el lado inclinado, derramando agua de mar por toda la cubierta. Christie se aferró a una cuerda con una mano, agarrando a Randall por el collar mientras él se deslizaba frente a ella.

—Ni se te ocurra. Tenemos que permanecer juntos —. Él meneó la cola, pero estaba asustado, con las orejas hacia atrás y los ojos inquietos.

Se sentó en el suelo de madera, pegada al lateral de la cabina, sujetando a Randall.

Piensa.

Seguramente a esas alturas Martin ya estaría buscándola. Christie temblaba por completo. Eran violentos temblores de agotamiento y miedo. Su velero se estaba hundiendo en aguas profundas. Cerró los ojos. La lluvia se convirtió en una llovizna, casi como rocío marino.

No hacía mucho tiempo, cuando Martin la había llevado a navegar por la costa, se había tumbado boca abajo, cerca del lateral del velero, riendo ante el grupo de delfines que les acompañaba. Una cálida espuma marina la duchaba mientras extendía la mano

como si quisiera atrapar las olas. Aquel maravilloso día estaba grabado en su memoria. Incluso las partes más serias, cuando Martin le mostró dónde guardaba las herramientas, el combustible y las bengalas.

Sus ojos se abrieron de golpe. La pistola de bengalas estaba en el armario, debajo de la radio. ¿Habría alguna posibilidad de que Derek no la hubiera destruido o se la hubiera llevado también? Randall se negó a bajar por las escaleras, tumbándose en lo alto para observarla. El suelo estaba mojado mientras el agua se filtraba por la escotilla. Con cuidado de no caerse, Christie abrió el armario y emitió un grito de alivio al ver que la pistola de bengalas estaba en su caja.

La sacó, apenas consciente de que también había una manta para perro, unos juguetes, un collar y un cuenco de comida. Randall gimió cuando se unió a él, con la cola baja.

—Pronto. Esto les mostrará que los necesitamos.

Se apoyó contra el lateral de la cabina y sacó la pistola de bengalas. En cuanto comprobó que estaba lista para disparar, se giró para que su espalda estuviera contra el viento y apuntó hacia arriba. El gatillo estaba rígido, pero mantuvo la presión y entonces, con un golpe seco, la bengala se disparó, silbando hacia arriba.

Un movimiento repentino captó su atención y giró a tiempo para ver a Randall lanzarse por el otro lado del barco y caer al agua con un gran chapoteo.

—¡Randall! —Se deslizó hasta el otro lado, hacia estribor. Él estaba nadando hacia la orilla—. ¡No! —El velero se tambaleó y Christie casi se cae por la borda. Se arrastró hasta el armario, debajo de los asientos de popa. Todos los chalecos salvavidas estaban rotos y eran inutilizables, incluido el que había llevado antes. Pero Randall tenía uno especial.

Cómo Christie logró bajar de nuevo a por los escalones fue un misterio. De repente, estaba allí, sacando todo hasta que tuvo el collar flotador de Randall en su mano, intacto. La náusea subió por su garganta mientras luchaba por volver a la cubierta.

La orilla estaba demasiado lejos como para que Randall pudiera nadar. Estaba demasiado lejos para ella, y el agua era demasiado

profunda. Desabrochó el collar flotador y lo metió debajo de su camiseta. Al lado del velero, dudó. Todo estaba iluminado por la bengala que flotaba arriba.

Randall ya estaba a varios metros de distancia.

El océano estaba oscuro.

Y era profundo.

Christie saltó.

Capítulo 71

A la luz de una bengala

Palmerston House bullía de actividad. Elizabeth y Angus transportaban mantas, toallas, agua embotellada y suministros de primeros auxilios al vestíbulo, mientras Daphne y John los empaquetaban en grandes bolsas de plástico. En la cocina, Sylvia preparaba termos de té y café y Barry los colocaba en una cesta con tazas. Había poca conversación; solo una necesidad compartida y tácita de estar preparados.

En el escritorio de Elizabeth cerca de la escalera, George observaba fijamente un mapa de la región. Trazó la ruta que el Mar de jazmín podría seguir. Luego usó una calculadora y anotó los resultados en un trozo de papel. Charlotte estaba a mitad de la escalera. George levantó la mirada.

—Únete a nosotros, jovencita.

—¿Puedo ayudar? —preguntó en voz baja cuando llegó al escritorio—. ¿Qué estáis haciendo?

—Yo era el dueño de ese velero en el que está nuestra Christie. Lo conozco como la palma de mi mano. Es tan sólido como el día en que fue construido e, incluso en una tormenta, se mantendrá a salvo siempre que Christie lo mantenga alejado de las rocas.

—Oh. Bueno, esas son buenas noticias. ¿Es Christie una buena marinera?

—Inexperta, me temo. Pero ha sido bien entrenada y es una de las personas más ingeniosas que he conocido.

Un trueno sacudió las ventanas y Charlotte dio un respingo. George sonrió.

—No te hará daño.

—No me gustan las tormentas. —Algo captó la atención de Charlotte a través de los ventanales—. ¿Qué es esa luz? ¿En el cielo?

George se puso de pie y la siguió hasta la parte delantera del vestíbulo.

—No puedo estar seguro.

—¿Qué es, George? —Elizabeth le siguió mientras George abría la puerta principal y salía. Desde lo alto de los escalones, en dirección a la playa, una luz brillante flotaba en el cielo.

—Es una bengala del Mar de jazmín. —declaró George.

—¡Angus, Barry, todos! Hay una bengala. Tenemos que ir. —Elizabeth volvió corriendo al interior.

Con cada potente brazada y cada patada de sus piernas, Martin recitaba mentalmente una frase.

Christie Blake. Christie Blake.

Imagina lo que será y mira cómo se hace realidad.

Ella estaba viva y él la encontraría. Sus vidas estaban trazadas. Un compromiso breve. La boda más romántica imaginable. Hijos. Felicidad. Más perros. Él pintaría y ella seguiría cualquier sueño que encontrara. Visualizaba sus vidas.

La lluvia había cesado y el fuerte viento era ahora más bien una brisa. Calculó que estaba a medio camino del Mar de jazmín, suponiendo que no se hubiera alejado demasiado. Debería haber obtenido más información de Derek. ¿Qué parte del casco estaba agujereada? El lugar más fácil sería la sala de máquinas, y eso le daba a Martin cierta esperanza. Si la escotilla se mantenía segura, el velero no se hundiría. No hasta dentro de muchas horas. El riesgo era más bien que Christie perdiera el control del timón.

Christie Blake.

La veía como su mujer. Cómo la quería. Tan preciosa y tan generosa. Su cálido corazón y su preciosa sonrisa traían luz y felicidad a su mundo. Todo el pueblo la adoraba. Incluso había conquistado a Sylvia, a pesar de sus primeros problemas relacionados con Belinda. Randall adoraba a Christie y probablemente la preferiría a Martin cualquier día. Afortunadamente, Randall no tendría que elegir porque, una vez que ella estuviera de nuevo en sus brazos, Martin nunca volvería a soltarla.

La noche negra se iluminó de repente y Martin pensó que era un relámpago cercano. Pero la luz permaneció brillante y dejó de nadar para mantenerse a flote en vertical. Era una bengala y ahora veía el Mar de jazmín.

El alivio lo reconfortó. Tomándose un momento para que sus músculos descansaran, observó el velero. Ahora se inclinaba pesadamente a estribor.

—¡Christie! ¡Voy hacia ti! —gritó con todas sus fuerzas. No podía verla, pero ella estaría en el punto más alto de la cubierta. Una vez que llegara hasta ella, los mantendría a flote hasta que llegara la Guardia Costera. Martin avanzó con una patada y reanudó su rítmica brazada.

Christie Blake. Christie Blake.

Capítulo 72

Velan por nosotros

Agua oscura, profunda y silenciosa. Bajo la superficie, una extraña paz consumía a Christie. Hundirse hasta el fondo no era algo tan malo, donde los cálidos brazos del océano la llevarían a un lecho marino de descanso. Allí dormiría. Estaba tan cansada, y cada hueso y músculo le dolía; su mente exigía dormir. Las burbujas ascendían. Solo un momento más de descanso.

Randall.

El fuego llenó sus pulmones. Su latido explotó en sus oídos y se impulsó hacia arriba. Había una luz brillante sobre ella y se aferró a la superficie.

Con un jadeo, encontró el cielo nocturno y el oxígeno. El Mar de jazmín estaba detrás de ella y la bengala descendía lentamente hacia el mar. Mientras nadaba, comprobó que el collar seguía bajo su camiseta mientras se orientaba.

Allí estaba la casa de Martin; la luz exterior era como una estrella en la distancia. A su derecha había más luces, moviéndose en el acantilado opuesto. Entre medias estaba la playa y justo delante vio a Randall.

Christie nadó tras él. Las innumerables clases en una piscina durante su infancia le habían enseñado poco sobre el océano, pero durante esos últimos meses Martin había insistido en que nadara con él a menudo. Él no era alguien que tolerara los miedos y continuamente la había animado a desafiar los suyos.

Nunca había nadado en aguas profundas. No así, donde el más mínimo error podría costarle la vida, como casi había ocurrido cuando saltó. El agotamiento era su enemigo, tanto como el terror que había apartado para lidiar con él más tarde. Estaba ahí, en el fondo de su mente, atormentándola con imágenes de monstruos invisibles, pero lo reemplazó con una imagen de Randall, de vuelta en el sofá, con la cabeza en su regazo.

Christie alcanzó a Randall en unos minutos. Se adelantó y braceó mientras sacaba el collar de su camiseta. Solo tenía que colocarlo alrededor de su cuello, engancharlo y luego inflar el flotador.

Una vez que estuvo al alcance de su brazo, Christie mantuvo el collar abierto. Lo colocó bajo su garganta, pero él seguía nadando y no podía conectarlo sin hundirlo bajo el agua. El collar se cayó y ella se zambulló tras él. Era su única esperanza. Tras recuperarlo, nadó tras él y, esta vez, se giró de lado, igualando su brazada más lenta.

Lanzó un extremo del collar sobre su cuello y alcanzó el otro bajo su garganta. Tomó una gran bocanada de aire y se hundió bajo la superficie, dando patadas con fuerza, con los brazos completamente extendidos para encajar una parte en la otra. Sintió que conectaba y lo soltó.

Randall seguía nadando en la línea recta que había seguido desde que saltó por la borda. Aún no había terminado. Sus ojos ardían por el agua de mar. Tenía que inflar el collar. Con la cabeza gacha, instó a su cuerpo a continuar.

Para Trev, el momento más satisfactorio de todo el día hasta ahora había sido detener a Derek Hobbs. El hombre se rindió cuando Jacqui y Gareth se le adelantaron. Empapado, cubierto de arena y quejándose de una terrible lesión en el pie causada por Martin, recibió poca misericordia de los tres agentes. Mientras estaban de pie al borde del acantilado leyéndole sus derechos, Derek miraba fijamente al mar. Bajo la bengala, el Mar de jazmín estaba casi de lado, con los mástiles en un ángulo precario.

—¿Es esto lo que querías? —exigió Trev.

—Le regalé ese cuadro. Se parece un poco a este momento.

—¡Lo que parece esto es un asesinato si ella no sobrevive! —gritó Trev en la cara de Derek, con ganas de empujarlo por el acantilado—. ¿Qué clase de hombre hace esto?

—Señor, yo me encargo de él —Jacqui tiró de Derek.

—La quiero, ¿sabes?

Antes de que Trev pudiera cumplir sus deseos, Jacqui arrastró a Derek hasta su coche. Gareth respondió a una llamada de la central.

—Señor, la Guardia Costera llegará en unos minutos.

—No sé si eso será lo bastante rápido —la desesperación nubló su voz—. Llevad a Hobbs a la cárcel y volved aquí. Voy al embarcadero.

Trev apenas podía creer lo que veían sus ojos mientras corría por la playa. La gente se arremolinaba en la parte alta, cerca de una mesa plegable. Más hacia el embarcadero, John y Dave inflaban una lancha, mientras otros ayudaban a Barry a instalar focos portátiles orientados hacia la mesa y el embarcadero.

¡Todo el pueblo está aquí!

Quería abrazarlos a todos y cada uno de ellos.

Elizabeth y Daphne apilaban toallas y mantas. Angus alineaba botellas de agua y Sylvia desempacaba una cesta con termos y tazas. En el suelo había un gran botiquín de primeros auxilios.

La lancha estaba lista. Trev se desabrochó el cinturón.

—No, amigo. Te necesitan aquí —Barry se quitó los zapatos de una patada—. Este grupo está fuera de control —señaló a la mesa con una sonrisa—. Nunca se puede ser demasiado cauteloso cuando dejas sueltas juntas a Sylvia y a Daphne.

—De acuerdo. Pero ten cuidado.

Con un gesto afirmativo, Barry corrió hacia la lancha hinchable. John le lanzó un chaleco salvavidas y subió pesadamente a la mesa para ayudar. Un momento después, Barry y Dave arrastraron el bote hasta la orilla. Iluminadas por los focos portátiles, las olas eran translúcidas. Barry gritó:

—Sería útil poner uno de los focos en el embarcadero. Facilitaría la búsqueda.

Trev hizo un gesto de reconocimiento. El grupo dejó lo que estaba haciendo mientras la lancha hinchable se deslizaba en el agua. Barry y Dave subieron a bordo y comenzaron a remar y, en un minuto, casi habían desaparecido de sus vistas. Angus dio unos pasos adelante, con el rostro pálido y los ojos atormentados.

Cuando Christie alcanzó a Randall, estaba exhausto. Llevaba la cabeza baja, con la mandíbula rozando el agua. Apenas avanzaba. Buscó en el collar el cordón autoinflable. Todo estaba empapado, pegado al pelo del perro, y solo el pequeño bulto al final del cordón le indicó a Christie que lo había encontrado.

Tiró de él. Como por arte de magia, el collar se infló y una luz comenzó a parpadear. Randall gimió, sorprendido.

—Eh, puedes parar —dijo Christie, alcanzando sus patas bajo el agua y empezando a acariciarlas—. Descansa, perrito. —Ya fuera porque estaba demasiado cansado para continuar, o porque de algún modo la entendió, Randall se relajó. El collar mantenía su cabeza muy por encima del agua. Estuvieron a la deriva un momento, y luego él comenzó a nadar de nuevo. En unos segundos desapareció de su vista. Solo el destello constante marcaba su progreso. La bengala de arriba se desvaneció y descendió la oscuridad.

Está a salvo.

Un alivio absoluto invadió a Christie. No se ahogaría y, aunque no lograra volver a la orilla, alguien lo encontraría. Había luces a lo largo de la playa. La gente estaba buscando y él estaría bien. Pero ella no tenía fuerzas.

Randall está a salvo.

Se puso boca arriba y flotó. Las nubes cruzaban velozmente el cielo, adelgazándose y desapareciendo ante sus ojos. Los grupos de estrellas brillaban.

—Ellas velan por nosotros —Su madre había amado el cielo nocturno y podía nombrar cada constelación. Tumbadas boca arriba en el pequeño trozo de césped verde que Rebecca había nutrido con

restos de aguas grises, habían pasado muchas noches contemplando el maravilloso espectáculo sobre ellas.

—Ahí está Centauro, y esa, ¿la ves, Christie? ¿La que es como una cruz? Esa es la Cruz del Sur y también está en nuestra bandera —Mamá lo sabía todo—. Pero ¿sabes cuáles me gustan más?

Las olas mecían a Christie como a un bebé en una cuna. Estaba tan cómoda, tan calentita, igual que aquellos interminables días jugando en la arena roja del pueblo con mamá, mientras papá nunca andaba lejos.

—Christie. Me encanta Carina porque es como la quilla de un barco. Sé que nunca has visto un velero de verdad, pero un día iremos y navegaremos en uno.

—¿Qué significa navegar?

—Los veleros hermosos tienen gigantescas cortinas de lona llamadas velas y el viento las llena y, antes de que te des cuenta, estás volando justo por encima de las olas —Rebecca había señalado una constelación casi cuadrada—. Esas estrellas de allí son parte de Vela, y se llama así porque hacen la forma de esa parte de un velero.

Vela.

Christie sonrió, buscando el colgante alrededor de su cuello. Sus ojos se cerraron.

—Christie, mira las estrellas.

Era demasiado difícil hacerlo. Estaba lista para dormir y dejarse llevar.

—Martin te necesita. ¡No te atrevas a dejarlo! Prometiste que nunca lo dejarías. ¡Despierta, Christie!

Sus ojos se abrieron de golpe. Mamá no estaba allí. Martin tampoco estaba y Derek iba a matarlo.

Con los brazos y las piernas tan pesados como el ancla que había cortado del Mar de jazmín, Christie se dio la vuelta y comenzó a dar brazadas.

—¡Christie!

Basta, mamá. Estoy despierta.

Un ridículo deseo de reír hizo que le entrara agua de mar en la boca y tosió.

—¡Cariño!

Demasiado asustada como para creer, Christie dejó de bracear. Era otra alucinación. El hombre al que amaba más que a su propia vida estaba nadando hacia ella. Parecía tan real, casi lo suficientemente cerca como para tocarlo, y entonces...

—Te tengo —Martin levantó sus manos para que las pusiera detrás de su cuello—. Agárrate, vamos a casa —Él pataleó hacia atrás y Christie entrelazó sus dedos.

Se deslizó sobre su torso.

—Eres real.

Capítulo 73

Primera recuperación

La emoción recorrió al grupo en la playa cuando la lancha inflable surgió de la oscuridad. Dos miembros del equipo de Barry se metieron en el agua para ayudar a traerla, pero en su lugar, levantaron algo y la embarcación volvió a adentrarse en las olas. Los jóvenes llegaron tambaleándose a la playa bajo el peso de Randall. Trev corrió a ayudar, tomando al perro inerte en sus brazos.

—¡Ayudadme! —Dejó a Randall sobre la arena—. No sé si respira.

Angus se arrodilló junto a ellos.

—Primero quitémosle este collar. Respira, pero ¿qué demonios hacía ahí fuera?

—Dios lo sabe. Necesitamos un veterinario.

—¿Una médica servirá?

Charlotte corrió hacia ellos, con un maletín negro de cuero. Lo dejó caer en la arena.

—Búscame un estetoscopio—le indicó a Trev mientras comprobaba las vías respiratorias de Randall.

Trev encontró el estetoscopio.

—Um, aquí —se lo ofreció a Charlotte.

—¿Puedes girarlo para que su cabeza mire hacia abajo? Por si tiene agua de mar.

—Claro...

—Shh —Charlotte escuchó los latidos del corazón de Randall. Trev la miró fijamente. Después de un momento, levantó la vista—.

Vale, gíralo. En realidad está consciente pero agotado. Eh, colega, ¿estás bien? —Su voz se suavizó mientras bajaba su rostro para mirar los ojos de Randall. Hubo apenas un ligero movimiento de su cola.

—¿Eres médica? —Trev acomodó a Randall como le habían indicado.

—Psiquiatra. Debería haber sido veterinaria.

—No. No quería decir eso. Es genial.

—Oh, Randall —George se inclinó para tocar la cabeza de Randall —. No, Martin estará desconsolado.

—Está bien, George.

—Pero, Trevor, parece...

Randall gimió e intentó incorporarse.

—Tranquilo —Charlotte sostuvo su cabeza—. ¿Podemos ponerlo sobre una manta y empezar a secarlo? Y darle algo de agua.

Trev levantó a Randall, con una mirada hacia el mar. ¿Dónde estaba Christie?

Capítulo 74

Cuando todo está perdido

El agua era ahora menos profunda; Martin notaba la diferencia bajo ellos. Christie tenía las manos entrelazadas detrás de su cuello y daba débiles patadas para ayudar. Él quería decirle que se relajara, pero sus propios músculos tenían pocas fuerzas.

Sus ojos reflejaban miedo y agotamiento, y algo más que no podía descifrar. No podía imaginar lo que tenía que haber pasado. Solo sabía que la había encontrado y que estaba viva. Solo que muy, muy callada.

Te encontré.

Si tuviera las manos libres, la habría estrechado contra él.

—Lo siento mucho —susurró ella.

—No has hecho nada malo. Ahorra tus fuerzas.

—Randall.

—El único de nosotros seco y caliente.

—Estaba a bordo.

Un miedo desgarrador invadió a Martin.

—¿A bordo?

—Le puse el collar. Estaba nadando hacia la orilla. Lo siento.

—¿Puedes nadar de nuevo?

Christie respondió desenlazando los dedos y deslizándose en el agua. Martin se mantuvo a su lado, nadando brazada a brazada. Tenía que llevar a Christie hasta la playa, y luego tendría que encontrar a su perro.

Una luz cegadora lo iluminó.

—Christie, espera. Hay un barco. —¡Aquí! ¡Estamos aquí! —Levantó los brazos.

—¡Os tenemos! ¡Aguantad, vamos hacia allí! —La voz de Barry retumbó sobre el agua.

—Christie, ya está. —Martin la buscó, atrayéndola hacia él otra vez. Ella no parecía entender nada—. Ya casi ha terminado. Encontraré a Randall.

Un momento después, la lancha hinchable se acercó.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Barry—. Christie, vamos a subirte.

Martin guió a Christie hacia Barry.

—Levanta los brazos. —Ella lo hizo, con el brazo de él rodeándola hasta que Barry tomó el relevo, subiéndola a la lancha, donde ella se acurrucó en el suelo.

Barry se inclinó de nuevo.

—Ahora tú, amigo.

—Randall.

—Está en la playa. Mira, creo que... Martin, espera, podemos llevarte de vuelta.

Martin nadó más rápido que nunca. Con la luz de la linterna de Barry sabía dónde estaba. Se habían movido bastante playa abajo y sabía que llegaría antes que la lancha. No podía salvar a Christie para perder a su perro. La adrenalina corría por sus venas mientras avanzaba con fuerza entre las olas.

Lo suficientemente cerca como para hacer pie, empezó a vadear, con las piernas temblorosas. Había un grupo de personas cerca del embarcadero. Luces. Una mesa. ¿Alguien estaba haciendo un pícnic? Su mente no podía comprender lo que veía.

—¡Mirad! ¡Es Martin!

Pensó que era Elizabeth. ¿Por qué estaría ella allí? Avanzó tambaleándose por la zona poco profunda, apenas capaz de mantenerse en pie. Su visión se aclaró y reconoció a Angus, a Daphne y a John. Los demás estaban demasiado lejos. Una mujer estaba sentada en una manta con... era Randall. Estaba tumbado de lado.

Martin cayó de rodillas en la orilla con un desgarrador grito:

—¡RAN-DALL! —Las lágrimas lo cegaron. Había fallado a su perro. Oh Dios, Thomas. El hombre que le había dado a Randall cuando era un cachorro, que lo quería tanto como él. Les había fallado a ambos.

Algo lo golpeó con fuerza y cayó sobre la arena. Una lengua húmeda le lamió la cara y entonces Randall se desplomó a su lado.

—Está bien, Martin. Solo está agotado. Oh, siento mucho que pensaras que podía haber muerto, muchacho. —George tropezó por la arena hasta ellos. Incrédulo, Martin rodeó a Randall con sus brazos. Era real y estaba muy vivo.

George ayudó a Martin a ponerse en pie. Martin levantó a su perro y lo llevó de vuelta a la manta. Lo dejó suavemente y entonces sus piernas cedieron y se sentó con un golpe seco. Randall se alegró de poder recostarse, esta vez con la cabeza en el regazo de Martin.

—Martin, ¿dónde está ella? —gritó Angus angustiado.

—En la lancha. Mira, ahí viene.

Los chicos de Barry, John y Angus fueron al encuentro de la lancha. Martin se puso en pie y sus piernas inmediatamente cedieron otra vez.

Angus entró en las aguas poco profundas y tomó a Christie en sus brazos. La cabeza de ella se inclinó hacia un lado, con los brazos y las piernas colgando. Trev lo ayudó a llevarla hasta otra manta, cerca de Martin.

—Christie. Christie, se acabó, cariño. —Buscó su mano. Estaba tan pálida, tan inerte. Randall gimió y se arrastró hacia ella. Le lamió la cara y, de repente, sus ojos parpadearon. Las lágrimas corrían por el rostro de Martin mientras apretaba su mano y ella débilmente le devolvía la presión. Se rindió al agotamiento y se tumbó de lado, sosteniendo su mano, con Randall entre ellos.

Capítulo 75

Dos menos

Fuera del Aeropuerto Internacional de Melbourne, Ingrid miró al cielo nocturno. Se acercaba una tormenta. Más valía que no se retrasara el vuelo. Australia podría ser su lugar de nacimiento, pero su tiempo allí había terminado, gracias a Derek Hobbs.

Empujó su carrito de las maletas a través de las puertas correderas y se dirigió al mostrador de clase *business*. Un día más y estaría de vuelta en Londres, y luego en un tren a Suiza. Una semana en los Alpes y decidiría si reconciliarse con Leon o explorar otras opciones. Una lástima, realmente: Derek había sido divertido, pero su obsesión con su ex era aburrida.

Lo que sí le molestaba era la oportunidad perdida. Si no hubiera tenido las manos atadas, podría haber ganado bastante dinero, además de haber sido una piedra en el zapato de Bryce Montgomery. Contratar a Rupert fue una idea terrible, y cuando intentó chantajearla, casi le dejó hacerlo. Cuando lo consideró adecuadamente, era obvio que estaba fanfarroneando. Con un poco de suerte se pudriría en alguna prisión.

La fila avanzó y empujó su carrito hacia el mostrador.

—Estoy en el vuelo...

—¿Ingrid Kauffman?

Ingrid se dio la vuelta. Dos policías federales australianos estaban detrás de ella. Forzó una sonrisa falsa.

—¿Agentes? ¿En qué puedo ayudarles?

—Nos gustaría que nos acompañara a una sala de entrevistas.

—¿En serio? Soy ciudadana con doble nacionalidad y voy corriendo a casa para ver a mi madre moribunda. Pueden hablar conmigo cuando regrese.

—Se nos ha informado de que su madre lamentablemente falleció hace varios años. ¿Prefiere acompañarnos de manera pacífica, o deberíamos leerle sus derechos y esposarla aquí?

Sus ojos recorrieron el lugar nerviosamente. La gente miraba. La policía miraba. Estaba atrapada. Dios, ¡¿qué había hecho Derek?!

—Les acompañaré.

—Excelente decisión.

Capítulo 76

A salvo

—¿Estás seguro de que está encerrado? —preguntó Christie a Trev mientras este le traía otro vaso de agua—. Gracias. —Lo tomó y bebió un sorbo más lento que los anteriores.

Trev se sentó en el sofá frente a Christie, que estaba envuelta en una bata en el salón de Palmerston House. Martin estaba duchándose, finalmente alejado de Christie el tiempo suficiente como para atender sus propias necesidades. Randall yacía a sus pies.

—Se lo están llevando a Melbourne, esposado y seguro. Será procesado esta noche y nos opondremos firmemente a la fianza.

Christie asintió.

—Deberías haber ido al hospital a pasar la noche.

—¡Eso es lo que le dije yo! —Angus estaba en la puerta, con una bandeja en las manos—. Elizabeth ha preparado una sopa deliciosa e insiste en que me quede con usted para asegurarme de que se la tome toda. —Entró y colocó la bandeja en una mesita—. Habrá algo para Martin cuando esté listo.

—Puedo ir a la cocina.

—No. Se queda aquí. Ahora, deme su agua y pondré la bandeja en su regazo. —Angus extendió la mano y Christie cedió dócilmente.

—Gracias. De todas formas, hay una médica justo aquí. —Sonrió mientras Angus le entregaba la bandeja.

Angus se sentó junto a Trev y la observaron comer. Randall levantó la cabeza, olfateando el aire.

—Debes estar hambriento, amigo. —Angus se levantó de nuevo —. Vamos, veamos qué puede encontrar Elizabeth para ti. —Randall lo siguió, todavía un poco inestable.

—No puedo creer que casi muriera. —Christie miró su sopa, mientras le caían lágrimas de repente—. Todo ha sido culpa mía.

—Si oigo eso una vez más, Christabel... —Martin estaba en la puerta, y su tono de voz no dejó a Christie ninguna duda sobre su intención. Ella se secó las lágrimas.

Trev le entregó un pañuelo de una caja en la mesa.

—Me voy a la comisaría. Habrá una montaña de informes y quiero asegurarme de que no haya lugar a dudas.

Martin le estrechó la mano.

—Te debo una.

Trev sonrió y salió. Martin se arrodilló junto a Christie y la besó en la mejilla.

—Come. Eso huele de maravilla.

—Hay para ti si quieres. ¿Estás bien?

—Sí. Estoy bien. ¿Dónde está Randall?

—Angus le está dando de comer. ¿Os quedáis aquí esta noche? ¿Los dos?

—Sí. Elizabeth no aceptará otra cosa, como la maravillosa mujer que es.

—No puedo creer que todos vinieran a ayudar. —Christie tomó más sopa.

—Incluso Daphne, con sus tacones nuevos. Todos estaban muy preocupados. Yo estaba muy preocupado. —Martin extendió la mano y apartó el cabello de los ojos de Christie.

Ella levantó una cucharada de sopa.

—Prueba un poco. —Martin abrió la boca, permitiendo que ella le diera de comer—. ¿Se han ido todos?

Él asintió.

—Mientras te duchabas, Angus los echó. Daphne y Sylvia opusieron resistencia, pero él insistió. Aunque debo advertirte que tienen intención de reprogramar la fiesta para la noche que regreses de Nueva Zelanda. Y esta vez, no tendrás la oportunidad de escapar porque estaré contigo en todo momento.

Las manos de Christie temblaron y dejó la cuchara. Martin cogió la bandeja, justo cuando ella rompió a llorar. Se puso de pie y luego la levantó en sus brazos.

—Eres la persona más increíble que he conocido jamás, mi amor. —La abrazó fuertemente contra su pecho—. Lo que has hecho hoy ha sido extraordinario. Tu valentía y tu determinación. Christie, me inspiras. —La llevó al vestíbulo.

—Oh, ¿va todo bien? —Elizabeth apareció desde la cocina.

—Esta pequeño necesita dormir. Gracias por cuidar de nosotros. Y de Randall.

—Subid los dos y cuando haya salido fuera un momento, le diré a Angus que lo deje entrar con vosotros. Venga. Hablaremos mañana.

Martin subió cuidadosamente las escaleras. Christie apenas podía mantener los ojos abiertos. Para cuando la depositó en la cama, estaba casi dormida. Vencido por el cansancio, se acostó junto a ella y la atrajo a sus brazos.

—Duerme, Christie Blake.

Sus ojos parpadearon.

—¿Me has llamado Christie Blake?

—Es la ley de la atracción. Te lo explicaré en otro momento. Duerme. Yo velaré por ti.

Ella suspiró profundamente. El calor del cuerpo de Martin fluyó hacia ella y se acurrucó más cerca, quedándose dormida con el sonido de los latidos constantes de su corazón.

Capítulo 77

La culpa a quien corresponde

El mar en calma reflejaba un cielo azul perfecto. El único recordatorio de la tormenta eran los escombros a lo largo de la línea de marea alta, montones de algas y algunas maderas que flotaban a la deriva. Todas las señales de la emergencia de la noche anterior habían desaparecido, excepto por algunas huellas y unas raspaduras en la arena alta. Christie se sentó en la playa, todavía exhausta, pero libre de la niebla de desesperación. Randall estaba bien. Martin también. Era el Mar de jazmín lo que ahora le rompía el corazón.

A unos cientos de metros mar adentro se estaba llevando a cabo una operación de salvamento. El velero estaba casi de lado, pero sorprendentemente no se había hundido. Una embarcación de remolque y su tripulación trabajaban para enderezarlo, colocando dispositivos de flotación a lo largo del lado de estribor. Había un dique seco en Geelong donde el Mar de jazmín se sometería a reparaciones.

—Estará bien —Martin se dejó caer sobre la arena junto a Christie—. Bebe —le entregó una botella de agua.

—Gracias. Te dije que lo hundiría.

—Pues te equivocaste. Siempre hay bolsas de aire, lo que es suficiente para mantenerlo más o menos a flote. Tenemos que aclarar algo, ahora mismo —Martin tomó suavemente el mentón de Christie y le giró el rostro para que lo mirara—. Derek Hobbs hizo eso. No tú.

—Sí, pero si te hubiera llamado primero, o me hubiera bajado en Willow Bay, o...

—¿O qué? Hay una y solo una cosa que deberías haber hecho diferente —su tono coincidía con su expresión seria y severa.

Christie bajó la mirada.

—Cargar mi teléfono.

Él soltó su mentón y tomó ambas manos entre las suyas.

—No necesitas regañarme. Entiendo la situación en la que me metí yo misma —volvió a mirarlo a los ojos, hablando en voz baja, pero con convicción—. Una llamada telefónica lo habría cambiado todo, y nunca volveré a cometer ese error. Igual que con cerrar las puertas.

—Sí, bueno, no eres la única culpable en ese aspecto. Debería haber encerrado a Randall. Quizás no habrías tenido ni un momento de descanso, pero él no habría empujado la puerta detrás de ti —besó a Christie, apenas un roce de sus labios contra los de ella—. Es una gran lección para ambos.

Con un gemido que resonó por toda la bahía, el Mar de jazmín lentamente se enderezó, con los mástiles apuntando hacia el cielo. Las manos de Martin se apretaron alrededor de las de Christie.

—Bien —dijo—. Pronto estará en camino. Y tú necesitas hacer las maletas para Auckland.

—¿Me ayudarás?

—Ya que Angus me ha dejado su Range Rover, podría llevarte a todas partes. Hasta que recuperemos ese coche lujoso tuyo —hizo una mueca mientras se ponía de pie, más lentamente de lo habitual —. Creo que me mantendré alejado del mar un tiempo.

Christie tomó la mano que le ofrecía.

El mar no es tan malo.

Ya no.

—No me lo puedo creer —Martin tocó una de las pinturas en la entrada de la cabaña. Sin puerta principal todavía, el espacio estaba

oscuro—. Incluso entonces Thomas era un genio.

—¿Alguna vez te habló de esto? —Christie movió la linterna alrededor.

—Nunca. Y no sé lo que pensará —Martin retrocedió hacia el pasillo—. Ni cómo reaccionará.

—Si fueras tú, ¿querrías recuperarlas? ¿Saberlo?

—Sí. Sí, lo cambiaría todo.

Entraron en su dormitorio.

—Hablando de recuperar pinturas, ¿qué hay de esta?

«*Único superviviente*», todavía en su caja, estaba apoyado contra la pared. Martin reveló la pintura y luego se sentó en la cama para contemplarla. Agradecida por cualquier oportunidad de descansar los pies, Christie se subió a su regazo.

—Es una obra preciosa. Y Trev dijo que ahora es mía. Entonces, ¿la quieres?

—No la necesito. No tiene relevancia para mí.

—¿Por qué?

Él rodeó a Christie con sus brazos y apoyó la barbilla en su hombro.

—Acertaste cuando dijiste que trataba sobre mí. Pero ya no soy la persona que lo pintó —suspiró como si liberara demonios del pasado—. Miro a ese hombre y veo dolor. Soledad. Incluso desesperanza. Ese es mi pasado.

Ella se giró entre sus brazos con una sonrisa.

—¿Y tu presente?

—Sabes la respuesta. Anoche solo pensaba en que fueras mi mujer.

—Christie Blake.

—Cuando estés lista. Una vez que estés en casa, ¿fijamos una fecha?

Su respuesta fue lanzarse a los brazos de Martin y abrazarle con todas sus fuerzas.

—Tranquila, cariño —rio él—. Algunas partes del cuerpo aún me duelen.

—¿Hay alguna parte que no te duela?

—Pórtate bien —la giró de nuevo hacia el cuadro—. Si te parece bien, podríamos donarlo a la Guardia Costera. Pueden venderlo y conseguir esos fondos que tanto necesitan.

—Es un gesto maravilloso. Fueron ellos los que se aseguraron de que el Mar de jazmín estuviera bien. Pero nuestro pequeño pueblo. ¿Cómo les doy las gracias?

—Siendo tú misma. Te adoran.

—Y yo los adoro. Pertenezco aquí.

—Ya era hora de que te dieras cuenta.

Christie cerró la cabaña con llave y la comprobó dos veces, haciendo reír a Martin.

—¿Quieres que le devuelva la llave a Barry? —Barry había llevado su copia a Palmerston House cuando se supo que las de Christie habían desaparecido—. Les ha dado el día libre a los chicos y se ha tomado uno él también. Mencionó algo sobre devolverle unas cestas a Sylvia.

—Gracias. ¿Pero qué haré con el Lotus?

—¿Conducirlo? —Trev apareció por la esquina de la casa—. Me alegra verte tan... seca —estrechó la mano de Martin y besó la mejilla de Christie—. ¿Te sientes mejor hoy?

—Todo me duele, pero sí. Pero, ¿cómo conduzco el Lotus sin llaves?

—Las saqué de las pruebas. Aquí tienes —Trev sacó las llaves del coche y de la casa de un bolsillo—. Esto es solo uno de los muchos problemas que se le avecinan a Derek Hobbs.

—Muchísimas gracias —Christie cogió las llaves—. Trev, ¿había algo más... con él? —su voz tembló y se tocó inconscientemente el dedo anular.

—No me sentiría bien haciéndolo yo, así que toma, Martin —Trev sacó el anillo de Christie de otro bolsillo y se lo entregó a Martin.

Christie dejó escapar un pequeño sollozo y las lágrimas inundaron sus ojos. Martin miró al cielo.

—¡Christie, no más lágrimas! Esta es tu última oportunidad para cambiar de opinión. ¿Aún quieres casarte conmigo?

Ella asintió, parpadeando rápidamente para contener las lágrimas, pero una cayó sobre la mano de Martin mientras tomaba la suya. Le puso el anillo y le besó la mano. Luego sacó un pañuelo y le secó los ojos.

—Gracias, amigo —asintió hacia Trev, que lucía una gran sonrisa.

—De nada. Necesitaré vuestras declaraciones hoy. Lo siento, pero cuanto antes lo hagamos, más rápido podré presentar los cargos. ¿Qué tal dentro de una hora? —saludó con la mano y se dirigió a su coche.

—No quiero irme —susurró Christie, mirando su anillo.

—¿De la cabaña?

—De Rivers End.

—Estaremos aquí —dijo Martin—. Randall y yo, estaremos aquí. Y tú volverás a casa y nos casaremos. Así de simple.

Tienes razón.

Christie sonrió.

—Sí, así de simple.

Capítulo 78

Los detalles de un hogar

La emoción borboteaba en Christie mientras el Lotus abrazaba la última curva antes de llegar a casa. El océano se extendía infinitamente, resplandeciente e tentador bajo el cielo de principios de otoño. Dos semanas marcaban una diferencia notable en esa época del año, particularmente en los árboles caducifolios con su resplandor de amarillo, rojo y naranja.

Una rápida llamada telefónica a Martin cuando salió del aeropuerto había despertado su curiosidad.

—Ve primero a la cabaña. Hay una sorpresa para ti—. Era demasiado tarde para un pícnic y les esperaban en Palmerston House esa noche para la fiesta de compromiso aplazada.

Giró hacia su calle, cantando con la radio mientras navegaba por los familiares baches y la vía del tren. En lugar de subir por la entrada, aparcó en el borde de hierba. Las maletas podían entrar más tarde. No había señal de Martin, pero claro, la última vez que había regresado de un trabajo, él y Randall ya estaban dentro de la cabaña.

Con deleite, se detuvo en la verja. Ya no estaba su pésimo intento de dibujar una puerta y en su lugar había una real. Dos nuevos escalones conducían a una puerta de seguridad. El olor a césped recién cortado captó su atención. No solo estaba cortado, sino que había un nuevo camino hasta la puerta principal. ¿Qué habría estado tramando Martin? Fue hacia la parte trasera.

En el porche se detuvo, con la mano sobre la boca. Había un banco de dos plazas y una maceta colgante de jazmín. Los zarcillos la rozaron mientras abría la puerta y ella inhaló su aroma con una sonrisa.

—¿Martin? ¿Randall? —llamó al entrar.

La cocina estaba terminada. Había un fregadero nuevo, electrodomésticos y suelos de madera rebarnizados. La vieja mesa de cocina seguía dominando la estancia, pero ahora estaba lacada en un rico color caoba.

Habitación por habitación, Christie inspeccionó la cabaña, asombrándose con los cambios. Las cortinas estaban colgadas, todos los suelos estaban terminados y el lavadero y el baño eran preciosos, con instalaciones y electrodomésticos nuevos. ¡Era como una casa nueva!

Como un hogar.

Unos jarrones de flores adornaban los dormitorios y la sala de estar, y el cuadro que Martin había pintado de ella colgaba sobre la chimenea. Todavía quedaba mucho por hacer, pero alguien había puesto mucho amor y esfuerzo en aquello.

El final del pasillo había cambiado. Christie entró directamente a una preciosa y pequeña entrada. Los cuadros de Thomas adornaban dos paredes y había una mesa estrecha, claramente hecha por Martin. Debajo, más cuadros de Thomas estaban alineados.

Abrió la puerta principal y la de seguridad y se quedó en el escalón superior, sonriendo hacia el jardín. Qué diferencia con el viejo edificio descuidado y triste que había heredado.

El sonido de un coche rompió el silencio. Reconoció el viejo todoterreno y se preguntó por qué Martin vendría en ese en lugar de en su moto.

Entró en la entrada y se detuvo. Christie chilló cuando Thomas bajó del asiento trasero y abrió la puerta delantera para Martha.

—¡No me lo puedo creer! —Christie saltó arriba y abajo, y luego corrió hacia la entrada, justo cuando Martin apareció por detrás del coche. Como una bala, Randall pasó corriendo junto a todos, directamente hacia Christie, y ella se inclinó para abrazarlo. Gimoteó

y se retorció de alegría, lamiéndole la cara mientras ella le decía cuánto le había echado de menos.

—¿Esto ocurre a menudo? —preguntó Thomas a Martin. Christie los miró: Martha estaba con los brazos abiertos, Thomas sacudía la cabeza y Martin sonreía.

—Todo el tiempo —respondió Martin—. Tiene bien claras sus prioridades.

Por mucho que quisiera lanzarse a sus brazos, fue primero hacia Martha, una vez que se hubo liberado de los besos caninos.

—¡Mi querida! —Martha abrazó a Christie y besó su mejilla—. ¡Hermosa criatura! Te he echado muchísimo, muchísimo de menos.

—Deja de acapararla —se quejó Thomas—. ¿Y qué hay de mí, jovencita?

—¡Oh, Thomas, no puedo creer que ambos estéis de vuelta! —Christie se lanzó hacia él y Thomas rio mientras la envolvía en un abrazo de oso, casi levantándola del suelo. Randall corría alrededor de ambos.

—Mire, Martha. A esto es a lo que tendrá que acostumbrarse. A Randall solo le importan ellos dos —Martin puso un brazo sobre los hombros de Martha.

—Ya lo veo —dijo ella—. ¿Nos vamos?

—¡Ni se os ocurra! —Christie se apartó de Thomas y se volvió hacia Martin—. Hola.

—Hola —él le tendió una mano y ella aceptó la invitación. La besó y unas pequeñas chispas de electricidad iluminaron su sistema nervioso. Cuando abrió los ojos, se encontró mirando directamente a esos pozos oscuros que tan a menudo le resultaban indescifrables. Ya no. Había promesa y deseo en sus profundidades.

—Dios mío —Thomas miraba fijamente la puerta principal abierta —. ¿Qué habéis hecho?

—Recuerdo la puerta principal —Martha puso su mano en el brazo de Thomas—. Oh. Lo recuerdo todo, Tom.

—Abuelo, debería haberte avisado.

—Solo es una puerta —la tensión teñía la voz de Thomas.

—Vale, antes de que esto se descontrole, ¡insisto en que cruces mi puerta principal, Thomas! —Christie tomó su mano y tiró de ella.

Él permaneció inmóvil—. Confía en mí —suplicó.

Algo en su tono de voz captó su atención y dejó que lo llevara hasta los escalones. Ella le soltó la mano y se apartó con una sonrisa.

—Es algo bueno, creo.

Como para complacer a Christie, Thomas entró en el vestíbulo. Hubo un momento de silencio, y luego:

—¡Martha! ¡Martha, ven enseguida!

Martha casi se lanzó a correr para alcanzarlo y Christie la agarró del brazo para ayudarla a subir los escalones, mientras Martin iba justo detrás.

—¿Qué ocurre, querido? Oh, madre mía.

Thomas tenía el brazo sobre los hombros de Martha y ella el suyo alrededor de su cintura mientras contemplaban los cuadros en las paredes y sobre la mesa. Martha le encontró un pañuelo y él se secó las lágrimas.

—¿Abuelo?

—No estás en problemas. Así que no me tienes que llamar abuelo —Thomas apareció con una mirada de asombro—. Alguien tendrá que explicarme esto.

—Nadie lo sabe con certeza, pero parece que tu padre selló los cuadros. Cuando Barry quitó el armario, allí estaban —dijo Christie.

—Y los pinceles y las pinturas, Thomas —añadió Martin.

Martha siguió a Thomas de vuelta al césped, agarrándose firmemente a su brazo.

—Vaya día.

—Y probablemente no sea el mejor momento, pero, bueno, quiero ofreceros a ambos la cabaña. Un regalo de mi parte —Christie aceleró las palabras—. Está casi completamente renovada, con nuevos electrodomésticos y...

—Querida —interrumpió Martha—. Esta es tu casa.

—Sí. Pero si vivierais aquí... si sentís que podríais vivir aquí, nada me haría más feliz que regalárosla a los dos.

—Tampoco es que ella vaya a vivir aquí mucho tiempo —intervino Martin, y Christie le dirigió una mirada sorprendida—. Probablemente ni siquiera un día más.

—¿No? De acuerdo. Vale, Martin.

—"¿Vale, Martin?" ¿Qué le has hecho a esta pobre niña? —preguntó Thomas, guiñándole un ojo a Martha—. Martha y yo hablaremos sobre ello.

Con una enorme sonrisa, Christie lo abrazó, y luego a Martha.

—¡Entrad y mirad! —insistió.

A solas con Martin, le lanzó una mirada furtiva.

—¿Quieres que me mude contigo?

—Randall quiere.

—Oh. Randall quiere. Bueno, será mejor que lo haga feliz entonces.

Martin extendió los brazos hacia Christie.

Capítulo 79

Donde vive el amor verdadero

La música y las risas llenaban Palmerston House. La fuente burbujeaba con su agua de colores cambiantes y las guirnaldas de luces decoraban la larga galería. Dentro, la gente bailaba, conversaba, brindaban unos con otros e intercambiaban historias sobre la noche de la tormenta. Con Thomas y Martha en casa, había alegría y celebración extra.

—¡Muchísimas gracias, Elizabeth! —Christie salió de la cocina con una bandeja de mini quiches—. Palmerston House está magnífica y tú también estás espectacular —besó a Elizabeth en la mejilla.

—¿Yo? Oh, gracias. Tú eres la invitada de honor, por cierto, y deberías dejar que yo lleve eso.

—Ni hablar. Además, creo que alguien va a pedirte bailar —Christie sonrió mientras Angus se acercaba—. ¿No es así, Angus?

—¿Cuál era la pregunta?

—Elizabeth quiere bailar.

—¡Christie! Yo no he dicho eso...

—Qué buena idea. ¿Nos atrevemos? —Angus le ofreció su brazo. Elizabeth le dirigió a Christie una mirada contrariada, pero tomó su brazo y se aventuraron en la pista de baile.

—¿Estás haciendo de casamentera otra vez? —Martin estaba justo detrás de Christie, inclinándose para besarle el cuello.

—No, lo han hecho ellos solitos. Solo estoy ayudando un poco —lo que él le estaba haciendo no ayudaba a su concentración y la bandeja se inclinó.

—¡Ya me encargo yo! Puedes sacar a la mejor panadera del mundo de Rivers End, pero no sacar a Rivers End de... en realidad, eso no tiene sentido. Pero me la llevo —Belinda cogió la bandeja—. ¡Y menos mal que alguien más atrapó a ese horrible hombre antes que yo!

—Ya has dicho eso antes —le recordó Christie con una sonrisa—. No te animé a ir a la escuela de belleza para que se te ocurrieran formas de convertir las planchas del pelo en armas.

—Bueno, quizás necesite protegerme algún día. En fin, vosotros dos volved a lo que estabais... eh, haciendo.

—¡Oye, nada! —dijo Christie a la espalda de Belinda—. La he echado de menos.

—Christie. Hablemos.

—Oh no. Mira, hicimos esto cuando Thomas se casó con Martha y... vale, ya voy.

Martin subió la escalera hasta el último peldaño, donde se sentó. Christie se unió a él y, durante un momento, observaron la fiesta bajo ellos: Barry y Sylvia charlaban junto a la ventana; Trev y Charlotte estaban inmersos en una discusión bastante animada; Angus y Elizabeth bailaban muy cerca el uno del otro.

Daphne y John se cogían de la mano, lo que hizo sonreír a Christie.

—Daphne me contó que John quiere vender la agencia y comprar una caravana. Fue una conversación un poco confusa y me dijo que nunca le habían gustado sus tacones altos de todas formas. La adoro.

—Yo te adoro a ti —Martin tocó la mejilla de Christie—. Mañana; fijemos una fecha. No más tarde de la primavera.

Christie asintió, con los ojos muy abiertos. La música y los sonidos de la fiesta sonaban distantes. Todo lo que podía ver era a Martin, cada centímetro de su cuerpo vibrando de amor y anhelo.

—Hemos pasado por el infierno, tú y yo —Martin jugaba con los dedos de Christie, girando su mano para mirar su anillo—. Cuando no te encontraba, pensé... No habría podido seguir adelante.

—Me encontraste.

—Sí. Y también me encontré a mí mismo. Cariño, amarte me hace un hombre completo. No un hombre con un agujero en el alma. No soy bueno con las palabras o los sentimientos, Christie.

—No estoy de acuerdo.

—Por supuesto que no —la besó con tanta ternura que ella se derritió contra él. Randall subió los escalones trotando y se quedó mirándolos. Gimoteó y Martin levantó la cabeza a regañadientes—. Qué oportuno eres, chucho.

—¿Crees que Thomas y Martha aceptarán la casa? —Christie los observaba bailando lentamente, con los ojos fijos el uno en el otro, como si fueran las únicas personas en la habitación.

—Creo que sí. Lo que significa que tienes que desocupar la propiedad. Mañana.

—¿Estás seguro de que estás preparado para tenerme contigo todo el día, todos los días? ¿Y la noche?

—¿Si estoy seguro? Te he estado esperando desde que esos dos se casaron. Aunque a veces trabajes fuera de casa, yo siempre estaré aquí.

—Ah. Se me había olvidado comentarte algo. He comprado la peluquería y voy a convertirla en un salón de belleza. Algún día Belinda vendrá a trabajar para mí —los ojos de Christie brillaban.

—¿Estás segura?

—No puedo esperar.

Randall se cansó de la falta de atención y se abrió paso entre ellos a la fuerza.

—¿Crees que esto es como tener un hijo?

—O dos. Quizás tres —Martin abrazó a Christie y a Randall—. Pero démonos tiempo antes de averiguarlo. Al menos unos meses.

Un profundo sentimiento de satisfacción invadió a Christie.

Les enseñaremos Vela y Carina.

El Mar de jazmín sería su segundo hogar y el mar abierto un lugar que explorar. Este pueblo era su familia. No habría más secretos, ni misterios, ni problemas. Martin la estrechó más fuerte y ella cerró los ojos con una sonrisa.

Otros libros en español

Los secretos de Rivers End

La cabaña del jefe de estación

Mar de jazmín

Los secretos de Palmerston House (Muy pronto)

La llave de Navidad (Muy pronto)

Serie de detectives DS Liz Moorland

Para no perdonar Libro 1

Para no cerrar puertas Libro 2

Para no cambiar el rumbo Libro 3

Para que no quede nadie con vida Libro 4

Acerca del Autor



Phillipa vive a las afueras de un hermoso pueblo en la zona rural de Victoria, Australia. También vive en los múltiples mundos de su imaginación, coleccionando historias junto a su portátil.

Escribe con el corazón sobre el amor, los sueños, los secretos, los descubrimientos, el mar, el mundo tal como lo conoce... o como desearía que fuera. Le encantan los finales felices, el suspense emocionante y los personajes que te acompañan mucho después de la última página.

Apasionada por la música, el océano, los animales, la naturaleza, la lectura y la escritura, a menudo se la puede encontrar en el jardín reflexionando sobre una nueva historia.

www.phillipaclark.com

Otros títulos en inglés

Detective Liz Moorland

Rivers End Romantic Women's Fiction

Temple River Romantic Women's Fiction

Charlotte Dean Mysteries

Traveling Celebrant Mysteries

Bindarra Creek Rural Fiction

Maple Gardens Matchmakers

Doctor Grok's Peculiar Shop Short Story Collection

Simple Words for Troubled Times
(Short non-fiction happiness and comfort book)

Mar De Jazmín Copyright © 2025 Phillipa Nefri Clark.

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa por escrito de la editorial, salvo lo permitido por la legislación australiana sobre derechos de autor. Para solicitar autorización, póngase en contacto con hello@phillipaclark.com. La historia, todos los nombres, personajes y eventos representados en esta producción son ficticios.

Diseño de portada: Steam Power Studios.

Traducción al inglés: Wordcount.ink

Contact Phillipa Nefri Clark
hello@phillipaclark.com